



el
Comandante

ELSA JENNER

El Comandante

El
Comandante

ELSA JENNER

2020. Elsa Jenner

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Primera edición, febrero 2021

Título original: El Comandante

Diseño y portada: Elsa Jenner

REGALO PARA MIS LECTORES

Disponibile
en mi web!

Acceder y descargar ebook gratis ↗



1

Bajamos por debajo de los mil pies. El avión está estabilizado, por lo que, pese a la niebla que dificulta la visión, no debería haber ningún problema para aterrizar.

Saltan los avisos de altitud del Airbus A330.

«Four hundred».

«Three hundred».

«Minimum».

«Two hundred».

«One hundred».

«Fifty, forty, thirty, twenty».

«Retard, retard».

«Ten, five».

Las ruedas del tren de aterrizaje golpean el asfalto de la pista y tomamos tierra en el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid---Barajas.

Mientras nos dirigimos al parking intento recobrar el aliento. Detesto aterrizar con esta niebla. No puedo evitar acordarme de Alberto, un compañero con el que estudié. En su primer vuelo, un día de espesa niebla, trató de aterrizar a pesar de tener problemas para detectar la pista. Continuó con el procedimiento de aproximación hasta que se dio cuenta de que la pista que había estado siguiendo era en realidad una carretera con una línea de luces. Comenzó el procedimiento para una aproximación frustrada. Tuvo que hacer varias cosas a la vez: levantar los flaps, bajar el tren de aterrizaje, agregar potencia a ambos motores y girar un poco a la izquierda. Mientras estaba centrado en esto, no se dio cuenta de que el morro del avión estaba cayendo. Perdió altura y se estrelló contra el terreno que había junto a la carretera.

Aún en el interior de la cabina de mando y mientras desembarca el pasaje, trato de quitarme de la cabeza esa historia y reviso que toda la documentación referente a mi vuelo está firmada.

—Hoja de carga, plan de vuelo, general declaration, comprobante de combustible, LIR y NOTOC ok —digo en voz alta.

No es obligatorio decírselo al otro piloto, es solo una costumbre que tengo para que en caso de que falte algún documento por meter en el sobre, el compañero me notifique.

—Falta el security checklist y el papel verde de mantenimiento —me comunica Robert, el segundo oficial.

—El security checklist lo tiene la sobrecarga.

Busco el documento de mantenimiento que acredita que el avión está en perfecto estado y lo introduzco en el sobre que se llevará el coordinador hasta las oficinas.

Aprovechamos las horas muertas del vuelo para firmar todo el papeleo, así al final del vuelo solo hay que revisar que no falte nada.

Esta es la quinta compañía en la que trabajo, aunque la primera en la que soy comandante y espero ascender pronto. Comencé a volar con tan solo veinte años y ya son veintidós los que llevo volando.

Ser comandante tiene sus ventajas, pero ya no es lo que era. Las cosas han cambiado mucho en aviación en los últimos años. Atrás quedaron aquellos días en los que los pasajeros se detenían a

contemplar los nuevos modelos de aviones, ahora a lo único que se detienen es a pedirte que les hagas una foto. La última vez que una pasajera me pidió una foto, durante un desembarque, pensé que se refería a que saliera yo con ella y para quitármela de encima le dije que la compañía no nos autorizaba a hacernos fotos con el uniforme. Entonces, ella me aclaró que la foto era para ella y sus tres amigos, que no salían todos en un selfi. Me quedé tan en shock que acepté hacerle la foto, en cualquier otro momento la habría ignorado y me habría metido de nuevo en la cabina de mando.

Todo ha cambiado: el diseño de los aviones, la forma de pilotarlos y hasta el pasaje. Ahora es como conducir un autobús aéreo al que puede acceder cualquiera con independencia de su clase social.

La limitación de las horas de vuelo también ha cambiado y a veces puede resultar agotador, por eso quiero que me nombren jefe de pilotos, para tener un control absoluto de las horas de vuelo y los destinos. Además, supone el mayor logro que se puede alcanzar en la carrera de un piloto. Si todo va según lo previsto este mismo año, tras la jubilación del actual jefe de pilotos, me concederán a mí el puesto, pues tengo un expediente brillante.

Ha sido un vuelo largo y estoy deseando llegar a casa. Debido a un cambio en la programación, hemos regresado un día antes de lo previsto. No he avisado a Estrella, quiero darle la sorpresa.

Salimos de la cabina de mando y junto al resto de la tripulación vamos a la terminal. Allí nos despedimos.

En el aeropuerto me cruzo con pilotos de otras compañías aéreas. Nos saludamos con un ligero movimiento de cabeza, al menos yo quiero pensar que ha sido un saludo y que no se ha perdido esa práctica también.

Me dirijo al parking y busco mi Jaguar F-TYPE.

Tomo la M---14 y me dirijo hasta la zona de El Retiro, me alquilé un piso en la calle de Lope de Rueda hace apenas un par de meses para poder vivir con Estrella, a ella se le antojó esta zona porque es céntrica y porque el piso tenía unas fantásticas vistas al parque.

Quiero comprarme mi propia casa, pero no es fácil encontrar una que cumpla con todas mis exigencias y cuando la encuentras no es tan sencillo como decir me la quedo, hay que competir con otros compradores. Una ardua tarea en la que me ayuda mi hermana.

Tardo apenas unos veinte minutos en llegar al garaje del edificio. Por suerte, a esta hora de la tarde no hay tráfico para acceder al centro de la ciudad.

Estoy deseando volver a ver a Estrella, no sé qué tiene que me vuelve loco, quizá es su alocada forma de ser o quizá ese carácter y esa fuerza que la hacen única. Estrella es esa clase de mujer que viste con vaqueros superajustados, de esos que hacen que el culo se vea respingón y te den ganas de follarlo. Es una adicta a los zapatos, tiene tacones y botines de todas clases, aunque también suele usar deportivas de vez en cuando. Se fija en todos los detalles, es muy observadora. Demasiado perfeccionista y exigente con ella misma y con los demás. Es de esas mujeres que lo quiere todo para ya. Inteligente, comprensiva y un poco materialista. Cariñosa cuando se lo propone. Le gusta jugar al pádel, aunque siempre que jugamos pierde. Ahora le ha dado por el boxeo. Y en la cama... uf, en la cama tiene todo lo que un hombre puede esperar de una mujer, hace y se deja hacer de todo. Me vuelve loco y podría volver loco al hombre que ella se propusiera.

Aparco el coche en el garaje y subo hasta la novena planta en ascensor. Introduzco la llave en la cerradura sin hacer mucho ruido y abro la puerta.

El salón está patas arriba, los cojines del sofá están tirados en el suelo junto a los restos de un jarrón hecho añicos.

Escucho un ruido al fondo. Quizá alguien ha entrado a robar, puede que el ladrón aún esté aquí. Entro sigiloso. Los ruidos proceden del dormitorio. La puerta está abierta, me asomo y la escena me deja sin respiración.

Durante unos segundos todo mi mundo se desvanece. Nada me habría hecho sospechar que un día podría encontrarme con algo así en mi propia casa. Estoy bloqueado, aturdido. En este momento soy capaz de cualquier cosa.

El grito de Estrella al verme me saca de mi estupor. Mi presencia la coge desprevenida. Ella mira hacia la puerta y se queda petrificada. El cabrón que está dentro de ella, sale. Se gira y me mira. Ambos, desnudos, permanecen en silencio durante unos segundos.

Aprieto el puño con fuerza y trato de controlar mis demonios, pero no lo consigo.

—Tú —me dirijo al tipo que se estaba follando a mi novia—. ¡¡¡Largo de mi casa!!!

Se levanta de la cama sin decir nada, busca desesperado su ropa.

—¿Buscas esto? —digo señalando con el zapato los pantalones que hay junto a mis pies.

Él se acerca y se agacha a recoger la prenda. No puedo evitarlo y le arremeto una patada en la cabeza que lo hace caer de espaldas.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? —grita Estrella que se levanta de la cama de inmediato para ver si el tipo está bien.

—¡Te he dicho que fuera de aquí, si no quieres que te mate! —grito fuera de mí.

Él ignora a Estrella y dejando un reguero de sangre a su paso, recoge la ropa y sale de la habitación sin vestirse.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —Me toco el pelo desesperado.

—¡Estás loco! Podrías haberlo matado del golpe.

—Vete tras él para que te termine de follar.

Ella intenta abofetearme la cara, pero antes de que la palma de su mano roce mi mejilla, consigo agarrarla de la muñeca con fuerza.

—Me haces daño —se queja.

—¿Yo te hago daño?

Me mira, lo hace con esa mirada que podría volver loco al más cuerdo de los mortales.

—¿Por qué? —pregunto esperando una respuesta que me haga entender lo que acaba de suceder.

Ella no dice nada. Se queda callada como si tuviera que pensar la respuesta. Se deshace de mi agarre y permanece en silencio estática en el mismo lugar. Hasta que se gira y busca su ropa interior. No puedo evitar mirarle ese culazo que tiene y su larga y rubia melena cubriéndole la espalda. Es una diosa.

—Te he tratado bien, he arriesgado mi puesto de trabajo por ti, nunca se me ha pasado por la cabeza la idea de estar con otra. En cada vuelo que tú no estás me aseguro de que todas sepan que no estoy disponible, que nadie tiene una puta oportunidad conmigo.

Se viste sin decir nada, como si no me estuviera escuchando y, cuando termina, comienza a sacar la ropa del armario.

—¿Qué haces? —pregunto asustado.

—Me voy, Víctor.

—¿Cómo que te vas?

—Se acabó, esto ya no tiene ningún sentido.

—Pero... podemos hablarlo. —Me tiembla la voz.

No quiero perderla, no estoy preparado.

—No hay nada que hablar, sé un hombre y date más valor. Después de lo que acaba de pasar no

pretenderás rogarme que me quede... —dice tranquila mientras saca su maleta y comienza a introducir toda su ropa.

Acaba de desarmarme. Ella siempre mantiene esa pose de entereza, como si nada pudiera destruirla.

No sé qué hacer, solo observo como la mujer que acaba de romperme el corazón guarda las prendas mal dobladas en la maleta.

Dios, cómo puede mantenerse así tan entera cuando yo estoy a punto de desmoronarme.

Se gira y pasa por delante de mí. Va al baño y recoge sus cosas. Lo hace calmada, pero deprisa.

—Si no te importa, me llevaré esto. —Coge el altavoz por bluetooth Klipsch The One Ebony, valorado en casi trescientos euros, que habíamos comprado semanas atrás para poner música en nuestros momentos más íntimos.

¿Cómo puede estar pensando en un altavoz en un momento como este? No respondo, no sé qué decir. Me importa una mierda el altavoz.

Con la mirada sigo su seductora estela por toda la casa.

Cuando termina, cierra la maleta y, como si nada, sale de la habitación. Al llegar a la puerta del piso se detiene. Me mira.

—Lo siento. —Y se va dejando un vacío desolador en la casa.

Me estremezco al ver esta casa sin ella. La alquilé para nosotros, para vivir juntos. Ni siquiera me gusta esta zona. Me tiro en el sofá y hundo los dedos en mis cabellos.

¿Qué ha pasado? No entiendo nada. ¿Por qué se va así? Podríamos haberlo hablado al menos. Apenas llevamos tres meses juntos, aunque nos conocemos desde hace mucho más. Llevamos follando desde que entró en la compañía hace poco más de un año, pero ella seguía con su vida y sus aventuras y yo con las mías. Hasta que ambos decidimos entablar una relación en serio. Yo he cumplido, en estos tres meses no me he acostado con otra mujer, ahora me cuesta creer que ella me fuese fiel durante ese tiempo.

¿Por qué? ¿Qué tiene ese tío que no tenga yo? ¿Ha sido solo una vez o lleva tiempo engañándome con él? Demasiadas preguntas. Creo que voy a volverme loco.

Me levanto del sofá y busco algo de beber. Me sirvo una copa de bourbon.

Me dispongo a poner algo de música, pero pronto recuerdo que se ha llevado el altavoz. Qué descaro el suyo, siempre supe que era una mujer frívola y materialista, pero no hasta estos extremos. La casa aún huele a ella. Todo me recuerda a nosotros. No quiero seguir aquí si ella no está.

*

A la mañana siguiente, recibo una llamada de mi hermana Mireia y quedamos para desayunar. No me apetece hablar con nadie de lo sucedido, pero verla me vendrá bien. Necesito uno de esos consejos que ella me da sin que yo se lo pida y de los que siempre reniego. No es porque no confíe en esos conocimientos que adquirió en la carrera de psicología (profesión que nunca llegó a ejercer), sino porque me incomoda que mi propia hermana opine sobre mi vida privada.

Quedamos en Ohanasana, un bar en Las Salesas, la nueva zona de moda de Madrid. Es un sitio que me transmite mucha paz. Las paredes de ladrillos descubiertos te hacen sentir que estás en el interior de una cueva.

Solemos quedar mucho allí. Además, es curioso porque Ohanasana significa familia saludable en hawaiano, lo cual hace alusión al tipo de menú del que disponen, pues toda su cocina está libre de azúcares, aceites y carbohidratos refinados y ultraprocesados, y los ingredientes con los que trabajan son cien por cien frescos.

Cuando llego, Mireia ya está sentada inmersa en la pantalla de su móvil. Me mira y niega con la cabeza. Sabe que algo me pasa.

—¿Qué sucede? —pregunta después de darme dos besos.

—Nada, ¿qué pasa?, ¿que no tengo derecho a despertar con mala cara un día?

Se ríe y alza una ceja.

—Estrella se ha ido —confieso sin preliminares.

—¿De la compañía?

—No. De casa.

Decirlo en voz alta me provoca una punzada.

—¿Por qué?

En ese momento llega el camarero a tomarnos nota y lo agradezco, porque no me siento cómodo hablando de mis sentimientos.

Mi hermana se pide un Smoothiebowls, yo creo mi propio OhanaToast con aguacate, semillas y melaza de manzana.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar mi hermana una vez el camarero se ha alejado.

Mierda. No tendría que haberlo mencionado. No me había parado a pensar lo complicado que iba a ser reconocer que Estrella me había engañado. Que una mujer me había engañado a mí.

—La encontré con otro en casa —suelto sin pensarlo.

—¿¿¿¿¿Qué!!!??? Menuda... desvergonzada. Lo sabía, te lo he dicho muchas veces, esta mujer no me inspiraba confianza. Estaba contigo por interés.

—Ella podría estar con quién quisiera. Me lo ha dicho muchas veces, si solo fuera interés podría haber elegido a otro que también tuviese dinero.

—¿Ya la han hecho fija?

—Sí —respondo extrañado.

—Ahí tienes la respuesta. Te ha usado solo para que dieras la cara por ella, se ha aprovechado de tus contactos en la compañía.

—¡No me ha usado! Ha sido un desliz de una noche, ella está enamorada de mí, igual que yo de

ella.

—Tú no estás enamorado, el amor es otra cosa, Víctor. Tú estás obsesionado con esa mujer porque es la única a la que no has podido dominar a tu antojo, la única que no te ha bailado el agua y te lo ha puesto difícil.

Ella y sus teorías de psicóloga frustrada.

—Dejemos de hablar de mí, mejor cuéntame ¿qué tal la venta de casas de lujo? ¿Has encontrado algo para mí? Ahora más que nunca necesito que encuentres algo, quiero tener mi propia casa de una vez.

—La cosa va bien, ya sabes, para los ricos no hay crisis. Para ti tengo algo en el Prado de Somosaguas, es un chalet en una parcela de 1500 metros cuadrados y con un gran jardín, con vistas, orientado al sur. Lo único es que no tiene piscina.

—Entonces no me interesa, ya lo sabes.

—Ya, pero con una parcela tan grande podrías construir la piscina tú mismo, por lo demás cumple con todo lo que tú quieres. Cinco habitaciones todas suite, calefacción con suelo radiante, chimenea, garaje con capacidad para cuatro coches. Deberías verla al menos.

—Perdimos la casa perfecta en Lagos, no voy a volver a encontrar nada igual.

—La perdimos por tu culpa, te dije que la oferta era baja y que el propietario no la aceptaría y por eso se nos adelantó el otro comprador.

—Te pregunté si esa cantidad estaba bien y tú dijiste que sí, además no sabía que había otro comprador interesado, de ser así habría subido la oferta —me quejo.

Ofrecí una suma considerable, pero al parecer al comprador no le pareció suficiente. Si no fuera porque invierto gran parte de mi dinero en bolsa, no podría permitirme una casa de estas dimensiones y este importe.

—Yo tampoco lo sabía, pero en estas casas siempre suele haber varios compradores. No te preocupes por eso, estoy segura de que vamos a encontrar una casa incluso mejor.

—¿Mejor que esa? Lo veo complicado.

—Dime qué día de esta semana te viene bien para ir a ver la casa que te digo.

—Te lo confirmo entre hoy y mañana.

—Vale. Por cierto, necesito pedirte un favor, ayer tuve una cita y...

—Y yo que pensaba que me habías llamado porque me echabas de menos —la interrumpo.

—Conmigo no te funciona ese tipo de chantaje emocional.

Me río.

—¿No me irás a decir que a estas alturas necesitas consejos para ligarte a un tío?

Levanta las cejas y sonríe pícara, en eso somos muy parecidos. Mireia es la clase de mujer que puede tener a sus pies al hombre que quiera.

—A ver, yo no sabía que estaba en una cita. Hay un comandante de tu compañía que está intentando comprar una casa en La Moraleja. La cuestión es que creo que me está haciendo perder el tiempo. Me hizo quedar con él para tomar algo después de enseñarle el primer inmueble y ayer tuve que comer con él después de mostrarle el segundo. Durante el almuerzo me tonteó demasiado y en varias ocasiones tuve que pararle los pies.

—¿A quién tengo que partirle la cara?

—Anda, deja la violencia. Es este —dice enseñándome una foto de él—. Se llama Gregorio. ¿Lo conoces?

—Sí, aunque no tengo demasiada amistad con él. Hemos coincidido en algún destacamento.

—Necesito que averigües si está trabajando con otra agencia.

—¿Para qué quieres saberlo? ¿No es mejor que pases de él y busques otro cliente?

—No, yo no pierdo clientes porque estos quieran acostarse conmigo. Sé marcar los límites y utilizo esa atracción a mi favor. Psicología hermanito, psicología.

—No sé cómo puedes aguantar en ese trabajo —mi comentario suena un poco despectivo sin que esa fuese la intención.

—Porque lo que yo gano cerrando una venta es lo mismo que ganas tú en todo un año. —Me guiña un ojo y se lleva a la boca una cucharada de su smoothie bowl con frutas.

Después de desayunar con mi hermana, doy un paseo por el centro de la ciudad. Mi vida se acaba de convertir en un puto caos. La rabia me está matando. Camino por las calles de Madrid sin rumbo. No me puedo creer que Estrella se haya reído de mí en mi cara. Quiero llamar a uno de los directivos y que la pongan de patitas en la calle inmediatamente o que le programen los peores vuelos para que ella misma acabe yéndose.

No sé por qué estoy así, por qué me lleno de rabia al recordarlos juntos en mi cama. Quiero deshacerme de esa casa lo antes posible. Lo tengo claro.

Llamo a la inmobiliaria y les explico que por motivos de trabajo tengo que dejar el piso. Soy así de impulsivo.

—Entiendo —dice la chica al otro lado del teléfono—, pero el contrato es de un año y apenas han pasado dos meses.

—Pueden quedarse con la fianza si lo desean, eso les dará margen para buscar a otro inquilino. Puedo enviarles un documento de la empresa para que vean que es por motivos laborales —miento.

—No se preocupe. En esa zona no suele ser difícil encontrar inquilinos. ¿Qué día de esta semana le viene bien para reunirnos?

—Cualquier día estoy libre.

—¿El jueves? —sugiere la chica de la inmobiliaria.

—Sí, perfecto.

Cuelgo y respiro hondo. Por suerte no tengo ningún vuelo programado hasta la semana que viene, así que tengo tiempo para zanjar este asunto.

¿Qué tiene Estrella que es capaz de dejarme en este estado? No lo entiendo, voy a volverme loco.

Busco en mi agenda el contacto de alguno de mis polvos. Alicia es una de las primeras en aparecerme, pero es azafata también, no creo que sea buena idea acostarme con alguien de la compañía para que se corra la voz de que ya no estoy con Estrella, apuesto que dirán que es porque yo la he engañado. Si soy sincero, lo prefiero.

Belén es otra de mis viejas amigas, pero era demasiado paradita en la cama, me apetece algo más cañero. Sigo buscando y todas tienen un pero. No encuentro una sola que me convenza. ¿Será así siempre? Acaso no voy a encontrar una mujer que me satisfaga en la cama como Estrella. La sola imagen de su cuerpo desnudo tiene un efecto brutal sobre el mío.

Han pasado casi veinticuatro horas de lo sucedido y Estrella no me ha llamado. Al menos podría haberme ofrecido una disculpa, un cómo estás, algo...

Llego a la «D» en mi agenda y me acuerdo de Dámaris, le iba la marcha. Aún recuerdo aquel trío. Sí, es justo lo que necesito.

Le escribo un mensaje.

¿Qué tal estás?,
¿te apetece montártelo esta noche con dos?

Directo y sin rodeos. Entre nosotros no hacen falta demasiados formalismos. Siempre ha sido así. Quedar para follar, como debería haber sido con todas. El compromiso solo trae problemas. A las mujeres hay que tratarlas así, con cierta indiferencia. Como si fuesen objetos sexuales, si se les da demasiado cariño se vienen arriba y se aprovechan de ti.

Umm, suena bien, pero hoy no puedo.
¿Mañana?

Mañana está bien. ¿Tienes al tercero?

Sí, tengo un buen fichaje que está deseando hacer un trío.

Perfecto. ¿A qué hora mañana?

¿Sobre las ocho?

Vale.
Te paso la dirección de mi casa.
Nos vemos mañana.

Odio esperar. Sobre todo cuando tengo un calentón de la hostia. Son las ocho menos cinco de la tarde y ya llevo dos copas de bourbon encima. Dámaris debe estar a punto de llegar. Estoy deseando follármela en esta casa y borrar el recuerdo de Estrella antes de irme de aquí para siempre.

Una hora más tarde estoy disfrutando viendo como Dámaris le come la polla a Rubén. Ella está tumbada en la cama completamente desnuda. Él está de pie introduciéndole su miembro en la boca. Deslizo mis manos por sus muslos y le abro las piernas dejando su vagina a la vista. Rubén mira con deseo la escena. Introduzco un dedo en su sexo y suelta un gemido que Rubén silencia metiéndole su erección hasta la garganta.

Encendido, comienzo a jugar con su clítoris. Ella tiembla. Siento cómo su vagina se contrae y se humedece cada vez más.

Me recreo. Meto varios dedos, los saco, repito el proceso despacio. Dámaris se vuelve loca.

Rozo mi polla por su mojada entrepierna. Me pongo un preservativo y me adentro en ella. Solo un poco, entro y salgo. Sé que me quiere completamente dentro, pero me deleito en este juego.

Ella comienza a acariciarse el clítoris con los dedos. Está muy juguetona hoy y eso me pone a mil. Rubén la detiene y le agarra las manos sin dejar de follarle la boca.

—Te voy a follar bien duro. ¿Quieres? —pregunto.

Ella afirma, pero tiene la boca llena y no vocaliza.

—No te escucho. Dilo más fuerte —insisto.

—Sí —balbucea.

De una estocada me introduzco en ella y noto cómo su cuerpo me acoge.

Acelero el ritmo. Un calor me recorre todo el cuerpo. Quiero más, necesito más. La potencia toma el control de mis caderas. Ella jadea, oigo su respiración agitada y me enciendo más aún.

El corazón me bombea con fuerza. La penetro sin piedad y ella grita. Me detengo cuando estoy a punto de correrme. Rubén se pone en mi lugar. Le da vuelta y la pone boca abajo.

Me quito el preservativo y le meto mi dura erección en la boca. Percibo la suavidad de su lengua, su saliva alrededor de mi glande y un grácil cosquilleo que me pone a mil.

Rubén juega con su culo. Ella se deja. No puedo apartar la mirada de la escena. Me pongo muy malo.

Él, vierte un chorreón de lubricante sobre su trasero y muy despacio se adentra en ella. Poco a poco ahonda. Sus movimientos se vuelven cada vez más intensos.

—Te vamos a follar los dos —susurro.

Me tumbo en la cama boca arriba y espero a que ella se sienta sobre mí.

—Fóllatelo a él —dice Dámaris sacándome por completo del momento.

Rubén se pone a cuatro patas sobre la cama y deja su trasero a la vista. Lo lleva depilado y lo tiene firme y bronceado. Nunca me he follado a un tío. No es algo que me haya planteado antes, pero confieso que aún la tengo dura y no se me baja al barajar la posibilidad de metérsela.

—Prefiero follarte a ti —digo por fin.

Ella se sienta encima de mí. Rubén se coloca detrás de ella también encima de mí. Los pechos de Dámaris botan en mi cara. Muerdo sus pezones, masajeo sus pechos.

El morbo se apodera de mí. Jugamos. Disfrutamos. Introduzco mi erección en su vagina, luego en su culo. Llega un momento en el que no sé si se la estoy metiendo a ella o a él. Tampoco lo pienso. Solo me dejo llevar por el momento, me aferro a sus pechos.

El sonido de nuestros cuerpos chocando. Los gritos, el olor a sexo... Pierdo el control y me corro. Rubén continúa follándosela y juntos llegan al clímax.

Agotado, me levanto y voy directo al baño.

—Serviros algo de beber si queréis —digo antes de cerrar la puerta y meterme en la ducha.

El agua caliente limpia los restos que la lujuria ha dejado.

*

Despierto sobresaltado en mitad de la noche. Miro a mi alrededor, la habitación está sumida en una soledad escalofriante. Un vacío lo inunda todo. Pensé que el trío con Dámaris borraría las huellas que Estrella dejó en esta casa, pero me equivoqué, lo único que ha hecho es aumentar la sensación de vacío.

Miro el lado de la cama que ella solía ocupar. Su ausencia me duele. Apenas son las seis de la mañana. Me levanto y voy a la cocina a por un vaso de agua.

Sé que ya no voy a poder conciliar el sueño, los pensamientos no me van a dejar. Así que me pongo un chándal y salgo a correr por El Retiro.

Esta carrera matinal me alivia y llena de energía. Las miradas de los transeúntes también influyen. Cuando salgo a correr con este chándal, tanto mujeres como hombres me miran el paquete; algunos, con muy poco disimulo. Me gusta, no voy a negarlo.

Todo se torna turbio en cuanto regreso a casa y los recuerdos arremeten contra mí. La veo desnuda paseándose por el salón, cubierta únicamente por su rubia y larga melena. Escucho sus súplicas para que me la follara en la cocina, en el sofá, en el baño, en la cama... Estremezco solo de pensar en volver a estar dentro de ella. ¿Qué me ha hecho?

Me pego una ducha y como no tengo nada mejor que hacer, me voy al hotel en el que se está celebrando el proceso de selección de nuevas tripulantes de cabina de pasajeros. Pronto se prevé mi nombramiento como jefe de pilotos y quiero ser conocedor del proceso de reclutamiento que se sigue en la compañía. He quedado con Karina, una de las entrevistadoras, además de una vieja... amiga y sobrecargo en la compañía. Ella me va a contar con detalle las diferentes fases del proceso.

Presencio algunas entrevistas y me sorprende lo preparadas que están la mayoría de las candidatas.

Karina y yo comemos juntos en un restaurante cercano. Luego, la acompaño de nuevo al hotel para que ella continúe con el proceso toda la tarde. Nos despedimos en el hall con dos besos.

Aprovecho para ir al baño. Cuando salgo, antes de llegar a la recepción, me choco con una chica y le tiro su café encima.

—Lo siento —me disculpo de inmediato.

La tela blanca de su camisa, ahora mojada, se adhiere a la piel de sus voluminosos pechos dejando poco lugar a la imaginación.

—¿Por qué no tienes más cuidado y miras por dónde vas? —dice alterada.

La observo pasmado.

—Deja que te ayude.

—¿Sabes cuánto me ha costado este conjunto? —Me lanza una mirada fulminante que me cautiva. ¡Qué carácter! ¿Será capaz de pegarme un guantazo? Me pierdo unos instantes en su mirada. Luego, mis ojos recorren sus curvas.

Percibo su respiración entrecortada, está nerviosa, enfadada, alterada. Sin embargo, no siento que ejerza sobre ella ese poder que suelo ejercer sobre las mujeres con solo mirarlas. No sé qué hacer para darle una buena impresión.

—Te compraré un conjunto nuevo —acierto a decir.

Ella, lejos de darme las gracias me mira con incredulidad. Tras ello, se va sin decir nada. No

doy crédito. Nunca una mujer me había mirado así, parece que mis encantos no han funcionado con ella. Será que estoy perdiendo práctica. ¿Me estaré haciendo mayor? Se ve una chica muy joven, puede que ya no pueda aspirar a estar con chicas de su edad.

Sorprendido, la miro mientras se aleja. Sin duda, tiene unas curvas exuberantes. Se encierra en el baño. Me planteo ir tras su cuerpo tentador, pero su actitud ha conseguido amilanarme. ¡A mí!

Enfadado conmigo mismo por no haber conseguido impresionarla, salgo del hotel y voy hasta mi coche.

Me pregunto por qué ha despertado de esta forma mi interés, y por qué no ha caído rendida a mis encantos como a mí me gustaría. Espero que volvamos a vernos y acabe rogándome que la folle. ¿Por qué no iba a hacerlo?

A la mañana siguiente, voy a las oficinas. Quiero ver si consigo averiguar algo de ese tal Gregorio. Más le vale no estar haciéndole perder el tiempo a mi hermana.

Suelo venir poco por aquí, solo para alguna reunión puntual de departamento, para el curso de refresco semestral o para firmar algún que otro documento.

Voy al departamento de Crew Control y busco a José, un buen amigo. Le cuento que ya no estoy con Estrella, sin dar detalles, y le pido que por favor no la ponga en ninguna de mis tripulaciones.

—Tranquilo, Víctor. No volveréis a coincidir.

—Gracias, tío.

—Es que mira que te lo dije, que esa tía no tenía buena fama en la compañía, antes de ti hubo otros.

—Yo tampoco tengo buena fama por mujeriego.

—Es diferente, ella quería a toda costa que la hicieran fija y tú has sido el tonto de turno que ha dado la cara por ella con los directivos.

No digo nada. José tiene razón y eso me hace quedar de calzonazos.

—Si puedes putearla un poco con los vuelos... Tú sabes. —Y le doy una palmadita en el hombro.

—No te preocupes, ahora hay una operativa a Caracas con descanso mínimo. Le va a venir muy bien para esos humos que tiene.

—Eso. —Sonríe—. Otra cosa, ¿te suena Gregorio, que también es piloto?

—Sí, claro. Cuéntame.

—¿Qué vuelos está haciendo ahora?

—Ninguno. Está volando poco.

—¿Y eso? —curioso.

—Pidió que este mes le programáramos lo mínimo esencial, al parecer se va a comprar una casa y necesita estar aquí en Madrid para gestionarlo todo.

Así que es verdad que se va a comprar una casa.

Durante un momento dudo si preguntarle algo más al respecto, pero finalmente concluyo que no le voy a sacar mucha más información, así le doy la mano a mi colega y me despido de él.

Aprovecho para ir a ver Ricardo Arenas, el director general de la compañía. Quiero saber si ya se saben las fechas exactas para el nombramiento de mi cargo.

Nos sumergimos en una conversación de trabajo y antes de irme, con disimulo, le pregunto:

—¿Se sabe ya cuando se producirá mi nombramiento como jefe de pilotos?

—Sí, en la fiesta de Navidad. —Sonríe.

—¿Delante de todos los asistentes? —pregunto sorprendido.

No es que no me guste la idea, es que no me esperaba tanto protagonismo.

—Sí. Vas a tener tu merecido momento de gloria.

Ambos reímos. Salimos del despacho y nos dirigimos a la cafetería.

Por la tarde quedo con mi hermana para ir al Prado de Somosaguas a ver la casa de la que me habló.

Tal y como me temía, el chalet no es de mi agrado, demasiado caro y además habría que sumarle

unos cuantos miles de euros para la construcción de la piscina.

—Por cierto, lo único que he conseguido averiguar de Gregorio es que sí está realmente interesado en comprar una casa, porque ha pedido la programación mínima para poder estar este mes aquí en Madrid y ver propiedades.

—Suficiente, con eso ya sé que no me está haciendo perder el tiempo y que está trabajando con otras agencias, porque conmigo solo ha visto dos propiedades de momento.

—Pues me alegro de que te haya sido de ayuda.

—¿Al final mañana vas a Sevilla? —pregunta mi hermana.

—Sí, dejaré el piso y me iré directo a casa de papá, luego me traeré lo indispensable y me quedaré en el hotel de siempre.

—Ya sabes que en mi casa te puedes quedar cuando quieras y puedes dejar las cosas.

—Lo sé, pero prefiero mi independencia y en el hotel me tratan muy bien.

—Con la fortuna que les dejas como para que no te traten bien.

Salimos del inmueble y antes de despedirnos para montarnos cada uno en su coche, le pregunto:

—¿Necesitas que te traiga algo de casa?

Ella me responde con otra pregunta.

—¿Irás a ver a mamá?

No respondo.

Entro en mi coche y cierro la puerta.

5

Al día siguiente por la mañana, después de haber pasado una mala noche, tengo todas mis pertenencias guardadas en dos cajas grandes y dos maletas. Las llevo al coche y luego quedo con la chica de la inmobiliaria. Firmo unos documentos y le entrego las llaves del piso. Tras ello, me voy directo a Sevilla a dejar las cosas en casa de mi padre y pasar el fin de semana allí.

El camino se me hace algo pesado, tengo sueño, no he descansado bien. Paro en un restaurante de carretera a comer algo y tomarme un café.

Llego a Sevilla sobre las cuatro de la tarde. Entrar con el coche en el casco antiguo es una odisea, pero mi padre vive en pleno barrio Santa Cruz y prefiero aparcar en el garaje familiar.

Mientras la puerta del garaje se abre, contemplo con nostalgia el gran portón de madera antigua. La fachada de la casa está como siempre. No ha cambiado nada desde que mi madre se fue. No es que haya fallecido, es que se divorció de mi padre para irse con otro. Algo que aún no he podido perdonarle. No por el hecho de que lo dejara, sino por hacerlo cuando él aún no estaba recuperado por completo de su cáncer de colon.

Entiendo que mi padre es insoportable en estado normal y que eso se intensificó cuando estuvo enfermo, porque él nunca ha sufrido ninguna dolencia, pero de ahí a dejarle cuando más le necesitaba... Me decepcionó mucho, porque ella debía haber estado a su lado en las malas. Podría haber esperado a que él se recuperara por completo para dejarle. Qué menos después de que él se ha pasado toda la vida trabajando para que no nos falte de nada. Es cierto que mi padre pasaba poco tiempo en casa, era un adicto al trabajo. Valoraba su puesto como ingeniero aeronáutico en Airbus más que nada en el mundo.

—Hijo, ¿dónde vas con todas esas cosas?

—Hola, papá. Yo también me alegro de verte —digo con ironía mientras saco las enormes cajas del maletero.

—Espera, te ayudo.

—No, no. Puedo solo.

Aunque parece bastante recuperado no puede hacer esfuerzos. Le tuvieron que cortar un trozo de intestino durante la operación y apenas ha pasado un año y medio.

—¿Te vuelves aquí? —pregunta extrañado.

—Más o menos. Voy a comenzar a quedarme en Madrid solo durante las imaginarias. Ya sabes, los días que tenga que estar de guardia. Los días libres y las reservas las pasaré aquí.

No dice nada, pero en su rostro se dibuja una sonrisa.

Entro en la casa por el largo pasillo que da al patio, este poco tiene que ver ya con lo que solía ser. La mayoría de macetas ya no están y las pocas que quedan están a punto de secarse.

Dejo las cajas junto a la escalera. Miro la barandilla de hierro forjado color negro, a juego con la reja de la puerta de entrada al patio, y me percató de lo sucia que está.

—¿No ha venido Rosa? —pregunto.

Rosa es la chica de la limpieza que contraté para ayudar a mi padre con las cosas de casa.

—Sí, le toca mañana. Viene un día por semana.

—Le diré que empiece a venir dos veces por semana.

Él no dice nada.

Voy a la cocina para prepararme un café. Junto a un frutero veo un paquete de tabaco.

—¿Y esto? —pregunto enseñándole el paquete de tabaco a mi padre que está viendo la televisión.

—Será de Rosa.

—Rosa no fuma —afirmo—. No habrás empezado a fumar otra vez, ¿no?

No responde.

—Ya sabes lo que te dijo el médico.

—De algo hay que morirse, hijo.

No sé qué decirle, quiero sermonearle, pero no servirá de nada, es cabezota y va a seguir haciendo lo que le dé la gana.

Regreso a la cocina y mientras espero a que la cafetera termine de preparar el café. Reparo en la jaula vacía de Fantasy, que está encima de la nevera. El día que lo encontré, ni mi hermana ni yo sabíamos que era un agapornis. Fue semanas más tarde, cuando el color del plumaje de su corta cola se tornó verde y anaranjado por la cabeza.

El hallazgo de aquel pájaro nos unió mucho a mi hermana y a mí y fue gracias a mi padre que pudimos acogerlo en casa, porque mi madre se opuso rotundamente.

Mireia sufrió mucho cuando años más tarde Fantasy, nombre que ella le puso, se murió. Recuerdo que aquel día mi madre hizo un comentario muy feo, parecía contenta de que por fin el pájaro hubiese muerto, porque estaba harta de limpiar los restos de comida que caían alrededor de la jaula.

Sirvo el café en una taza y salgo a la terraza, desde donde se puede contemplar La Giralda y donde solíamos cenar en familia en las noches de verano.

Entro de nuevo y me siento a ver la televisión con mi padre. Pasamos la tarde hablando de mis últimos viajes, de la situación actual del mundo de la aviación, de mi inminente nombramiento como jefe de pilotos en la compañía y de los problemas en los motores que está dando el último modelo de Boing.

Al día siguiente quedo con mis amigos para comer. Vamos a Mariatrifulca y luego tomamos unas copas por Paseo Colón.

Mi teléfono comienza a vibrar. Lo saco del bolsillo derecho de mis vaqueros.

Es mi hermana.

—Dime, Mireia.

—¿Todo bien por allí?

—Sí, ¿por? —pregunto extrañado.

—¿Has ido a ver a mamá?

—No.

—¿Cuándo piensas perdonarla? Ella te quiere, te echa de menos.

Oír eso me irrita, pero no quiero enzarzarme en una absurda discusión con mi hermana.

—¿Algo más? —resoplo.

—Víctor, por favor. Deberías ir, no puedes seguir así, es tu madre. No ha matado a nadie, enamorarse no es ningún crimen.

—Pero sí lo es dejar a tu marido cuando más te necesita. Cuando se casó, juró que estaría en las buenas y en las malas, mientras él le ha dado una vida llena de lujos todo ha ido bien, pero en cuanto...

—No digas eso —me interrumpe ella—. ¡Eres un egoísta! —mi hermana alza la voz al otro lado del teléfono—. Siempre pensando en ti. ¿Has pensado cómo lo pasó mamá?

—¿Egoísta yo? Egoísta ella que antepuso su vida amorosa a la enfermedad de nuestro padre. ¿Qué razón es esa para engañar a una persona que está saliendo de un cáncer?

—¿Estás siendo muy duro! ¿Le has preguntado alguna vez por qué lo hizo?

—No necesito preguntárselo.

—Algún día te arrepentirás de no haber hablado antes con ella. Él la quería dejar ir.

—La dejó ir porque no paraba de quejarse todo el putito día, por eso la quería dejar ir.

—No tienes ni idea de lo que pasó.

—¿Y según tú qué fue lo que pasó?

—Se lo tendrás que preguntar a ella.

—No voy a escuchar más tonterías, ya se me ha agotado la paciencia. Tengo que dejarte —cuelgo.

Doy un trago a mi copa y mis colegas hacen como que no se han percatado de la conversación, algo que agradezco.

Seguimos bebiendo y riendo. Trato de no pensar en mi hermana y en sus palabras.

Un grupo de chicas nos mira.

¡Qué buenas están las andaluzas!

Mis colegas y yo cogemos nuestras copas y nos acercamos a ellas.

De los cuatro, solo dos acabamos follando esa noche.

El fin de semana se resume en salidas con los cole---gas, sexo esporádico y pasar la resaca viendo la televisión con mi padre.

El lunes por la mañana antes de regresar a Madrid, acomodo el contenido de las cajas en mi habitación y vuelvo a hacer las maletas con lo que me voy a llevar esta vez.

Contemplo la colección de maquetas de aviones que hay sobre la estantería y que construí con la ayuda de mi padre cuando era pequeño. Un sentimiento de nostalgia me sobrecoge.

—¿Te acuerdas cuando nos poníamos los domingos por la tarde a montarlas? —él aparece junto al marco de la puerta.

—Sí. —Cojo una de las maquetas y contemplo las grietas.

Recuerdo que tiré este avión contra el suelo un día que mis padres tuvieron una pelea y luego me inventé que se había caído.

—Tu madre siempre nos preparaba algo dulce mientras nos poníamos a montarlas. La casa olía como una pastelería.

—Sí, son recuerdos bonitos hasta que la veo a ella. No sé cómo puedes recordarla con añoranza después de lo que te hizo.

—Hijo, después de todo, es tu madre y la culpa de lo que ocurrió no fue solo suya. Ha habido más momentos difíciles en nuestras vidas y tu madre siempre estuvo ahí.

—¿La defiendes? —Aprieto con fuerza los puños.

—No la defiendo, pero tienes que quedarte con todas las cosas buenas que nos ha dado, los olores, los abrazos que le dabas al llegar del cole...

Se escucha un fuerte golpe y hasta que no pasan unos segundos no me percaté de que ha sido el puñetazo que le he dado al escritorio de madera lo que ha provocado semejante estruendo.

—Ay, hijo. Tienes que dejar ir esa rabia, ese rencor y pasar página o no serás feliz nunca.

—Yo ya pasé página —afirmo con la voz rota.

—Tú y tu hermana sois lo mejor de mi vida, y eso se lo agradeceré siempre a tu madre.

—Te dejó cuando más la necesitabas. Eso no se puede perdonar.

—Yo ya la he perdonado. Prefiero olvidar a vivir una vida repleta de rencor, ¿cuándo vas a

hacerlo tú?

—Yo... no puedo, no puedo olvidar.

—¿Por qué no puedes? Es tu madre, te dio la vida.

—Y casi me la quita al dejarte solo a ti cuando... —las palabras no me salen.

—Ella te sigue queriendo y lo hará siempre —me interrumpe mi padre.

—¿Y si tanto me quiere por qué no me llama?

—Porque se cansó de hacerlo y sabe que no le vas a responder. ¿Si te llama le cogerás el teléfono?

—No.

—Hazlo por mí —suplica.

—No puedo prometértelo.

—Dime que al menos intentarás escucharla.

—Solo con una condición.

—Lo que sea.

—Que dejes de fumar.

6

Esa tarde, a última hora llego a Madrid. Me alojo en un hotel de cinco estrellas cercano al aeropuerto, el mismo en el que solía quedarme antes de irme a vivir con Estrella.

Al día siguiente me despierto temprano. Voy al gimnasio del hotel un rato. Tras ello, me pego una ducha y bajo al restaurante a desayunar. Luego quedo con mi hermana para ir a ver otro chalet. Al principio el ambiente entre nosotros está algo cargado, pero la tensión se va disipando mientras me enseña la propiedad, que para nada es como me la había imaginado.

—Mira el jardín, aquí podrías hacer unas fiestas increíbles.

—No lo sé, no lo veo claro —digo decepcionado con la finca.

—¿El qué no ves claro? —pregunta mi hermana.

—Que esto no es lo que hablamos, esta casa no se parece en nada a la que perdimos.

—Es que tienes que olvidarte de esa casa, no pretendas encontrar otra igual, porque no hay dos iguales. Tienes que abrir la mente. Esta casa sigue la misma línea minimalista, con techos altos...

—No me gusta —la interrumpo—. Y te voy a pedir, por favor, que no me enseñes más casas si estas no cumplen con todos los requisitos que te pedí. Ya sabes lo que quiero y no es esto.

Mireia me mira con cara de circunstancias, pero no dice nada.

Por la tarde, mientras estoy en la habitación del hotel, recibo una llamada de Estrella. Se me acelera el pulso.

—¿Sí?

—¿Cómo te atreves a hacerme esto? —grita ella al otro lado.

—¿De qué estás hablando? —pregunto confuso.

—No te hagas el loco, sabes perfectamente a lo que me refiero. ¡¡¡No voy a permitir que interfieras en mi trabajo!!!

—Ahora no te interesa que interfiera, pero para que te programaran los mejores destinos y te hicieran fija sí. ¡Qué descaró el tuyo!

—Te voy a decir una cosa, como no me quiten estos vuelos de mierda a Caracas te vas a arrepentir —dice alterada.

—¿Me estás amenazando?

—Es una advertencia, tú verás lo que haces. —Cuelga.

No doy crédito a la desfachatez de esta mujer. ¡Qué decepción! Y yo que pensaba que me llamaba para disculparse por lo zorra que es.

Me toco el pelo desesperado. Estoy cabreadísimo. Necesito tranquilizarme. Doy vueltas por la habitación. Cojo el teléfono, lo vuelvo a dejar sobre la mesa. Controlo mi respiración. Abro la ventana. Finalmente vuelvo a coger el móvil y llamo a Ricardo Arenas, director general de la compañía. Cuelgo antes del primer tono. Llamo a José de Crew Control.

—¿Qué pasa tío? —responde.

—¿Recuerdas lo que hablamos de Estrella?

—Sí, le hemos programado la operativa que te comenté.

—Genial, asegúrate de que no se la quiten bajo ningún concepto y para el mes que viene vuélvele a programar lo peor que tengáis. ¿No quería trabajar? Pues a trabajar.

—Se le van a quitar las ganas de ser azafata. —Ríe.

—Está muy mal acostumbrada —afirmo irritado.

—Demasiado.

—Por cierto, te acabo de programar el curso de refresco para la semana que viene. Ahora no hay vuelos y como te toca pronto he preferido programártelo ya, te llegarán los cambios ahora.

—Perfecto, ¿qué día empieza?

—El lunes.

El sábado me levanto por la mañana temprano y salgo a correr por el parque Juan Carlos I al ritmo de Kream, que suena en mis oídos.

Por la tarde, salgo a tomar algo con David, un piloto con el que me llevo bastante bien. Aquí en Madrid me ha resultado complicado hacer amigos, mi ritmo de trabajo no me permite hacer mucha vida en la ciudad o crear vínculos y con compañeros resulta complicado coincidir, pues cuando yo estoy aquí ellos vuelan y viceversa.

Tomamos algo por la Castellana, una de las zonas más top de la ciudad, y luego vamos a Opium, una discoteca vanguardista con un diseño moderno, donde hemos reservado una de las zonas VIP con varias botellas.

Los reservados aquí son espacios privados, cómodos y con buenas vistas a las zonas que rodean la pista principal para poder ver el material.

Invitamos a un grupo de chicas guapas a entrar y al final de la velada acabo en mi hotel con una rubia despampanante de la que solo recuerdo lo bien que la comía.

El lunes por la mañana, tras pasar un fin de semana de fiesta, sexo y resaca, voy a las oficinas de la compañía. El edificio está plagado de chicas jóvenes y guapas. Capto todas las miradas que me echan, aunque disimulo. La aerolínea ha abierto convocatoria y están en pleno proceso de selección e impartiendo los cursos. Dios, me gustan todas. Aunque luego, tras cruzar un par de palabras pocas siguen haciéndolo. Me gustan atrevidas en la cama, sin límites y decididas. Soy consciente de lo que despierto en ellas. Todas quieren que las empotere. Todas quieren ser mi polvo de esta noche.

Nunca he conocido a una chica que me haya dicho que no. Quizá mi hermana tenga razón y por eso me obsesioné con Estrella, porque al principio se hacía la difícil, y que es una diosa en la cama. Pero tengo que reconocer que cada día que paso sin ella estoy mejor, es una mujer muy tóxica. Además, desde que he vuelto a recuperar mi activa vida sexual me siento mucho mejor.

A media mañana, cansado de repetir los mismos conocimientos cada seis meses, voy a por un café para no dormirme. La máquina está fuera de servicio. Bajo a la segunda planta.

Me acerco a la máquina de café, selecciono la bebida y espero. En ello estoy cuando veo a lo lejos a Andrea acercarse. Se trata de una azafata con la que me he acostado un par de veces.

Ella me ve y sonrío.

Llega a mi lado y me saluda. ¡Joder, menudo escote!

—Hola, Víctor —dice con voz provocativa.

—Hola, Andrea.

—¿Y eso tú por aquí?

—Tengo curso, ¿tú?

—También. —Pone su mano en mi brazo—. ¿Qué haces luego?

—Aún no lo sé —confieso.

—¿Te apetece quedar?

—Es que...

—Para jugar. —Me interrumpe y se muerde el labio.

Desliza su mano por mi brazo. Uf, me está poniendo malo con estas insinuaciones.

La máquina me avisa de que la bebida ya está lista. Con cuidado cojo el café.

—Está bien, ¿a qué hora terminas?

—Sobre las ocho.

—Escríbeme.

—Lo haré. —Me da un beso en la mejilla y se aleja.

Me dirijo al ascensor y espero a que llegue. Las puertas se abren. En su interior me encuentro con un rostro femenino familiar. Le miro el escote y pronto recuerdo esa camisa blanca, es la misma que se pegó a la piel de sus pechos cuando le vertí el café por accidente. La mancha ha desaparecido y la tela ya no deja entrever esos deliciosos pechos.

Por un momento tengo la sensación de que me va a dar una bofetada por mirarla con este descaro.

Sale del ascensor y yo aprovecho para entrar. Se gira hacia mí y me fulmina con la mirada. Pienso en invitarla a tomar algo. Esta mujer me produce mucha curiosidad.

Céntrate, Víctor.

—Veo que ha conseguido quitar la mancha de café. Me alegro.

No puedo esperar a su respuesta porque las malditas puertas del ascensor se cierran y ella desaparece al tiempo que subo a la quinta planta.

¿Qué ha sido eso? Esa adrenalina... Quiero a esta chica en mi cama.

Subo a la quinta planta y antes de entrar en la sala y continuar con el curso me voy al departamento de Recursos Humanos.

Busco a Carmen y le pido en confianza que me deje ver la base de datos de las nuevas azafatas.

—Estos son los expedientes. —Señala tres cajas repletas de documentos.

—¿¿¿Todo eso???

—Sí, casi doscientas nuevas contrataciones.

—¿Están separadas? Solo quiero las de las chicas que están haciendo ahora mismo el curso de conversión.

—Esas están ahí —señala la primera caja.

Uno por uno los reviso todos. Las fotos son tan parecidas que tengo que detenerme varios segundos en cada una de ellas. Finalmente reconozco la foto de su ficha: Ana Suárez, veintiséis años.

Chequeo: Suarez.

Lugar de residencia: Puente Vallecas.

Vaya, una zona chunga para vivir. Más le vale buscarse un piso más cerca del aeropuerto.

—Gracias, Carmen. —Dejo la caja con los expedientes en el mismo lugar.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —Me sonrío.

—Sí. —Le guiño un ojo y me voy.

A las seis de la tarde termino el curso y me voy directo al hotel.

Por la noche, estoy tumbado en la cama cuando recibo un mensaje de Andrea. Ya se me había olvidado que habíamos quedado.

¿Dónde nos vemos?

Estoy un poco perezoso como para salir, aunque ganas de sexo hay siempre. Si ella viene, estaré encantado de recibirla.

En mi hotel. ¿Te parece?

Perfecto.

Dime en cuál te estás quedando y el número de habitación.

Una hora más tarde, llaman al teléfono de mi habitación y me informan de que tengo una visita. Le indico a la recepcionista que la haga subir.

Andrea llama a la puerta de mi habitación, abro y la invito a pasar. Luce un vestido negro ajustado y su larga y oscura melena suelta y lisa.

—¿Quieres tomar algo? —ofrezco.

Ella niega con la cabeza y se acerca a mí.

Me mira...

Nos tentamos...

Introduzco mi mano por debajo de su vestido negro y veo que no lleva ropa interior. Se me pone dura al sentir su humedad.

Ella se muerde el labio.

Con sensualidad, restriego mis dedos por su entrepierna. Tras ello, los llevo a su boca. Ella los chupa.

¡Uf, me está poniendo malo con esa mirada!

La toco, la provocho, nos excitamos...

Se lanza sobre mí y me besa. Mete su lengua hasta mi garganta. Se arrodilla y me desabrocha el pantalón. Viene con ganas de mí.

Por encima de la ropa interior comienza a darme ligeros mordiscos en la polla.

Me quita la ropa interior. Se le abre la boca al mirar mi miembro erecto frente a su cara. Me mira a los ojos con deseo, luego a mi entrepierna otra vez. Se la mete en la boca y me la chupa con fuerza. El calor y la humedad lo inundan todo.

Le agarro la cabeza y comienzo a follarle la boca.

¡Qué placer!

Andrea me tortura con su lengua, sabe muy bien lo que hace.

Cierro los ojos y disfruto de la felación. Tan bien lo hace que en dos ocasiones casi llego al orgasmo, pero ella sabe cuando parar para que eso no suceda.

Se incorpora y con el dorso de la mano se limpia los restos de babas que le caen por la comisura de sus labios.

—Ahora sí me apetece algo de beber —dice con una sonrisa.

Vestido únicamente con la parte de arriba me giro para buscar algo del minibar. Ella me da un cachetazo en la nalga. La miro y me río. ¡Qué juguetona!

—¿Gin--tonic? —pregunto enseñándole una botellita pequeña de Bombay Sapphire.

Ella asiente con la cabeza mientras se desnuda frente a mí.

La observo con deleite. Me pone mucho ver cómo una mujer se quita la ropa con sensualidad y seguridad.

Cuando está completamente desnuda se sienta en el borde de la cama con las piernas abiertas.

Le ofrezco la copa y ella le da un sorbo. Entrelaza los dedos de su mano izquierda en mis cabellos y dirige mi cabeza hasta su entrepierna. Me arrodillo ante ella. No es algo que haga ante cualquier mujer, prefiero que sean ellas las que estén a mi servicio, pero Andrea me pone demasiado.

Jugueteo con su clítoris y le doy toquecitos con la lengua mientras ella gime y se bebe la copa.

Cuando está empapada, me coloco un preservativo y la empalo.

Disfrutamos...

Jugamos...

Gemimos...

Follamos hasta que nuestros cuerpos tiemblan y el clímax nos alcanza.

Sin besos, ella se viste y se va.

Caigo exhausto.

A la mañana siguiente, cuando me levanto y miro el móvil tengo dos mensajes de Andrea.

Me he dejado uno de los pendientes en tu habitación.

Se trata de una argolla de oro. ¿Podrías llevármela a las oficinas si vas?

Un poco adormilado aún, busco entre el desorden el dichoso pendiente hasta que doy con él. Como hoy tengo el curso de CRM con las nuevas TCPs (Tripulantes de Cabina de Pasajeros) no me importa llevárselo.

Sí, hoy tengo que ir,
lo dejo a tu nombre en la recepción.

Buenos días, muchas gracias.
La próxima vez podríamos hacer algo diferente, ¿no?

¿Diferente?
¿Es que te pareció poco lo de anoche?
Cuéntame qué tienes en mente.

Igual quiere probar algún tipo de fantasía.

Me refería a que podríamos salir a cenar, tomar algo, charlar...

Sin responder, bloqueo la pantalla del móvil y tomo nota mental para no volver a escribirle a Andrea para follar. Odio que me exijan más de lo que estoy dispuesto a dar. Tengo muchas mujeres que no quieren más que un buen polvo, no tengo necesidad de complicarme.

*

Cuando llego a las oficinas, después de dejar la bolsita con el pendiente en recepción a nombre de Andrea, entro en la clase y tomo asiento en la segunda fila junto a otros dos pilotos.

Pienso en Ana y me pregunto si estará en esta misma clase, me gustaría poder hablar con esa chica, tiene algo que me cautiva. Justo en ese momento entra por la puerta del aula.

¡Dios, es bellísima!

Lleva puesto un pantalón negro muy ajustado y una americana de tipo esmoquin que marca su estrecha cintura. Me encantan las mujeres con tacones. Por un momento me la imagino en mi habitación en lencería y con esos tacones negros.

Me mira. Se ha ruborizado al verme. Abre los ojos, como si no supiera por qué estoy aquí. Esa mirada celestial me hipnotiza. Me pierdo en el verdor de su iris.

No sé por qué se me viene la mente la imagen de su camisa manchada de café y la piel de sus pechos transparentándose. Me imagino desabrochándole los botones de esa camisa y dejando sus voluminosos pechos al descubierto.

—Buenos días —dice al pasar por mi lado sacándome de mi fantasía.

—Buenos días, Ana —respondo con una sonrisa.

Mierda, se me ha escapado su nombre. Esto me pasa por andar pensando en lo que no debo. Ella frunce el ceño, como si no entendiera por qué sé su nombre. Espero que no se detenga a preguntármelo. No sé qué le voy a decir. Creo que no le ha gustado que yo sepa ese dato.

Quiero girarme para ver junto a quién se sienta, pero no puedo hacer eso. No quiero comportarme como un quinceañero. A mí no me va ese tipo de flirteo. Yo voy al grano y ella no tiene pinta de ser de las que quedan solo para follar, pero quizá cuando termine la clase podemos

entablar conversación e invitarla a pasar una noche conmigo, así salgo de dudas.

Uno de los directivos entra y explica algunas cuestiones básicas a las nuevas tripulantes. Cuando termina, nos informa de que la clase de CRM se ha cambiado, así que lo pilotos abandonamos el aula. ¡Mierda!

Antes de salir tengo la tentación de mirarla.

¡No, no lo hagas Víctor!

Consigo contenerme y salir de la clase sin echar un último vistazo a esa hermosura. Respiro hondo y al exhalar, trato de expulsar su imagen de mi mente, pero no lo consigo, esos ojos verdes siguen mirándome penetrantes.

El resto del día lo paso centrado en el curso. A las seis de la tarde termino y me voy al hotel. Al llegar, me cambio y bajo al gimnasio. Recibo un mensaje. Al ver quién lo envía, me hierve la sangre. Me molesta recibir mensajes de ella. ¡Me fastidia! No quiero volver a saber nada de ella.

Cariño, cómo estás? te echo mucho de menos. necesito que me hagas un favor. tienes que pedir que me quiten estos vuelos a caracas, estoy agotada. es horrible, temo por mi vida cada vez que nos recogen en el aeropuerto para llevarnos al hotel y encima no podemos salir. voy a volverme loca.

Lo leo y no doy crédito al descaro de esta mujer, así que ahora me llama cariño y me echa de menos.

Sigue sin usar la mayúscula en sus mensajes, lo cual denota lo ocupada que está siempre con sus cosas.

Estrella, lo siento mucho,
pero yo ahí no puedo hacer nada,
no puedo interferir en tu programación.

Claro que puedes, de hecho estoy segura de que has sido tú quién ha hablado para que me programen esta mierda, porque tenía otros destinos programados.

No sé de qué me hablas, yo no he tenido nada que ver. No vuelvas a escribirme más, con esto me demuestras la clase de persona que eres, no sé cómo he podido estar tan ciego.

Te juro que si no me quitan estos vuelos para el mes que viene, te vas a arrepentir.

No respondo a este último mensaje. Trato de deshacerme de la tensión en el gimnasio y olvidarme de ella. No volveré a caer en las redes de una mujer. Son todas iguales, te embaucan con su belleza y cuando lo consiguen te usan, utilizan todas sus armas para aprovecharse de uno. No se volverá a repetir. Mi relación con las mujeres será únicamente sexual, como fue antes de Estrella y como debería haber sido con ella también.

8

La semana de curso se me hace algo pesada, me levanto cada mañana casi a rastras, pero con la extraña esperanza de volver a cruzarme con Ana. Sin embargo, no la vuelvo a ver. No sé qué demonios me pasa que tengo la mirada de esa mujer clavada en mi cerebro y no consigo sacármela de la cabeza.

El viernes, después de la clase de CRM con otro grupo en el que ella no está, finaliza mi curso de refresco. Pienso en esperarla en la entrada del edificio, propiciar un encuentro que parezca casual e invitarla a tomar algo esta noche.

Llevo unos días en los que su bonita cara aparece ante mí sin previo aviso, interrumpiendo cualquier tarea. Recuerdo su camisa mojada, sus pechos, sus curvas, su belleza, su mirada...

«Solo es una jovencita guapa, solo eso», me repito una y otra vez, pero los pensamientos no cesan.

Por la tarde pienso en llamar a alguien de mi agenda, me vendrá bien distraerme. Un buen polvo es todo lo que necesito, pero no, yo la quiero a ella, quiero acostarme con Ana. Tengo que encontrar la forma de volver a verla.

Paso el fin de semana sumido en un sinfín de emociones un tanto tormentosas. No consigo identificar qué me pasa, solo sé que ando tan de bajón que no me apetece ni follar. Me acuerdo de Estrella. Pienso en la casa que perdí y en que no encontraré otra igual. Todo me sale mal últimamente, por suerte pronto conseguiré el ascenso que llevo años esperando. Mi nombramiento como jefe de pilotos será la cima de mi carrera profesional.

El lunes me programan un vuelo a Varsovia. Pasaré allí dos días para luego operar el vuelo de regreso con escala en París.

Llego a la sala de briefing y preparo toda la documentación para el vuelo. Una vez que la sobrecargo ha asignado los puestos y repasado los procedimientos aplicables en materia de seguridad, salvamento y servicio a bordo, entro y me presento a la tripulación de cabina.

Les informo de las circunstancias específicas del vuelo y de la duración: apenas tres horas y diez minutos. Un vuelo bastante cortito.

Cuando estamos sobrevolando Francia, una de las azafatas entra en la cabina de mando para preguntar si necesitamos algo.

—Un café con leche —digo mirándola solo unos segundos.

—¿Quieres la leche fría o caliente?

—Fría y con sacarina.

—Perfecto. ¿Tú no quieres nada, Diego? —se dirige a mi compañero.

—Una Coca---Cola.

La chica sale y Diego tarda dos segundos en hacer un comentario sobre los pechos de la chica.

—No veas qué delantera, ¿no?

Al cabo de un rato, ella regresa con el café y el refresco y en vez de entregárnoslo por el lateral, como está estipulado en el manual, lo hace por el centro, lo cual está totalmente prohibido para

evitar que se pueda derramar la bebida sobre los controles.

Diego acepta la bebida por ahí, yo no.

—A mí entrégamela según procedimiento, no me gusta saltarme las normas —digo para intimidarla.

Le tiemblan las manos y comienzo a temer por el café. Por suerte no lo tira.

—Gracias —digo con una sonrisa.

Ella asiente y sale de la cabina.

—Te pasas, ¡eh! —Diego le da un sorbo a su Coca---Cola.

—Me gusta intimidarlas.

A veces soy excesivamente simpático con la tripulación, otras demasiado serio. Me gusta mantenerlas intrigadas, que no sepan cómo voy a reaccionar. Así evito que se tomen demasiadas confianzas.

Llegamos al aeropuerto Chopin de Varsovia sin contratiempo. La compañía nos aloja en el Inter Continental Warszawa, cerca del centro, lo cual agradezco, pues vamos a estar aquí casi dos días hasta el próximo vuelo.

Por la noche, después de darme una ducha, salgo a cenar con Diego y Sara, una chica de la tripulación. Creo que tienen algo, pero no le he preguntado, tampoco me interesa.

Nunca he estado en Varsovia, no porque no me gustara la idea de venir de visita, sino porque siempre he priorizado otros destinos. Caminamos por la ciudad vieja, destruida en su totalidad durante la Segunda Guerra Mundial. Pese a ello, supo renacer y hoy en día es considerada Patrimonio de la Humanidad. Entramos en uno de los cientos de restaurantes que hay y tomamos asiento en este establecimiento colmado de encanto.

Para beber pedimos unas de las cervezas típicas, para comer yo me decanto por pierogis, unas empanadillas rellenas de diferentes ingredientes a elegir: carne, verdura, patatas, queso e, incluso, arándanos. Ellos optan por barszcz, una sopa caliente, y un plato para compartir.

Después de la cena damos un paseo por las viejas calles del centro, llegamos a la plaza Zamcowy, donde nos encontramos con un gran edificio rojizo.

—Es el Castillo Real de Varsovia —le dice Diego a Sara.

Ella asiente interesada. Les tomo una foto juntos delante del castillo.

Ellos se pasan todo el camino charlando, de vez en cuando apporto algo, pero la verdad es que tampoco me interesan mucho sus temas de conversación.

Aburrido, después de un rato paseando con ellos, me despido, les digo que estoy cansado y que me voy a coger un taxi. Creo que ellos lo agradecen.

Entro en un bar y me pido una cerveza. Me meto en Tinder y miro a ver si me sale algún plan. Las polacas son todas guapísimas. Consigo quedar con una. Menuda compañía me he buscado en poco menos de una hora: rubia, ojos azules, piel clara, cuerpo definido y más alta que la mayoría de españolas.

La invito a tomar algo y charlamos en inglés. Me cuenta que está aprendiendo español y que le encantaría ir a España.

Parece muy interesada en mi trabajo y en mí, pero no en venir a pasar la noche conmigo al hotel. Ya me habían dicho que las polacas son estiradas, pero no sabía que fuese a este extremo. La chica es demasiado conservadora y para colmo católica, ni siquiera me atrevo a proponerle venir a tomar algo al hotel, es capaz de soltarme una bofetada si lo hago.

Se ve una buena chica, pero demasiado paradita para mi gusto.

Después de dos cervezas nos despedimos y acepto que aquí no voy a mojar, así que regreso al

hotel. Me tocará pajearme para quitarme el calentón con el que me ha dejado.

A la mañana siguiente recibo una llamada de Ricardo Arenas que me desconcierta.

—¿Cuándo estás por Madrid?

—Llego mañana por la noche.

—Perfecto, ¿podrías pasarte por las oficinas el jueves?

—Sí. ¿Todo bien?

—Lo comentamos en persona mejor.

—Pero... ¿qué sucede? —me pongo nervioso.

—Es mejor que no lo hablemos de esto por teléfono, créeme. Te espero a tu regreso.

Cuelga y me quedo preocupado. Supongo que será para hablar de mi nombramiento como jefe de pilotos. Sin embargo me inquieta que el director general de la compañía me llame para decirme algo que no se puede mencionar por teléfono, por no hablar del tono misterioso que había en su voz. Espero que no hayan cambiado de idea. ¡No! Claro que no, llevo años esperando este nombramiento y sé que todos los directivos están de acuerdo.

Bajo a desayunar y aprovecho el resto del día para visitar la ciudad con dos TCPs que me he encontrado en el restaurante del hotel.

9

Llego a Madrid agotado. La escala en París ha sido horrible. Hemos perdido el slot y nos ha tocado esperar casi una hora para poder salir. Los aviones tienen su turno para poder salir, a esa fracción de tiempo asignada a la salida es a lo que se le denomina slot. Si hay mucho tráfico o por alguna razón se pierde el turno, toca esperar con las consecuencias que ello acarrea: tripulación cansada, pasaje molesto y prisas que pueden provocar despistes.

Por la noche no consigo conciliar el sueño pensando en qué puede ser lo que el director quiere comunicarme.

Por la mañana, voy a las oficinas. Conduzco inmerso en mis pensamientos. A medida que avanzo por la M-30 mis miedos se intensifican. ¿Por qué querrá verme Ricardo Arenas? ¿Qué será eso tan importante que no me puede decir por teléfono?

Dejo el coche en el parking y subo por el ascensor. Se me viene a la mente la imagen de Ana. Llevaba unos días sin acordarme de esa chica y de nuevo vuelvo a tenerla rondando en la cabeza. Me pregunto si seguirá en el curso o ya habrá terminado.

Camino por el largo pasillo. Los empleados trabajan a contrarreloj detrás de la cristalera. Llego hasta el despacho de Ricardo. Toco a la puerta y entro.

Nos saludamos con un apretón de manos.

—Toma asiento, Víctor.

—¿Vas a contarme qué sucede?

—¿Has hablado con Estrella? —pregunta.

¿Estrella? ¿Qué tiene ella que ver en todo esto?

—No, ¿por qué?

—A ver cómo te explico esto, Víctor. Ya sabes que las relaciones sentimentales entre miembros

de la tripulación están totalmente prohibidas.

—Entre Estrella y yo no hay nada —aseguro.

—Víctor, media compañía sabía lo vuestro y puedo pasarlo por alto si la cosa se gestiona con discreción, pero esto ha llegado demasiado lejos. ¿Sabes que te ha denunciado?

—¿Qué? —Se me hace un nudo en la garganta—. ¿Cómo que me ha denunciado? No entiendo.

—Te acusa de maltrato.

—¡Pero eso es mentira!

—Mentira o no, ahora estás en boca de toda la compañía, solo espero que el escándalo no salte a la prensa. Entenderás que bajo estas circunstancias no podemos seguir con tu nombramiento como jefe de pilotos.

—¿Qué me estás diciendo, Ricardo? Llevo años esperando ese nombramiento, no podemos detenerlo por los chismes de una loca despechada.

—¿No me has escuchado? No son chismes, te ha denunciado. Deberías hablar con ella y gestionar esto antes de que la situación empeore.

—¿Empeorar? ¿Qué puede ser peor que esto? —Me levanto del asiento y camino desesperado por la pequeña oficina.

—Víctor, creo que no estás entendiendo la gravedad del asunto. Si esto llega a los tribunales y ella gana el juicio, no solo vas a perder ese nombramiento, sino tu puesto en la compañía y tu licencia de vuelo.

—¡!!!¿¿¿Qué???! Pero eso es mentira, yo jamás le he puesto una mano encima.

—Y yo te creo, pero estos temas son muy delicados. Anda vamos a bajar a la cafetería y tomamos algo.

Salimos del despacho y nos encontramos con otro de los directivos. Los tres bajamos. Me pido un café descafeinado, ahora mismo no puedo meterle más cafeína a mi cuerpo.

La camarera me sonríe y me cuesta devolverle la sonrisa. En estos momentos me encuentro totalmente desconcertado. No me puedo creer que Estrella haya sido capaz de hacerme esto. ¿Cómo se atreve?

Tomamos asiento en una mesa y hablamos del asunto. Ellos lamentan no poder continuar según lo previsto y se justifican. Dicen que no pueden seguir adelante, que mi nombramiento bajo estas circunstancias perjudicaría la imagen de la empresa. Me tiran un par de indirectas y me animan a que mantenga más controlado el pájaro.

Nunca entendí por qué el manual de esta compañía tenía esa absurda cláusula de no permitir las relaciones entre miembros de la tripulación sin estar casados, cuando sí se permite en otros departamentos. Ahora empiezo a verle sentido.

Me paso el resto del día encerrado en mi hotel pensando en qué voy a hacer con Estrella. Tengo que llamarla y hablar con ella, aunque lo único que deseo en este momento es descargar toda mi rabia sobre ella, pero eso solo me dejaría en evidencia y le daría más veracidad a su calumnia. Tengo que controlar mis demonios.

Por la tarde recibo varios mensajes de compañeros, por suerte nadie menciona el tema, al parecer el rumor aún no se ha corrido por toda la compañía.

Lo mejor será hacerle entrar en razón, prometerle algún beneficio a cambio de retirar la denuncia o quizá lo mejor sería decirle que tengo un amigo juez y que voy a conseguir que la echen de la compañía. Quizá utilizo ambas mentiras. Lo importante es que retire la denuncia.

Cada vez que pienso en que he perdido la oportunidad de optar a un puesto por el que llevo años

esperando por su culpa, me consume la rabia.

Me sirvo una copa y cojo el teléfono. Respiro hondo. Necesito todo mi control antes de llamarla para no cagarme en todos sus muertos.

Me armo de valor y busco su número en mi agenda. La llamo.

10

Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Estrella responde.

—No tengo nada que hablar contigo.

—¡Escúchame, por favor!

—Te dije que tus actos tendrían sus consecuencias.

—¿No te parece que has llegado demasiado lejos?

—No. Te lo avisé.

—¿Cómo has podido hacerme esto después de haberme engañado con otro?

—Tú te lo has buscado, eso te pasa por interferir en mi trabajo.

—Antes no te quejabas de que lo hiciera.

—Porque antes no hacías que me pusieran esta mierda de vuelos.

—¿Sabes que la denuncia falsa es un delito? Me has acusado de la comisión de un hecho delictivo que no he cometido, y eso sí que es grave.

—Nadie sabrá que es mentira.

—Sí, lo sabrán porque estoy grabando esta conversación —miento y me arrepiento por no haberla grabado—. Además, tengo el mensaje de texto que me enviaste amenazándome de que si no hacía que te cambiaran los vuelos tomarías medidas.

Ella permanece en silencio. La he sorprendido. Aprovecho su silencio e improviso.

—Si no retiras la denuncia, utilizaré esta grabación y el mensaje de texto y tiraré de mi contacto juez. Te echarán de la compañía, tu expediente quedará manchado, te quedarán antecedentes penales y no podrás volver a volar jamás.

—¡Eres un capullo!

—Y tú una... —Me muerdo la lengua—. Podemos seguir insultándonos y arruinar nuestras carreras profesionales con esta guerra absurda o terminar con esto cuanto antes. Puedo hablar con mi amigo de Crew Control y ver qué puede hacer por ti para mejorar tu programación el mes que viene.

—Está bien, retiraré la denuncia.

¿Así? ¿Sin más? Vaya, qué fácil ha sido.

—Eso no es suficiente, quiero que hables con el director general de la compañía y le expliques que actuaste así porque estabas dolida, por tu culpa no me van a nombrar jefe de pilotos.

—Ni muerta voy a rebajarme.

—Entonces continuaremos con esta guerra. Tú seguirás con esa programación hasta que pierdas el trabajo cuando mi contacto haga todo lo posible por encargarse de este caso. Luego tendrás que buscarte otro trabajo porque no podrás volver a volar jamás.

—¡Te odio! —dice con el mayor de los desprecios.

Silencio.

—Está bien, lo haré —acepta al fin.
—¿Qué he hecho para que me odies tanto?
—No es odio, es rabia contenida por no saber enamorarme.
—¿Perdón? ¿Qué culpa tengo yo de que tú no hayas sabido enamorarte? —El sarcasmo y la ironía son fácilmente perceptibles en mi tono de voz.
—No supiste darme todo lo que necesitaba.
¿Cómo puede tener la poca vergüenza de decirme eso?
—Conmigo jamás te faltó nada —alzo el tono—. Si hasta alquilé un piso junto al Retiro para que...
—¿Te crees que todo se puede comprar con dinero? —Me interrumpe.
—Mi amor no se compra con dinero, necesito otro tipo de detalles.
—¡Ja! —Fuerzo una risotada—. ¿Acaso te parece poco detalle arriesgar mi puesto de trabajo para que voláramos siempre juntos? ¿Para que te hicieran fija?
—Hablo de nosotros, no de nuestro trabajo. No todo en esta vida es la aviación. ¡Todo lo centras en eso!
—Si tu problema era este deberías haberlo dicho y no meterte en la cama con otro —digo furioso.
—Lo he intentado —confiesa con la voz afligida—. Pero tú estás obsesionado con tu trabajo y con ese dichoso ascenso.
—Pensaba que mi nombramiento como jefe de pilotos era bueno para ambos.
—No quiero seguir con esto. ¡Estoy harta!
Estrella cuelga y me quedo mirando el teléfono como un idiota. Tiene la capacidad de darle la vuelta a las cosas y la poca vergüenza de reclamarme y justificar su infidelidad.

Pasan los días y llega la esperada fiesta de Navidad de la empresa. Conservo la esperanza de que me nombren jefe de pilotos, según lo previsto, aunque he escuchado rumores que van a contratar a un comandante externo que viene de Londres. Dudo mucho que le vayan a dar el puesto a él, porque ni siquiera conoce el funcionamiento de la compañía.

A las ocho de la tarde estoy en el prestigioso hotel en el que cada Navidad se celebra esta fiesta. Este año han cambiado la decoración, las luces son en tonos dorados y violetas, muy tenue todo. Han dejado despejada la pista de baile como siempre y han retirado los taburetes que antes había junto a las mesas altas, supongo que para que todo el mundo esté de pie y motivar así la comunicación. A esta hora ya hay bastante gente, busco a mi amigo David, pero no lo veo.

Una de las camareras pasa por mi lado con una bandeja ofreciendo copas de champán. Me hago con una.

Por suerte no me encontraré a Estrella por ningún lado, he hablado con José para que le programen un vuelo esta semana y no pudiera asistir a la fiesta. No quiero arriesgarme a que me monte un numerito. Esa mujer está loca. Al menos ya ha retirado la denuncia y dice haber hablado con el director general.

Me pregunto si me encontraré con Ana... ¿Habrá aprobado el examen y pasado las pruebas? Igual a los nuevos no los invitan a esta fiesta.

Por fin veo a David. Las camareras pasan con bandejas repletas de comida, todo de diseño. Picamos algo y hablamos de las nuevas operativas.

A eso de las nueve el director general de la compañía sube a un pequeño escenario y se coloca delante del micrófono. A su derecha un enorme árbol de Navidad le resta protagonismo.

—Entendemos que el nombramiento de un nuevo jefe de pilotos para la compañía tiene una especial relevancia por eso queremos aprovechar esta noche para anunciarlo. Queremos agradecerle a Juan Diego Fernández todos los años de dedicación en esta compañía y le deseamos una feliz jubilación...

La gente aplaude y ríe con algunos de los chistes malos. Cuando va a nombrar al nuevo jefe de pilotos se hace el silencio.

—Le damos la bienvenida a la compañía y le deseamos los mayores éxitos en las responsabilidades encomendadas a Ernesto García de las Heras.

Todos los asistentes comienzan a aplaudir; incluso yo lo hago, pese a que todas mis ilusiones se desvanecen. Sé que muchas de las miradas de los presentes están puestas sobre mí. Todos sabían que el que debería estar subiendo al escenario ahora mismo debería ser yo.

—Ser nombrado jefe de pilotos de esta aerolínea es el más alto honor que puedo imaginar en mi carrera profesional. También la mayor responsabilidad. La asumo como un reto, con la natural mezcla de ilusión y de temor de no estar a la altura del cargo...

Ernesto continúa con su discurso perfectamente preparado y yo con disimulo me voy al baño. Soy incapaz de escuchar tanta tontería.

Jodido, colmado de rabia, enfadado conmigo mismo, así es cómo me siento. ¿En qué momento permití que una mujer interfiriese tanto en mi carrera profesional?

Siento un calor tan intenso en mi cabeza que pareciera que algo fuese a fallar de un momento a otro. Intento no pensar, pero no soy capaz. Es como si fuera prisionero de mi cerebro.

No puedo creer que esto me esté pasando a mí. Desde el baño escucho como todo el mundo aplaude. No acepto que le hayan dado el puesto a él. Llevo años esperando esta oportunidad. Pienso en tantas cosas a la vez que pierdo el hilo de mi pensamiento, van demasiado rápido y tengo la impresión de olvidarme incluso de donde estoy.

Golpeo con todas mis fuerzas el mármol que soporta el lavado y siento un crujido en mis nudillos.

Contemplo mi reflejo en el espejo. Desconozco a ese fracasado. Ese con la mirada perdida. Yo soy un hombre exitoso, siempre consigo lo que me propongo. Yo tengo todo cuanto quiero.

—¡¡¡No me analices!!! —gritar en voz alta me libera y me hace tomar conciencia de la situación.

Cuando la música vuelve a sonar salgo del cuarto de baño decidido a irme, pero me encuentro con David.

—¿Dónde vas tan pronto? Anda tómate una más que es temprano —dice él.

—Está bien, me tomo la última —acepto porque necesito despejarme después del chasco.

David me cuenta un problema que tuvo con un comandante en su último vuelo y cómo no me pregunta por Estrella, pero yo esquivo la conversación con un simple «todo bien».

Saludo a varios compañeros. Muchas de las tripulantes me vienen a saludar, pero esta noche no quiero coquetear con ninguna, ya he tenido suficiente de eso. No quiero cometer los mismos errores. Por no saber controlar mis emociones, he perdido la oportunidad de ascender.

Me giro para ver si veo a una de las camareras y pedir la última copa antes de irme, cuando de pronto me choco con una chica.

¡Madre mía qué espalda! Lleva un vestido corto plateado con la espalda al aire, cubierta únicamente por su oscura y ondulada melena. La joven tarda solo unos segundos en girarse. Lo hace con tanta violencia que su pelo largo y tendido se dispara provocando un erótico movimiento.

Voy a pedirle perdón cuando su penetrante mirada me cautiva.

—¿¡Tú!?! —dice con desprecio, como si mi presencia le incomodase.

Durante unos segundos me quedo sin palabras al ver que se trata de Ana. No sé qué decir, esta chica me intimida.

11

—Lo siento muchísimo, de verdad —aciertó a decir.

No sé cómo causar una mejor impresión. Debe estar pensando que soy el típico patoso. ¡Dios es preciosa! ¡Qué ojos! Los lleva maquillados en tonos oscuro y el tono grisáceo de su iris destaca como los de un felino. Sus labios voluminosos y rojos son una tentación. Desde la primera vez que la vi supe que esta mujer era diferente, pero no es hasta ahora que reparo en la belleza sobrenatural que la rodea. Toda ella es una preciosidad.

—¿Siempre eres tan patoso? —pregunta con descaro.

¿Patoso? ¿Yo? Esta chica no sabe quién soy. Me hace gracia oír eso.

—No, permítame que me presente como es debido. Soy Víctor, encantado, Ana. —Llevo mi mano derecha a su espalda desnuda y la acerco hacia mí para darle dos besos.

La suavidad de su piel me excita. Percibo su fragancia, dulce y tentadora, y mi mente viaja a un lugar exótico.

No puedo evitarlo y deslizo mi mano por su piel desnuda. Se me pone dura. Aparto la mano antes de que ella descubra el efecto que provoca en mí.

Me muestra su perfecta y blanca dentadura. Me está provocando y lo está consiguiendo.

—Encantada —tartamudea.

—¡Estás bellísima!

No reconozco mi propia voz. Mis dedos quieren recorrer la delicada piel de su rostro, pero me contengo.

—Gracias. —Agacha la mirada.

¿Está avergonzada? Le gusto, la he intimidado. Se me viene a la cabeza una imagen de mí arrancándole ese vestido y dejándola desnuda para disfrutar de todo su cuerpo.

—¿Me vas a negar el placer de tu mirada?

Me controlo para no pasar mi pulgar por sus labios.

—¿Qué? —Sus ojos verdes vuelven a encontrarse con los míos.

—Lo que has escuchado —trato de parecer seguro de mí mismo, esa es mi mejor arma, la seguridad, pero me está costando.

Le da un sorbo a su copa y me fijo en su manos: elegantes y con las uñas perfectas. Me imagino esas manos suaves recorriendo todo mi cuerpo, sus uñas clavadas en mis espalda mientras la embisto con fuerza.

Ella se gira y mira a su acompañante. De pronto me doy cuenta de que está con otro chico y una amiga. ¡Soy un estúpido! No está nerviosa por mí, sino por la incomodidad que le produce hablar conmigo delante de su... ¿novio?

—Veo que estabas acompañada, no quiero interrumpir. —Miro a su acompañante—. ¡Disfruta de

la fiesta! —Sonrío y me doy media vuelta.

Acabo de quedar como un crío. ¿Qué demonios me pasa?

—No. —Ana me agarra del brazo y sentir su delicada piel sobre la mía me provoca un revuelo de sensaciones.

Me giro hacia ella y me encuentro con sus ojos grandes y su mirada intensa. Las chispas saltan entre los dos.

—Déjame que te presente a mis amigos, son compañeros del curso. —Aparta su mano de mi brazo y siento frío en el lugar en el que se posaban sus finos dedos.

Me presenta a su amigo Alex y por su forma de mirarme y de dar la mano, pienso que no tiene ningún interés en el género femenino. Su amiga Valeria es muy guapa, rubia, esbelta y elegante en sus movimientos. Me da dos besos.

—¿Ilusionados? —pregunto tratando de ser simpático con sus amigos.

—Mucho —confiesa Alex con movimientos amanerados.

Sin duda este chico es gay, aunque eso no quiere decir que Ana esté soltera. ¿En serio estoy pensando esto después de lo que me acaba de pasar? No pienso volver a tener nada con una azafata. He perdido la oportunidad laboral de mi vida por culpa de una mujer y no cometeré los mismos errores.

Alex se disculpa y se va a saludar a alguien, aprovecho para hablar con ella y cambiar esa imagen de patoso que debe tener de mí.

—¿Es tu primera compañía? —pregunto.

—Sí. —Sonríe.

—Entonces, has entrado por la puerta grande al mundo de la aviación. Te va a encantar trabajar en la mejor compañía chárter del país. Los destinos son increíbles y normalmente pasamos varios días en ellos, dependiendo de la operativa.

Ella permanece callada, no dice nada. ¿La estaré aburriendo?

—¿Quieres tomar otra copa? —pregunto al ver la suya vacía.

Asiente con la cabeza sin dejar de mirarme. Me acerco a la mesa repleta de cubiteras y bebida que hay junto a nosotros.

—¿Champán o vino? —Le muestro ambas botellas.

—Champán, por favor.

Le sirvo una copa y se la entrego. Ella me dedica una sonrisa agradecida.

Quiero preguntarle cuándo será su primer vuelo, si aceptaría una cita conmigo, si volveré a verla, pero no quiero parecer desesperado. Además ya me he propuesto no volver a acostarme con nadie de la compañía, lo mejor será que saque esa idea de mi cabeza.

Le hablo de la compañía y de los destinos a los que se suele volar. No le cuento que esta noche iba a ser nombrado jefe de pilotos, pues sonaría un poco fantasma o tendría que explicarle el motivo por el que no me han nombrado, lo cual sonaría aún peor.

Se muerde el labio, no sé si lo hace de forma inconsciente o para provocarme. ¡Cuánto disfrutaría en la cama con esta jovencita!

Su silencio me pone de los nervios.

—Discúlpame —Y se va corriendo hacia su amiga Valeria que está a lo lejos hablando con un chico.

¿Cómo se atreve a dejarme con la palabra en la boca e irse así sin despedirse? Su insolencia consigue sorprenderme. Es una mujer compleja y reconozco que eso la hace más interesante aún.

Me quedo en la distancia contemplando la escena, que desde luego no tiene desperdicio. La

amiga coge una botella de champán de la mesa y con disimulo la agita. Se vuelve y la descorcha apuntando hacia otra chica. Ana trata de impedirselo, pero es demasiado tarde, su amiga baña a la chica en champán.

Contengo la risa. Me pregunto qué será lo que le ha hecho para tener ese ansia de venganza, porque lo que acaba de suceder no ha sido un accidente. Ojalá pudiera escuchar lo que hablan.

Ana coge a su amiga del brazo con disimulo y se dirigen al guardarropa. Dejo mi copa sobre una mesa y voy tras ellas.

Cuando salgo, ambas están esperando a alguien en la puerta del hotel.

—¿Ya os vais? —pregunto.

Ana se gira y me mira. Parece sorprendida de verme, incluso feliz. ¿Dónde está su abrigo? Va a resfriarse.

—Sí —afirma muerta de frío.

—¿Qué pronto!

—Son las tres de la mañana —dice mirando el reloj.

—¿Y tu abrigo? Te vas a helar.

—Me lo han perdido en el guardarropa.

—Ponte esto. —Me quito la chaqueta.

—No es necesario.

Ignoro su comentario y le coloco mi chaqueta sobre los hombros. Me da la sensación de que su amiga está llorando.

—¿Se encuentra bien tu amiga? —no quiero parecer indiscreto, pero tampoco quiero que piense que soy tan poco observador como para no darme cuenta de que está llorando.

—Digamos que se encontrará bien pronto. —Abraza a su amiga, quien parece ausente.

—No, no voy a estar bien, mi novio de cinco años no quería que yo fuese tripulante de cabina y resulta que es porque él lleva no sé cuánto tiempo acostándose con una azafata de esta compañía —dice Valeria entre lágrimas.

—Vaya, lo siento muchísimo. —Sé perfectamente la sensación que se siente al descubrir que la persona en la que confías ciegamente te engaña—. ¿Esperáis a alguien?

—Sí, a un taxi —dice Ana con la voz temblorosa a consecuencia del frío.

Esta es mi oportunidad para estar a solas con ella. No puedo desaprovecharla.

—Puedo llevaros yo, tengo el coche aquí al lado.

¿Qué narices me está haciendo esta chica?

12

Me cuesta hacerla entrar en razón, pero finalmente acepta que las lleve, a ella y a la amiga, a casa. Les digo que me esperen ahí mientras voy a buscar mi coche al parking.

Tardo lo menos posible en estar en la puerta del hotel con mi flamante Jaguar. Toco el claxon y bajo la ventanilla para que sepan que soy yo.

Ana agarra a su amiga como puede y bajan las escaleras. Me planteo salir a ayudarle, pero veo que se maneja bien sola. Ana ayuda a Valeria a montarse en la parte trasera. Espero que ella no

haga lo mismo, no me quiero sentir como su chófer. Afortunadamente, Ana se sienta delante, en el asiento del copiloto. La miro y sonrío.

El tráfico en la ciudad está tranquilo a estas horas y la conducción es incluso terapéutica.

—Muchas gracias por llevarnos —dice Ana con la vista clavada en los edificios.

—No me cuesta nada.

Trato de mantener la vista en la carretera, pero me resulta muy complicado. Quiero mirarla y la tentación de hacerlo me acecha en cada semáforo.

¡Es tan hermosa! Su interminable melena, luce hacia un lado y el flequillo escondido detrás de su pequeña oreja. Me dan ganas de besarla ahí, en el lóbulo e ir descendiendo hasta su cuello. Bajarle los tirantes del vestido y continuar por su hombro... ¡Contrólate!

Ana permanece callada. Trato de entablar conversación con ella. Su amiga parece haberse quedado dormida.

—¿Te ha gustado la fiesta? —La miro.

—Sí, no ha estado mal —responde con indiferencia.

—Ahora es cuando empieza lo mejor.

—Ah, ¿sí? —Me mira.

He despertado su interés.

—Sí, aquello se convierte en un hervidero de hormonas y surgen un sinfín de historias que mañana serán noticia en la compañía.

—Y ¿por qué no te has quedado? —curioseosa.

—No quiero ser noticia.

—¿Muchos años siéndolo? —Me mira expectante.

¿Cómo puede ser tan descarada? Es hermosa, ingeniosa y no me baila el agua, creo que esto último es lo que más me atrae de ella, que no se esfuerza en complacerme en todo.

—Puede ser...

Mis palabras no le hacen gracia. Ha vuelto a fijar la vista en la ciudad.

Se ha quedado callada. Ojalá pudiera saber qué pasa por su cabeza en este momento.

—¿Ya tienes toda la documentación para volar? —pregunto para entablar de nuevo conversación.

—Solo me falta el certificado médico, que me han confirmado que lo tendré esta semana, y el ID de la compañía.

—¿Te han programado vuelo ya? —Aprovecho un semáforo en rojo para contemplar su deslumbrante rostro.

—Me han dicho que mi primer vuelo será la próxima semana, pero no sé ni fecha ni destino aún.

Esto se pone interesante. Quizá pueda volar con ella, eso lo facilitaría todo, no creo que si le pido una cita ahora vaya a aceptarla, no parece muy interesada, pero en un vuelo todo se intensifica, sobre todo si es a algún destino en el que vayamos a pasar varios días.

—¿Dónde te gustaría ir? —Sonrío y trato de disimular mis intenciones.

—No sé, a Nueva York, quizá. Nunca he estado y es una ciudad que me llama bastante.

—A ti y al noventa por ciento de la gente nueva, pero créeme, no es para tanto.

Me gusta Nueva York, aunque no es de los destinos en los que más tiempo solemos pasar, como mucho veinticuatro horas.

—Tú ya estarás aburrido de ir... Lo conocerás todo.

—No te creas, lo bueno de Nueva York es que cuando crees haberlo visto todo, siempre te sorprende con algo nuevo.

—Lo mismo sucede en la vida, en general.

¡Qué filosófica de pronto! Pero tiene razón, cuando crees haber conocido a todo tipo de mujeres, llega una que por alguna razón despierta tu interés y te sorprende. ¿Será que yo también he conseguido sorprenderla a ella?

—Sí, ahora que lo dices es cierto, cuando crees haberlo visto todo y que nada va a captar tu interés, aparece alguien y...

—Es aquí, a la derecha —me interrumpe al llegar al corazón del barrio Salamanca.

—Si quieres puedo acercarte a casa a ti también.

—No te preocupes vivo aquí al lado, puedo ir caminando.

¿Caminando? Creo recordar que vi en su ficha que vivía en Puente de Vallecas, en la otra punta de Madrid. Quizá se ha mudado recientemente o puede que comparta piso con su amiga.

—De acuerdo —digo con naturalidad. No le puedo preguntar, porque pensaría que soy un loco obsesivo si se entera de que he accedido a su ficha en la compañía para saber más de ella.

—Muchas gracias —dice Valeria adormilada mientras se baja del coche.

—Gracias. —Ana me mira, me sonríe, deja la chaqueta que le he prestado sobre el asiento y se baja del coche.

¿No va a darme dos besos? Eso parece. Podría proponerle quedar para cenar, pero mi instinto me dice que no lo haga o quizá son mis miedos los que me lo impiden. ¿Qué cojones me ha hecho esta chica?

Espero hasta que entran en el portal, luego acelero y me pierdo de nuevo por las calles de Madrid. No puedo sacarme su imagen de la cabeza. Su olor se ha quedado impregnado en la tapicería del coche y aún puedo sentir su cercanía.

¿Por qué me ha costado tanto invitarla a tomar la última copa en mi hotel?, ¿o a cenar otro día? Tengo que hacer algo para volver a verla. Voy a intentar que nos programen un vuelo juntos, eso lo facilitará todo. Con el uniforme impongo más y sé que tendré más posibilidades. ¡No! ¿Cómo puedo estar pensando en mezclar de nuevo trabajo y mujeres? ¿Acaso no he tenido suficiente con las consecuencias que eso me ha acarreado? Por ese motivo esta noche he perdido la mejor oportunidad laboral de toda mi vida. Me había propuesto no volver a cometer ese error.

A la mierda mi propósito. Total, ya he perdido el puesto por el que llevo años esperando, ¿qué más puedo perder?

13

Por la mañana voy a las oficinas de la compañía, es sábado y no hay nadie, solo están los del departamento de Crew Control. Podría haber llamado a José o mandarle un mensaje y ahorrarme el viaje, pero estas cosas son mejor en persona, para no dejar evidencias.

—¿Qué tal la noche? —me pregunta nada más verme.

—Sin más... —digo con desgana.

—Ya me he enterado de lo del nombramiento del nuevo jefe de pilotos. Lo siento mucho tío, nadie se merecía ese puesto más que tú.

—Tranquilo, llegará mi momento.

—Seguro que sí. Ahora lo que tienes que hacer es dejar de meterte bajo las faldas de las TCPs.

—Lo sé...

Por unos segundos dudo si decirle el motivo real por el que estoy aquí o mejor recular ahora que aún estoy a tiempo.

—Cuéntame, ¿de qué querías hablarme? Si es por lo de Estrella, tranquilo, no volveréis a coincidir. La putada es que ahora cada vuelo que le programen y no le guste va a pensar que tú has interferido. Ojalá la echen.

—Sería fantástico, pero sin motivos no la pueden echar. Aunque no es de eso de lo que te quería hablar.

—¿Entonces? —arruga el entrecejo.

—Verás..., hay una chica de las nuevas, con la que quiero volar...

—¿Otra vez?, pero tío ¿no has tenido suficiente con lo que te acaba de pasar?

—No, es una amiga, la conozco y no quiero que se sienta sola en su primer vuelo de familiarización —miento.

—Ya, claro. ¿De quién se trata?

—Esto tiene que quedar entre nosotros, por favor. Como están las cosas no me puedo arriesgar más.

—Tranquilo, ya sabes que soy una tumba.

—Se llama Ana Suárez, su chequeo es suarez, a ver si nos puedes programar juntos el próximo vuelo a Nueva York.

—¿A Nueva York? Eso va a ser complicado, las programaciones ya están hechas, no voy a poder justificar los cambios.

—Yo sé que tú encontrarás la manera.

—Tengo un vuelo para el treinta de diciembre y el comandante me ha pedido que si se lo puedo quitar.

—Ese es perfecto. ¿Ves?

—Pero vas a pasar fin de año fuera y ella también, nadie quiere volar ese día.

Pienso en que quizá le voy a arruinar su fin de año, puede que ella prefiera pasarlo con su familia. Yo, en cambio, prefiero estar volando y ahorrarme la reunión familiar.

—No creo que le importe, prográmame ese vuelo a mí y cambia a alguien de la tripulación auxiliar, estoy seguro de que lo agradecerán.

Sé que es un poco egoísta por mi parte.

Quedo para comer con mi hermana en la calle Hortaleza. Almorzamos en Honest Greens, un espacio moderno y con un concepto americano, donde sirven comida sana y rápida. No sé cómo le puede gustar tanto este sitio en el que tú mismo tienes que ir a la barra a pedir la comida.

Tomamos asiento en una de las mesas de madera.

—Esto no hay quien se lo beba —digo después de darle un trago a la bebida.

—Vas a dejar de quejarte, esto es un sitio saludable y económico.

—¿Tan mal van las ventas de casas de lujo? —Me río.

Mireia me lanza una mirada fulminante.

—¿Vas a decirme cómo estás? —insiste.

—Ya te lo he dicho, estoy bien.

—Si tú lo dices... ¿Has llamado al abogado para comprobar que Estrella ha retirado la denuncia?

—Sí, la ha retirado.

—¿La has vuelto a ver? —Pincha con el tenedor un trozo de pollo de la ensalada y se lo lleva a la boca.

—No, y espero no encontrármela.

—Aún no me puedo creer que llegara tan lejos, esa mujer no está bien de la cabeza.

—No, no lo está —aseguro—. ¿Y qué pasó con Gregorio? ¿Le has vendido algún inmueble? Mi hermana le da un sorbo a su bebida y piensa la respuesta, algo que me hace sospechar.

—He tenido algunas citas más con él —confiesa al fin.

—¿Te sigue mareando? —Alzo la voz de forma inconsciente y los comensales de la mesa de al lado nos miran.

—No...

—¿Entonces ya ha comprado?

—Tampoco, lo que sucede es que..., estamos esperando la casa idónea.

—¿La casa idónea? Yo creo que ese tío lo que te está es camelando.

—Pues lo está consiguiendo.

Me atraganto con un trozo de ensalada y comienzo a toser.

—¡¡¡¿¿¿Cómo???!!!

—Eh... —mi hermana titubea, no sabe cómo decirme lo que quiera que esté a punto de confesar.

—¿No te estarás liando con él?

—Sí. Me gusta Gregorio ¿Qué puedo hacer? Es un tío interesante, buena gente y me río muchísimo cuando estoy con él.

—¿Qué te he dicho siempre de los pilotos? ¿Acaso tienes ganas de sufrir?

—Víctor, ni todos son unos mujeriegos ni todos rehúsan del compromiso como tú.

—Yo no rehúso del compromiso, mira Estrella.

—¿Tú ves normal que solo hayas tenido una novia en toda tu vida y que te haya durado tres meses? Y mira cómo habéis acabado. Tú no estabas enamorado de ella ni te comprometiste por amor, lo hiciste porque no te bailaba el agua y supo embaucarte.

Tal es la sorpresa que no consigo reaccionar a las palabras de mi hermana.

No entiendo cómo me puede conocer tan poco. Lo que dice no es verdad. Yo no evito el compromiso, es solo que aún no he encontrado a la mujer idónea. Eso y que me gusta mucho disfrutar del sexo con diferentes mujeres, ¿por qué conformarme con una sola pudiendo tener varias?

—No quiero que te enfades —continúa Mireia—, pero Gregorio no es como tú describes a los pilotos.

—Eso es porque no lo conoces y porque solo lo ves cuando está contigo, he conocido a pilotos casados que aprovechan los destacamentos para serles infieles a sus esposas, no quiero eso para ti. ¿Por qué no te puedes fijar en un médico, un abogado...?

—Porque me gusta él y lo poco que he conocido hasta ahora. Tienes que darle una oportunidad.

—Lo voy a tener bien vigilado, como se atreva a hacerte daño...

—No hace falta que te pongas en plan macho alfa, yo me sé cuidar sola, soy bastante grandecita ya. Mejor cambiemos de tema.

—Sí, mejor, porque ya me has dado la comida.

—¿Qué vas a hacer por Navidad este año? ¿Vendrás a casa?

—¿A qué casa?, ¿a la de tu madre?, ¿o a nuestra casa de toda la vida?

—¡Víctor!

—¿Qué? El año pasado preferiste dejar a papá solo en la que ha sido nuestra casa toda la vida.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es.

—No, las cosas no fueron así, yo pasé la Navidad con mamá y su pareja y esperaba pasar fin de año con papá, pero me llamaron para mostrar una casa el mismo día treinta y uno, porque el cliente es de Los Ángeles y solo estaba aquí ese día, por lo que me tuve que venir y menos mal, porque gracias a eso conseguí vender una propiedad de un millón quinientos mil euros. ¡Yo también trabajo! ¿Dónde las vas a pasar tú este año? ¡No! Espera, déjame adivinar: ¡¡¡Volando!!!
—hace un gesto drástico con las manos.

—Tengo un vuelo de ida y vuelta a París programado desde el mes pasado y no lo puedo cambiar y para fin de año me han puesto otro vuelo a Nueva York.

—Entonces no me acuses a mí por no poder pasar las navidades en casa por atender a mi trabajo cuando tú haces lo mismo —se queja furiosa.

—Solo digo que este año deberías pasarlas con papá, está solo.

—Ya había pensado hacerlo, no hace falta que tú me digas dónde debo pasarlas.

No quiero discutir con mi hermana, así que trato de calmar la conversación. Aprovecho para preguntarle si ha encontrado algún inmueble que se ajuste a lo que estoy buscando para mí, pero de momento no ha salido nada. Cada vez tengo menos esperanzas de encontrar una casa en Madrid para comprar. Al menos una que cumpla con todas mis exigencias.

Antes de despedirnos, quiero decirle que tenga cuidado con Gregorio, pero no me atrevo a hacerla enfadar de nuevo, así que me muerdo la lengua y me guardo mis consejos.

Ese mismo día, a última hora, me llega un SMS de Crew Control informándome que al día siguiente me posicionan a Londres para operar un vuelo a Miami de ida y vuelta.

Llego al hotel en el que la compañía me aloja en Londres. Un antiguo castillo en un pequeño pueblo cercano al aeropuerto. Acomodo mis cosas en la habitación y aprovecho que al día siguiente no vuelo hasta por la noche para ir al centro de la ciudad.

Me pongo unos vaqueros, una camisa y cojo mi abrigo gris. Antes de salir, me coloco mi nuevo reloj un Rolex Explorer y me echo un poco de perfume.

Los pasillos de este hotel son largos, con paredes de piedra y lámparas ocultas en las antiguas antorchas.

Al fondo, veo una silueta femenina familiar. Estrella camina a paso firme por la moqueta roja. Va vestida de uniforme.

Nos detenemos el uno frente al otro. Tiene tan buena cara que cualquiera diría que viene de volar. Ahora que la tengo frente a mí no sé qué decir. No la veo desde que la encontré en nuestra cama con otro y de eso parece haber pasado ya una eternidad.

—Hola, Víctor.

—Hola —respondo en tono seco.

—No sabía que estuviese haciendo esta ruta.

—Acabo de llegar hoy para hacer un ida y vuelta a Miami.

—Yo vengo ahora de allí. Mañana ya vuelvo a Madrid.

—Ah.

—¿Vas a salir? —Me mira de arriba abajo.

—Sí, voy a la ciudad.

—Yo también iré, pero más tarde. Necesito descansar un poco.

—Al final no me han nombrado jefe de pilotos. Estarás contenta, ¿no? —digo sin poder continuar con esta estúpida formalidad.

—Sí, ya me he enterado. Lo siento mucho, de verdad.

—¿Qué vas a sentir tú? Todo esto es culpa tuya. —Me tiembla la voz.

—Es una pena que no pude ir a la fiesta de navidad porque me programaron un vuelo de última hora. Qué curioso, ¿verdad?

—Sí, una lástima, pero ya sabes que esas cosas pasan —digo con la misma hipocresía que ella.

—¿Sabes? Tienes razón. La verdad es que no siento lo más mínimo que no te hayan dado el puesto. —Se toca la coleta y se la coloca hacia un lado.

—No sabes lo mucho que me arrepiento de haberte dejado entrar en mi vida —digo con desprecio.

—¿De verdad? Yo he sido lo mejor que te ha pasado en la vida, si mírate. —Me señala con la mano—. Estás solo, las mujeres te quieren únicamente para el sexo, nadie querría compartir su vida con un hombre como tú. —Y lanza una carcajada seca.

—Qué equivocada estás. Si estoy solo es porque quiero. Prefiero eso a estar con alguien como tú.

—¿Estás seguro? —Se acerca a mí.

—Sí, me das asco.

—¿Sí? ¿Mis besos también te dan asco? —da un paso más hacia mí y sus labios quedan

demasiado cerca de los míos.

—¿Qué cojones haces? —levanto la voz.

—Lo estás deseando. —Sonríe.

Está jugando conmigo y no se lo voy a permitir. La agarro con fuerza de los hombros y la apoyo contra la pared.

—Dime que ya no me deseas, que no me follarías aquí mismo. —Abre la boca sensual y se humedece los labios con la lengua.

Estoy a punto de perder el control. Sería capaz de llevarla a mi habitación ahora mismo y follármela bien duro. Follarla hasta que le duela todo el cuerpo. Pero eso es lo que ella quiere y no voy a caer de nuevo en su juego.

—Ya no, Estrella.

—No te creo. —Me besa sin darme tiempo a reaccionar.

Su lengua busca la mía. Sus labios carnosos devoran mi boca. Su sabor, su olor, su sensualidad... Me muerde el labio inferior y se separa de mí. Pasa su mano por mi inoportuna erección y mirándome a los ojos me dice:

—Tu polla no dice lo mismo.

¡Será zorra! ¿Por qué me hace tanto daño? Disfruta con mi sufrimiento, lo veo en su mirada.

Se deshace de mí, coge su maleta y, antes de continuar caminando, me mira.

—Te espero en la habitación 304.

—Espera sentada.

—Te esperaré sentada y en tanga. Como a ti te gusta. —Me guiña un ojo, luego me da la espalda y sigue caminando.

Me quedo inmóvil en mitad del pasillo. Por mi cabeza pasan todo tipo de cosas, pero solo identifico la rabia que invade todo mi cuerpo en este momento. Rabia por permitir que una mujer juegue conmigo de esta forma, que me trate como lo acaba de hacer. El enfado, la ira y la frustración se apoderan de mí.

Mi ritmo cardíaco aumenta y un estímulo insano me lleva a seguirla. Sin embargo, me detengo en seco. En este momento no sé de lo que sería capaz. No quiero hacer algo de lo que luego tenga que arrepentirme.

Tengo que salir de aquí cuanto antes.

Cojo el primer taxi al centro de Londres. Durante el trayecto trato de no pensar más en Estrella.

Voy a Montezuma, un club lounge bar boutique en South Kensington en el que ya he estado y suele haber muy buen ambiente. Está situado en una de las zonas más privilegiadas de Chelsea. Siempre se conoce gente interesante. La última vez me tiré a una modelo.

Llego al lugar y revisan si estoy en la lista de invitados. No me acordaba de este requisito. Así que llamo a una chica que trabaja aquí, por suerte se acuerda de mí. Le explico en inglés que quiero entrar a tomar algo. No pasan ni dos minutos desde que cuelgo el teléfono cuando una joven vestida con un vestido rojo ceñido sale a buscarme. Nada más entrar ya se percibe la atención VIP que reciben aquí los clientes como yo. Algo que agradezco.

Destaca la impresionante decoración azteca, en la que prevalece el color dorado, y las luces led en tonos rojos y azules. El lugar está bastante animado. Suena una música entre Hip---Hop y RnB.

Tomo asiento y para comenzar la noche me pido un cóctel llamado Zuma, es una receta secreta del lugar que tiene la intención de dar a conocer lo que bebían los dioses aztecas. Está bien para ir animándose porque es una bebida dulce y refrescante.

La vista se me va detrás de algunas piernas femeninas que se pasean por la pista. Aquí las

mujeres van todas con vestidos de cóctel o minivestidos.

Al cabo de un rato, dos chicas sentadas en la mesa de al lado coquetean conmigo. Cojo mi copa y voy a su mesa.

—¿May I? —pido permiso antes de sentarme a su lado.

—Yes, please —dice la rubia.

Nos presentamos y resulta que una de ellas, Lorena, es española. Así que comenzamos a hablar en español. Me cuentan que trabajan para una importante firma y cuando yo les cuento que soy comandante ambas cruzan una mirada. No sé que tiene que esta profesión que las pone cachondas a todas.

Llega un momento en el que no escucho lo que dicen, solo me imagino haciendo un trío con las dos.

—¿Hasta cuándo estás por aquí? —pregunta la morena de pelo corto y pechos grandes, cuyo nombre he olvidado.

—Solo esta noche, mañana vuelo a Miami.

Nos terminamos la copa hablando de las mejores playas del mundo. La morena se despide, la han llamado por teléfono o al menos eso ha dicho. Me quedo a solas con Lorena y le ofrezco tomar la siguiente en mi hotel. Ella acepta.

Necesito desfogarme.

Cuando llegamos a mi habitación, preparo dos gin---tonics con la bebida del mini bar y le entrego uno a ella.

—Ponte cómoda —le digo al ver que sigue de pie en mitad de la habitación.

Cojo su abrigo y lo cuelgo en una percha. Me quito los zapatos y el cinturón y me desabrocho un poco el pantalón.

—Aprieta demasiado —me quejo.

—Quítatelo —dice ella con descaro.

Veo que está dispuesta a comenzar a jugar sin demasiados preámbulos, algo que agradezco.

Me quito los pantalones y me desabrocho la camisa dejando mis marcados abdominales al descubierto. Ella no se resiste y desliza sus largas uñas por mi pecho.

—¡Cómemela! —ordeno.

Ella no se sorprende con mi petición, tampoco se ruboriza. Eso es buena señal. Tengo ganas de sexo duro.

Sin dejar de mirarme a los ojos se arrodilla y pasa sus labios por encima de mis bóxers. Tras ello, con delicadeza, me los quita. Recorre con su lengua mi miembro que cada vez está más duro. Juguetea con mis testículos y los introduce en su boca con delicadeza. Me llena de babas la entrepierna y luego lo relame todo.

Me enciendo y comienzo a follarle la boca hasta que le dan arcadas. Busco mi propio disfrute.

—¿Te gusta? —pregunto al verle los ojos rojos de las arcadas.

Ella asiente con la cabeza y sin que tenga que pedírselo continúa chupándomela. ¡Qué mujer tan caliente!

La detengo para evitar correrme tan pronto. Se quita el vestido y me pongo a mil al ver su lencería, fina y provocativa.

Quiero arrancársela, pero me contengo.

—¡Quítatelo todo!

Aprovecho para darle un trago a la copa. Los hielos se han derretido, aun así me refresca.

La pongo a cuatro patas y masajeo su vagina con mis dedos. Está empapada.

Me pongo un preservativo y coloco mi erección en su entrada. Empujo sin piedad.

Ella grita. Está dilatada. La embisto con fuerza y le azoto el culo.

Sus gritos son exquisitos.

Me la follo en todas las posturas posibles durante horas. Cuando ya no puede más me corro por segunda vez.

Antes de irse de mi habitación, mientras recoge sus pertenencias se le caen del pequeño bolso el DNI y una barra de labios. Me agacho a recogerlos y al fijarme en su documento de identidad, me percató de que no se llama Lorena.

—¡Me has mentido!

No soporto estar cerca de alguien que me ha mentido, ni siquiera para un polvo, incluso aunque una boca tan habilidosa como esa.

—A ver te he dicho que me llamo Lorena en vez de Sofía. Tampoco es para tanto. Puedes guardar mi número en tu agenda con el que más te guste.

—No voy a guardar tu número. Me has mentido, para mí ya no existes. —Cojo el abrigo, se lo entrego y le abro la puerta.

—¿Vas en serio? —Me mira con cara de desconcierto.

—No me gusta relacionarme con mentirosas —sentencio con un tono severo.

Sale sin decir nada más y cierro de un portazo.

*

El vuelo a Miami se me hace agotador, pues a los pocos minutos de despegar del aeropuerto de Londres hemos sufrido un bird strike, vamos, que se ha metido un pájaro en una de las turbinas. Aunque aparentemente el motor funcionaba, dio un pequeño fallo y por procedimiento tuvimos que volver a aterrizar. La revisión que establece el protocolo se ha demorado unas dos horas, lo que ha hecho que lleguemos a Miami con un retraso considerable.

El hecho de que un pájaro se meta en una turbina puede parecer algo sin mayor importancia, pero, en realidad, supone un grave peligro. De hecho, ese fue el motivo por el que el vuelo de US Airways tuvo que amerizar el 15 de enero de 2009 en el río Hudson.

Un ave de unos cinco kilogramos que golpea contra la turbina de un avión que vuela a unos 250 kilómetros por hora puede generar una fuerza equivalente a 450 kilogramos, lo que puede reventar el motor.

Cuando llego al hotel me doy una ducha y me acuesto.

Despierto a las seis de la tarde hora local. Bajo a una cafetería que hay junto al hotel donde sirven comida a cualquier hora.

El lugar no es demasiado sofisticado: la tapicería de los sofás está desgastada, las mesas viejas y las sillas cada una de un color y un diseño diferente, unas más nuevas que otras, se ve que las reponen según se rompen. Sin embargo, la luz y la distribución, con grandes plantas entre unas mesas y otras, hacen que sea un espacio acogedor y discreto.

Tomo asiento y me pido un bistec con papas aromáticas. Le pido a la camarera el periódico local. Me gusta leer las noticias de los destinos a los que viajo. En ello estoy cuando veo a Encarnación, la sobrecarga del vuelo, entrar en la cafetería. Busca a alguien con la mirada, estoy a punto de saludarla con la mano cuando veo que se acerca a una mesa cercana a la mía en la que hay un señor y toma asiento frente a él. Me echo hacia atrás para esconderme detrás de la planta que hay junto a mi mesa. No quiero que me vea y cortarle el rollo en su cita, podría intimidarse.

Sigo leyendo el periódico y leo un titular que capta toda mi atención: «Detenidas dos tripulantes

por blanquear dinero del narcotráfico». Leo la noticia con especial interés, pues no es ningún secreto que son muchas las tripulantes, incluso los pilotos, que aceptan transportar dinero a cambio de una comisión. Es tan fácil como recoger el dinero en destino y entregarlo en el aeropuerto a la llegada.

Dejo de leer la noticia para observar a la sobrecargo, algo me dice que su cita no es romántica. Observo con disimulo desde detrás de las ramas de la maceta. Ella no puede verme.

Están hablando, ojalá pudiera escucharles. Entonces el hombre se saca un sobre del interior de la chaqueta. Ella lo guarda rápido en su bolso y sin darle dos besos ni la mano, el hombre sale del local. Ella se queda un rato más terminándose el café.

Tengo que hacer algo, no puedo permitir que viaje en mi vuelo transportando dinero negro. Si fuese una tripulante sería más fácil, pero una sobrecargo, y más ella que lleva tantos años en la compañía...

Justo cuando ella se incorpora para irse, me levanto, cojo el periódico y me acerco a su mesa.

—¿Tan mal pagadas estáis las sobrecargos para tener que recurrir a esto? —digo cuando llego a su altura.

Ella está pálida. Me mira desconcertada.

—No sé de qué me hablas.

—¿Quieres acabar así? —Le enseño la noticia del periódico en la que se ve a un grupo de policía deteniendo a dos azafatas en el aeropuerto.

—Víctor yo...

—Llama a ese hombre y devuélvele el dinero, dile que no puedes hacerlo y todo quedará aquí.

—No puedo. Yo no tengo su teléfono.

—¿Entonces cómo contactáis?

—A través de un representante que tienen para los transportadores.

—Pues contacta con esa persona y cuanto antes mejor, porque en mi vuelo no vas a viajar con ese dinero.

—Sacar cinco mil dólares en efectivo no es delito —dice molesta.

—Sí, lo es si procede de una actividad ilícita. Y agradece que no voy a notificar a la empresa.

—¿Cuando te interesa a ti bien que haces la vista gorda!

—¿Perdón?

—Sí, ahora vas a decir que cada vez que Estrella viajaba contigo no sabías nada.

Intento procesar lo que acaba de decir, pero no me da tiempo porque ella sigue hablando y mi mente se bloquea.

—Era la única que se atrevía a coger más de la cantidad permitida, a veces el doble o incluso el triple y en su equipaje no lo guardaba, porque nuestros equipajes son revisados más exhaustivamente, así que no te hagas el inocente ahora.

No entiendo nada, ¿me está queriendo decir que Estrella me utilizaba a mí para transportar dinero negro?, ¿que lo metía en mi equipaje sin que yo supiera nada?

A veces los incidentes más pequeños llevan a los descubrimientos más grandes.

*

La semana se me hace interminable. No puedo dejar de pensar en lo que he descubierto, una parte de mí quiere dejarlo pasar, pero mi orgullo me puede. Me siento un imbécil. Cómo no me he dado cuenta antes, cómo he sido tan estúpido. Sé que enfrentarme a Estrella es meterme en una guerra de la que difícilmente saldré ileso, pero mi sed de venganza es tan grande que algo tengo que hacer, aún no sé muy bien el qué, pero se me ocurrirá. En un primer momento pensé en ir a

hablar con el director de la compañía, pero sin pruebas poco tenía que hacer, aparte estaba seguro de que él, con tal de evitar el escándalo público y ver el nombre de la compañía en la prensa, no haría nada. Quizá lo mejor sea ir a la policía, debe haber un departamento encargado de investigar estas cosas. No hay prisa, la información es poder y tengo toda la que necesito gracias a Encarnación quien me contó todo lo que sabía sobre el funcionamiento de la mafia en Miami. A cambio tuve que dejar que transportara el dinero, lo cual rozaba la ilegalidad. Sin embargo, le hice prometer que esa sería la última vez que transportaría dinero y que llegado el momento tendría que ayudarme a desvelar quienes estaban implicados. Lo que más me sorprendió de todo es la mierda de comisión que se llevaban: cien miserables euros, por esa cuantía les salía más rentable lavar platos que dinero.

El vuelo de ida y vuelta a París me ayuda a desconectar un poco de todo, pero cuando llego al hotel la noche del veinticuatro, me encuentro con un panorama deprimente. Mi hermana se ha ido a Sevilla. Todos mis amigos pasan la Navidad con sus familias; algunos pocos se han ido de viaje o tienen planes, pero ya es demasiado tarde para unirme. Sin embargo, en lugar de frustrarme, tomo la única decisión digna: pasar la Nochebuena solo.

Bajo a tomar algo al bar del hotel. Me pido una botella de cava. Me siento un alma libre. Pero pronto el camarero anuncia el cierre del bar, así que me vuelvo a la habitación con la botella para continuar disfrutando de la mejor compañía: yo mismo.

Pongo algo de música y paso la velada sin madre ni padre ni amigos. Un paraíso.

Una hora más tarde, me sirvo la última copa de cava.

Suena el móvil otra vez, ya van cuatro las llamadas perdidas, en esta ocasión es mi hermana. No respondo, no tengo ganas de sentimentalismo navideño.

Me tumbo en la cama y enciendo la televisión. Ponerte frente a la pantalla en Nochebuena y hacer zapping puede resultar una experiencia abrumadora.

Me levanto para ir al baño. He bebido lo suficiente como para sentirme achispado y adormecido a la vez. Me planteo salir a tomar algo, pero en cuanto pienso en discotecas abarrotadas de gente, bolsas de regalos con matasuegras y confetis, y desconocidos desayunando churros a las ocho de la mañana, se me quitan las ganas.

Estoy agotado, así que lo mejor será irme a dormir e intentar no pensar en nada.

Por fin llega el treinta de diciembre. No sé por qué tengo tantas ganas de volver a ver a Ana, es solo una desconocida.

Me perfilo la barba, me pongo el uniforme y con más esmero del habitual me peino. Me echo perfume, me coloco mi Rolex GMT Máster II con dos usos horarios y de estilo clásico y cosmopolita, y me dirijo al aeropuerto.

Dos horas antes de la salida del vuelo llego a la sala de firmas. Aún no ha llegado nadie. Reviso con el coordinador toda la información referente al vuelo: condiciones meteorológicas, características del aeropuerto al que nos dirigimos y sobre todo la ruta a seguir. Cumplimento y chequeo, junto con el jefe de operaciones, el plan de vuelo punto por punto: masa y el balance del avión, protocolos y condiciones del equipo con el que contamos, nivel de combustible...

Al cabo de un rato llega la sobrecarga y me informa de que van a comenzar el briefing, que puedo entrar cuando quiera; espero unos diez minutos y entro en la sala donde se celebra.

—Buenos días, soy Víctor Lobo para quienes no me conozcáis —me presento.

Todas me sonrían, pero yo solo me fijo en Ana. No puedo apartar los ojos de ella. Está preciosa con el uniforme.

Se muerde el labio, parece nerviosa y sorprendida de verme. Me desconcentra.

—La duración del vuelo es de nueve horas diez. En cuanto a la previsión, hay una tormenta tres horas antes de llegar a Nueva York, por lo que puede que haya turbulencias, pondré la señal de cinturones y si vemos que es necesario que os sentéis avisaremos a la sobrecarga. Buen vuelo. —Y salgo de la sala.

¿Qué ha sido eso? Casi no puedo dejar de mirarla. ¿Y si no puedo tocarla nunca? ¿Y si no me deja? Mi angustia crece por segundos. ¡No! Eso no va a pasar, ¿cuándo me ha rechazado a mí una mujer? ¡Se acabó! Tengo que centrarme. No sé que cojones me pasa, nunca he dudado tanto cuando de mujeres se trata.

Llegamos al avión y me encierro en la cabina de mando. Pierdo a Ana de vista y me centro en mi deber.

Hoy llevo de copiloto a Francisco, amigo y compañero, con él da gusto volar.

Durante el vuelo barajamos la posibilidad de variar la ruta a consecuencia de la meteorología, pero finalmente la dejamos según está establecida. Cambiar ruta conlleva demasiada responsabilidad y si la tormenta no es excesivamente peligrosa lo mejor es dejarla tal cual.

La cosa está bastante tranquila y me planteo avisar a la sobrecarga para que avise a Ana de que entre en cockpit, pero eso resultaría un poco sospechoso, normalmente viene cualquiera de las tripulantes que esté en las puertas uno. En ese momento, alguien introduce el código de acceso. Miro por la pantalla y la cámara la enfoca a ella. Es Ana. Le permito el acceso.

—¿Necesitáis algo? —pregunta cuando me giro para mirarla.

—Yo estoy bien. —Sonrío y miro a Francisco.

—Voy al baño, ¿puedes quedarte aquí un momento?

Creo que se ha dado cuenta de que Ana me gusta. ¿Tan obvio es? Entre compañeros, cuando hay buen rollo, tenemos una serie de código y si todas las circunstancias lo permiten aprovechamos para salir y dejar al otro un poco de intimidad. Eso sí, siempre tiene que haber dos personas en

cockpit, por procedimiento ninguno de los pilotos podemos quedarnos solos cuando el otro salga. Esta norma se implantó después del accidente del vuelo 9525 de Germanwings, en el que el copiloto, tras quedarse solo en cockpit, bloqueó el acceso y estrelló el avión en los Alpes.

—Siéntate. —Le señalo el asiento con la mano después de que mi compañero salga.

Ana se coloca bien el vestido y toma asiento con una distinción propia. Guarda silencio sin retirarme la mirada.

Esta es mi oportunidad, no puedo desaprovecharla, por fin estamos a solas los dos.

—Te queda muy bien el uniforme —confieso sin poder apartar la vista de sus piernas.

—Gracias, a ti también. —Indiferente, fija su mirada en los controles.

Mira con curiosidad todos los interruptores. Me gustaría explicarle para qué sirve cada uno, pero no puedo perder el poco tiempo que vamos a estar a solas en eso. Tengo que aprovechar para saber si hay alguna posibilidad de tirármela.

—¿Cómo está tu amiga? —pregunto.

Ella fija la vista en el regulador de luces. Tras ello, me mira y responde.

—Ahí va, al final ha roto con su novio.

—Las relaciones...

Me mira, pero no dice nada. Quizá no debería haber mencionado el tema de las relaciones, puede que tenga novio y ahora esté pensando en él.

Tiene las piernas cruzadas y no para de mover el pie que tiene en el aire. Me desconcentra ver parte de sus muslos.

—¿Qué tal tu primer vuelo? —Trato de tomar el control de la conversación.

—Muy bien. Muy contenta, la verdad. Me gusta mucho este trabajo.

—¿Qué tal esta sobrecarga?

Nunca he volado con ella y siempre me gusta saber la opinión de los TCPs respecto a los sobrecargos.

—¿Miguela? Muy bien, es maja.

—No la conocía, debe ser nueva.

—No lo sé. Quizá.

Su indiferencia me desespera. No sé para qué me esfuerzo.

En ese momento entra el segundo a cabina y ella se levanta para irse.

—Quédate un rato más —le pido.

—Es que no sé si mis compañeros necesitan algo. Luego vengo. Si necesitáis cualquier cosa, avisad. —Y sin decir nada más, se va.

No pienso rogarle que se quede.

Francisco me mira, como si pudiera leer en mi cara que me gusta la chica, pero ninguno hablamos del tema. Lo agradezco.

A la diez de la mañana hora local, tomamos tierra en el Aeropuerto Internacional John F. Kennedy. El desembarque es rápido, por lo que pronto podemos abandonar el avión.

Mientras esperamos la furgoneta que nos llevará al hotel en plena Zona Cero, la tripulación comenta los planes que tiene para el resto del día. La mayoría ya se han organizado durante el vuelo: unos irán al famoso Mall de New Jersey, otros a pasear por la Quinta Avenida y a perderse por las calles del Soho, y los más antiguos, cansados de ver la ciudad, irán a dormir. Ese sería mi plan de no ser porque está Ana y tengo que aprovechar para pasar el día con ella y camelármela, pero, indecisa entre tantas opciones, no se une a ningún plan.

—Yo me apunto a ir por el centro con vosotras —me dirijo a una de las chicas que tienen previsto pasear por las calles de Nueva York.

—Genial, ¿alguien más se apunta? —dice Laura.

Ana me mira, pero permanece en silencio. Joder, quiero que se venga. La deseo, deseo que sea mía. Es exasperante, otra en su lugar ya habría aceptado, no estoy acostumbrado a que se hagan tanto de rogar.

—Son las diez de la mañana, hay que aprovechar el día. ¿No te animas, Ana? —le pregunto con mi mejor sonrisa.

Creo que la hago dudar.

—Está bien —dice por fin.

Sonrío victorioso, tengo todo un día por delante para mostrarle mis encantos. Tiene que ser mía.

Cuando llegamos al hotel, me pego una ducha y descanso un rato. Tras ello, saco de la maleta un jersey y unos vaqueros y me visto. Me echo perfume, cojo el abrigo y bajo al hall del hotel.

La primera en bajar es Ana. Lleva unos vaqueros, un jersey blanco y unas deportivas del mismo color. Se ha soltado el pelo y se ha puesto brillo en los labios.

—¡Qué guapa! —pienso en voz alta y agradezco que no haya nadie de la tripulación delante.

—¿Es una ironía? —Abre los ojos y me mira incrédula.

Esta chica es frustrante. No hay quien acierte con ella.

—No.

—Después de nueve horas de vuelo y este jet lag es imposible estar guapa.

—Pues tú lo estás.

Agacha la cabeza avergonzada. Es incapaz de mirarme, la pongo nerviosa: le gusto.

En ese momento, llegan Laura y otra tripulante acompañadas de la sobrecargo que, al parecer, también se ha unido al plan. Tendré que ser precavido, no quiero que se percate de mis intenciones con Ana. Bastantes rumores debe haber ya en la compañía después de lo de Estrella y de mi frustrado nombramiento como jefe de pilotos.

Caminamos hasta el centro comercial World Trade Center. Entramos solo para que las chicas se hagan la típica foto. Ana mira fascinada el nuevo conjunto de rascacielos construidos en esta zona. En cambio, su rostro toma un aspecto luctuoso al ver los dos agujeros del National Memorial que reflejan la ausencia de las antiguas Torres Gemelas. Ana mira los nombres de las casi tres mil personas que murieron en los ataques terroristas del 11S grabados en el frío metal alrededor del monumento.

Vamos a comer a un restaurante de comida rápida que propone Laura. Me apetece entre cero y nada este plan. Me gustaría poder llevar a Ana a uno de mis restaurantes favoritos de la zona y a ser posible los dos solos, pero eso sería muy extraño. Así que no me queda más remedio que aceptar comer hamburguesa en Arby's.

Mientras comemos las chicas hablan de algunas tiendas que solo hay aquí en Nueva York. En más de una ocasión Ana y yo cruzamos miradas. Observo con encanto cómo se come su hamburguesa, su forma de expresarse, el sonido de su risa... ¡Joder! ¿Por qué estoy tan pendiente de ella?

Todas hablan como cotorras. Primero hablan de los nuevos destinos a los que estamos volando, conversación en la que Ana sí interactúa, pero luego comienzan a hablar de novios, de boda, de mentiras... Temas en los que Ana no se pronuncia. No me interesan sus vidas, yo de quién quiero saber más es de Ana, sin embargo, ella parece cautelosa con su vida privada.

Después de comer paseamos por la Quinta Avenida.

—¿Podemos entrar? —pregunta Ana al pasar por delante de la Biblioteca Pública de Nueva York.

Las otras dos tripulantes cruzan una mirada de incredulidad.

—¿En serio, tía? —dice Laura.

No conciben que una chica joven y guapa como Ana pueda interesarse por la cultura.

—Yo os espero en COS, que está aquí en frente y quiero mirar un par de cosas. —La sobrecargo aprovecha para quitarse del medio.

—Si quieres te acompaño yo —me ofrezco voluntario.
Sería una pena que estando aquí no entrase a ver una de las bibliotecas más importantes del mundo.

—No te preocupes, no quiero que me tengáis que esperar.

—Entrad vosotros y luego nos encontramos —asegura Laura.

Aprovecho la oportunidad.

—Perfecto, pues nos llamamos —me apresuro a decir antes de que Ana cambie de idea.

Ni planeándolo me hubiese salido tan redondo el plan. Por fin voy a estar a solas con ella.

Entramos en la Biblioteca y accedemos a la primera planta. Nos encontramos con el mostrador de información, donde nos facilitan planos de las distintas salas. En el extremo izquierdo de esta misma planta, se encuentra la De Witt Wallace Periodical Room, lugar al que se viene a leer de forma gratuita la prensa de todo el mundo.

Ana, fascinada, contempla los enormes ventanales de arco semicircular, las antiguas lámparas que cuelgan del alto techo, las estanterías de las que emana el olor de las páginas de los más de tres millones de libros con los que cuenta esta biblioteca.

Caminamos en silencio para no molestar a las personas que se encuentran inmersas en la lectura. Solo se escucha el crujido de la madera al caminar.

Subimos hasta la segunda planta por una escalera de mármol, decorada con dos leones del escultor Edward C. Potter y dos fuentes.

Visitamos las tres plantas, aunque no accedemos a las veinte salas de lectura y exposiciones con las que cuenta la biblioteca.

—Vámonos, no quiero aburrirte. —Ana cierra el libro que hojeaba y lo deja en su lugar.

—No me aburres en absoluto.

¡Me fascina contemplarte!

Salimos y pasemos por las calles de Nueva York. Vemos una publicidad que llama nuestra atención: Dorothea Lange --- Words & Pictures, se trata de una exposición en el MoMA dedicada a la obra de la fotógrafa norteamericana Dorothea Lange.

—¿Te gustaría ir? —pregunto al verla contemplar con admiración el cartel.

—Me encantaría —confiesa con la misma ilusión con la que lo haría una niña pequeña al ofrecerle ir a Disneyland París.

Miro los horarios, pero lamentablemente no puedo invitarla a ir, las primeras entradas disponibles son para dentro de dos días. Pienso en otro plan similar para ofrecerle, pero no se me ocurre nada.

—Me temo que no va a poder ser, no nos cuadran los horarios —digo un poco afligido.

—No te preocupes, sería tener demasiada suerte. —Me mira a los ojos y sonrío.

—Así que te gusta el teatro...

—Todo lo que tenga que ver con el arte —asegura.

—¿Todo?

—Sí, me hubiese gustado estudiar Bellas Artes.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Ella fija la mirada en las grietas de la acera.

—Digamos que... no tuve esa oportunidad.

No la entiendo, ¿por qué no tuvo esa oportunidad? Quizá sus padres no quisieron que estudiara esa carrera. Quiero preguntarle, pero tengo la intuición de que para ella es un tema incómodo.

—Un amigo mío dirige una galería en París.

—¿En serio? —Me mira con interés.

—Sí, va mucho a Madrid, puedo presentártelo la próxima vez que venga.

—Sí, por mí genial. Me encantan las galerías, en Madrid he visitado muchas.

Pienso en invitarla a una pequeña galería de lujo en el barrio Salamanca, pero me parece un atrevimiento, no quiero que piense que le estoy proponiendo una cita.

Hablamos de Nueva York y de los países que nos permite conocer nuestro trabajo, donde el lunes puedes amanecer en París y desayunar en Le Pain Quotidien y el viernes puedes estar tomando unos vinos en Nueva York en uno de los bares de moda del Soho.

—¿Qué destinos has visitado por trabajo? —curioseosa.

—Demasiados. ¿De verdad quieres saberlos todos?

—Sí. —Sonríe.

—No quiero aburrirte.

—No vas a hacerlo.

Le enumero uno por uno todos los países en los que he estado hasta que nos topamos con el Empire State Building y ella abre la boca impresionada. ¡Me encanta ser yo quien la acompañe a descubrir el encanto de esta ciudad!

—¿Quieres una foto? —le pregunto.

—Vale —acepta tímida.

Me quito los guantes y el frío de la ciudad me hiela los dedos. Le hago varias fotos. Sale perfecta en todas, es tan hermosa.

—Sales guapísima —digo mientras se las enseño.

Se sonroja. No me puedo creer que se haya sonrojado con mi comentario si debe estar cansada de que los hombres se lo digan.

Continuamos caminando por la Quinta Avenida y ella, al ver la tienda de Victoria's Secret, me pide que entremos un momento. Acepto, aunque imaginármela con estos modelitos no me va a hacer ningún bien.

Ella elige un conjunto de lencería íntima con encaje muy sexy y me lo enseña.

—¿Te gusta? —pregunta con inocencia.

Uf, ¿que si me gusta? Se me acaba de poner dura solo de imaginarte con eso puesto.

—Mejor no te voy a decir lo que pienso —digo al tiempo que controlo mis hormonas.

—Sí, a mí tampoco me gusta mucho, no sé por qué lo he cogido. —Deja la prenda de nuevo en la mesa.

¿Pero qué dice? ¿Cómo puede pensar que no me ha gustado?

—No, no. No me has entendido. Me refería a que puesto... —Me tiembla la voz.

Ella parece no entenderme y yo no sé cómo decirle, sin ofenderla, que me encanta el conjunto y que lo quiero ver puesto en ella.

Continúa mirando ropa.

—Podrías comprarle algo a tu pareja —suelta de pronto.

¿A mí pareja? ¡Qué lista es! Muy sutil, pero no cuela. Confirmado: le gusto y quiere saber si tengo novia.

¡Qué juguetona! ¡Me encanta! Esto se pone interesante.

—¿Qué te hace pensar que tengo pareja? —Sonrío pícaro.

—No sé...

Ella sigue mirando lencería y finge indiferencia.

—No, no tengo pareja, así que como no le lleve un conjunto a mi hermana...

—Seguro que le gusta.

Aprovecho que ella ha sacado el tema para salir de dudas yo también.

—¿Tú sí tienes pareja? —Me apoyo en una columna en mitad de la tienda.

Tarda en responder y eso me pone de los nervios. No me gusta que tenga ese poder sobre mí.

—No. —Mira unas braguitas de encaje negras.

—Deberías dejar de enseñarme esa lencería tan sexi, no sabes la imaginación que tengo —pienso en voz alta.

Se le caen de las manos. Me agacho a recogerlas y ella hace lo mismo. Nuestras manos chocan al coger las braguitas. Me mira y sonrío. ¡Qué sonrisa! Deseo besarla aquí mismo.

Despacio nos incorporamos y me controlo.

Finalmente se compra un sujetador en color negro y con encaje, y un tanga a juego.

Bajamos por Broadway, le enseño el Madison Square Park, el edificio Flatiron, Forbes Galleries y el Washington Square Park.

—¿Te apetece un café para llevar? —le pregunto al ver un puesto en la calle—. Aquí están buenísimos. Así nos calentamos las manos.

—Pero ¿me lo vas a tirar encima? —Suelta una risotada que le da un vuelco a mi corazón.

—Intentaré no ser tan patoso esta vez.

—Entonces sí.

Coge su taza de café con las dos manos. Sin guantes, debe tenerlas heladas.

La llevo por mis calles favoritas de Nueva York. Nos perdemos en los parques más románticos y le enseño algunos de los encantos de esta ciudad hasta que la noche nos alcanza.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

—Un poco —confiesa.

—Te voy a llevar a uno de mis restaurantes favoritos.

La llevo al Antique Garage en Tribeca, me encanta este sitio. Es elegante y con una luz cálida y tenue, muy acogedor.

A la hora de pedir se deja guiar por mí. Eso me gusta.

—No sé por qué me imaginaba Nueva York diferente —dice una vez que el camarero se retira.

—¿Diferente cómo?

—No sé... quizá de tanto verlo en las series y en las películas me había creado una imagen más... glamurosa de la ciudad.

—¿No te ha gustado? —pregunto sorprendido, pues me había dado la sensación de que la ciudad le había alucinado.

—Sí, sí. Me ha encantado, es solo que, no sé...

—De todas formas no has visto nada, necesitarías más de una semana para ver todo lo que esconde.

—Tú sueles venir mucho, ¿no?

—Sí, a Nueva York vuelo bastante.

—Espero venir mucho yo también.

—Estoy seguro de que sí. —Sonrío.

—¿Cuántos años llevas en la compañía?

—Pensé que ibas a preguntarme la edad —confieso.

Quizá soy demasiado mayor para ella.

—Podría verla en la General deck si quisiera.

Chica lista.

—Vamos, que no te interesa lo más mínimo.

—No es eso, me refiero a que... si quisiera verla...

—Llevo doce años en la compañía y tengo cuarenta y dos, para que no tengas que mirarlo en la General deck —Cuanto antes lo diga, antes saldré de dudas—. ¿Cuántos años tienes tú?

—Veintiséis.

Cierto, lo sabía de cuando vi su expediente, aunque lo había olvidado.

—Parecías mayor.

—¿Mayor? ¿me estás diciendo que estoy estropeada? —pregunta molesta.

—No, no. Perdona, no era mi intención ofenderte, quiero decir que se te ve muy madura hablando y...

—Sí, inténtalo arreglar ahora. —Me aparta la mirada, aunque creo que está conteniendo la risa.

¿Qué le resulta tan gracioso?

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones?

—Ya nada. —Se toca el pelo coqueta.

—¿Un postre? —sugiero.

—Te perdono si es tarta de Apple pie típica de Nueva York.

—¿Cómo sabes que es típica si nunca has estado aquí?

—Leo mucho. —Sonríe.

Esta mujer es una caja de sorpresas. Me resulta tan enigmática e interesante.

Terminamos con el postre y pido la cuenta. Ana hace un gesto como para sacar la cartera de su bolso. ¿No pretenderá pagar a medias? Quiero invitarla y no me gustaría que me rechazara la invitación.

—No voy a permitir que pagues la cena —asegura.

—Esto es por haberte dañado la camisa con el café.

—La camisa está perfecta, con un lavado quedó como nueva. —Ella saca su cartera.

—Por favor, Ana —pongo mi mano sobre la suya para detenerla y en ese momento una corriente recorre todo mi cuerpo.

Me mira a los ojos. La miro. Es tan... diferente. Hay algo en su mirada que no había visto nunca antes en otros ojos. Tiene las pupilas dilatadas y el verde de su iris luce alrededor como un fino anillo deslumbrante.

Cómo puede ser tan hermosa, tan sexi, tan... ¿¡Estás tonto o qué cojones te pasa!?

Retiro mi mano de inmediato sin saber cómo reaccionar a lo que acabo de sentir. ¿Qué demonios estoy haciendo?

Yo solo quiero follármela. Darle bien duro.

Pago la cuenta y regresamos al hotel. Ana camina despacio, como si no quisiera llegar nunca. La llevo por las calles principales y disfrutamos del alumbrado navideño. Luces brillantes de mil colores dan vida a las húmedas aceras, en las que aún quedan restos de nieve desecha.

Ana disfruta de las luces que adornan las casas y observa con inocencia los escaparates de las tiendas, que parecen auténticas obras de arte. Lo veo en su rostro. Tiene la nariz roja del frío, también los mofletes. En mi interior se desata una emoción de ternura completamente inesperada.

Llegamos al Rockefeller Center, los villancicos inundan toda la zona. Nos hemos desviado intencionadamente, pues no podía permitir que se fuera sin ver el famoso abeto que encarna el auténtico espíritu navideño en la ciudad.

—Es el árbol de Navidad más grande de Nueva York —digo mientras lo señalo a lo lejos.

Ana contempla maravillada las miles de luces rojas y doradas como si nunca antes hubiera visto un árbol de Navidad.

—¿Cuánto mide? —pregunta sin apartar la vista.

—Leí que tiene una altura de veinticinco metros y que cuenta con casi 50.000 luces. Y esa estrella que adorna la copa de árbol está formada por más de 25.000 cristales de Swarovski.

—¿¡Qué dices!/? ¿¡En serio!/? —alza el tono de voz.

Me divierte tanto estar con ella.

—Ven. —Le indico con un gesto.

Nos acercamos bordeando la pista de hielo.

—Este árbol es pura magia —dice con los ojos muy abiertos mientras lo contempla a sus pies.

—Sí, es bonito.

—¿Bonito? Es precioso. Con elegancia y personalidad.

—Como tú —pienso en voz alta.

—¡No te burles! Yo no tengo la elegancia de este árbol.

¿Cómo puede pensar que me estoy burlando? Esta chica no es consciente de su potencial, del efecto que provoca en los hombres. O puede que solo esté disimulando.

—No sabes hasta que punto impones, Ana.

—¿Te impongo? —pregunta con una mirada penetrante.

Me dejo llevar y respondo lo primero que se me viene a la cabeza. Simplemente digo lo que siento en este momento, aunque sé que tan pronto lo haga me arrepentiré.

—Eres ese tipo de mujer que desprende seguridad. Inalcanzable, como la estrella de este árbol, así te veo.

De un impulso la rodeo con mis brazos y la aprieto contra mí. Quiero besarla, podría hacerlo aquí mismo.

¡Contrólate Víctor!

Ella no se sorprende con mi impulso. La libero y sin pronunciar una sola palabra más, regresamos al hotel.

Al llegar, mientras esperamos el ascensor, ella saca su móvil y se conecta al wifi. Me pregunto a quién le escribirá.

Cogemos el ascensor, ella presiona el botón doce, yo el veintiuno; estamos a casi diez plantas de distancia. El ascensor comienza a subir. Estar a su lado en un lugar tan pequeño me tienta. Me mira y se humedece el labio inferior. ¡Quiere que la bese! Uf, yo también quiero besarla, arrancarle la ropa aquí mismo y llevarla hasta mi suite. La deseo mucho. Aquí. Ahora.

Las puertas se abren, quiero darle al menos dos besos de despedida, pero aún sin uniforme las muestras de afecto en esta compañía no están bien vistas.

—Hasta mañana —se despide.

La miro con la esperanza de que vuelva a entrar y suba conmigo a mi habitación, pero no lo hace.

—Hasta mañana, descansa.

Las puertas del ascensor se cierran y ella desaparece.

Entro en mi habitación y siento un vacío extraño. ¿Qué me ha hecho esta chica? Pienso en escribirle un mensaje.

No, no, no. ¡No lo hagas!

Estoy seguro de que es el tipo de chica que espera una historia de amor, con flores y corazones, y yo no quiero eso. No voy volver a embarcarme en una relación, no después de lo que ha sucedido con Estrella.

Sé que debería dejarla en paz, aguantarme las ganas y acostarme con cualquier otra; será por mujeres..., pero hay algo en ella que me impide pensar con lucidez.

Me doy una ducha rápida. Bajo el agua, cierro los ojos y el brillo de los suyos irrumpe en mi mente como un tornado dispuesto a arrasarlo todo a su paso. Sus mejillas rojas, sus labios morados a consecuencia del frío, su felicidad inundan mis pensamientos. Cuando vuelvo a abrirlos, ya he tomado una decisión. Sé que me arrepentiré.

Con la toalla aún enroscada en la cintura cojo mi móvil busco su número en el grupo de WhatsApp que la sobrecargo ha creado para esta operativa y le escribo un mensaje.

Lo he pasado muy bien contigo hoy.

Veo que se conecta de inmediato. Escribiendo.

Yo también lo he pasado muy bien contigo,
gracias por enseñarme la ciudad.

Gracias a ti por regalarme un día lleno de ilusión. Me controlo y pienso bien qué le voy a decir. Lo mejor será zanjarse esta conversación, tengo la sensación de que esto no va a terminar bien.

De nada, ha sido un placer.

Bueno, voy a dormir.

Descansa.

Yo voy a ver si consigo poner mi cuenta de Netflix en la tv de la habitación para ver una serie.

Tienes que conectarla por bluetooth a tu dispositivo y ponerla como pantalla secundaria.

¿Qué? No sé cómo se hace eso.

Podría ir a ayudarla, sería la excusa perfecta para entrar en su habitación, pero no estoy seguro...

Es muy fácil ¿Quieres que vaya a conectártelo?

¿Conectártelo? ¿En serio? ¿No se me ha podido ocurrir otra palabra más apropiada? Pienso en borrar el mensaje, pero ella está en línea, por lo que ya lo habrá visto. Mi subconsciente me ha traicionado.

No quiero molestarte.

No es ninguna molestia, bajo.
¿Qué habitación tienes?

1205.

Esta es la oportunidad que llevo buscando desde que la vi por primera vez, este era el objetivo al que quería llegar y, sin embargo, ahora... Me detengo en seco en mitad de la habitación al descubrirme caminando de un lado para otro. Por un momento me arrepiento de todo, de haber hecho que le programaran este vuelo, de ser el culpable de que comience el año en la otra punta del mundo alejada de su familia y de estar a punto de ir a su habitación con intenciones sexuales.

Se ve tan inocente, tan buena, tan maravillosa... No se merece que juegue con ella. Nunca he sido tan condescendiente con una mujer, tan... considerado. No permito que ninguna entre en mi corazón y menos debería permitirlo ahora después de lo ocurrido con Estrella, pero no sé qué me pasa con Ana.

Me pongo una camiseta básica blanca, una sudadera y un pantalón de deporte. Me peino un poco y me echo perfume. Antes de salir cojo la tarjeta de la habitación y mi móvil.

Espero ansioso el ascensor. Aprovecho para quitarme un padastro con los dientes mientras llega. Noto que tengo la boca seca. Debería haber bebido un poco de agua antes de salir. Dudo si darme la vuelta, pero entonces las puertas del ascensor se abren.

Bajo a su planta y miro que no haya nadie en el pasillo, no puedo arriesgarme a que me vea alguien de la compañía entrando en la habitación de Ana, no ahora tal y como están las cosas.

Me planto frente a su puerta y golpeo ligeramente con los nudillos. Ella me abre de inmediato con una sonrisa de oreja a oreja que me corta la respiración.

—A ver qué le pasa a esta televisión... —Me tiembla la voz.

—Entra.

La habitación huele a ella. Todo luce ordenado. He entrado en habitaciones de tripulantes que lo tienen todo hecho un caos. Me gusta que Ana sea así de organizada.

—Vamos a conectarle a la princesa su cuenta de Netflix para que pueda ver su serie favorita.

—En realidad ahora no estoy enganchada a ninguna serie —dice después de cerrar la puerta y venir tras de mí.

—Yo estoy viendo La casa de papel, al final un colega me ha enganchado, tanto hablar de la puta serie... La cuarta temporada es brutal.

—No la he visto.

—Pues te la recomiendo.

—Tendré que verla entonces. —Y se sienta en el borde de la cama.

Cojo el mando de la televisión, le pido su móvil y a través de una app hago un duplicado de pantalla. Hay muchos métodos, pero este es el más rápido y sencillo. Pincho en el icono indicado de su móvil y le voy a la opción «enviar a pantalla» para iniciar el proceso. En unos segundos la

televisión muestra el contenido de su móvil.

—Listo.

—¿Ya? —dice sorprendida.

—Sí.

—¿Qué rápido eres! —Se incorpora.

—No siempre soy tan rápido. —La miro y sonrío.

Nos quedamos mirándonos. El tiempo parece haberse detenido.

Nuestros cuerpos están cada vez más próximos y no sé si es la gravedad de la tierra o yo quien provoca este acercamiento.

¡Qué tentación!

Tengo que irme cuanto antes o no responderé de mí.

—Será mejor que me vaya —aseguro demasiado cerca de sus labios.

—Víctor...

Noto su entrecortada respiración. Las partículas que se desprenden de su cuerpo entran en contacto con mi olfato. Un hálito dulce y salado que provoca extrañas reacciones en mi cerebro. Huele a jazmín, a pan recién horneado, a libros repletos de historias, a tierra húmeda, a ropa limpia... Huele a hogar, un hogar en el que me quiero quedar.

Me acecha la tentación de probar sus labios y de pronto se activan las señales neuronales del placer. Sus labios son como una droga a la que no me puedo resistir.

La beso. Me corresponde.

Su sabor es delicioso: a vino, cuyas uvas han estado cercanas al mar o bajo la influencia de vientos marinos; a fresas; a inocencia...

Puedo percibir su inseguridad. La estoy forzando a hacer algo de lo que ella no está segura y no debo ni quiero. No así. Tengo que detener esto.

—¿Quieres que me vaya?

Ana separa los labios. No habla, pero su mirada lo dice todo: me pide a gritos que la bese de nuevo, sin embargo, se me adelanta. Pone sus manos sobre mis mejillas y me besa.

La agarro con fuerza y presiono su cuerpo contra el mío. Me baja la cremallera de la sudadera y me la quita dejándola caer al suelo. Ella ha dado el primer paso y yo la sigo en este juego. Me deshago de sus prendas hasta que ambos quedamos en la más absoluta y deleitable desnudez.

Su piel es perfecta, blanca, sin ninguna imperfección. Mis dedos se deslizan por su cuerpo, suave como los pétalos de una rosa. Me detengo en el tatuaje que tiene en el costado: una frase en una lengua que desconozco.

Ana, extasiada bajo mis encantos, contempla mi trabajada tableta. ¡Ya es mía!

Quiero besar cada centímetro de su cuerpo, quiero deleitarme con este momento, pero mis ansias son incontrolables, me muero por devorarla, por estar dentro de ella.

Ana recorre mi torso con sus labios bajando lentamente. ¡Dios... cómo me pone eso!

Se arrodilla frente a mí. Paso mi pulgar por sus deliciosos labios, ella me mira y se ruboriza. Mi rabo bombea ansioso porque Ana lo introduzca en su boca.

Recorre mi erección con su lengua, me hace sufrir hasta que por fin comienza a comérmela. Siento la humedad, el calor, el cosquilleo de su lengua jugueteando con mi glande.

¡Uf, qué bien la come!

Entrelazo mis dedos en su pelo y con suavidad comienzo a follarme la boca, pero tengo que parar para evitar correrme, estoy tan excitado que no sé si podré aguantar mucho.

La ayudo a incorporarse y la beso. La tumbo en la cama. Deslizo mis dedos por su precioso cuerpo hasta llegar a su entrepierna. Está húmeda, muy húmeda. Introduzco un dedo, luego otro. Está lista para mí.

Saco mis dedos, la aferro con fuerza de las caderas y la presiono contra mi erección. Nos miramos. Me desea, desea tanto como yo que la haga mía, lo veo en sus ojos.

Sin poder aguantar un segundo más, me introduzco en su interior. Ella grita. Está caliente.

Masajeo sus pechos, mis manos encajan perfectamente.

La beso y silencio sus gritos mientras la empotro con fuerza.

No aguanto más, quiero vaciarme en su interior, lo deseo más que nada. Me detengo, pero ella se mueve, quiere más. ¡Víctor, aguanta! ¡Piensa en otra cosa!

Salgo de ella y lentamente vuelvo a entrar. Su cuerpo acoge mi polla. La penetro una y otra vez. Ella gime. Echa la cabeza hacia atrás y grita. Se va, se pierde en el placer del orgasmo y yo no aguanto más. Salgo de ella y exploto sobre su pecho.

Cierro los ojos y desvanezco sin fuerzas a su lado. Intento recobrar el aliento.

Abro los ojos y veo que ella contempla mi esencia, iba muy cargado. Me levanto y voy al cuarto de baño a por papel. La limpio con delicadeza. Me gusta el rubor que se ha instalado en sus mejillas después de nuestro acto.

Me tumbo a su lado sin decir nada. Estoy hecho polvo. Sin embargo, ha sido todo tan rápido que tengo ganas de más.

—Me voy ir yendo, querrás ver tu serie. —Y me incorporo para vestirme.

Ella se levanta detrás de mí y bebe un poco de agua. Verla así, completamente desnuda me excita.

Termino de vestirme intentando controlarme, pues si sigo mirándola no sé si seré capaz de irme.

—¿Tienes prisa? —pregunta sin rodeos.

—No, en absoluto, pero he supuesto que querrás ver la serie —digo confuso.

—¿Y por qué lo has supuesto? —Sonríe pícaro.

Uf, no puedo apartar la vista de su delicioso cuerpo. Es perfecta.

—Porque te he preguntado y te has quedado callada.

—No siempre hay que decirlo todo tan claro.

¿Me está pidiendo que me quede?

—Entonces, ¿quieres que me quede?

¿Se referirá a dormir? Yo no soy de dormir acompañado.

—Sí.

—¿Ves?, a veces es mejor decir las cosas claras, todo sería más sencillo ¿No crees?

—Hoy en día nada es sencillo en las relaciones. —Se recoge el pelo con una mano y se la coloca hacia un lado.

—Nosotros lo hacemos complicado.

Ese comentario me ha sonado muy filosófico. En qué cojones estoy pensando.

—Vosotros los hombres.

—Nosotros en general, hombres y mujeres —la corrijo muy serio, no me gustan ese tipo de comentarios generalistas hacia el género masculino.

—Estaba bromeando. —Sonríe.

—Tengo que conocerte más para saber cuando bromeas.

—¿Me estás diciendo que te gustaría conocerme? —pregunta sonriente.

¿Está jugando conmigo?

—Me encantaría ¿crees que es posible?

¿Qué cojones he dicho?

Ana no dice nada. Completamente desnuda se abalanza sobre mí y me besa en los labios. Me pone muy malo tenerla desnuda, mientras yo ya estoy completamente vestido. ¡Dios, qué morbo!

—Uf. Si no me voy ahora, no respondo de mí —digo tocándome el rabo por encima de los pantalones que vuelve a estar muy duro.

Ella sonríe y sigue besándome al tiempo que me quita la ropa.

Nos devoramos a besos. Despacio, deslizo mis manos por sus muslos y las llevo hasta su entrepierna. Está empapada. Introduzco mi pulgar y lo hago girar una y otra vez. Le acaricio la pared interior de la vagina mientras ella se retuerce de placer. Gime.

Saco el pulgar y lo llevo hasta sus labios. Ella saca la lengua y saborea el sabor de su sexo. Me chupa el dedo sin apartar la mirada de mis ojos. Joder, me tiene loco.

Regresamos a la cama, le abro las piernas y mi boca se va directa a su clítoris. Lo chupo, lo succiono, restriego mi barba. Ella gime de placer. Esta muy excitada. Se corre, pero yo continúo.

—Regálame otro —suplica.

¡Qué traviesa!

Sigo devorándola. Con mis dientes presiono su clítoris y tiro de él con suavidad. Ella se estremece de nuevo desde el interior. Sigo jugueteando con mi lengua hasta que se corre.

La pongo a cuatro patas y coloco la punta de mi polla en su vagina.

—Estás empapada —susurro en su oído.

La penetro despacio.

Dentro. Fuera. Dentro. Fuera.

Sus pechos se mueven al compás de mis embestidas.

—Me pones demasiado. Voy a correrme —jadeo.

Sus extremidades tiemblan. Estoy a punto de llegar.

—Córrete de nuevo para mí, nena.

No sé cómo lo hace, pero vuelve a correrse. Convulsiona alrededor de mi polla, gime, se estremece y el orgasmo la desgarran por dentro. Yo, excitado, alcanzo el clímax con ella.

Caigo sobre el colchón agotado. Ella se acurruca a mi lado.

—No me puedo creer que hayamos hecho dos veces esto sin preservativo. —Clava la mirada en el techo.

—Ya, ¿tú tenías? —La miro.

—No.

—No sabíamos que esto iba a pasar. De todas formas yo estoy bien, no suelo hacerlo así.

En realidad yo sí que lo intuía, lo que no entiendo es por qué no he traído ningún condón. Quizá una parte de mí pensaba que nada de esto iba a pasar.

Le pregunto si va al gimnasio, pues tiene un cuerpo perfecto, ella niega con la cabeza. ¡Qué afortunada! Me dice que soy demasiado halagador, pero yo insisto en que solo digo la verdad. Y así, entre juegos, besos, caricias y abrazos vuelvo a hacerla mía. Pero en esta ocasión es una mezcla extraña entre hacer el amor con alguien a quien parece conocer de toda la vida y practicar el sexo duro de una noche loca.

—¿Sabes? Es la primera vez que lo hago tres veces seguidas —confieso casi sin aliento y con el corazón aún acelerado.

Esta mujer va a volverme loco.

Me abraza y, así, nos quedamos dormidos.

Me despierto sobresaltado en mitad de la noche al sentir el vibrar de mi móvil. Ana continúa dormida, está acurrucada.

Sin hacer ruido me incorporo y miro la pantalla, es Estrella.

¿Qué hace llamándome a esta hora? ¿Habrá descubierto que lo sé todo? Me levanto y me meto en el baño. Cierro la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunto en tono muy bajito.

—¿Por qué hablas así?

—Porque son las cuatro y media de la madrugada.

—Ah perdona, es que he salido a desayunar y quería hablar contigo, ¿dónde estás?

—Estoy en Nueva York. ¿De qué querías hablar?

—De nosotros, estoy cerca del piso y he pensado que podíamos desayunar juntos.

—Estrella, no creo que tengamos mucho más de qué hablar. En cuanto al piso ya no vivo ahí.

—¿No? Pero si el contrato era mínimo de un año...

—Sí, pero me fui. No quería seguir viviendo ahí.

—¿Te recordaba a mí?

—Tengo que dejarte. Mañana vuelo temprano.

Me despido de ella y cuelgo. Definitivamente esta mujer está loca.

No quiero ser paranoico, pero me resulta muy extraño que me llame. ¿Le habrá dicho algo Encarnación? Espero que no.

Salgo del baño y contemplo el cuerpo de Ana cubierto hasta la cintura por la sabana. Es tan hermosa.

Me dan ganas de despertarla y follármela otra vez, pero tiene que descansar para el vuelo de mañana y yo también. Así que me visto sin hacer ruido y me voy a mi habitación, sé que si me quedo, la proximidad de su cuerpo desnudo no me dejará conciliar el sueño.

Cierro la puerta de su habitación con cuidado para no despertarla.

Me meto en mi cama y percibo el olor a sexo, a ella. Me excito con tan solo inhalar su aroma.

Por la mañana cuando suena el despertador, me levanto y me voy directo a la ducha. Tras ello, bajo a desayunar. Me encuentro con algunos compañeros, pero ni rastro de Ana. Me planteo escribirle un mensaje, pero no debo. ¿Para qué? Ya he conseguido lo que quería.

¡Solo ha sido sexo! Me repito una y otra vez. No quiero que se repita la misma historia.

Después del desayuno aprovecho para ir un rato al gimnasio del hotel. Cuando termino me vuelvo a dar una ducha y me pongo el uniforme.

A las dos y media estoy en el hall. Voy directo al mostrador y le entrego la tarjeta de la habitación a la recepcionista que me pregunta si he disfrutado de la estancia con una sonrisa. Asiento con la cabeza y me despido.

En uno de los sofás veo a Ana. El pelo recogido le sienta de maravilla, su belleza queda al desnudo. Ese pañuelo del uniforme perfectamente anudado a su garganta le da un toque distinguido. Ella, sumergida en su manual, no me ve. Debe estar estudiando para el briefing, aún no debe tener muy asentados todos los conocimientos.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días —dice Ana sin levantar la vista del manual.

El resto de azafatas me saludan también y comienza a hablarme. Me cuentan qué hicieron ayer en

la ciudad, como si a mí me importara. Intento disimular y no mirar demasiado a Ana, las mujeres son muy observadoras y no quiero que se percaten de nada.

—¿Y tú, Ana? ¿Cómo has dormido? —pregunto con la intención de integrarla en la conversación.

—A partir de media noche bastante bien. —Levanta la cabeza y sonrío.

Cómo puede ser tan descarada. ¿Será una indirecta porque se siente dolida por haberla dejado sola?

—¿Y qué pasó antes de la media noche? ¿No podías dormir?

La pongo a prueba delante del resto de azafatas.

—Digamos que tuve un... pequeño traspies.

¿Traspies? ¿En serio está llamando traspies a los tres polvazos que echamos?

—Vaya, ¿en la ciudad? —disimulo.

—No, en el hotel. —Sonrío.

—Espero que no sea nada grave y te impida llevar a cabo tus labores durante el vuelo —digo en tono seco.

No estoy acostumbrado a que jueguen conmigo.

—En absoluto, ya estoy completamente recuperada. —Vuelve a sonreír.

No sé qué decir. Me ha dejado sin palabras. Tampoco quiero que el resto de chicas sospeche nada, así que permanezco en silencio. Ella regresa a su manual y continúa estudiando.

Este juego me resulta divertido, excitante y peligroso al mismo tiempo. La observo con deleite.

Saco mi móvil y le escribo un mensaje sin pensar demasiado en el contenido.

Con esa sonrisa es imposible negarte nada.

Inconscientemente, acabo de hacer justo lo que me dije que no haría jamás: darle el poder a una mujer. Ahora ella sabe que puede pedirme cualquier cosa y que estaré dispuesto a dársela. No sé qué tiene esta chica que me hace sentir cosas que nunca antes he sentido, ni siquiera con Estrella.

Ella desbloquea la pantalla de su móvil, lee el mensaje y vuelve a sonreír, pero no me responde. No hace falta, su sonrisa ya lo hace.

Llega la sobrecarga y comienzan el briefing. Tras ello, nos recogen en una furgoneta y nos llevan al aeropuerto.

El vuelo transcurre con normalidad. La imagen del cuerpo desnudo de Ana invade mi mente por momentos y me excito. Sé que entrará en cockpit en algún momento, está en las puertas uno y se tienen que ir turnando para entrar, no veo la hora de que llegue ese instante.

Aviso a mi compañero, que es de confianza, y le pido que cuando entre Ana, salga y me deje hablar con ella a solas. Acepta encantado, así estira las piernas y aprovecha para ir al baño y hablar con las chicas en el galley.

Cuando veo por la cámara a Ana introduciendo el código de acceso a cockpit el corazón me da un vuelco. Entra y pregunta si necesitamos algo. Mi compi aprovecha para pedirle que se quede un momento que va a salir.

Dejo los documentos en la mesita que hay junto a los mandos y me giro hacia Ana.

—¿Cómo va tu segundo vuelo? —me intereso.

—Bien —responde seria.

—Tranquila, no te voy a hacer ninguna pregunta de procedimientos.

—Gracias.

¿Qué le pasa? Parece demasiado cortante.

—Anoche lo pasé muy bien —aclaro por si le cabe alguna duda de que no disfruté.

—Me alegro.

Joder. ¡Qué frustrante es esto!

—¿Te pasa algo? —pregunto extrañado.

—No, ¿debería sucederme algo?

—No, por eso pregunto.

Me levanto y me acerco a ella. Quiero besarla, pero cuando voy a hacerlo, ella se aparta.

¿No quiere? Yo soy Víctor Lobo, nadie rechaza un beso mío, soy yo quien no suele besar, quien se limita a follar.

¿Qué estoy haciendo? Había tomado la decisión de no intentar nada más, esto es solo sexo y no se puede volver a repetir.

—Esto no está bien —asegura.

—Lo sé, pero me da igual. —La agarro de la cintura y la acerco a mí.

No puedo contenerme y la beso. Nuestros labios se unen en una encrucijada. El dulce paladar de su boca inunda mis sentidos, nuestras lenguas se mecen en un erótico baile que me la pone dura.

—Será mejor que me vaya —dice apartándose decidida.

—No me puedes dejar solo en la cabina de mando. Te estarías saltando el protocolo.

Me río divertido. La situación me da mucho morbo. La tengo secuestrada, no puede salir hasta que el segundo oficial regrese.

En ese momento alguien introduce el código de seguridad. La puerta de cockpit se abre. Mierda es mi compañero.

¡Qué putada!

—Si no necesitáis nada más, me marcho —Ana aprovecha para escaquearse.

Esto no se puede quedar así.

Cuando llegamos a Madrid todos nos despedimos a la salida del control de tripulación y entre saludo y saludo pierdo a Ana de vista.

¡Mierda!

Miro en todas las direcciones y por fin detecto al fondo su sexy caminar. Voy tras ella.

Se detiene frente a los ascensores de la terminal y aprovecho para alcanzarla.

—¿Dónde vas? —pregunto cuando llego a su altura.

—A coger el metro —responde con indiferencia.

—Sí, me refiero ¿adónde?

—A mi casa.

—Te acerco si quieres, me pilla de paso.

—No te preocupes.

¡Qué cabezota!

—Sí, claro que me preocupo, estás cansada del vuelo, no tienes por qué esperar el metro, puedo acercarte yo sin problema.

Entramos en el ascensor y nos sumimos en un absurdo debate hasta que por fin acepta que la lleve a su casa. No entiendo por qué le cuesta tanto que la acerque.

—¿Te espera alguien al llegar? —curioso.

—Sí.

—¿Sí? ¡Qué suerte!

—Bueno...

—¿Quién te espera?

—¿Tanto te interesa?

Me gusta su seguridad.

—Mucho.

—Mi tía. ¿A ti te espera alguien?

Vaya, parece que no soy el único que quiere saber ese dato.

—No.

—¿Entonces vives solo? —indaga.

—¿Tanto te interesa? —Sonrío.

—En realidad no —responde altiva.

Las puertas del ascensor se abren y le hago un gesto con el brazo para que salga primero. Ella agarra la maleta y sale.

—Por aquí —le indico en dirección al parking del aeropuerto.

Llegamos a donde se encuentra mi Jaguar. Abro el maletero, cojo su maleta y la subo al coche. Antes de que ella lo haga, me adelanto y le abro la puerta.

—¿Que estamos en una película? —pregunta entre risas.

No sé qué decir, nunca le he abierto la puerta del coche a una mujer, pero pensé que este detalle les gustaba. Ahora me siento un poco ridículo. Sonrío y cuando se monta en el coche cierro la puerta con cuidado.

Nos adentramos en el tráfico de las concurridas carreteras que dan acceso al centro de la ciudad.

—¿Quieres que lo ponga descapotable? —pregunto.

—Quizá haga algo de frío. ¿No crees?

—¿No será que no quieres despeinarte?

Sonríe y hago un movimiento negativo con la cabeza.

—Tienes razón, hace frío. Ya tendremos tiempo de dar un paseo con el descapotable cuando llegue el buen tiempo.

¿Qué estoy haciendo? ¿Estoy dando por hecho que vamos a seguir quedando? Se me va la cabeza, necesito llegar a casa, darme una ducha y olvidarme de este viaje y de Ana, esto no va a terminar bien.

Ella permanece muy callada, no dice nada al respecto. Me gustaría saber qué pasa por esa cabecita... Quizá está deseando llegar a su casa y olvidarse de mí.

—¿En qué piensas? —pregunto directo sin apartar la vista de la carretera.

—En que tengo ganas de llegar y descansar.

—¿Qué planes tienes para mañana?

—No sé aún, supongo que quedaré con Valeria, ¿por qué?

—Había pensado que quizá... podríamos cenar.

¡Estoy perdido! Si no puedo controlar mis impulsos, mal voy.

—¿Nosotros? —pregunta sorprendida.

—Claro, ¿quién si no?

—Ah —musita.

—¿Qué pasa?

Vaya, será que no he percibido bien las señales.

—No, nada.

—¿No te apetece?

Mi cara debe ser un poema ahora mismo. Nunca me había encontrado en una situación similar. Pareciera que le estoy rogando para que cene conmigo.

—Sí, pero...

—Perfecto, entonces mañana te llamo para concretar —la interrumpo. No quiero escuchar sus «peros». Tampoco sumirme en otra discusión.

No hablamos más del tema porque llegamos al barrio Salamanca y me detengo en su calle.

Antes de bajarse se acerca a mí para darme un beso en la mejilla, pero justo cuando sus labios van a rozar mi piel, yo giro mi cara sutilmente y la beso en la boca.

—Te llamo mañana —digo antes de que salga.

Ella cierra la puerta con delicadeza y coge su maleta. Sin saber cómo interpretar su «pero», me alejo.

Me muero por volver a hacerla mía, pero no quiero que ella piense que por invitarla a cenar vamos a tener algo serio, es solo que por alguna razón mi cuerpo la desea demasiado. No puedo prescindir de su sexo. Siento que todo está desordenado en mi cabeza, necesito despejarme.

Llego a mi hotel, me pego una ducha y me tumbo en la cama. Aprovecho para llamar a mi padre y a mi hermana y felicitarles el año nuevo.

Durante más de media hora escucho todos los planes que ha hecho Mireia en estos días.

Tras colgar el teléfono, cierro los ojos y me quedo dormido.

Al día siguiente, después de ir al gimnasio, llamo a Ana para confirmar nuestra quedada de esta noche.

—¿Sí?

—Buenos días, bella durmiente o quizá debería decir buenas tardes.

—¿Qué hora es? —pregunta desorientada.

—Las dos de la tarde.

—¿Qué sucede Víctor?

—Nada. Quería confirmar que nuestro plan de esta noche sigue en pie.

—No lo sé, es que aún no he podido hablar con Valeria.

¿Me está dando largas? ¿Prefiere quedar con su amiga antes que conmigo? Mira ya estoy harto de su chulería. Me dan ganas de decirle que quede con su amiga que otra aceptará mi invitación sin tanto problema.

—¿Cuál es el plan exactamente? —curioseas.

—Quiero llevarte a un restaurante que te va a encantar.

—Ya lo tienes planeado y todo.

—Ya tengo hecha incluso la reserva —miento.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—Intentaré estar lista entonces.

—¿Eso es un sí?

—Luego te veo. —Cuelga sin despedirse.

Esta mujer quiere volverme loco.

Hago la reserva en Yakiniku rikyū, un elegante japonés en Paseo de la Castellana. Me gusta mucho este restaurante por el trato tan exclusivo y porque tienen servicio de aparcacoches.

El resto del día aprovecho para ir a la peluquería a cortarme un poco el pelo y también para ir al fisioterapeuta. Necesito un masaje de esos que me dejan como nuevo.

Quedo para tomar café con mi asesor financiero y que me explique con detalle la última inversión en las acciones de una multinacional. Hablamos y me pone al día de los últimos movimientos. En general todo son ganancias.

Por la noche, antes de salir del hotel, voy a la recepción y solicito que al llegar me tengan preparado una cubitera con hielo y una botella de champán, un plato de fresas, pétalos de rosas alrededor, el jacuzzi a medio llenar con velas y más pétalos. Quiero sorprender a Ana.

Le indico a la recepcionista que avisaré media hora antes de mi llegada para que pongan todo en marcha. Ella toma nota sin hacer ninguna observación o pregunta.

Son las ocho y media cuando salgo en dirección al barrio Salamanca. Tardo unos quince minutos en llegar a su calle. Allí está ella, de pie, esperándome, con un elegante mono en color burdeos.

—¡Qué puntual! —dice tras montarse en el coche.

—No está bien hacer esperar a una chica guapa. —La miro y sonrío.

Espero a que me bese, pero no lo hace. Yo tampoco, aunque me muero por sentir de nuevo sus

labios.

Durante el trayecto, le cuento cómo ha ido mi día y pregunto por el suyo.

Ya en el restaurante, una vez hemos tomado asiento en nuestra mesa y pedido la cena, hablamos de todo. Las conversaciones entre ella y yo surgen sin que ninguno de los dos tengamos que forzarlas. Pero de pronto saca un tema que me incomoda, me pregunta por Estrella.

—Te escuché hablar con una tal Estrella la otra noche y en el galley se escuchan chismes.

—¿Qué tipo de chismes? —curioso intentando parecer calmado.

—Tampoco he prestado mucha atención, solo que voláis siempre juntos.

—Volábamos —puntualizo.

—Entonces... ¿es cierto?

—Estrella era mi pareja, hace más de dos meses que no volamos juntos.

Percibo un ápice de decepción en su mirada. No entiendo por qué me pregunta por Estrella ahora. Estoy con ella cenando, cuando podría haber quedado con cualquier otra para follar directamente sin complicarme. ¿Por qué no valora eso? ¿Por qué no es capaz de disfrutar de este momento sin pensar en otras? Yo no le pregunto por su pasado o por sus ex.

Se vuelve a quedar callada. Es ese tipo de silencio que delata su inquietud.

—Te has quedado muy callada.

—Estoy escuchándote.

—Pero yo ya he terminado de hablar.

Ella mira con desgana su plato como si hubiera perdido el apetito. Tengo que reconducir esto, no quiero quedarme sin polvo esta noche.

—No te creas todo lo que escuchas en los galleys. Sí, Estrella y yo hemos estado saliendo unos meses, pero la cosa no ha funcionado. Ya está.

—¿Y por qué no ha funcionado?

Que preguntona está con este tema. Podría decirle la verdad, pero no me apetece, no quiero. Sí, puede que, en parte, me avergüence reconocer que me han sido infiel y, además, me han dejado.

—Buscamos cosas diferentes —digo al fin.

—¿Qué cosas?

Me está tocando un poco los huevos. La fulmino con la mirada. Ella me mira testaruda, espera una respuesta por mi parte.

¡No me presiones con esto, Ana!

Ella le da un sorbo a su copa y me mira desafiante.

¡Cálmate, Víctor!

—Ella se preocupa demasiado por banalidades, es una persona muy superficial y yo busco algo más que un físico, algo más que sexo —miento.

¡No! ¿Por qué hago esto? Ahora sí que la voy a confundir, va a pensar que quiero algo serio con ella. Esto se me va de las manos.

Otra vez me responde con un silencio que me obliga a continuar hablando.

—No pienses que no me gusta el sexo, quizá demasiado, es solo que... me gustaría construir algo sólido y duradero.

¿Estoy mintiendo solo para acostarme de nuevo con ella o es eso lo que realmente quiero? Es cierto que la idea de tener a alguien a mi lado con quien compartir mi vida no me desagrade, pero eso es imposible, no creo que exista una mujer que me merezca.

—Eso está bien —responde indiferente.

Su actitud me confunde.

—¿Y tú? —pregunto.

—¿Yo qué?

—¿Tienes pareja?

—Pensé que esa respuesta ya quedó clara. —Sonríe.

¡No doy una!

—No sé... quiero corroborarlo por segunda vez —acierto a decir.

—¿Esa es la imagen que tienes de mí?

Uf, qué mujer tan complicada.

—No, en absoluto.

—Llevo cuatro años soltera —responde al fin.

—Será porque quieres.

—Efectivamente.

—Bien de ego.

¡Qué descarada! Pero eso me pone.

—No, es solo que... prefiero estar sola a tener una relación con un hombre que no me satisfaga solo por decir que tengo novio.

—Te entiendo. Y... ¿qué es lo que tiene que tener un hombre para satisfacerte?

Espero expectante su respuesta. Me interesa mucho.

—Buena pregunta —dice para ganar tiempo.

Aquí la he pillado, pero no voy a decir nada. Le voy a responder con el mismo silencio con el que ella me ha respondido a mí minutos antes.

Le doy un sorbo a mi copa. La miro. Sonríe ligeramente y la obligo a hablar.

—Sobre todo tiene que ser auténtico, sincero, que se muestre conmigo tal y como es y no una fachada que con el tiempo se cae.

—¡Con qué poco te conformas! —bromeo.

—¿Poco? A mí ya me parece pedir demasiado, pero bueno también me fijo en que sea atento, caballeroso, fiel, que me haga sentir especial... No quiero aburrirte con eso...

—No me aburres en absoluto, al contrario, me interesa bastante.

Joder, este juego se me está yendo de las manos.

—¿Sí? —Clava sus ojos en mí y me regala una sonrisa dulce y sexy.

¡Dios, qué mirada!

—Sí —afirmo.

—¿Por qué? —Deja de parpadear por unos segundos.

—Porque quiero ver si cumplo con todos tus requisitos.

Pero, ¿qué cojones? ¿Cómo he podido decir eso!? No entiendo mi comportamiento.

—¿Y los cumplés? —pregunta descarada.

—Hasta el momento sí.

Intento simular que tengo todo bajo control.

Terminamos con el postre y salimos del restaurante. El aparcacoches ya me está esperando con la puerta del conductor abierta y el motor arrancado. Le doy un billete de diez euros de propina.

Llevo a Ana a mi hotel. Me muero de ganas por hacerla mía.

Ella me pregunta que adónde vamos.

—¿Acaso importa? —Aparto la mirada de la carretera solo unos segundos para mirarla a ella.

Conduzco más rápido de lo que debería. Me muero por llegar y quitarle la ropa. Solo de imaginarme su cuerpo desnudo ya se me pone dura.

—Pensé que iríamos a tu casa —dice algo desilusionada cuando entramos en el parking de mi hotel.

—Es que vivo aquí.

—¿Aquí? —pregunta extrañada.

—Sí, tengo mi casa en Sevilla, pero aquí en Madrid como apenas paso las imaginarias y poco más, pues me alojo en este hotel.

Subimos a mi habitación. Cuando abro la puerta todo está según he ordenado: una cubitera con champán y un plato de fresas sobre la mesita, pétalos de rosas rojas sobre la cama y en el baño, y velas recién encendidas.

Después de ver el nerviosismo de Ana al contemplar las velas, le pregunto si está bien y ella me dice que no le gustan, así que las apago.

Compruebo que el jacuzzi está lleno hasta la mitad y el agua templada. Abro el grifo del agua caliente.

Regreso a la habitación y descorcho la botella. Sirvo un poco en las copas. Le entrego una a Ana y brindamos. Cojo una de las fresas que hay en la bandeja y la introduzco en su boca. Sus blancos dientes se impregnan de rojo al morderla. Me excito.

La beso con deseo. Percibo el sabor dulce y silvestre en su boca. La desvisto lentamente hasta dejarla desnuda frente a mí. Llevo toda la noche esperando este momento. Ella desliza sus manos por su pecho al tiempo que nuestras lenguas juegan sin cesar. Mi polla reacciona con entusiasmo a cada estímulo. La tengo dura.

Me desnudo y ambos nos metemos en el jacuzzi. Me acaricia la cara, el pelo, cuello, hombros, brazos... y acaba agarrando con fuerza mi miembro, lo masajea debajo del agua. Mi respiración se agita. Cierro los ojos para saborear el momento.

Acabamos haciendo el amor de una forma en la que no recuerdo haberlo hecho antes.

Ana es delicada, sensual, única...

Estamos en la cama, abrazados, cuando mi teléfono suena.

—¿Sí? —respondo.

—Soy Lucía de Crew Control. Ha salido un vuelo para Verona mañana. Te lo vamos a programar a ti.

—¿A qué hora?

—Por la tarde, aún no sabemos la hora exacta. Te envío toda la información por mensaje en un rato.

—Perfecto. Gracias. —Cuelgo.

Ana me mira expectante, como si quisiera saber de quién se trata.

—Era Crew Control. Ha salido un vuelo.

—¿Ahora? —pregunta asustada.

—No, mañana por la tarde.

—¿Adónde?

—A Verona.

—La ciudad del amor. ¡Qué guay!

—¿Te quieres venir?

¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo que si se quiere venir? No puedo hacer eso, no puedo repetir los mismo errores que en el pasado. Sin embargo, no sé qué me pasa que nada me gustaría más que volar con ella.

—Ojalá, pero...

—¿Cuándo tienes programado tu próximo vuelo? —la interrumpo.

—No tengo programado nada aún.

—Perfecto. —Cojo mi teléfono y llamo a José.

—¿Qué haces? —pregunta Ana en voz baja.

—José necesito un favorcito, me acaban de programar un vuelo a Verona mañana, necesito que pongas a Suarez en ese vuelo.

—Voy a intentarlo. ¿Esta no es tú amiga esa con la que volaste en fin de año a Nueva York? —Se ríe.

—Sí.

—Ándate con ojo, que estás en el punto de mira —me advierte.

Nos despedimos y cuelgo. Ana no tarda en recibir un SMS notificándole el vuelo.

—¡Esto no está bien!

Intenta mostrarse seria, pero sé que en el fondo le hace la misma o más ilusión que a mí operar este vuelo conmigo.

—No es algo que haga todos los días —aseguro.

—Por Estrella lo hacías.

Su comentario me molesta. No me gusta que me la recuerde y menos en un momento como este. No sé por qué la menciona tanto.

—Es por la única que lo he hecho desde que estoy en la compañía.

—Parece que no será la última —dice con cierto resentimiento.

Qué manera de arruinar el momento. Estoy a punto de levantarme de la cama enfadado por su actitud y por cortarme el rollo, pero entonces algo me dice que está celosa. Sí, por eso se comporta así, es probable que ella crea que sigo enamorado de Estrella. Podría desmentírselo, pero tendría que darle demasiadas explicaciones...

En ese instante la respuesta sale de mi boca sin más.

—No, lo serás tú.

¿Por qué le he dicho eso? No puedo prometerle algo que no voy a darle. No quiero compromisos.

—¿Yo? ¿Cómo estás tan seguro?

—Lámalo intuición.

Silencio la conversación con un beso, este nos lleva a otro y otro... Y acabo haciéndole el amor con mimo y delicia, ella saca cosas de mí que no conocía.

Ana se incorpora para ir al baño a limpiarse mi corrida.

—¿Quieres que te traiga papel? —pregunto aún con la respiración agitada.

—No, no, tranquilo, estoy bien.

En su rostro aprecio un ápice de tristeza. Quiero hablar con ella, saber cómo se siente, pero lo mejor es que vea esto como lo que es: sexo y diversión.

Algo me dice que vaya tras ella y haciendo caso a mi instinto voy al baño y abro la mampara de la ducha. La miro antes de entrar, no quiero invadir su espacio. Tiene los ojos rojos.

Entro y me aferro a su cintura. Ella acaricia mi pecho. Es tan hermosa, tan delicada... La abrazo. No sé por qué lo hago. Sentir el contacto de su piel me da paz. Pasamos unos minutos sumidos en este reconfortante abrazo bajo el agua.

Mis manos comienzan a deslizarse sin prisas por su espalda, como si el tiempo fuese eterno. Enjabonamos nuestros cuerpos y cuando me doy cuenta de lo que está sucediendo me preocupo. Es la primera vez que estoy en la ducha con una mujer y no follamos, la primera vez que... no sé explicarlo.

Terminamos de ducharnos y, desnudos, nos metemos en la cama.

Le doy un beso en los labios y la giro pegando su espalda a mi pecho. La abrazo hasta que el sueño me alcanza.

Por la mañana me despierto duro y Ana, que nota mi erección se restriega como un gatito contra mi cuerpo.

La intento besar y entonces ella pega un respingo de la cama.

—¿Qué hora es? —pregunto asustado.

—Demasiado tarde, son casi las dos —dice acelerada.

—No te preocupes, tenemos tiempo. —La agarro por la cintura y la beso en los labios. Ella se aparta con disimulo, me besa en la mejilla y se va directa al baño.

¿Qué le pasa? Me restriego los ojos y cojo el móvil.

Tengo una llamada perdida de Estrella. ¿Qué querrá ahora? No pienso llamarla.

Me siento sobre la cama. Escucho a Ana lavarse los dientes y pienso que quizá es eso lo que le sucedía que no quiere besarme sin haberse lavado los dientes. ¡Qué delicada!

Me incorporo y cojo una botella de agua del minibar. Le doy un trago y me enjuago la boca.

Completamente desnudo, entro en el baño y la agarro por la cintura.

—¿Ahora sí puedo besarte con lengua o me vas a obligar a cepillarme los dientes primero? —pregunto entre risas.

La beso, pero ella está tensa.

—¿Estás bien? —Observo su expresión.

—Sí, es solo que vamos a llegar tarde. —Se gira hacia el espejo y se dispone a maquillarse.

—¿Dónde quieres comer? —pregunto mientras meo delante de ella.

Ana me mira por el rabillo del ojo.

—Me da igual, algo rápido.

—¿Te apetece un italiano?

—Mucho.

—Pues entonces ya sé donde vamos a comer.

Me pongo a su lado para lavarme las manos. Mi polla roza su pierna y noto cómo se tensa. Ana sigue aplicándose la sombra de ojos. Disimula, finge que no la distraigo, que no la pongo. Entonces me coloco detrás de ella, nos miramos a través del reflejo del espejo. Lleva un ojo maquillado y el otro no, parece un cuadro cubista. Ella no necesita maquillaje, no entiendo para qué se esmera tanto en estropear su belleza natural.

Mi miembro cobra vida, se roza con su trasero. Deslizo mis manos desde su pelvis hasta su vagina. Ella da un respingo y se aplica la sombra marrón en la frente. Le quito las pinturas de las manos y la dejo sobre el lavabo.

La giro hacia mí. Su mirada se cruza con la mía. La cojo en peso. Ella entrelaza sus piernas a mi cintura. La llevo a la cama y la dejo caer con delicadeza. Le quito las braguitas. Agarro sus puños y los llevo a la altura de sus hombros. Con la ayuda de mis piernas abro las suyas y mi erección queda en su entrada.

Me rozo, siento la humedad de su sexo en mi glande y me enciendo. Introduzco la punta de mi polla en su vagina. Percibo ese calor que tanto me gusta. El sonido de nuestros jugosos sexos dispuestos a fluir, pero me resisto. Disfruto al percibir su cuerpo ansioso por acogermé. Ella tiembla desesperada, me quiere dentro. Cuando ya no puedo más, la penetro.

Ella gime y mueve las caderas. La beso y silencio sus gemidos. Me muevo deleitándome al sentir sus labios interiores alrededor de mi polla. La penetro cada vez con mayor intensidad, pierdo el control adentrándome en ella.

Ver el placer en su boca, en sus ojos, en sus gritos, me pone muy cachondo.

—Córrete para mí —le pido con la voz ronca a consecuencia del placer en el que me hallo inmerso.

Ella se tensa y grita cuando el orgasmo estalla en su cuerpo.

*

La llevo a comer al restaurante italiano Noir del chef Gianni Pinto, en pleno barrio Salamanca, muy cerca de su casa.

Después del almorzar la acerco con el coche hasta la misma puerta de su edificio. Le digo que puedo esperarla aquí mientras se pone el uniforme y hace la maleta, así nos vamos juntos al aeropuerto.

—No, de verdad que no es necesario. No quiero molestar.

—No es ninguna molestia —insisto.

—Voy a tardar mucho, es mejor que te vayas, ya nos vemos en el aeropuerto.

—Está bien —acepto al percibir cierta incomodidad.

Nos despedimos con un corto beso y Ana se baja del coche. Espero a que entre en su edificio. Ella se gira para ver si sigo aquí y al verme saluda con la mano.

Mientras me alejo pienso en su comportamiento. ¿Por qué se ha puesto tan nerviosa? ¿Serán

cosas más?

Regreso al hotel. El servicio de habitaciones ha cambiado la ropa de cama y todo luce limpio y ordenado, pero el olor de Ana sigue en el aire.

Me quito la ropa dejándome puestos únicamente los bóxers y me tumbo en la cama. Trato de despejarme. Sin embargo, no consigo quitarme a Ana de la cabeza.

Necesito aclarar mis pensamientos, hay algo en esta mujer que me atrapa, pero tengo que ser sincero con ella y decirle que conmigo no tendrá nada más, lo nuestro es solo sexo. Tiene que comprenderlo, no quiero que se confunda. Sin embargo, la sola idea de renunciar a ella me inquieta.

Cojo el móvil y de un impulso le escribo un mensaje. Lo borro. Lo reescribo. Lo borro y lo vuelvo a escribir. ¡A la mierda!

Le doy a enviar.

Deseando volver a verte.

En la tripulación del vuelo a Verona viene Encarnación como sobrecargo. Apenas hemos cruzado un par de palabras referentes al vuelo, pero sé que está buscando la ocasión para preguntarme qué voy a hacer con la información que tengo en mi poder, y lo cierto es que ya he tomado una decisión.

A mitad del vuelo hago venir a Ana. Me da igual que Encarnación sospeche que entre nosotros hay algo, sé que no va a decir nada en la compañía, no le interesa hablar de mí, porque yo tengo cosas más graves que contar de ella.

Cuando Ana entra en la cabina de mando, permanece de pie en silencio. No puedo saludarla, porque justo en este momento estoy hablando por radio. Le hago un gesto con la mano para que se siente y no esté ahí de pie.

—Voy a salir —dice mi compañero cuando terminamos de hablar con la torre de control.

En cuanto sale, me levanto de mi asiento y me voy directo a Ana. La beso. Lo necesitaba, necesitaba sentir sus labios.

—¿Qué haces? ¡Estás loco!

—Tú me tienes así.

¿Qué he dicho? Asustado me aparto de ella y, de nuevo, ocupo mi asiento frente a los mandos. Tengo que controlar mis impulsos.

Una sonrisa se dibuja en su cara. La miro enloquecido. Ella me hace olvidarme de todo lo que hay en mi cabeza en estos momentos.

—¿Dónde vas a dormir? —pregunto.

—En mi habitación —asegura.

—No.

—¿Cómo que no? —Arruga la nariz.

—¡Quiero que duermas conmigo! —confieso.

—Podrían vernos, acabo de conseguir este trabajo, no quiero perderlo.

—No lo vas a perder.

—Claro que sí, si descubren lo nuestro estoy en la calle por saltarme el manual. A quien no van a echar es a ti.

En eso tiene razón, pero nadie nos va a ver. Además, para echarla necesitarían pruebas de que entre nosotros hay algún tipo de relación y suele ser muy complicado por no decir casi imposible que encuentren pruebas consistentes.

—Eso no va a pasar. —Y no miento, pues en todos los años que llevo en esta compañía solo una vez han echado a una chica por ese motivo, pero porque era muy descarado e incluso ellos mismos se hacían fotos juntos y acaramelados en los destacamentos. Aunque sí es cierto que a muchas tripulantes, cuyos contratos eran temporales, no les han renovado por correr cierto rumor de que mantenían relaciones con miembros de la tripulación.

—Por si acaso dormiré en mi habitación —insiste.

¡Qué mujer tan cabezota!

—Entonces yo dormiré también en tu habitación.

Ella se ríe.

—¿Siempre eres tan insistente?

—¿Parezco desesperado? —pongo cara de niño bueno.

—Un poco.

¿Me está llamando desesperado? ¿En serio eso es lo que piensa de mí? ¿Pero esta tía de qué va? ¿Acaso no se ha dado cuenta de que cualquiera daría lo que fuera por estar en mi cama?

Quizá se lo estoy poniendo demasiado fácil y ese es el problema. A las mujeres hay que ponérselo difícil, cuanto más mejor.

—Estoy de broma. Pasaremos la noche donde tú quieras.

Satisfecho, sonrío. Sin embargo, en esta ocasión me contengo de besarla.

—¿También haremos lo que yo quiera? —La pongo a prueba.

—Y lo que yo quiera.

—¿Y qué es lo que quieres hacer tú? —indago.

—No te lo voy a decir ahora. —Se toca la coleta.

—¿No? Pues yo sí.

—¿Y qué es lo que quieres hacer? —Se muerde el labio.

No tiene ni idea de lo que estoy pensando.

—¿Llevas tanga o braguitas?

—¿Qué? —Pone ojos de búho.

—¿Que si llevas tanga o braguitas? —Me incorporo y me acerco a ella.

—Braguitas.

—A ver, enséñamelas. —Me agacho frente a ella.

—¿Aquí? —pregunta avergonzada.

—Sí. ¡Ponte de pie!

Ella hace lo que le pido.

Se sube el vestido.

Poso mi mano derecha en su muslo izquierdo y asciendo.

—Umm ¡Qué bonitas! ¡Quítatelas! —ordenó.

—No.

¡No me cortes el rollo, Ana!

—Pensé que íbamos a hacer todo lo que quisiera... —levanto los ojos hasta encontrarme con los suyos.

—Y lo que yo quisiera, también.

¡Joder! Me planteo dejar el juego a medias, pero la tengo dura y quiero ver cómo se quita las bragas para mí. Quiero oler su sexo. Ahora.

—Y... ¿no quieres complacerme?

Finalmente accede. Se baja las bragas, se las quita y me las da.

Su sexo queda al descubierto para mí. Siento el impulso de saborearlo, pero en ese mismo instante alguien marca el código de acceso. Ana se baja el vestido de inmediato y yo me incorporo y guardo sus braguitas en el bolsillo interior de mi chaqueta.

La puerta se abre y Elena, otra TCP, entra.

—¿Interrumpo algo chicos? —Se coloca bien la cola en la que lleva recogida su larga y rubia melena.

—No, yo ya me iba —dice Ana.

—Vamos a comenzar el descenso en quince minutos —anuncio.

—Perfecto. —Ana sale sin que me de tiempo a detenerla.

Me quedo a solas con Elena. Aún la tengo dura solo de pensar que llevo sus braguitas oliendo a ella en el bolsillo de mi chaqueta.

—Cuánto tiempo sin volar juntos —dice Elena.

—Sí, ¿qué tal todo?

—Muy bien, ¿y tú cómo estás después de lo de Estrella?

Me incomoda que me haga esa pregunta. En primer lugar porque se supone que las relaciones entre miembros de la tripulación no están bien vistas, por lo que su afirmación me parece una indiscreción y una falta de respeto. Y en segundo lugar, sé perfectamente cuáles son sus intenciones, no sería la primera vez que se me insinúa.

—No te entiendo.

—Bueno, ya sabes...

—No, no sé.

—Da igual, solo quiero que sepas que tú vales mucho y puedes tener a la mujer que quieras.

Me gustaría decirle que eso ya lo sé, pero no quiero sonar arrogante. La verdad es que Elena tiene un polvazo, pero después de lo que ha sucedido no quiero seguir acostándome con azafatas.

Se me viene a la mente la conversación que acabo de tener con Ana y me río de mí mismo.

—¿De qué te ríes?

—Nada, que gracias por tus palabras —disimulo.

—Es la verdad.

En ese momento llega el segundo y comenzamos los preparativos para el descenso. Elena, al ver que estamos liados y no le prestamos mucha atención se despide.

—Las tienes a todas locas, macho —dice el segundo cuando Elena sale.

Me encojo de hombros y compruebo cuántas millas nos quedan para iniciar la aproximación. El altímetro marca que estamos a quince mil pies. El avión está configurado para que prácticamente solo haga todo de forma automática. Sin embargo, requiere de varios chequeos manuales.

Una vez que estamos a diez mil pies, activo la aproximación y hago un chequeo con el copiloto.

Nos dirigimos a la pista y según el avión se alinea con esta, los flaps comienzan a colocarse.

Retraemos motores y estamos en pista. Hacemos rodaje hasta el parking y mientras tanto doy el anuncio de llegada al pasaje.

El tiempo en Verona es bastante bueno.

*

Llego a la habitación del hotel y saco las braguitas de Ana del bolsillo de mi chaqueta. No puedo evitar acercármelas a la nariz. Pronto percibo su aroma. Me deleito en el olor de su esencia mezclado con lavanda y se me pone dura.

Le escribo un mensaje con la esperanza de que me deje ir a llevarle sus braguitas y de paso follarla.

Tengo algo que te pertenece.

Déjame visitarte antes de salir.

No nos da tiempo, tenemos cuarenta minutos para ducharnos y vestirnos.

Hemos quedado con Valeria, su amiga, y Cristian, otro TCP, para ir a dar un paseo por la ciudad.

Yo solo necesito diez para llenarte de amor.

Seguro que puedes esperar.

No, claro que no puedo esperar. A veces me pasa que después de un vuelo estoy muy cachondo.

Me vas a matar.

Me responde con un simple emoticono de un beso. ¡Joder! La llamo al móvil, pero no me lo coge.

Me va a tocar masturbarme pensando en ella.

Los cuatro vamos en Uber hasta Piazza Bra, en el corazón de Verona. Me alegra encontrarme con una Valeria totalmente recuperada y feliz, la noche que la vi en la fiesta parecía bastante afectada por lo de su novio.

Cristian hace algunos comentarios que me crisan, pero yo trato de no responder. Se nota que le gusta Ana y eso me irrita, aunque nunca he sido celoso y no voy a serlo ahora, entre otras cosas porque entre Ana y yo no hay nada. Es solo sexo.

Paseamos hasta llegar a Piazza delle Erbe.

—Esa torre de allí es... —explica Cristian, que parece tener algún tipo de complejo de guía turístico.

—La Torre dei Lamberti —interrumpo.

—Nosotras queremos ir a la casa de Julieta —dice Valeria entre risas.

—Eso, vamos a la casa de Julieta y luego a comer algo que me muero de hambre —añade Ana risueña.

Su comentario me saca una sonrisa. Me acerco a ella y le susurro al oído:

—Eso te pasa por no haberte querido comer el aperitivo antes de salir.

Se puso pálida y sus mejillas se sonrojaron.

—Esa es la residencia de Julieta —señala Cristian.

—Así se conoce, pero no hay evidencias de que en la vida real existieran un Romeo y una Julieta —digo cansado de sus comentarios de sabelotodo.

—Tampoco hace falta romper la magia —añade Ana en defensa de Cristian.

Él me mira y sonrío, esa estúpida sonrisa me pone de los nervios. Ambos somos conscientes de que no nos soportamos.

—¿Quién me cuenta algo de esta casa? —pregunta Valeria.

Silencio.

Yo no pienso volver a hablar y menos después del comentario de Ana.

—¿Ahora nadie habla? —insiste ella entre risas.

Silencio.

—Vamos Valeria hazme una foto aquí —dice Ana señalando el gran portón.

—¿Os hago una juntas? —pregunta Cristian.

—Sí, porfa —le ruega Valeria.

—Que se vea el balcón —puntualiza Ana, quien posa y sonrío con una frescura única, algo que nunca he visto en ninguna otra mujer.

Me siento un poco aislado y cuando comprendo lo infantil que resulta mi actitud los dejo a los tres disfrutando de la sesión de fotos y me acerco a la estatua de Julieta.

Me planteo tocarle una teta. ¿Y si es verdad? ¿Y si es posible encontrar el amor?

—¿Qué haces? Pervertido —Ana aparece a mi lado.

—Cuenta la leyenda que quien le toque a Julieta su pecho derecho, encontrará el amor.

—Así tiene la pobre mujer la teta desgastada.

Su comentario me hace reír.

—¿No vas a tocársela? —curioso.

—Sí, aunque creo que ya lo he encontrado.

Su comentario le da un vuelco a mi corazón. Siento que algo en mi interior se resquebraja, quizá sea esa coraza que llevo por dentro y tanto me pesa.

Pongo mi mano sobre la suya y juntos tocamos el pecho de Julieta.

—Vamos parejita —grita Valeria.

Me paso la cena escuchando las aventuras del imbécil de Cristian. No me gustan nada sus comentarios ni el modo en que me mira, pero no voy a entrar en su juego. Él quiere que yo salte y que Ana se ponga de su lado otra vez. No pienso darle el gusto.

Ana me da una patada por debajo de la mesa. La miro y ella me sonríe y me hace un gesto señalando a mi móvil que está encima de la mesa con la pantalla hacia abajo. Lo cojo y veo un mensaje de ella.

¿Todo bien?

Trato de disimular la felicidad que me produce saber que piensa en mí y que no le interesa lo más mínimo lo que Cristian está contando.

No le contesto. Me levanto de la mesa y me disculpo.

—Lo siento, tengo que atender esta llamada.

Me voy directo al baño y le escribo un mensaje a Ana.

Levántate y di que vas al baño.

Ana llega, me mira y abre la puerta del baño de chicas. Comprueba que no hay nadie en el interior y me indica con un gesto que pase.

Entro y cierro el pestillo.

—¿Qué sucede? —pregunta.

Respondo con un apasionado beso.

—Esto sucede. No aguantaba más tenerte en frente y no poder besarte.

La acaricio con ternura y vuelvo a besarla. No puedo controlarme.

—¿Por qué estás tan callado en la mesa?

—Porque no soporto ver cómo te mira Cristian —confieso.

—Es un compañero.

—Un compañero que te quiere follar.

—¿Qué dices?

—¿No me digas que no te has dado cuenta?

—No.

¿De verdad no es consciente del poder que ejerce sobre los hombres?

—Quizá por eso me gustas tanto.

Vuelvo a besarla.

—Anda, regresemos a la mesa. —Se aparta con sutileza e intenta abrir la puerta.

La agarro del brazo y tiro de ella hacia mí.

—¡Suéltame! —se queja sin sonar muy convincente.

—Quiero follarte aquí.

—No —niega con la cabeza y se muerde el labio inferior.

Sé que lo desea tanto como yo.

—Entonces sal antes de que me arrepienta de dejarte ir.

Regresamos a la mesa juntos y tanto Valeria como Cristian se nos quedan mirando, ninguno dice nada. Ahora espero que le haya quedado claro al muy imbécil con quién va a pasar la noche Ana. Percibirla como algo de mi propiedad me pone a cien.

Pedimos el postre. Ana chupa la cuchara y ver la sensualidad con la que lo hace me recuerda lo bien que la come.

Tenerla frente a mí sin poder acariciarla y besarla me vuelve loco. Tengo la sensación de que soy incapaz de estar lejos de ella.

Esto empieza a preocuparme de verdad.

Regresamos al hotel y cogemos el ascensor los cuatro juntos. Cristian y Valeria se bajan en la segunda planta, Ana ha pulsado el botón con el número tres y yo el cinco. Nos despedimos de Valeria y Cristian, y nos quedamos solos en el ascensor. Apenas en unos segundos vuelven a abrirse las puertas en la tercera planta. Ana hace el amago de bajarse, pero yo coloco mi brazo impidiéndole el paso. Ni de coña me va a dejar con este calentón.

—¿Qué haces? —pregunta extrañada.

—Usted hoy va a la suite.

Las puertas del ascensor se vuelven a cerrar y nos sumimos en un apasionado beso al tiempo que subimos hasta la quinta planta.

Entramos en mi habitación y sin preliminares la desnudo. Yo hago lo propio y me quedo en ropa interior.

Ella contempla mi polla, que está dura como una piedra y asoma la punta por el filo de los bóxers pidiéndole a gritos que se arrodille.

Me acaricia el glande con su pulgar. Tras ello, se arrodilla y me mira a los ojos. Lentamente, se deshace de mi última prenda y pasa su lengua por mi erección. Se la mete en la boca, poco a poco su garganta se relaja y noto cómo entra entera. Gimo de placer.

Estoy tan cachondo que si dejo que siga haciendo eso acabaré corriéndome en su boca. La levanto y con fuerza la tumbo sobre el colchón.

Mordisqueo sus muslos. Jugueteo con mi lengua alrededor de su clítoris.

—Uff, qué húmeda estás.

Me incorporo y coloco mi polla en su entrada, de una estocada se la meto sin consideración.

Ella grita. Le tapo la boca con mi mano para silenciarla y continúo follándomela bien duro.

Entro y salgo sin cesar. Percibo en su piel como cada embestida le provoca un escalofrío.

Está a punto de correrse de placer.

—No te corras todavía, nena.

Ella asiente con la cabeza buscando su autocontrol. Me observa hipnotizada sin apartar sus ojos de los míos. Sus labios entreabiertos dejan entrever sus perfectos dientes. Joder, qué hermosa y sensual.

La beso con dureza; mi lengua explora su boca y silencia los gemidos que anuncian el éxtasis. Me dejo llevar, acelero el ritmo y ambos culminamos al unísono.

Me desplomo sobre ella. Ha sido agotador.

Por la mañana, bajamos por separado al desayuno para no despertar sospechas. Ana va primero a su habitación. Cuando entro en el restaurante casi todas las mesas están ocupadas. Elena está con el segundo oficial en una mesa y me saluda con la mano. Me acerco a ellos y les doy los buenos días.

—Siéntate aquí —dice el segundo.

Dejo la llave de la habitación sobre la mesa y voy a coger un zumo y algo de fruta.

—¿Qué hicisteis ayer? —pregunto cuando tomo asiento al lado de Elena y frente a mi compañero.

—Yo me quedé en el hotel. Fui un rato al gym y luego me metí en el spa —dice él.

—Yo fui con una compi a dar un paseo por el centro —añade Elena—. ¿Y tú?

—Estuve en el centro también.

—¿Con quién? —curioseas ella.

—Con Cristian, Valeria y otra compi —digo para disimular.

—¿Ana? —insiste ella.

—Sí —le doy un trago al zumo.

Mi compañero que percibe la incomodidad entabla una conversación en relación a la última circular que nos han enviado a los pilotos.

Durante un rato Elena permanece excluida de nuestro debate, no puede añadir ni aportar nada. En ese momento veo a Ana entrar con Valeria, me mira y le sonrío. Veo que están buscando un sitio libre donde sentarse, podría invitarlas a mi mesa, pero solo hay espacio para un comensal más y en un hotel tan exclusivo como este no vamos a cambiar la distribución de las sillas. Además, no creo que sea buena idea tener a Ana tan cerca.

—¿Qué planes tienes para hoy? —pregunta Elena.

—Aún no lo sé. De momento ir al gym y luego ya veré.

—Yo iré con una compi y la sobrecarga a dar un paseo a orillas del río Adige, ver el Castillo Vecchio y el puente, por si os queréis unir.

Al saber que la sobrecarga irá con ella, descarto por completo el plan.

—No creo, de todos modos si me animo te aviso.

—Yo igual me animo.

Después del desayuno subo a la habitación, descanso un poco y luego bajo al gimnasio del hotel. Allí me encuentro con una de las azafatas. No me quita ojo de encima y se las apaña para acabar en una máquina junto a la mía. Me saluda con la mano y yo le devuelvo el saludo. Por suerte llevo los auriculares puestos y no vamos a entablar una conversación.

Cuando termino, me doy una ducha y luego llamo a Ana para ver qué va a hacer. Tal vez podríamos ir a comer juntos por el centro de la ciudad.

Un tono, dos, tres, cuatro... contestador.

Leo un rato mientras me devuelve la llamada. Saco el último libro que me compré en el aeropuerto de Londres y me tumbo en la cama. Al cabo de cinco minutos cierro el libro. Soy incapaz de concentrarme.

Cojo el móvil y vuelvo a llamar a Ana. Un tono, dos, tres, cuatro... contestador. Cuelgo y vuelvo a intentarlo una vez más, pero obtengo el mismo resultado.

Bajo a su habitación y llamo a la puerta, pero nadie responde. Me va a tocar comer solo.

Le envío un mensaje.

¡Lláname!

¿Dónde se habrá metido? ¿Por qué cojones no responde a mis llamadas? Interferí para que le programaran este vuelo para estar juntos.

Son las dos cuando tomo asiento en el restaurante del hotel. Apenas acabo de pedir cuando aparece Encarnación.

—¿Puedo? —pregunta retirando la silla para tomar asiento frente a mí.

—Estoy esperando a alguien —miento.

—Será solo un momento. —Se sienta.

Sé lo que me va a preguntar a continuación. Considero mis opciones. Si le cuento que he tomado la decisión de ir a la comisaría puede interferir, puede echarse para atrás o incluso hablar con Estrella. Si le digo que aún no sé lo que hacer, puede pensar que aún hay una posibilidad de convencerme para no hablar e igualmente puede ir a hablar con Estrella.

—Estoy muy preocupada, Víctor. ¿Has pensado ya qué vas a hacer?

Tengo que pensar rápido. Finalmente, tomo una decisión y sé que lo que estoy a punto de decirle no le va a gustar, por eso trato de hacerlo de la forma menos dolorosa.

—Voy a ir directamente a las autoridades. Hay que terminar con esto y tú me vas a ayudar.

—Víctor, por favor. Te suplico que no me involucres, yo no pienso volver a hacerlo.

—Yo no te he involucrado, lo has hecho tú sola. Te estoy dando la oportunidad de enmendar tu error y colaborar con la policía en la investigación.

—Si se descubre que he transportado dinero me echarán de la empresa.

—Y si no colaboras, irás a prisión; no sé qué es peor. Es tu decisión. Puedo decirles que te he descubierto a ti transportando dinero y que eres una más de las implicadas o puedo decirles que la mafia ha contactado contigo, te ha amenazado y has tenido que aceptar una vez a transportar dinero y que por eso me pediste ayuda a mí. Sin duda, con la segunda versión y colaborando, te reducirán cualquier tipo de cargo y con suerte la empresa no te echará.

—Tiene que haber otra alternativa. —Se lleva las manos a la cara y se echa a llorar.

—No la hay. Debiste pensarlo bien antes de arriesgar así tu puesto de trabajo, pero si te sirve de algo, van a caer muchas personas cuando todo esto se destape. Créeme que si lo hacemos a mi manera tú serás de las mejor paradas, eso sí, tendrías que ayudarme y contarle a las autoridades todo lo que sabes al respecto, todo lo que me contaste sobre Estrella.

—Esto lo haces por ella, por venganza, ¿no es así?

No respondo, puede que en parte sea así y me esté dejando arrastrar por mi ego, por mis ganas de hacerla sufrir tanto como ella me ha hecho a mí.

—Está bien, colaboraré —afirma y se levanta de la mesa.

Una vez que Encarnación se va, termino de comer. Temo que le cuente algo a Estrella y esta actúe antes que yo. No es que le tenga miedo, es solo que esta mujer no conoce límites, es capaz de cualquier cosa.

A las cuatro de la tarde subo a la habitación a echarme una siesta. Al menos he conseguido no pensar en Ana, aunque ahora me la imagino aquí tumbada a mi lado, haciendo todas las cosas que hicimos anoche.

Vuelvo a llamarla. Sigue sin contestar. ¡Maldita sea! ¿Dónde se habrá metido? ¿Estará con Cristian? No entiendo qué me pasa con esta mujer. ¿Por qué pienso tanto en ella? Nunca me había pasado algo similar. ¿Será solo por el hecho de conquistarla? No estoy acostumbrado a que se me resistan de esta forma. ¿Será su indiferencia lo que me excita?, ¿o es ella?

Tantas preguntas sin respuesta me van a volver loco.

No consigo dormir, así que enciendo la televisión y la conecto a Netflix para ver una serie.

A última hora de la tarde, me levanto de la cama y me pongo un chándal. ¡Déjalo de una vez! La verás en el vuelo. Me repito mientras me visto, pero no hago ni puto caso a mis propios consejos y voy a buscarla a su habitación.

Golpeo la puerta con la poca paciencia que me queda. Escucho un ruido. ¡Está dentro! Estoy a punto de gritar su nombre cuando Ana abre.

—¿Víctor?

Parece sorprendida de verme. Lleva el pelo recogido en un moño y la cara lavada. Tiene una belleza natural muy seductora.

Quiero reclamarle por no haber respondido a mis llamadas, pero me contengo.

—¿Puedo pasar?

Ella abre la puerta y me hace un gesto con la mano para que pase.

—¿Cómo sabes mi número de habitación? —pregunta como si no fuese obvio.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas ni a mis mensajes?

—Responde. —Se cruza de brazos.

—Ana, siempre le hago una foto a la lista de asignación de habitaciones. No tiene ningún misterio. Ahora dime, ¿por qué no me has devuelto las llamadas ni contestado los mensajes?

—Porque he estado en el centro de la ciudad con Valeria y acabo de llegar hace un momento, me apetecía descansar. No tiene mayor misterio —hace énfasis en esta última frase.

¿Se está burlando de mí?

—¿Quieres que me vaya? —pregunto serio.

Lo último que quiero es atosigar a nadie, no necesito estar detrás de ninguna mujer.

—Quiero descansar un poco, estoy agotada.

¿Cómo se atreve? Perfecto. Se acabó. Me largo de aquí.

Ella se interpone en la puerta y yo. ¿Qué es esto que me atrapa? ¿Acaso ella no lo siente? Mi respiración se acelera cuando veo que se le dilatan las pupilas.

Tensión.

Atracción.

—He dicho que quiero descansar, no que te vayas —aclara.

Respiro hondo y trato de controlarme. No entiendo a esta mujer. Es la única capaz de intrigarme y cabrearme a la vez.

—¿Y eso qué quiere decir? Porque me vas a volver loco.

—Que te quedes a descansar conmigo —confiesa mientras me besa en los labios.

Su beso me coge por sorpresa. Percibo su cautivador aroma y respondo apasionado.

La agarro de la cintura y presiono su cuerpo contra el mío.

—No te prometo que solo vayamos a descansar —digo cuando nuestros labios se separan.

Quiero darle un beso breve y charlar, pero en cuanto nuestros labios se vuelven a tocar, ella entrelaza sus manos en mis cabellos, abre la boca y con su lengua busca la mía.

Uf, cuánto la deseo.

—Hazme el amor —susurra entre mis labios.

Mis manos se aferran a sus glúteos al tiempo que ella deja escapar un suspiro. Trato de ser el hombre caballeroso y gentil que ella quiere que sea en este momento. Controlo mis impulsos más salvajes y con delicadeza nos desvestimos.

Nuestros cuerpos, ahora completamente desnudos, se desploman sobre la cama mientras nos besamos. Acaricio la piel de sus muslos al tiempo que beso su cuello.

Llevo mi erección a su entrepierna y me masturbo rozando con la punta de mi polla su clítoris para lubricar nuestros sexos. Deseo penetrarla con furia y velocidad, pero quiero complacerla.

Cuando Ana está lo suficientemente húmeda, me adentro en ella tanto como es posible. Su depilada y rosada vagina acoge hasta el último centímetro. Entro y salgo con suavidad, disfrutando del placer que me proporciona sentir sus pliegues alrededor de mi polla.

—Extrañaba estar dentro de ti —digo sin dejar de besarla.

Disfruto de la calidez de su interior.

Es tan jodidamente hermosa. Acaricio sus mejillas.

—Me encanta sentirte dentro de mí. —Me lanza una mirada seductora que incluso me intimida—. Ahora fóllame como solo tú sabes hacerlo.

¡Joder! ¡Qué morbazo!

La agarro del pelo y comienzo a embestirla descontroladamente una y otra vez. Ella clava sus dientes en mi hombro derecho, exhalo un gruñido de placer. La beso y ella gime en mi boca.

Me aparto para verla disfrutar. Sus pechos se balancean al son de mis embestidas. Sus pezones están duros, los pellizco con mis dedos sin dejar de mover mis caderas.

Entro y salgo una y otra vez mientras su sexo se humedece cada vez más inundándome de fluidos.

La pongo de espaldas a mí y la vuelvo penetrar. Ver cómo mi pelvis rebota en sus enormes glúteos me pone a mil. ¡Qué culazo tiene! Ojala me dejara follárselo.

Ana se aferra al cabecero de la cama y gime descontroladamente. Se acerca al orgasmo, lo sé porque comienza a temblar. Yo experimento una sensación similar y la penetro con más fuerza. El orgasmo estalla dentro de Ana y eso me excita. Salgo de ella cuando estoy a punto de correrme y los chorros de semen, caliente y espeso, caen sobre su espalda.

Ana tiene la cabeza apoyada sobre mi pecho. Percibo el aroma otoñal de su pelo. Inclino la cabeza para darle un beso en la frente y cuando mis labios rozan su piel, ella dice algo que me sobrecoge.

—Me da miedo esto.

—¿El qué? —pregunto confuso.

—Lo que hacemos.

—No hacemos nada malo.

Se incorpora y me mira a los ojos.

—Me refiero a nosotros.

—¿Por qué tienes miedo?

—Victor, apenas nos conocemos —afirma.

—En eso estamos, ¿no?

—Sí, pero no sé...

—No hace falta ponerle nombre a todo —la corto—. Lo pasamos bien, disfrutamos, nos gustamos.

—No quieres nada serio, vaya.

Sus facciones se tensan y sé que debo tener mucho cuidado con lo que voy a decir.

—No me lo he planteado. ¿Tú sí?

Parece triste, como si no le hubiese gustado mi respuesta. Podría haber sido aún más directo, haberle dicho que esto es solo sexo.

—No, claro que no me lo había planteado —asegura.

Menos mal. ¡Qué susto! Siento un gran alivio al escucharla decir eso. No quisiera tener que renunciar al sexo con ella solo porque me exija más.

—Pues ya está. No tenemos que darle más vueltas.

Ponemos fin a la conversación y al cabo de un rato me marché a mi suite para prepararme antes del vuelo.

Cuando llegamos a Madrid, una vez que el pasaje ha desembarcado, abandonamos juntos el avión. Nos despedimos en la terminal. Encarnación se acerca a decirme algo, pero justo en ese momento veo que Ana y Valeria se alejan, así que me disculpo con ella y le digo que tengo muchísima prisa y que ya hablaremos del tema.

Consigo alcanzarlas.

—¿Te llevo? —le pregunto a Ana, pues su amiga está hablando por teléfono.

—Hoy voy con Valeria.

—¿Nos vemos mañana? —pregunto.

—Llámame —responde mientras se aleja con su amiga, quien me saluda con la mano.

Ahora mismo me siento patético. No doy crédito a su indiferencia. ¿Acaso ella no me desea como lo hago yo? Me niego a creer eso.

¿Qué tiene esta mujer para que le permita tanta arrogancia?

Me voy totalmente descolocado al parking del aeropuerto para coger mi Jaguar. No me esperaba su reacción.

Una vez en el interior de mi coche y antes de poner en marcha el motor, recibo un mensaje de Ana.

No puede ser que todavía huela a ti.

¡Joder! Leer eso me vuelve loco. Me asaltan las imágenes de esa misma tarde en la habitación del hotel.

Lo sabía, sabía que ella me desea tanto como yo, solo está jugando a hacerse la dura y eso me gusta aún más.

Le respondo y sin leer lo que he escrito le doy a enviar.

Lo que tampoco puede ser es que haga cinco minutos que nos hemos despedido y que ya tenga ganas de estar contigo de nuevo.

Me muero por volver a estar dentro de ella, por follármela hasta que le tiemblen las piernas y no pueda ni siquiera ponerse de pie.

Conduzco hasta llegar al hotel por la solitaria carretera. A esta hora de la noche no hay tráfico y eso se agradece.

Cuando llego a mi habitación, pongo el cartel de no molestar en la puerta, deshago la maleta, meto en una bolsa las prendas para la lavandería y me voy directo a la ducha.

Caigo agotado.

A la mañana siguiente, lo primero que hago cuando me levanto es ir al gimnasio para comenzar el día con energía. Cuando regreso a la habitación, el servicio de limpieza del hotel ya me ha hecho la cama, limpiado y retirado la bolsa para la lavandería.

Me pego una ducha y bajo al desayuno.

Mientras me termino el café, llamo a Ana.

—Buenos días —dice aún con la voz adormilada.
—¿Qué tal has dormido?
—Habría dormido mejor contigo.
Su respuesta me saca una sonrisa.
—Sabes que conmigo no habrías dormido. ¿Te veo esta noche?
—Sí. ¿A qué hora?
—¿A las nueve, por ejemplo?
—Perfecto.
—Te recojo en tu calle como siempre.
—Víctor, hay algo que quiero contarte. Es una larga historia.
—Entonces, si es tan larga, puedes contármela esta noche. —Sonrío.
—Está bien —dice demasiado seria.

Nos despedimos y me quedo pensando en su comentario. Quizá sea algo serio y yo me lo he tomado como si fuera otra cosa. Ahora necesito saber a qué tipo de historia se refiere.

Estoy a punto de llamarla de nuevo para que me lo cuente, pero entonces veo la hora y me levanto de la silla. Hoy tengo que ir a la comisaría, no puedo dejar pasar un día más sin denunciar lo que está sucediendo en esta compañía y en concreto lo que está haciendo Estrella.

Aparco el coche en el parking de Plaza España, cerca de la Comisaría de Policía Madrid---Centro. Cuando entro pregunto el procedimiento para poner una denuncia. Me hacen pasar un control de seguridad, menos exhausto que el de los aeropuertos, y me indican que espere a ser atendido en una sala.

Al cabo de un rato sale un policía y me recibe. Me invita a pasar y a sentarme. Le cuento por encima lo que he descubierto y le informo de que quiero hacer una denuncia formal.

El policía hace un par de llamadas y luego me explica que ese asunto lo lleva el Grupo de Investigación de Blanqueo de Capitales de la Unidad Central Operativa (UCO) de la Guardia Civil. Me explica dónde puedo encontrarlo y cómo llegar.

Salgo de la comisaría algo frustrado por haber venido hasta aquí para nada. Regreso al coche para dirigirme al lugar que el policía me ha indicado. En ese momento recibo una llamada de mi hermana.

—¿Qué tal hermanito?
—¿A qué se debe tanta felicidad? —pregunto al percibir la euforia en su tono de voz.
—¿A qué se debe ese tono de amargado?
—Dime, ¿qué pasa?
—He encontrado una casa que te va a flipar. Aún no ha salido a la venta.
—¿Cuándo podemos verla? —pregunto ansioso.
—Aún no lo sé, pero la podremos ver antes de que salga a la venta.
—Genial, pues avísame con tiempo para organizarme.
—¿Qué haces ahora? ¿Comemos juntos?
—¿Por dónde estás?
—En el centro, ¿y tú?
—El centro es muy grande, Mireia.
—Por Gran Vía.
—Ah, estamos al lado, yo estoy en la calle Leganitos.
—¿Y eso?

—Una larga historia.

—Pues venga, sube hasta Callao y me la cuentas tomándonos unas cervezas.

Aplazo mi deber de ir a denunciar los hechos y que las autoridades competentes abran una investigación.

Mi hermana y yo vamos a Mariacastaña, un acogedor y rústico bar en el barrio de Malasaña.

No sé por qué acabo hablándole de Ana y no le menciono lo que he descubierto en relación a Estrella, supongo que poco a poco y sin que me haya dado cuenta de ello, Ana ha cobrado especial protagonismo en mi vida, al tiempo que todo lo concerniente a Estrella ha dejado de ser tan importante.

Mi hermana se sorprende al escuchar el nombre de una chica salir de mi boca, no suelo hablar de mis polvos. Sin embargo, ella no me pregunta al respecto, simplemente escucha el comentario y se lo agradezco. Luego me cuenta los detalles de la casa que quiere enseñarme y despierta mi interés. Me muero por verla.

—¿Esa zona es mejor que La Moraleja? —pregunto algo incrédulo tras escuchar su afirmación.

—Por supuesto. La Finca compite con La Moraleja por acoger a ricos y famosos. Es mucho más segura, de hecho es la urbanización más segura de toda Europa. Los propietarios pueden incluso dejar las puertas de sus casas abiertas, porque los sensores de movimiento, las cámaras nocturnas, los detectores de infrarrojos, los coches que realizan rondas las 24 horas y las garitas de seguridad les protegen.

—Vaya, parece que por la seguridad no voy a tener que preocuparme.

—Por supuesto que no. Y eso que hasta los años 80 no era más que un pinar pegado a Somosaguas, otra urbanización de lujo. A mí, personalmente, me gusta mucho La Finca. Las casas están rodeadas de calles privadas, jardines con mucho arte contemporáneo y lagos artificiales.

—Espero que si me gusta no suceda lo mismo que la última vez —digo con cierto resentimiento.

—Si me haces caso, no.

—¿Y se sabe por cuánto saldrá a la venta?

—No, pero creo que puede rondar tu propuesta, quizá algo más.

—Pensé que esta zona al ser menos conocida sería más barata.

—Que va, al contrario, aquí se encuentran las mansiones más caras. Hay casas que alcanzan hasta los 12 millones de euros.

—¿¿¿¿Qué???!!!

—Sí, pero tranquilo, esta no cuesta eso.

—Ni la mitad, espero.

—No lo creo.

Comemos juntos en un restaurante japonés, en ese mismo barrio y por la tarde regreso al hotel.

Al llegar a la habitación me encuentro con toda la ropa que envié a lavar, planchada y colgada en el armario. Miro la hora y aún falta para las nueve. Así que me tumbo un rato en la cama para descansar.

A las siete y media suena el despertador. Me incorporo y miro el móvil. No tengo ningún mensaje de Ana. Me acicalo y voy a buscarla.

Aún falta media hora para las nueve, por lo que decido llamarla por si puedo recogerla antes, sino la esperaré en su calle.

El primer tono suena en los altavoces de mi Jaguar. Dos tonos, tres tonos y de pronto una voz desconocida responde.

—¿Sí?

Aparto un segundo la vista de la carretera para mirar la pantalla del móvil y comprobar que efectivamente estoy llamando a Ana y que el manos libres no la ha liado. Sí, es ella.

—¿Ana?

—Está en la ducha. ¿Quién la llama?

Es una voz femenina, madura. ¿Será su madre? En ese momento me doy cuenta que no sé nada de ella ni de su familia.

—Soy Víctor, habíamos quedado a las nueve, pero he tardado menos de lo previsto, era para ver si podía pasar a buscarla antes.

—Claro que sí. Ven y sube, puedes esperarla aquí en casa.

—Ah, perfecto. ¿Qué piso es?

—Calle de Sierra de Alcaraz, 109, el piso tercero.

Por alguna razón el nombre de esa calle me resulta familiar. Sin embargo, no es ahí donde siempre recojo a Ana.

—¿Ha dicho calle de Sierra de Alcaraz? —pregunto para confirmar que he escuchado bien.

—Sí, es un edificio antiguo que hace esquina.

—Muchas gracias.

Tan pronto cuelgo, introduzco la dirección en el GPS y para mi sorpresa la calle no está en el barrio Salamanca, sino en Puente de Vallecas.

De pronto recuerdo la información que vi en el historial de su expediente, esa es la calle que aparecía, por eso me sonaba.

No entiendo nada. ¿Por qué Ana me ha mentido? ¿Será que tiene una doble vida? ¿Y si tiene pareja? Quizá comparte piso con Valeria en el barrio Salamanca y ahora está visitando a su familia. Un sinfín de teorías pasan por mi cabeza.

Piso el acelerador y corro más de lo permitido. En quince minutos (que se me hacen eternos) llego al barrio. Disminuyo la velocidad para que mi Jaguar no sufra con los baches del asfalto.

Encuentro un aparcamiento entre una fila de coches, la mayoría con más de veinte años.

Las farolas de esa calle están en su mayoría fundidas, lo que genera un ambiente lóbrego. El edificio, al igual que la mayoría de los de la zona, parece de los años 50 más o menos, de tres alturas y pintado en un color oscuro a diferencia del resto de casas, cuyas fachadas lucen tonos más claros.

Por un momento siento que no estoy en un barrio obrero de Madrid, más bien pareciera que he viajado a un pequeño pueblo abandonado.

Me aseguro de que he cerrado el coche y camino hacia la puerta del edificio. Me preocupa dejar mi flamante Jaguar aquí, pero será solo un momento.

Me viene un olor a marihuana, miro a ambos lados de la calle y al fondo, entre las sombras de la noche, vislumbro la incandescencia de un cigarrillo. Los gritos de una mujer procedentes de una de las ventanas del edificio al que me dirijo me frenan. Justo en ese momento un perro se acerca a mí rabioso y comienza a ladrar. Al mirar al animal me percató de que en el suelo hay una jeringuilla.

¡Joder! ¿Pero dónde cojones vives, Ana?

Un vecino sale de su casa y llama al perro.

—¡Roso, ven aquí! No te preocupes, no muerde —dice el señor barrigón que ha salido a cotillear a quién le ladra su perro.

No digo nada. Busco el telefonillo para llamar, pero entonces me doy cuenta de que no funciona.

Empujo la puerta del edificio y esta se abre. Entro y subo las escaleras hasta llegar al tercero. Tomo aire antes de llamar.

Una señora no demasiado mayor, con aspecto de viuda, por su vestimenta oscura y su rostro pálido y triste, me abre la puerta.

Tras ella, hay una sala con un tresillo tapizado con telas horteras, una mesa de camilla con un tapete de hilo y un jarrón con flores encima.

La paredes blancas pintadas capa sobre capa, con algunos desconchones a consecuencia de la humedad, desprenden ese olor a viejo y a pobreza que no se les va aunque se pinten mil veces. Colgados, hay varios cuadros de paisajes.

Sobre una estantería destartalada descansa una prehistórica televisión encendida a un volumen estridente.

—Pasa hijo, pasa —dice la señora con amabilidad sacándome de mi espanto—. Estás en tu casa.

¿Quieres algo de beber? Aquí apenas tenemos de nada, pero creo que hay un poco de jugo o agua...

—¡Déjanos solos! —le grita Ana con muy malas formas.

Está espectacular. Brilla como lo haría un diamante entre escombros.

Permanezco en silencio aún desconcertado. Clavo la vista en el suelo, donde las baldosas antiguas forman una especie de tablero de ajedrez en tonos ocre y de pronto tengo la sensación de que he vuelto a perder la partida. Me han vuelto a engañar. Ana no es más que otra arribista que ha visto en mí una vía pasa salir de esta pobreza.

—Puedo explicarlo —asegura afligida.

Finge tan bien que casi me lo creo y le doy la oportunidad de darme una explicación lógica.

—Creo que está todo muy claro. Solo he venido para corroborar lo que no quería creer.

Abro la puerta y salgo. No quiero escuchar más mentiras. Esto me pasa por estúpido, solo un auténtico gilipollas como yo puede tropezar dos veces con la misma piedra.

Bajo las escaleras del edificio a toda prisa. Al salir a la calle ella me alcanza y se aferra con fuerza a mi brazo.

La miro de arriba abajo, va descalza. Quiero decirle que no salga a la calle así, pero entonces ella me suplica entre lágrimas.

—Escúchame, por favor. No es lo que parece.

—Y ¿qué es lo que parece, Ana? ¡Dime!

Me toco el pelo, aprieto los puños y me muerdo los labios. ¡Joder, Ana! ¿Por qué? ¿Por qué también tú me haces esto?

El grupo de jóvenes que está sentado en la escalera escucha música en un altavoz.

—Yo... Quería explicártelo —asegura ella.

—¿Explicarme el qué? —grito a punto de perder el control. No la dejo continuar y, con desprecio me deshago de su brazo—. No lo hagas más difícil.

Me alejo desgano. Ella no me detiene.

Cuando me monto en el coche, la veo por el espejo retrovisor parada en mitad de la calle, envuelta en lágrimas. Quiero creerla, quiero pensar que todo esto tiene una explicación, quiero bajarme y escuchar que no es más que una broma, un malentendido, pero en vez de eso, aparto la mirada del espejo y acelero sin importarme los baches de la carretera.

No es el barrio ni su casa ni siquiera el hecho de que Ana sea pobre lo que me destroza el corazón, sino que me haya mentido. ¿Quién finge vivir en el barrio más caro de Madrid? ¿Con qué objetivo? Está claro que solo quería aprovecharse de mi dinero, como todas. Ana resultó ser un fiasco. Otro engaño más a la lista. Son todas unas jodidas mentirosas.

Pensé que entre nosotros había confianza. Sin embargo, ella me ha estado ocultando información y me ha hecho creer cosas que no son con el fin de conseguir algo de mí. Me he vuelto a confundir.

A partir de ahora no volveré a acostarme dos veces con la misma mujer. ¡Nunca más!

Cuando llego al hotel intento dormir, pero no lo consigo. La echo de menos.

Me pongo un chándal y bajo al gimnasio. Necesito liberar todo el estrés que llevo contenido dentro.

Corro en la cinta a tanta velocidad que un paso en falso y saldré despedido. Tras ello, cojo las mancuernas de 14 kilos y hago bíceps, mis venas se hinchan como si quisieran reventar. Mi fuerza se resiste, pero no me detengo y continúo hasta finalizar la serie de doce repeticiones.

Una hora más tarde regreso a la habitación. Al pasar por el hall veo cómo la recepcionista, una

jovencita despampanante, me mira la polla que se me marca detrás del pantalón, entre otras cosas porque no llevo ropa interior.

Me aclaro la garganta y ella, al percatarse me saluda acalorada.

—¿Ha estado bien el entrenamiento, señor Lobo? —Su voz suena como un susurro.

—Me ha faltado el calentamiento final.

Sus mejillas se enrojecen.

Se me antoja un buen polvo y tengo a la candidata perfecta. No sería la primera recepcionista a la que me follo, aunque sí la primera de este hotel.

—¿Podría darme una toalla? Las que tengo en la habitación están todas sucias —digo cuando me acerco al mostrador.

Ella asiente y se mete en una especie de oficina que hay detrás. No puedo apartar la vista de sus piernas, que lucen al descubierto con la falda del uniforme.

La sigo sin que me vea y llego hasta una sala donde solo hay toallas, ropa de cama, sábanas, almohadas y otros enseres.

—Señor Lobo. ¡Qué susto!

—He pensado que igual necesitabas ayuda.

—No, estoy bien. —Me mira y en sus ojos veo el deseo.

—Yo sí necesito ayuda. ¿Quieres ayudarme? —digo en un susurro.

—Pero... estoy trabajando.

Le sujeto la mano y la llevo hasta mi polla. Pienso que va a darme una bofetada, pero en vez de eso comienza a masajearme. Sus manos se adentran en el interior del pantalón.

—Ponte de rodillas —le ordeno.

Se inclina, pero no me la chupa.

—¿No te gusta sudada?

Le agarro del pelo y la pongo de pie. Con fuerza la empujo contra una de las estanterías. Le levanto la falda y le quito las bragas. Está empapada. La agarro de las caderas.

—¿Tienes un condón? —pregunto.

—Aquí. —Señala a una de las baldas de la estantería donde hay unos kit para los huéspedes VIP.

Abro una de las bolsitas. Un cepillo de dientes y una crema de manos cae al suelo. Encuentro un preservativo de la marca Skyn. Rasgo el envoltorio negro y dorado y me lo coloco.

Me deslizo dentro de ella.

—Ah... ---gime cuando me hundo hasta el fondo.

Vuelve a gritar cuando la penetro una y otra vez, obligándola a acoger cada centímetro de mi erección.

Le tiro del pelo con fuerza y noto cómo su sexo se contrae alrededor de mi polla.

Gruño cuando me corro justo después de ella.

Me quito el preservativo y le hago un nudo.

—Tíralo en la papelera de la habitación, por favor —dice ella mientras se coloca bien el uniforme para regresar a su puesto.

Asiento con la cabeza. Aún con las respiraciones agitadas salimos. Una señora mayor espera frente al mostrador a ser atendida.

—Buenas noches —me dirijo a la señora mientras camino hasta el ascensor.

La recepcionista me lanza una mirada que no consigo descifrar.

No sé por qué la extraño tanto si apenas la conozco, ni siquiera sé por qué me importa que me haya ocultado que vive en ese barrio o que es pobre, por qué extraño su olor, su sonrisa, el roce de su piel contra la mía o, ni siquiera, por qué noto tanto su ausencia.

Voy a volverme loco. No permitiré que ninguna mujer vuelva a dejar su fragancia en mi almohada.

Pasan los días y lejos de mejorar, tengo la sensación de pensar cada vez más en ella. Como una obsesión, una droga. Borro de inmediato la imagen que se me viene a la mente. No pondré de nuevo en riesgo mi licencia de vuelo por una estupidez.

A final de semana, Ernesto, el nuevo jefe de pilotos, me invita a su cumpleaños en la terraza de Picalagartos, la cual han cerrado en exclusiva para la celebración. No me apetece nada ir, pero tampoco he podido rechazar su invitación, no quiero que piense que lo hago porque estoy molesto por su nombramiento o porque de alguna manera, detesto que le hayan ofrecido a él el cargo que iba a ser para mí.

Quedo con David, que también está en Madrid este fin de semana y asistimos juntos.

La terraza, con vistas impresionantes de la Gran Vía, acoge un ambiente selecto y distendido bajo el cielo de luces que simulan las estrellas, esas que nunca se ven desde el centro de la ciudad a causa de la contaminación.

Los invitados, la mayoría de pie, permanecen junto a las estufas portátiles, que aportan el calor suficiente para permitir disfrutar de cócteles al aire libre en esta época del año.

La noche transcurre más aburrida de lo que quisiera. Mantengo una conversación cordial con Ernesto hasta que hace un comentario fuera de lugar en referencia a mi vida sexual.

—Llevo tiempo queriendo hablar contigo a solas, quería avisarte, personalmente, de que vamos a tomar medidas y a prestar más atención a la cláusula contractual que prohíbe las relaciones sentimentales entre pilotos y azafatas, pues numerosos estudios afirman que estas pueden afectar negativamente a la actividad laboral y todo factor de riesgo humano debe ser eliminado, más ahora que este año competimos por ser la aerolínea más segura del país.

Me dan ganas de decirle que me paso su aviso por los huevos y que se meta en sus asuntos, que sin pruebas no me venga a tocar las narices. Sin embargo, me trago mis palabras para no arruinarle su fantástica fiesta y le respondo algo similar, pero con mayor sutileza.

En ese momento, veo a Ana entre la multitud. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué Ernesto la ha invitado?

Está radiante. Lleva un elegante vestido de seda en color rosa claro, estilo cóctel, tan apretado, desde la cintura hasta la rodilla, que me pierdo en las prominentes curvas de su cuerpo.

Me pregunto de dónde sacará esas prendas aparentemente tan caras, ¿a qué imbécil engatusará para que se las regale?

—¿Estás bien Víctor?

—Sí, es solo que deberías disfrutar de tu cumpleaños y no estar pensando en trabajo. Felicidades nuevamente y enhorabuena por la fiesta.

Me alejo sin dejarle lugar a réplica y me acerco con disimulo a esa parte de la terraza en la que se encontraba Ana hace tan solo unos instantes. Las vistas desde aquí son envidiables, me trasladan a ese primer día en Nueva York, cuando desde la habitación del hotel, después de follar,

contemplábamos como el skyline de la ciudad emergía entre la niebla.

De pie, junto a uno de los sofás de cuero blanco y frente a una lujosa chimenea tallada en mármol del mismo color, veo a Ana hablando con Cristian. No me puedo creer que haya venido con él a la fiesta. ¿Estarán liados? ¿Me mintió también en Verona el día que no respondió a mis llamadas? No sé por qué me sigue importando eso.

Ella me ve; se sorprende al hacerlo. La miro fijamente sin poder apartar la vista de sus ojos. Su mirada intensa examina mi cara en busca de señales que le desvelen algo, y por un momento me pierdo en esos ojos verdes grisáceos que podrían volver loco al más cuerdo de los mortales.

Busco a David entre la multitud, pero no lo encuentro. Voy a la barra y pido una copa; me pierdo en la hilera de velas que la recorre. Me pregunto si toda esta decoración la habrá contratado Ernesto, porque normalmente esta terraza no está decorada así. Pensando en ello estoy cuando una voz familiar se dirige a mí.

—Por fin nos volvemos a ver.

Miro a mi derecha y me encuentro con Estrella. Está más hermosa que nunca. Sin embargo, no despierta ningún tipo de deseo en mí, solo odio y desprecio.

—Ojalá pudiera decir que me alegro —suelto con la voz ronca.

—¡Tenemos que hablar!

—No lo creo. —Miro a la camarera que me entrega mi copa y le guiño un ojo.

Me alejo y Estrella me agarra del brazo.

—Lo que tengo que decirte es importante.

—No quiero que me vean hablar contigo. Menos después de lo que hiciste.

—Lo que te voy a decir te va a interesar, está en juego tu licencia de vuelo.

—¿Qué cojones has hecho ahora? —Gruño mientras la cojo del brazo.

—Si sigues agarrándome así, vas a dar crédito a mi denuncia por malos tratos y quizá me plantee volver a interponerla asegurando que la retiré porque me amenazaste.

La suelto y la miro con desprecio. Su mirada ya no provoca en mí el mismo efecto.

—Reúnete conmigo ahora mismo en el baño. —Me da la espalda y se aleja.

Durante unos segundos dudo si seguirla o no. Sé que es capaz de cualquier cosa y no tengo ni la menor idea de lo que está tramando, pero no quiero quedarme con la duda. Además, me muero por decirle cuatro cosas a la cara. Aunque tengo miedo a perder el control, esta zorra es capaz de despertar hasta los muertos si se lo propone.

Entro en el baño de mujeres tras ella.

—¿Creías que no me iba a enterar de lo que estás tramando? —deja su bolso sobre el lavado y comienza a hablar calmada—. ¿Cuál es el plan? ¿Denunciarme a la policía? ¿Abrir una investigación en torno a la compañía por servir de transporte y blanqueo de dinero?

Su tono calmado y su sonrisa me inquietan.

—¿Y tú qué esperabas?, ¿seguir sirviéndote de la compañía para tus trapos sucios? ¿Seguir follándote a comandantes y pilotos para meterles dinero negro en sus equipajes?

—¿Perdón? —dice indignada.

—Perdón es lo que deberías pedir tú.

Suelta una risotada.

—¿Por qué iba a pedir yo perdón?

—Por ser una zorra y utilizar así a la gente.

Me suelta una bofetada que me coge por sorpresa. En ese momento sale toda mi ira. Juro que soy capaz de cualquier cosa. La agarro con fuerza de los hombros y le gruño demasiado cerca de su

cara:

—No voy a parar hasta que pierdas tu licencia de vuelo y te pudras en la cárcel como la rata que eres.

Pienso que va a escupirme en la cara. Sin embargo, no es eso lo que sucede.

—¡Suéltame! Me haces daño. —Se deshace de mí—. No voy a perder mi licencia de vuelo ni voy a ir a la cárcel, porque tú no vas a delatarme.

—Demasiado tarde, ya lo he hecho —miento, pues aún no he podido ir a la comisaría de la Guardia Civil en la que llevan el asunto.

—En ese caso dirás que fue un rumor que escuchaste, que me denunciaste por despecho y que no tienes pruebas.

—Encarnación es mi prueba y testigo.

—Mira que eres estúpido, ¿de verdad creías que ella iba a arriesgar su puesto de trabajo por ti? Ella lo negará todo y si aún insistes en mantener tu acusación esto saldrá a la luz —dice mostrándome en su móvil algo que me deja sin aliento—. Tu pasado es mi futuro en la compañía —asegura victoriosa con una sonrisa.

—¿De dónde has sacado eso? —grito intentando arrebatarme el móvil, pero ella es más rápida. Controlo mis demonios para no lanzarme sobre ella.

Nunca debí permitir que me acompañara a hacerme el reconocimiento médico correspondiente a la evaluación aeronáutica exigida por la Agencia Estatal de Seguridad Aérea. Mucho menos consentir que estuviera presente en la consulta cuando soborné al médico para que falsificara el informe de Aeromedical Evaluation, pues en los resultados había dado positivo en estupefacientes y eso suponía la pérdida inmediata de mi licencia de vuelo.

Nunca me han gustado las drogas, pero en una fiesta privada se me fue la cabeza y me fumé un porro. En ese momento no lo vi tan grave ni pensé en que al mes y medio tenía la revisión del certificado médico y que los restos de cannabis son detectables en el organismo hasta tres meses.

—Tú decides si quieres seguir adelante con este juegucito y perder tu licencia de vuelo cuando se descubra que manipulaste los resultados.

En ese momento entra Ana en el baño. Estrella le lanza una mirada fulminante. Sé que va a decir algo y me adelanto.

—Estrella, por favor, no es momento.

Ana abre la puerta de uno de los inodoros y antes de entrar se nos queda mirando a Estrella y a mí. En ese momento soy consciente de que Ana está pensando algo que no es, aunque tampoco entiendo por qué me importa lo que pueda estar pensando.

—Por mí no os cortéis —dice mientras entra en el cubículo.

En ese momento Estrella sale del baño, está todo dicho entre nosotros.

Antes de que Ana pueda cerrar la puerta del cubículo se lo impido.

—¿Qué haces aquí? —pregunto enfadado.

—¿Te he estropeado el polvo? Lo siento. —Ana se mofa y me mira con desprecio.

No estoy de humor para aguantar esto. Ni siquiera sé por qué estoy aquí hablando con ella.

—¿Eso es lo que crees?

—No sé, dímelo tú.

—Estás muy equivocada —aseguro.

—Tú también.

—¿A qué has venido?

—No te importa. —Intenta cerrar la puerta.

—Claro, esto es lo que te gusta, el lujo. Donde haya dinero, ahí estás tú ¿no? A ver qué pescas.

En ese momento abre la puerta y me da un guantazo que me coge por sorpresa. Pero qué cojones pasa esta noche. Ya van dos. Estas tías se han vuelto locas o qué demonios les pasa.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Hasta ahora todo lo que tengo lo he conseguido por mí misma, no necesito a ningún hombre. ¿Quién te crees que soy? —Me empuja y sale del baño tan furiosa que me desconcierta.

El dolor y la decepción se quedan flotando en el aire. Salgo y me voy directo a la barra. Me pido otra copa de bourbon, necesito algo fuerte antes de irme a casa.

Ahora recuerdo por qué hace mucho que me propuse no dejar que la gente se acerque a mí: siempre acaban decepcionándome. Siempre.

Valeria se sienta en un taburete frente a la barra, justo a mi lado.

—¿Qué tal, Víctor?

—He tenido noches mejores —confieso mientras le doy un trago a mi copa.

—Yo sé lo que es pasar por una ruptura.

—Ana y yo no hemos roto, porque no teníamos nada.

—Me refería a Estrella.

—Créeme que no me produce ningún dolor haber terminado con ella. Ha sido el mayor error de toda mi vida. Me engañó con otro hombre, me denunció falsamente y ahora... Ahora sigue queriéndome arruinar la vida. ¡Es una puta mentirosa! Como...

—¿Todas? —me interrumpe—. ¿De verdad es eso lo que piensas de las mujeres?

Intento pensar mi respuesta, no quiero ganarme otra bofetada esta noche.

—No —miento.

—Ana no te ha mentado —asegura.

—Claro que me ha mentado, no sé con qué intenciones, pero lo ha hecho.

—Te puedo asegurar que con ninguna intención. La noche de la fiesta cuando nos llevaste a casa simplemente dijo que vivía ahí para no dejarme sola en ese estado e irse con un desconocido.

—No la defiendas. Lo que ha hecho no tiene excusa.

—Me imagino cómo te puedes sentir...

—No, no te lo imaginas —la interrumpo.

—Hay mucho más en su interior de lo que tú imaginas, más incluso de lo que ella misma piensa. Puede que Ana haya desmontado tus esquemas, porque...

—No me puede desmontar un esquema que no me he montado —la vuelvo a interrumpir con arrogancia.

Me giro y me encuentro a Ana bailando con Cristian. Demasiado pegados. Él la agarra de la cintura y pega el cuerpo de Ana al suyo. La va a besar. Lo presiento.

¿Acaso me está provocando? Porque de ser así lo está consiguiendo.

Trato de tomármelo con calma, con paciencia, (que no tengo), pero entonces veo como él se acerca tanto que sus labios rozan los de Ana. Algo se resquebraja en mi interior y, en esta ocasión, no es ninguna coraza. Ella le corresponde el beso. Me quedo parado como un imbécil frente a la escena.

¡Joder..., joder..., joder...!

El amargo sabor de sentirme engañado, traicionado y usado se intensifica al ver a Ana besar a Cristian. Su actitud me subleva. ¿Por qué lo besa? Me pone furioso ver que ella le entrega su tentadora boca a otro.

Siento que voy a explotar de celos y me alejo sin despedirme de Valeria.

La palabra confianza, ha desaparecido de mi vocabulario para siempre.

Una vez que creo haberlo visto todo por esta noche, busco a David y me despido de él. Sin éxito, trata de convencerme para que me quede.

Antes de irme, me encuentro a Ana apoyada sobre una columna. Por la inestabilidad de su cuerpo y la postura, me da la sensación de que se ha pasado con las copas.

—¿Estás bien? —La agarro de la cintura antes de que se caiga al suelo.

—Justo a ti te estaba buscando. —Sonríe.

—¿Estás borracha?

—Un poco —confiesa y se vuelve a reír.

—Vamos, te llevaré a casa, no quiero que te vean así.

—¿Te avergüenzas de mí? ¿Es eso? ¿Sabes que eres un capullo arrogante? Ahora entiendo porqué no tienes amigos y las mujeres te usan solo para follar, ninguna quiere nada serio, por eso Estrella te dejó.

—No me avergüenzo de ti —digo haciendo caso omiso a su comentario—. ¡Vamos! No quiero que mañana seas el tema de cotilleo.

—No puedo ir a casa.

—¿Por qué?

—Porque ya no tengo casa. Sí, soy pobre y no tengo ni donde caerme muerta. Mis padres murieron en un incendio cuando era una niña. Estoy sola, pero ¿sabes qué? No estaba contigo por interés.

Su confesión me tumba, como si de repente me hubieran dado un golpe en la cabeza. Por alguna razón me duele escucharla hablar así, verla sufrir de este modo. Suena sincera, rota y presiento que su vida no ha debido ser fácil.

—No estás sola, tienes a tu tía. —La agarro con más fuerza, su cuerpo tiene cada vez menos estabilidad.

—Esa vieja insufrible es una bruja, lo único que ha hecho es amargarme la vida. Me he ido de su casa.

—¿Dónde te estás quedando, entonces?

—En casa de Valeria. —Consigue pronunciar con dificultad.

—Vamos a buscar a tu amiga.

—No necesito que cuides de mí. Sé cuidarme sola.

¡Qué mujer tan terca!

—¿Por eso te comes la boca con el primero que se te cruza por el camino?

—Eso no es verdad, Cristian al menos no me ve como un monstruo. —Una lágrima brota de su mejilla.

—Yo no veo un monstruo, solo sé que me has engañado. —Paso mi pulgar por su mejilla, pero creo que ella ni se percata.

—Yo no te he engañado.

—Sí que lo has hecho, me hiciste creer que vivías en el barrio más caro de Madrid.

—¿Es eso no? No puedes salir con alguien como yo. Eso es lo que te pasa...

¿Cómo? ¿En serio cree que estoy decepcionado porque ella sea pobre?

—¿Qué dices? Claro que no, por quién me tomas.

—Yo no te mentí, fue solo una mala respuesta. Aquella noche apenas te conocía y Valeria estaba muy mal, no quería irme a solas contigo hasta mi casa, así que simplemente te dije que vivía en la zona.

—¿Y luego? ¿Por qué has seguido mintiéndome? Has hecho que te recogiera y te llevara a ese barrio. Por el amor de Dios, Ana. ¿Quién hace eso? —grito.

—Bueno, sí, me daba vergüenza reconocer que vivo en la peor zona de Puente de Vallecas, pensaba decírtelo. Te lo juro. —Sus lágrimas afloran con mayor intensidad.

No sé qué decir. Me duele verla en este estado.

—Lo siento —continúa.

Suena sincera, puede que después de todo no me haya equivocado con ella. Sin embargo, creo que no es el momento ni el lugar para seguir hablando de esto.

—Vamos, buscaré a Valeria —concluyo.

Por alguna razón mi cuerpo me pedía llevarla a mi hotel y dormir con ella y estaba a punto de hacerlo cuando encontré a su amiga.

Han pasado varios días desde la fiesta y no he recibido ningún mensaje de Ana, yo tampoco le he escrito. Creo que ya está todo dicho entre nosotros, aunque cada día que pasa veo más insignificante su mentira, incluso puedo llegar a entender el motivo por el que me lo ocultó, pero eso no la justifica. Lo peor de todo es que siento que una parte de mí lo sabía y no lo quiso ver.

La que sí me ha escrito ha sido Estrella, pero para recordarme lo que hablamos. Finalmente, he tomado la decisión de dejar pasar el asunto del transporte de dinero. Si la empresa y las autoridades competentes no hacen nada al respecto, por qué tengo que ser yo quien prenda la mecha de una bomba que al primero que le va a explotar en la cara será a mí.

Nunca he conocido a una mujer tan inteligente y tan fría como Estrella y tengo que reconocer que en el fondo me gusta que sea así, me pone, pero eso no significa que quiera a alguien así a mi lado. La odio y por nada del mundo podría estar junto a un ser sin escrúpulos, capaz de hacer las cosas que ella hace. Solo espero que el universo haga justicia y que algún día pague por todo el daño que me ha hecho.

El viernes quedo con mi hermana para comer e ir a ver la casa de la que me habló. Por fin ha conseguido que el propietario acepte la visita sin ni siquiera haber salido aún a la venta.

Durante el almuerzo mi hermana me cuenta cómo le va con Gregorio y yo, no sé por qué, le cuento la mentira de Ana. No es habitual en mí hablarle de ninguna mujer a mi hermana y me arrepiento tan pronto lo hago, porque decirlo en voz alta solo hace que me de cuenta de que esto es real y que Ana no es un polvo más. No estoy seguro de qué me está pasando, pero lo que está claro es que Ana me ha conquistado, me he vuelto completamente loco. Se aparece en todos mis pensamientos; da igual cuántas veces intente no pensar en ella, no recordar nuestros cuerpos chocando; da igual cuántas veces me diga a mí mismo que esto es temporal; al final del día, lo último que me viene a la mente es la imagen de su hermoso rostro.

Llegamos a la lujosa urbanización La Finca.

—¿Te he contado que aquí viven famosos como Cristina Pedroche, Alejandro Sanz o Iker Casillas? —suelta mi hermana después de bajarse del coche.

—Umm, ¿voy a ser vecino de Cristina Pedroche? Interesante...

—Siempre pensando en lo mismo. Bueno, te cuento. Hay tres zonas: Los Lagos I, donde se encuentran las mansiones más exclusivas; Los Lagos II y Prado Largo.

Percibo el olor a césped recién cortado.

Un lujoso chalet de estilo moderno aparece frente a nosotros. Predominan los tonos oscuros del hormigón armado que crean una espectacular transición gradual con la naturaleza. Este tipo de piedra decorativa agrega una sensación de confort y comodidad.

Se respira la tranquilidad del lugar. Los pájaros se han puesto de acuerdo para cantar una agradable canción que amenice nuestra visita.

—Por cierto, ¿qué haces mañana? —pregunta mi hermana mientras busca las llaves del inmueble en su bolso.

—No tengo planes aún, ¿por?
—Quiero que me acompañes a un desfile.
—¿Un desfile? Deja de beber, te está afectando a la cabeza. No se me ha perdido nada allí.
—Habrá «tías buenas». —Hace hincapié en esto último intentando convencerme.
—¿Por qué tienes tanto interés en que vaya contigo?
—Porque no quiero ir sola.
—Pues dile a Gregorio que te acompañe.
—Está volando.
—Pues ve con alguna amiga.
—Quiero presumir de hermano. Venga, acompáñame, por favor. Conozco al diseñador y quiero que me vea bien acompañada. Lo pasaremos bien.
—Si tú lo dices... —Me froto las manos para combatir el frío.
—¿Vendrás?
—Está bien, más te vale que haya tías buenas.
—Es un desfile, Víctor, ¿qué crees que va a haber? ¿Galgos de competición?
—Pues con esos cuerpos escuálidos más de una parece un galgo vestido de gala.
Entramos en la mansión y una enorme sala con una cocina abierta nos da la bienvenida.
—Mira qué preciosidad. ¿Has visto qué pedazo de barra? Podrías utilizarla de bar en tus fiestas.
—Pasa la mano por la encimera.
—Me gusta mucho, es muy amplia y estos taburetes altos son espectaculares.
—Los electrodomésticos son de la marca Gaggenau.
—Parecen buenos.
—¿Buenos? Son aparatos de cocina de lujo. Es una de las marcas más caras del mundo, de ahí que se consiga este efecto moderno, minimalista y perfectamente integrado con el resto de la decoración.
Camina hasta la sala principal y yo la sigo mientras contemplo los altos techos de la estancia.
—Está decorado meticulosamente —aclara.
—El protector de la chimenea es horrible.
—Sí, a mí tampoco me gusta.
—¿Los muebles están incluidos? —pregunto—. Se ve que no es mobiliario barato.
—Eso aún no lo sé, pero si te gusta algo en particular, puedo pedirlo. En cualquier caso, conozco a un buen decorador de interiores que te hará virguerías. Bueno, a ti no, ya quisiera él, a la casa.
—Mi hermana se ríe con su propio chiste.
—¿Crees que podría mejorar esto? —Señalo el espacio.
—Sin duda.
—Lo veo difícil. Es perfecto. Cada pieza parece elegida cuidadosamente para estilizar la casa.
—Espera que aún no has visto nada. Te mostraré el exterior —dice mientras intenta abrir, sin éxito, unas puertas para salir a un enorme jardín con piscina—. Estas puertas acordeón no me gustan mucho, son más baratas que las correderas, pero eso se puede cambiar.
—¿Te ayudo?
—Puedo sola, estoy acostumbrada —se queja.
—¡Joder! Vaya piscina.
—Es idílica. Y completamente nueva, se gastaron casi cien mil euros para conseguir el efecto desbordante. El entablado de madera también es nuevo. —Camina con cuidado de que no se le meta el tacón en las ranuras.

—Me encanta. No me puedo creer que haya una cancha de pádel en el jardín.

—Sí y lo mejor es que es un terreno muy privado. Nadie te ve. Por la noche esta zona es muy acogedora, todo el jardín, incluida la piscina llevan instalado iluminación nocturna.

Sin haber visto la casa por completo, ya me siento cautivado por ella. Me ha enamorado. Es un puto lujazo.

—Ven, te enseñaré las tres habitaciones.

Entramos de nuevo al salón y subimos por unas escaleras de cristal sobre un pequeño estanque. Me flipa la idea de tener un estanque en el interior del salón.

Mireia me enseña primero las tres habitaciones de invitados, todas con baño privado. Por último me enseña la habitación principal que cuenta con un enorme vestidor.

—El baño tiene un estilo spa, cuenta con bañera y ducha.

—Me gustan los detalles dorados, le dan un toque...

—¿Vintage?

—Puede ser.

—¿Y qué me dices de la cama? ¡Es enorme!

—Todo muy blanco quizá, pero me gusta.

—Sí, es como si estuviéramos en el cielo.

Me río.

—Me gusta que sea nueva —afirmo.

—Es todo nuevo, nadie ha vivido aquí aún.

—Este chalet supera los dos millones de euros, estoy seguro.

—Casi.

—Joder, Mireia te dije que el presupuesto era de un millón.

—Ya, pero también me dijiste que querías una casa como la que vimos y esta es mejor, ¿o acaso no lo es?

—Sí, claro que lo es, pero también cuesta el doble.

—Bueno para ti medio millón arriba o abajo no es dinero para tener tu hogar, Víctor.

—A ver si tu crees que las acciones en bolsa y mi sueldo como comandante me generan millones al año.

—Yo te puedo quitar la mitad de mi comisión.

—No, no quiero que hagas eso. Ya veré cómo me las arreglo cuando el propietario lance el precio, pero quiero esta casa. Aunque tenga que hipotecarme.

—En realidad, si la quieres, creo que deberíamos lanzar una oferta antes de que salga a la venta.

—¿Cuánto crees que deberíamos ofrecer?

—¿Tirando por lo bajo? Diría que un millón setecientos.

—¿Eso es tirar por lo bajo?

—Son seiscientos metros cuadrados.

—Está bien. Ofrécele esa cantidad.

Siempre soñé con tener una casa enorme para mí solo, un lugar al que regresar después de cada vuelo y que realmente sintiera como mío. Sin embargo, después de tantos años viviendo en hoteles, durmiendo en habitaciones totalmente impersonales (como mis relaciones), me he acostumbrado a esa sensación de no permanencia.

Llego al hotel, la recepcionista a la que me follé la otra noche no está hoy. Lo agradezco.

Subo a la habitación y todo luce perfectamente ordenado. Me cambio y bajo un rato al spa. No

hay nadie, por lo que me quito la toalla y la dejo sobre la ardiente madera. Desnudo, dejo descansar mi espalda sobre la pared. Cierro los ojos y me relajo. Las gotas de sudor comienzan a aflorar y se deslizan por mis pectorales pasando por mis oblicuos hasta perderse en mi entrepierna.

Vivir en hoteles también tiene sus ventajas y ciertos lujos como este. Tendré que olvidarme de tener un gimnasio y un spa en casa.

Algo se ha despertado en mí al ver el chalet que me ha enseñado Mireia. Quizá una sensación de querer vivir en un hogar así, pese a que está un poco por encima de mis posibilidades. Imaginarme viviendo allí me transmite una imagen de poder y bienestar, aunque también de soledad, porque en el fondo siempre he querido formar una familia, pero no me veo capaz de renunciar a mi libertad, a mi soltería y al sexo, solo por ser padre.

Deslizo mis manos por mi mojado cuerpo y el recuerdo de sus labios me invade. Me viene a la mente una imagen de ella subiendo y bajando encima de mí; otra de ella de rodillas chupándomela con ansia. Me pongo duro y me veo en la obligación de taparme con la toalla por si entra alguien. Aunque a esta hora nadie suele bajar al spa.

¡Joder!, cómo me pone esta mujer... Cuando la vi en la fiesta borracha, pese a que me mintió respecto a su lugar de residencia y besó a Cristian en mis narices, sentí que me decía la verdad. Creo que le gusto, aunque igual es solo mi ego que no me deja ver la realidad, pues soy incapaz, por naturaleza de aceptar que no le gusto a una mujer.

Ana Suárez, ¿qué voy a hacer contigo?

Se me acaba de ocurrir una buena idea. Y con ese agradable pensamiento, me enrolló la toalla a la cintura y me dispongo a salir de este hervidero para darme una ducha antes de acostarme bien relajado.

A la mañana siguiente, lo primero que hago es ir al gimnasio, luego me ducho y me visto para salir a desayunar. Hoy no me apetece hacerlo en el restaurante del hotel.

A pocos metros veo una cafetería en la que nunca he estado. En la puerta hay un señor fumando. Entro y me encuentro con varios obreros desayunando mientras hablan a gritos de las últimas medidas del gobierno.

Dudo si quedarme o irme, pero la camarera, una señora mayor, entrada en carnes y con un mandil negro, me ve y me da los buenos días. Me acerco a la barra y le pido un café solo.

En esta zona hay pocos lugares a los que ir para desconectar o conocer gente afín. Me tomo el café rápido y me arrepiento de haber salido a desayunar fuera.

De regreso al hotel miro mi programación, la próxima semana tengo vuelo a Cancún, hasta entonces no hay nada programado. Si consiguiera que Ana estuviese en este vuelo... ¡No! Esa idea tan brillante que tuve anoche, hoy me parece absurda. Sé que una semana en ese hotel de lujo junto a ella sería brutal, pero no voy a interferir más en su trabajo. Tampoco puedo seguir arriesgándome, ya me he saltado la cláusula que prohíbe las relaciones entre miembros de la tripulación muchas veces y temo tentar demasiado mi suerte.

Tengo que olvidarme de Ana, no es más que otra decepción.

El día transcurre de lo más aburrido. A las siete comienzo a arreglarme para ir con mi hermana al desfile, por un momento incluso me alegro de haber aceptado acompañarla, pues al menos tengo algo que hacer.

A las ocho llegamos al lugar en el que se celebra el desfile. Una luz tenue y dorada lo inunda todo. Una pasarela de cristal, de la que surgen destellos azulados, preside la estancia. Cortinas de raso, envueltas en pequeñas luces, ocultan a las deseadas modelos.

El techo está repleto de focos y aparatos que de momento permanecen apagados. También cuelgan tres grandes lámparas repletas de lágrimas de cristal.

Tomamos asiento en la segunda fila y cojo el programa. Le echo un vistazo por encima. El evento está a punto de comenzar.

Aprovecho para preguntarle a mi hermana si ha hablado con el dueño del inmueble, ella niega con la cabeza mientras prepara su móvil para hacer fotos.

El espectáculo da comienzo y el público aplaude. La pasarela se convierte en un auténtico concierto de música, luces y mujeres con cuerpos de infarto caminando sobre esta.

Algunas de las modelos caminan de una forma tan robótica que parece que se van a partir. Me pregunto si se habrán levantado hoy y decidido ser modelos por primera vez. Al menos me alegro la vista durante la hora y media que dura el desfile.

Cuando el evento llega a su fin, mi hermana se acerca a saludar al diseñador. Me lo presenta y este no me quita ojo de encima. Ella no aclara que soy su hermano, no me sorprende, lo hace a menudo, creo que le gusta generar la duda de que estamos comprometidos. A mí no me importa, si eso la hace feliz...

Antes de irnos vamos al baño. Cuando salgo me encuentro nada más y nada menos que a Ana y Valeria. Mis músculos se tensan.

—Voy entrando —le dice Valeria que me saluda con una sonrisa.

Ana abre la boca para decir algo, pero solo exhala una fuerte respiración.

No sé qué decir. Su presencia me ha tomado por sorpresa. Está tan guapa esta noche. Lleva los labios pintados de un tono rojo muy sensual y luce un vestido negro largo.

Doy un paso hacia ella para dejar libre el acceso al cuarto de baño.

La tensión que desde el primer momento existió entre nosotros comienza a hacerse palpable. Me siento tentado a empujarla contra la pared y besarla, pero me contengo.

—Estás... preciosa.

Ella me mira de arriba abajo.

—Gracias. —Le tiembla la voz—. Yo... eh... Aprovecho que te veo para pedirte disculpas por lo que sucedió en la fiesta de cumpleaños de tu amigo.

Quiero aclararle que Ernesto no es mi amigo, pero ella echa su larga y ondulada melena hacia atrás y ese gesto me provoca un descontrol de emociones. Es tan elegante y sensual al mismo tiempo...

—No te preocupes, yo también te debo una disculpa. Fui un grosero —digo al fin.

Durante unos segundos ninguno dice ni una palabra. Solo nos miramos en silencio, esperando que sea el otro quien dé el siguiente paso.

Me muero por besarla. Es hablar con ella cinco minutos y excitarme.

—¿Con quién has venido? —pregunta.

—Con...

—Ya estoy, amor. —Mi hermana sale del baño.

Quiero presentarle a Ana, decirle que esta es la chica de la que le hablé y saber su opinión, pero de pronto Ana se despide.

—Disfrutad de la noche. —Sonríe y se mete en el baño apresurada.

¿Me acaba de dejar con la palabra en la boca?

—¿Quién era? —pregunta mi hermana mientras caminamos hacia la salida.

—Ana, la chica de la que te hablé.

—¡Qué guapa! Si es que tienes un ojo... ¿Y por qué no me la has presentado?

—Iba a hacerlo, pero... no sé, se ha metido rápido en el baño, se estaría meando. Es un poco rara la verdad.

—No es rara, Víctor. Igual se ha pensado que yo soy tu ligue o algo.

—¿Tú crees?

—¿Alguna vez le has hablado de mí?

—Creo que sí.

—¿Le has enseñado fotos?

—No.

—Entonces apuesto a que se ha pensado que soy tu ligue.

—Quizá debería ir a aclarárselo.

Mi hermana, al escucharme decir eso se detiene en seco y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? ¿Desde cuándo tú vas dándole explicaciones a una mujer sin que ni siquiera te las hayan pedido?

En ese momento veo detrás de Mireia a Cristian, está claro que Ana ha venido con él. No me lo puedo creer, al final resulta que están juntos. Quiero hablar con ella, pero tengo que aceptar que entre nosotros todo ha terminado.

—Te estoy hablando, Víctor.

—Que estoy de broma, ¿de verdad te lo has creído? —digo mientras avanzo en dirección al

coche.

—Sí, me lo he creído, parecías muy convencido.

Me giro con disimulo y veo a Ana acercándose a Cristian, confirmo mis sospechas.

Cuando llego al hotel, después de que mi hermana se haya pasado todo el trayecto incordiándome con preguntas sobre Ana, me encierro en la habitación.

Mi cabreo va en aumento, pero no voy a suplicarle. Si ella prefiere estar con Cristian, así será, por mucho que me cueste aceptar que la he perdido.

Molesto por la forma en la que ha terminado el día me meto en la cama.

Mañana tengo el vuelo a Cancún y por alguna razón siento que ese viaje podría ser la clave para ganarle la partida al imbécil de Cristian y tener a Ana cerca durante una semana. El tiempo suficiente para recordarle todo lo que se está perdiendo sin mí.

Necesito verla de nuevo. Me muero por volver a poseerla en mi cama. Ana es alguien especial, ha conseguido dejar huella en mi vida y estar alejado de ella está siendo difícil. Ya está bien. Ha llegado el momento de que haga algo al respecto. Si lo que ella quiere es que yo mueva ficha primero, lo haré, pero a mi manera. Merecerá la pena con tal de ver esa boquita de nuevo.

Decidido, hablo con José de Crew Control y le pido que por favor haga lo que sea para poner a Ana en mi vuelo a Cancún.

Me levanto de mejor humor al ver que Ana aparece en la programación. ¡Sin duda, va a ser un gran viaje!

Antes de las siete de la tarde llego a la sala de firmas en el aeropuerto. Preparo todo el papeleo para el vuelo y cuando llega Juana, la sobrecargo, me saluda y me informa de que va a comenzar el briefing, que puedo pasar cuando quiera. Espero unos quince minutos a que terminen su reunión y entro en la sala con Jesús, el segundo oficial.

No me pasan desapercibidas las miradas que me echan algunas de las tripulantes.

—Ana, qué suerte tenerte en este vuelo, al resto creo que no os conozco. Bueno, contigo sí he volado, María José, ¿no? —digo después de saludar.

—Sí —responde María José.

Ana se limita a forzar una sonrisa. Está claro que me lo va a poner difícil.

—La duración del vuelo es de nueve horas. En cuanto a la meteorología, vamos a tener turbulencias dos horas antes de la llegada, aproximadamente. Buen vuelo a todos.

El segundo oficial y yo salimos de la sala y recogemos nuestras maletas. Mientras esperamos la furgoneta que nos llevará a las puertas del avión, los TCPs se acercan a saludarnos. Es costumbre que la tripulación de cabina salude a la tripulación de vuelo o se presente formalmente antes de subir al avión. Me sorprende que Ana no lo haga, podría informar a la sobrecargo para que no la deje subir al avión por saltarse el protocolo, pero no voy a ser cabrón. Puede que esté nerviosa y se le haya pasado, aún lleva poco tiempo.

El vuelo transcurre con normalidad. Salvo que han puesto en primera clase a una tripulante que no tiene ni la menor idea del procedimiento de acceso a cockpit. Entra y se pone a hablar como un pajarraco sin ser consciente de que, tanto mi compañero como yo, estamos hablando por radio con la torre de control. He preferido pedirle el café y no decirle nada al respecto. Quiero tener el vuelo en paz. Sin embargo, cuando a los diez minutos aparece de nuevo con un café con leche no lo puedo evitar y salto.

—Lucía, te he pedido...

—Me llamo Laura, señor —me interrumpe.

—Da igual.

—No, no da igual, soy Laura.

—Eres quién yo diga, ¿vas a traerme el puto café solo como te lo he pedido?

Ella sale de cockpit sin mediar palabra.

—Te has pasado, ¿no? —dice Jesús.

—No entiendo cómo gente así puede ostentar el cargo de responsabilidad que lleva cubrir una puerta. Esta tía no da una.

—Se ve paradita la chica.

—¿Paradita? Parece que la han hecho una lobotomía.

Al momento Laura vuelve a entrar en la cabina de mando con el café. Me lo entrega por el lado correcto y, sin decir nada, se va.

—Yo si fuera tú no me lo bebería —anuncia Jesús.

—Desde luego que no. —Río y dejo el café a un lado.

Al cabo de un rato veo por la cámara que Ana esta frente a la puerta de cockpit, pero por alguna razón no introduce el código de acceso. ¿Se le habrá olvidado? Eso es un motivo para abrirle un reporte de seguridad.

Le abro directamente.

Ella sonrío cuando me ve. Le indico que tome asiento mientras termino de apuntar unas notas que me ha pasado la torre de control.

—¿Qué tal? —le pregunta Jesús.

Yo la observo sin decir nada. Me siento más tranquilo ahora que ya está aquí y esta vez no puede salir huyendo.

—Bien, venía para ver si necesitabais algo. —Se alisa la falda del uniforme.

—Sí, voy a aprovechar para prepararme un café —dice él.

—Puedo preparártelo yo —le indica Ana.

—No te preocupes, así estiro las piernas y aprovecho para ir al baño.

Jesús no sabe nada de que Ana y yo hemos estado liados, o al menos eso creo. Por lo que el hecho de que salga así y me deje a solas con ella es casualidad. Una extraordinaria casualidad.

—Gracias por abrirme —dice Ana después de que Jesús salga.

—¿Se te olvidó el código?

—Sí, es que estaba muy nerviosa.

—Eso es una falta muy grave —digo serio y veo el temor en su rostro.

—No volverá a suceder —asegura.

—Estoy de broma —río—. ¿Por qué estás nerviosa?

—Estoy teniendo un vuelo movidito.

—Pues aún no han llegado las turbulencias. ¿Qué es lo que te ha pasado?

—Juana me acaba de llamar la atención, porque, según ella, mi maquillaje no se ajusta a lo establecido en el manual de uniformidad.

Nunca he entendido esas tonterías, en vez de preocuparse por el maquillaje de Ana, debería estar enseñando a Laura a hacer bien su trabajo.

—Si estás perfecta, eres la que mejor maquillada va de toda la tripulación.

—Ella no piensa igual. Lo peor es que todo lo que uso es lo que viene en el manual, incluso compré los tonos de las marcas recomendadas, a pesar de ser más caros.

—¿Se lo has dicho?

—Claro que se lo he dicho. Encima parece que me estaba salvando la vida, porque dice que por esta vez lo va a dejar pasar y no me hará ningún informe —esto último lo dice con mofa y me saca una sonrisa.

—Esa vieja es una amargada. Te tiene envidia. Si te sigue molestando, dímelo.

Ella asiente con la cabeza. Tengo la sensación de que mi uniforme le impone. Y le pone.

Aprovecho para explicarle que la chica con la que me encontré ayer es mi hermana.

—Por cierto, ayer...

—No tienes que darme explicaciones —me corta.

—No iba a dártelas, solo quería decirte que fue de muy mal gusto que te fueras así sin despedirte.

—Tenía prisa y no quería hacer esperar a tu...

—¿Hermana? La verdad es que se quedó un tanto sorprendida por tu actitud, le había hablado de ti y quería presentártela.

Su cara es de desconcierto total. Me contengo la risa.

—Eh... yo pensé...

—¿Que era un ligue?

—Sí —confiesa avergonzada.

—Te crees que porque tú ya estés con otro yo también voy a hacerlo.

Esto último se me escapa. No quiero demostrarle ni una pizca de celos.

—Yo no estoy con nadie —asegura.

—¿No? ¿Entonces qué tienes con Cristian?

¡Joder! Pero, ¿por qué pregunto?

—No tengo por qué responder a eso. —Me lanza una mirada cómplice.

—Así que mis sospechas son ciertas, estás con él.

Tarda un segundo en procesar lo que he dicho y luego se aprieta la coleta.

—No estoy con él —dice finalmente.

—Ah, ¿no? Y ¿por qué te besas con él y te acompaña a todas partes últimamente?, ¿o crees que ayer no lo vi al salir?

—Eso no es asunto tuyo.

—Veo que no pierdes el tiempo.

—¿Vas a seguir ofendiéndome? ¿No has tenido bastante con todas las cosas horribles que me has dicho ya?

Mierda. ¿Estamos discutiendo?

—No sabía que pasaras página tan rápido —digo haciéndome el ofendido tratando de contener la risa.

—¿Pasar página?, ¿de qué? —pregunta confundida y divertida a la vez.

—De lo nuestro.

—No sabía que había un «lo nuestro» —recalca eso último y me excita como suena en sus labios.

—Ahora ya lo sabes.

Esto último lo digo sin pensar. Creo que me estoy ablandando.

Quiero aclararlo y que no piense que me estoy pillando por ella, pero justo en ese momento entra en la cabina de mando el segundo con una TCP.

—Víctor, ya te puedes ir al descanso, se queda conmigo María José.

Capto la indirecta al vuelo. Nunca mejor dicho.

—Sí, ahora voy.

—Yo me marchó ya. —Ana se levanta y, sin decir nada más, sale.

Rápidamente, salgo detrás de ella para que no se me escape. La agarro de la mano y la meto en la crew rest para los pilotos que hay junto a la cabina de mando.

—¿Qué haces, Víctor? Me has asustado —dice con el corazón a cien.

—Necesito besarte. —Me acerco a ella.

—¿Ahora? —Su respuesta me hace sonreír—. Esto no está bien —continúa al ver que nuestras bocas están cada vez más cerca.

Acorto los centímetros que nos separan y poso mis labios sobre los suyos. Me abalanzo sobre ella y pego su espalda a la pared de habitáculo. El ruido capta la atención de la sobrecarga, quien aparece al instante al otro lado de la puerta.

—¿Todo bien? —pregunta Juana.

Le hago un gesto a Ana para que no diga nada.

—Sí, Juana. Estoy acomodando esto para irme a descansar. Avisa para que me despierten dentro

de dos horas —ordenó.

—Perfecto.

Ambos reímos en silencio y me siento aturdido mientras lo hacemos. ¿Cómo puede provocar en mí esto que siento con solo una sonrisa?

—Tengo que irme Víctor. Si me descubren aquí me muero.

—Está bien, te dejo marchar, pero tenemos algo pendiente.

Le doy un corto beso y ella sale de la crew rest.

He de confesar que me siento un poco más animado después de hablar con ella y saborear sus labios. Ana es un buen bálsamo para mi solitaria alma.

Me quito los zapatos, me desabrocho el cinturón, aflojo la corbata y me quito el primer botón. Acto seguido me tumbo en la cama y cierro los ojos. Trato de conciliar el sueño y descansar un par de horas para poder continuar con el vuelo. Sin embargo, no consigo dormirme.

Mi mente comienza a llenarse de pensamientos sobre Ana. Recuerdo sus labios, las caricias, nuestros cuerpos sudando aquella primera noche en la que echamos tres polvos seguidos... y eso me hace sentir la repentina necesidad de volver a estar dentro de ella.

Me encantaría follármela aquí, nunca lo he hecho en la crew rest, aunque sí he tenido muchas oportunidades. Una vez, una azafata me hizo una mamada, pero nada más.

Quizá pueda convencer a Ana para que me deje hacerla mía aquí. Después de todo, el vuelo aún no ha terminado.

—¿Ya es la hora? —pregunto confuso al ver a Ana entrar.

—No.

—Y ¿qué haces aquí? —Sonrío.

—Ver si descansas.

—Pues ya ves que no, no podía dormir.

—¿Por?

—Alguien me ha quitado el sueño.

—¡Vaya!

—Ven. —No reconozco mi propia voz.

Se acerca y la siento a mi lado. Luego la beso. No hablamos. Solo nos miramos. En sus ojos solo hay ilusión y juventud. ¿Cómo puedo sentirme tan atraído hacia ella?

Mis dedos recorren su rostro. Contengo la respiración cuando le paso el pulgar por el labio inferior.

Despacio, comienzo a desabrochar los botones de la camisa de su uniforme. Se la quito y deslizo mis manos por su delicada piel. Bajo uno de los tirantes de su sujetador, luego el otro. Le saco los pechos y estos quedan apoyados en los aros.

Ella pega su cuerpo al mío, sentir sus pechos me pone a cien. Cierro los ojos e inhalo su aroma, lo tengo grabado en mi mente desde el primer día en que la vi y no quiero olvidarlo.

—Eres hermosa, princesa.

Siento el impulso de avisarla para que se aleje de mí, ella se merece algo mejor, pero no me salen las palabras y tampoco quiero arriesgarme a que me deje así, necesito descargar.

Paso mi lengua por sus pezones al tiempo que meto mi mano por debajo de su falda. Noto en la yema de mis dedos el encaje de sus braguitas. Froto y percibo la humedad de su sexo por encima del tejido.

Ella se estremece y me muerde el cuello.

Necesito estar dentro de ella. Me bajo un poco el pantalón sin llegar a quitármelo y me saco la polla. Ana se quita las bragas y se coloca a horcajadas sobre mi miembro.

—¿Por qué vas tan deprisa? ¿Tantas ganas tenías de mí? —pregunto divertido al ver que lo desea tanto como yo.

—Tenemos veinte minutos, tú decides qué quieres hacer con ellos —responde mordiéndose el labio.

Uf, cómo me pone que haga eso.

—¿Tienes condones? —pregunto.

—No.

—Yo tampoco —confieso, pues están en la maleta y no puedo ir ahora a buscarlos.

—No me he acostado con nadie desde que estuve contigo —afirma.

Es justo lo que necesitaba escuchar.

—Ni, yo.

En realidad no siento que le esté mintiendo, no me he acostado con nadie sin utilizar preservativo. Ella fue la última. De hecho no es algo que suela hacer. Aparte, metérsela un par de

veces a aquella recepcionista no puede considerarse acostarme con alguien, ¿o sí?

La agarro con fuerza por la cintura y la encajo en mí.

Me hundo en su interior y ella suelta un gemido de dolor y placer. Le tapo la boca con la mano y comienzo a follármela con intensidad.

—No sabes cómo te he echado de menos —digo mientras entro y salgo de ella.

Sus murmullos son cada vez más intensos. Su sexo se ciñe a mi polla cada vez con más fuerza mientras me clava las uñas en la espalda.

No duramos demasiado. Ella se corre con fuerza, de una forma increíble. Entierra su cara en mi cuello para ahogar sus gemidos. Unos segundos después, yo también llego al orgasmo.

Jadeantes, nos quedamos entrelazados con los cuerpos unidos unos minutos.

La beso en los labios sin hacer ningún movimiento para no salirme de su interior.

—Tenemos que incorporarnos a nuestros respectivos puestos —dice ella al cabo de unos minutos.

Tiene el pelo revuelto. Se lo peino con los dedos hacia atrás, pero ella se incorpora, se quita la coleta y se la vuelve a hacer con soltura. Yo me quedo embobado mirándola.

Cuando termina de acicalarse y como si estuviera devolviéndome el favor, me cierra la cremallera y me coloca bien el cuello de la camisa.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. No sé qué cojones acaba de pasar, pero una parte de mí no quiere volver a separarse de ella.

Durante toda mi vida he intentado alejarme de cualquier posibilidad de sentir algo por una mujer. Estrella fue la excepción y con ella nunca he sentido esto. De alguna manera, Ana ha conseguido colarse tras el blindaje que le puse a mi corazón la noche que vi a mi padre completamente derrumbado tras el abandono de mi madre.

No tengo ni puñetera idea de cómo voy a enfrentarme a esto.

Y lo que más me preocupa de todo, no es que Ana se haya colado de alguna forma en mi corazón, sino que lo ha hecho con mentiras.

Una vez que llegamos al hotel, villas de lujo en primera línea de playa, hacemos el check---in y nos entregan las llaves de las habitaciones.

Un carrito de golf nos recoge y nos lleva a nuestras respectivas habitaciones, pues el complejo es inmenso como para ir a pie y con las maletas a rastras. Me subo al mismo que Ana y me siento a su lado.

Algunos compañeros proponen ir a la piscina ahora a tomar unas cervezas, eso sí, después de quitarnos el uniforme, tenemos prohibido beber con él puesto.

Miro a Ana a la espera de su respuesta.

—Me parece bien, yo también me apunto —afirma sin dejar de mirarme.

—Y yo —digo guiñándole un ojo.

El conductor deja a Ana en su habitación y continúa el recorrido para dejarnos a otra compañera y a mí. La habitación de Ana está relativamente cerca de la mía, podríamos ir caminando.

Cuando llego a mi habitación reviso que no haya ningún animal extraño en el interior, es habitual encontrarse algún visitante desorientado, pues el hotel está prácticamente en mitad de la selva. Una vez me encontré un murciélago y un compañero vio una serpiente escondiéndose debajo de un sofá. Confieso que los reptiles me generan cierto rechazo, pero entiendo que es algo normal, al fin y al cabo somos los humanos los que hemos irrumpido en su hábitat y no a la inversa.

La villa es puro lujo, me encanta este hotel, todo es muy ostentoso y sofisticado. Mires donde mires solo ves exhibición. La entrada principal es completamente de cristal, con vistas panorámicas a la bahía. Cuenta con sala de estar, con una zona de bar equipada con varios tipos de bebidas. La habitación principal es una suite con baño italiano separado por cristales y la terraza es enorme, cuenta con una cascada de piedra y un jacuzzi.

Estoy seguro de que a Ana le va a encantar.

Me quito el uniforme y me pego una ducha rápida. Me pongo una camisa y unos pantalones largos para evitar las picaduras de los mosquitos. Antes de salir, también me echo un spray antipicaduras que nos dejan en la habitación como cortesía.

Aprovecho y le escribo un mensaje a un contacto que tengo aquí para alquilar un coche. Mañana me gustaría llevar a Ana a un sitio. Tengo que convencerla para que acepte.

Cuando llego a la zona bar en la piscina, tomo asiento junto al resto de la tripulación y me pido una cerveza.

Al cabo de un rato, llega Ana. Tomamos algo todos juntos y luego vamos a cenar.

Durante la cena, Ana y yo apenas hablamos, está demasiado lejos. Sin embargo, nuestras miradas se encuentran varias veces a lo largo de la noche.

Las chicas hablan como cotorras de gilipolces, eso es algo que me gusta de Ana, ella no es como las demás, siempre mide cada palabra, habla lo justo, ni más ni menos, y cada vez que lo hace consigue despertar mi atención.

Ana se levanta de la mesa una vez que ha terminado de comer y se despide con elegancia del resto.

—¿Dónde vas tan pronto? —pregunta un compañero.

—Quédate a tomar algo —le insiste María José.

—Estoy cansada, mejor mañana. Tenemos una semana por delante —dice mientras coge el bolso. No puedo dejar que se vaya. Necesito que pasemos la noche juntos.

—¡Espera, Ana! —Trago saliva—. Yo también me voy ya.

Ana se pone roja cuando el resto de la tripulación nos mira.

Me acerco a donde ella se encuentra.

—¿Vamos? —pregunto al ver que sigue inmóvil.

—Sí.

Caminamos en silencio hasta salir del restaurante.

—¿Cómo se te ocurre decir que nos vamos juntos delante de todos? —pregunta sorprendida.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Pues porque ahora todo el mundo va a sospechar.

—Anda ya, es lo más normal del mundo que unos compañeros se vayan con otros. Nadie va a sospechar nada. Aparte, ¿qué es exactamente lo que te preocupa que sospechen?

—Pues lo que tenemos.

—Y ¿qué tenemos? —pregunto poniéndola nerviosa.

La miro expectante.

—Buena pregunta —dice para ganar tiempo.

—Por eso quiero saber la respuesta —insisto.

—Si te digo la verdad, no la sé.

—Ven, acompáñame. Voy a darte la respuesta. —Le tiendo la mano y caminamos hasta mi villa que se encuentra al lado del restaurante, pues está en primera línea de playa.

Saco la tarjeta del bolsillo y abro la puerta.

—Adelante. —La invito a pasar con un caballeroso gesto.

Ella contempla todo con asombro y admiración.

—Ven. —La cojo de la mano y la llevo a la terraza.

—Guau —dice fascinada.

—¿Qué quieres tomar? —pregunto.

—Me da igual.

—¿Champán?

—Sí, champán está bien.

Abro una botella de Moët & Chandon mientras ella sigue embelesada contemplando la iluminación nocturna de la terraza.

—Toma —le ofrezco una copa y le sirvo un poco.

Un pájaro comienza a cantar, un gorrión quizá.

—Pero Víctor, esto debe costar una fortuna.

—La ocasión lo merece.

—¿Puedo preguntarte algo? —me mira pensativa.

—Claro, lo que quieras.

—El hecho de que yo esté aquí no es casualidad, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres. —Trato de contener la risa.

—Me refiero a que me programasen este vuelo a última hora. —Alza una ceja.

—No, no es casualidad —confieso.

—Me parece muy mal que interfieras así en mi trabajo.

—Lo siento, no podía resistirlo, cuando te vi en el desfile me di cuenta de que necesitaba verte y estar contigo a solas.

—¿Y esto fue lo mejor que se te ocurrió?

—Sí, ¿no es una idea magnífica?

El sonido del mar nos envuelve en un estado de seducción del que resulta difícil salir.

—No te hagas la dura, me deseas tanto como yo a ti. —Me acerco un poco más a ella.

—¡Serás creído!

Brindamos y acto seguido me dispongo a preparar el jacuzzi.

Cuando termino me acerco a Ana, retiro la copa de su mano y la dejo sobre una mesa. Luego la beso despacio. Le quito la ropa y cae al suelo. Me quedo a su lado mirándola, sin tocarla, escuchando su respiración acelerada y percibiendo el calor que emana de su piel. Está excitada; yo también.

Ana queda completamente desnuda frente a mí, me dan ganas de abalanzarme sobre ella pero me controlo. Intenta quitarme los botones de la camisa, le aparto la mano y sonrío. Quiero permanecer vestido.

Deslizo mis manos por todo su cuerpo: hombros, pechos, ombligo, muslos, vagina. Se le acelera la respiración cuando me detengo en su entrepierna.

—Estás muy húmeda —susurro.

Ella no dice nada, solo me mira con sus avivados ojos verdes.

Le introduzco uno de mis dedos y ella separa los labios, pero contiene el gemido; lo saco de su vagina y se lo paso por los labios. La obligo a saborear su propio sexo. Introduzco otro dedo en su boca, luego otro. Y otro más. Uf, se me pone dura solo de verla así.

Saco los dedos de su boca y los llevo hasta su entrepierna. Masajeo su clítoris. En esta ocasión no puede evitar gemir de placer.

La agarro del pelo con fuerza y tiro hacia atrás. La beso con pasión mientras mis dedos entran y salen de ella.

—Eso es, déjate llevar —digo al ver cómo sus gemidos se vuelven cada vez más intensos.

Noto la humedad en su vagina, su cuerpo se tensa y llega al orgasmo.

La beso y tras ello, le doy un sorbo a mi copa de champán.

—Creo que el jacuzzi ya está listo —anuncio mientras comienzo a desabrocharme los botones de la camisa.

—Voy un segundo al baño —dice con las mejillas sonrojadas.

Aprovecho para poner algo de música en el nuevo altavoz que me he comprado.

Me estoy terminando de desnudar cuando Ana regresa. Le tiendo una mano y la ayudo a entrar en el jacuzzi.

El agua está caliente. Al son del burbujeo, disfrutamos de la melodía del mar y del hilo musical que ameniza el momento.

—No decías que ibas a darme la respuesta... —Ana rompe con el silencio.

—No seas impaciente, en ello estamos —aseguro.

—Tengo miedo —confiesa—. Apenas nos conocemos y sé que solo tenemos buen sexo, pero yo... bueno, yo nunca he sentido por nadie esto que siento.

Su confesión me coge por sorpresa.

Atontado, caliente y excitado por lo que Ana me hace sentir, afirmo:

—Esto no es solo sexo. —Me acerco a su rostro—. Y sé de ti lo suficiente.

—Hasta hace unos días pensabas que era una arribista que solo quería tu dinero.

—Sí, es cierto, pero cada vez que te miro a los ojos, tu mirada me dice que estoy equivocado.

Me besa.

En la vida me imaginé un momento tan... tierno como este. No pensé que fuera posible sentirme tan encaprichado y agilipollado como lo estoy por ella.

—¿Y qué sabes de mí entonces? A ver... —pregunta cuando separa sus labios de los míos.

—Sé que eres una mujer hermosa, por la que cualquier hombre moriría, que destilas elegancia por cada poro de tu piel, que tienes veintiséis años, que te gusta el vino espumoso, el arte, las cosas buenas. Sé lo que dicen tus tatuajes. Sé que te gusta la tarta de manzana, los hombres que te hacen sentir especial. Sé que has tenido una vida complicada, que te da miedo el fuego. Sé dónde vives...

—No, ya no —me interrumpe.

—¿Sigues en casa de Valeria?

—No, ya encontré un apartamento en el barrio de La Latina.

—Ah, ¿me invitarás a tu nuevo pisito de soltera?

—Ya veremos.

—Ah, también sé que, aunque te aterroriza reconocerlo porque quieres ser una mujer independiente, te encantaría estar con un hombre como yo.

—Mira que eres creído.

—Sé que te gustan las fresas, que te encanta que te hagan la cucharita mientras duermes, que por la mañanas tienes que cepillarte los dientes antes de darme un beso de buenos días. No está mal ¿no?

—La verdad es que no, nada mal.

—Mañana quiero llevarte a un sitio.

—¿Adónde? —curioseas.

—He alquilado un coche y quiero ir contigo al Chichén Itzá y a algún cenote natural.

—Eso está en Yucatán, ¿no? Es una de las siete maravillas del mundo.

—Sí, veo que has estado curioseando.

—No exactamente, me lo han dicho los compañeros durante el vuelo.

—¿Qué más te han recomendado visitar?

—Poco más, la verdad.

—No te preocupes, yo te voy a enseñar todo México. ¿Qué digo México? El mundo entero si tú quieres.

No puedo evitar adorarla como la diosa que es.

—No hace falta que me prometas la luna para camelarme, ya me tienes loca —confiesa.

—¿Sí? ¡Qué sorpresa! No sabía que me resultaría tan fácil —jugueo con su boca.

Acabo de nuevo entre sus piernas, haciéndola gritar de placer.

Enloquecido, dejo a un lado los romanticismos y le doy lo que quiere, lo que me pide. Me introduzco en ella una y otra vez con ímpetu. Durante horas, nos dejamos llevar por el morbo.

Agotados, y tras darnos una ducha, nos metemos en la cama. La abrazo y siento que son los momentos como este los que me dan la vida.

Por la mañana, me despierto con el dulce olor de Ana. Está profundamente dormida a mi lado. Pienso en levantarme y darme una ducha. Sin embargo, en cuanto me muevo ella se despierta y se gira hacia mí. Cierro los ojos y ella me besa en los labios.

—Vaya, ¡qué buenos días! —digo con la voz aún adormecida.

Después de ducharnos y espabilarnos, vamos al restaurante del hotel. A esta hora no hay nadie de la tripulación, es demasiado temprano.

Desayunamos frente al mar, sintiendo la salada brisa matutina.

—¿A qué hora has quedado con el señor de la empresa de alquiler de coches? —pregunta Ana.

—A las diez, en la puerta del hotel.

Ella mira la hora en su móvil. Aún faltan casi dos horas.

Cuando casi hemos terminado de desayunar, llega Juana, la sobrecargo, quien, sin ningún reparo, se acerca a nuestra mesa.

—Veo que os habéis despertado pronto. —Sonríe.

—Sí —respondemos Ana y yo al unísono.

—¿Habéis descansado?

Reconozco la ironía en su tono. Sin embargo, no me intimida lo más mínimo y respondo con la misma picaresca que ella.

—Lo suficiente, Juana. Lo suficiente.

—Me alegro.

—Que aproveche el desayuno —dice Ana algo tímida.

—Gracias.

—¿Se habrá dado cuenta? —pregunta Ana asustada cuando la sobrecargo se aleja.

—¿De qué?

—¿Otra vez con eso?, pues de esto. —Nos señala con el dedo.

—Creo que sí —confieso.

—¿¿¿Qué???

—Tranquila, Ana, no tiene pruebas de nada, no se atreverá a crear un chisme, créeme. Sé cómo funcionan estas cosas.

—Víctor, si pierdo este trabajo yo me muero. No puedo volver a casa de mi tía por nada del mundo.

—Eso no va a pasar.

Nos levantamos y le pregunto si lleva todo lo que necesita o tenemos que pasar por su habitación de nuevo antes de irnos.

—Sí, sí. Llevo todo —afirma.

—¿Estás segura?

—Segurísima —dice en tono firme.

—Muy bien.

Salimos del hotel. Mi contacto nos está esperando para entregarme el coche de alquiler. Me hace firmar un contrato y me avisa de que tenga cuidado, pues este coche es muy llamativo y algunas zonas del país son peligrosas. Le doy las gracias y nos vamos.

Pongo en el GPS las coordenadas para llegar a Tinum en Yucatán. Durante el trayecto Ana permanece más callada y pensativa de lo habitual. De vez en cuando pongo mi mano sobre su muslo y ella, feliz, me sonrío.

—No lo hagas —digo sin apartar la vista de la carretera.

Me mira extrañada.

—¿A qué te refieres?

—A que no les des tantas vueltas a las cosas. Sea lo que sea en lo que estés pensando. —Alargo el brazo, le cojo la mano y le beso los nudillos.

En poco menos de dos horas llegamos.

—Por aquí —indica Ana al ver una señal que anuncia el acceso.

—Por ahí siempre hay colas, para evitarlas entramos por otro sitio.

Lo sé porque he venido anteriormente con compañeros y lo hicimos así.

Aparco el coche en una explanada junto al recinto arqueológico. Al llegar, tras pagar la entrada, nos entregan un mapa.

Paseamos entre las ruinas y llegamos a una especie de mercadillo. Los vendedores están casi por todos los senderos del recinto acechando a los turistas para que les compremos algo. Es una locura. Está lleno de personas de lo más variopintas. Gente que empuja, que grita, que le hace fotos a todo... Eso me agobia, pero, al ver lo contenta que está Ana soy incapaz de llevarle la contraria y me dejo llevar. Ella se detiene en los puestos a mirarlo todo, si hubiese venido solo habría pasado de largo hasta llegar a los restos arqueológicos.

La espero sin rechistar, quiero disfrutar de este viaje con ella y quiero que lo disfrute al máximo. Ana coge un colgante de plata con una piedra preciosa que se asemeja a un rubí. Puesto le debe quedar precioso. Insisto en regalárselo, pero según ella mil pesos, casi cincuenta euros, es mucho dinero.

Finalmente acepta. Cojo el colgante, la giro, le retiro el pelo hacia un lado y se lo pongo. Ana se da la vuelta y se toca la pequeña piedra con una mano.

—¿Me queda bien? —Sonríe.

—Estás hermosa. —La beso.

Durante la visita, como una pareja más, nos hacemos varias fotos con el móvil. Le cuento todo lo que sé del lugar y cuando por fin llegamos a la Pirámide de Kukulcán o El Castillo, la estructura más importante y conocida de Chichén Itzá, ella abre la boca impresionada.

—¿No podemos subir? —pregunta.

—No, hasta 2006 sí se podía subir y ver los grabados, pero después de que una mujer cayese por las escaleras y muriese, lo prohibieron.

—Vaya, por culpa de una torpe tenemos que pagar todos.

Su respuesta me hace gracia y me molesta a partes iguales.

—No digas eso, Ana.

No me gusta que haga comentarios tan desafortunados y egoístas.

—¿Por qué? Es la verdad, seguro que la mujer iba despistada, pendiente de las fotos.

—Igual la mujer era mayor.

—Si era mayor debe saber sus limitaciones.

—No me gusta cuando te pones así.

—¿Así cómo? —pregunta enfadada.

—Tan frívola.

—¡¡¡Ay, de verdad!!!

Continúa caminando sin esperarme. En realidad, me pone mucho su forma de ser. Nunca me han gustado las mujeres mojigatas ni las que van de buenecitas. A esas sí que no las soporto. No creo en las personas que son tan buenas ni tampoco en las que son tan malas. Creo que dentro de todo ser humano hay una parte de oscuridad y otra de luz, y si alguien no ha encontrado ambas en su interior es porque no se conoce lo suficientemente bien.

Aligero el paso e intento alcanzar a Ana.

—¿Sabes? Me encanta cuando te enfadas —digo mientras la agarro de la cintura por detrás.

—No estoy enfadada.

—Sí que lo estás. —Sonrío.

Bajo este sol abrasador, le hago cientos de fotos, sale preciosa en todas, pero según ella no. Hasta que no ve una que le gusta no me deja parar.

Continuamos caminando y muy cerca nos encontramos con el Grupo de las Mil Columnas, en el que se puede ver una impresionante terraza, repleta de columnas, de ahí el nombre de la estructura.

Le propongo ir a la zona de restaurantes que hay al lado para beber y comer algo. Ella acepta.

En un pequeño jardín que hay antes de llegar, Ana ve una manguera para regar las plantas y no se le ocurre otra cosa que refrescarse un poco con ella. Estoy a punto de decirle que no lo haga cuando ella abre el grifo y el agua sale disparada.

Se pone empapada y me pone empapado a mí. Estoy a punto de perder la paciencia, de gritarle. ¿Cómo se le ocurre hacer semejante estupidez? ¿Acaso tenemos quince años para hacer estas tonterías?

—¡Qué haces! —grito.

—Solo quería refrescarme un poco —dice con cara angelical.

Si tienes calor te aguantas como todo el mundo.

—¿Refrescarte? ¿Tú ves normal esto?

Miro mi ropa mojada.

—¡Ay, qué dramático! No te pega nada. Si apenas te han salpicado unas gotas.

En ese mismo instante hace algo que me deja paralizado. Intencionadamente coge la manguera y apunta hacia mí. Lo que hace me parece tan surrealista que mis piernas no reaccionan a las órdenes de mi cerebro.

Me pone chorreando.

¡¡¡La mato!!!

Cuando salgo de mi asombro, corro hacia ella, pero Ana es rápida. Suelta la manguera y se aleja de mí.

—¡¡¡Anaaaaaaaaaaa!!! —grito.

Ella se ríe mientras corre. La alcanzo y caemos al suelo.

Me pongo encima de ella y le agarro con fuerza las dos manos.

—Si no me sueltas, voy a gritar y no sabes lo mal visto que está aquí el maltrato —me advierte.

—¿Sabes que te voy a castigar por esto verdad? —digo en tono serio.

Los turistas que pasan nos miran.

—Ah, ¿sí? —Se muerde el labio inferior.

—Sí.

—¿Y en qué castigo está pensando el señor?

—En uno muy duro y muy poco benévolo.

—No sabía que le gustase a usted ser tan dominante.

—Esta noche lo vas a ver.

Me pongo duro solo de imaginar las cosas que voy a hacerle.

—Estoy deseando —dice provocativa.

—¿Sabes que estás loca?

—Sí, lo sé.

La beso.

—¿Dónde has estado toda mi vida? —susurro entre sus labios.

Las palabras salen de mi boca sin que pueda hacer nada para retenerlas.

—Te quiero —confiesa.

Según oigo eso, el corazón se me acelera.

No sé por qué sus palabras me desconciertan, me inquietan. No me lo esperaba para nada. No estoy acostumbrado a escuchar esa... expresión. Siento que me falta el aire, que se me oprime el pecho. No sabe lo que dice y yo no sé qué responder.

Nervioso y en silencio, la ayudo a ponerse en pie. Nuestras ropas están sucias; la humedad de estas, mezclada con la tierra, ha provocado un barro asqueroso imposible de eliminar.

Con estas pintas vamos a comer y luego llevo a Ana a un cenote poco frecuentado por turistas. Ahí conseguimos limpiar nuestras prendas y ponerlas al sol a secar.

Mientras disfrutamos de un agradable baño en las cristalinas aguas, ella entrelaza sus manos a mi cuello y me susurra en los labios:

—Esto es perfecto, Víctor.

Ana me hace sentir todas las emociones posibles, incluso aquellas que nunca antes había experimentado.

La abrazo. Ella se aferra con sus piernas a mi cintura. Me encantaría follármela aquí, pero no estamos solos.

Ana comienza a frotar su sexo por mi erección.

—Deja de hacer eso o no podré seguir comportándome como un caballero y acabaré follándote aquí mismo —advierdo.

Ella se ríe y me da un pequeño mordisco en el labio.

—¿Sabes? Te he echado de menos —susurro.

Ya no quiero sacarla de su error. Ana me quiere. No sé cómo ni cuándo ha sucedido esto, pero no quiero alejarla de mí. Solo imaginarme lejos de ella me resulta doloroso.

Todavía entrelazados, nos miramos con la respiración acelerada. Me pierdo en su belleza. ¿Es esto la felicidad? Ese placer inmenso que proporcionan las cosas simples, la sensación de no tener ningún pensamiento perturbador o de que no existe ningún problema en mi vida, esta paz...

—¿Qué va a pasar después de este viaje? —pregunta con los ojos humedecidos.

—No lo sé, pero por qué pensar en eso ahora pudiendo disfrutar del momento.

—No quiero que lo que quiera que sea esto se acabe.

—Yo tampoco —confieso.

Por la noche, llegamos agotados al hotel. La cojo de la mano para ayudarla a subir al carrito que nos lleva a nuestras respectivas habitaciones.

El conductor se detiene frente a la puerta de su habitación. Le propongo algo.

—Quiero invitarte a cenar en mi suite, ¿puedo? —digo antes de que se baje.

—Me encantaría.

—¿A las nueve y media?

—Perfecto, allí estaré.

Nos despedimos con una sonrisa, sin besos, para mantener la discreción.

Cuando llego a mi habitación, antes de meterme en la ducha llamo al servicio de habitaciones y pido la cena para que esté lista a la hora en que he quedado con Ana.

Me meto en la ducha y dejo caer el agua caliente sobre mi piel durante unos minutos antes de

enjaponarme. Las vistas son increíbles. Hay un gran ventanal que da a un pequeño bosque privado y al fondo se puede ver el mar. Si el paraíso existe, debe ser algo muy parecido a esto.

Cuando termino me seco con la toalla y salgo del baño con ella puesta sobre mis hombros. Me encuentro con una chica del servicio colocando la cena sobre la mesa.

—Lo siento muchísimo, señor. No sabía que... —De repente se queda muda y da un paso atrás. Se le ponen las mejillas rojas.

—No se preocupe. —Camino sin prisa hasta el vestidor para coger unos bóxers.

—Está... completamente desnudo. —Clava su mirada en mi polla.

—¿Qué observadora! ¿Ha terminado ya de dejar la cena? —pregunto.

—Sí, recojo las bandejas y me marchó. —Su voz suena palpitante.

—Muchas gracias, cierre al salir.

Me pongo una camisa y unos vaqueros. Cuando salgo, no hay ni rastro de la chica. Me acerco a la mesa y todo tiene una pinta exquisita. Veo una nota junto a los cubiertos con un número de teléfono. La cojo y la leo.

Si necesita cualquier cosa, lo que sea, llámeme.

Guadalupe

Sonrío y acto seguido la tiro a la basura. Miro el reloj. Son las nueve y media pasadas. Ana debe estar al llegar. Justo en ese instante llaman a la puerta.

Abro y me encuentro con la mujer más hermosa que haya podido ver jamás.

—¿Qué? ¿Parezco otra a que sí? —dice con esa chulería suya que me encanta mientras entra en la habitación.

Se acerca a la mesa y contempla los platos. Le retiro la silla para que tome asiento.

Cenamos en silencio, al principio creo que es porque Ana está muy cansada, pero conforme avanza la cena comienzo a pensar que le pasa algo.

—¿Te gusta este vino? —pregunto mientras acerco mi copa a la suya para que brindemos.

—Sí.

—Espero que lo hayas pasado bien hoy y que no estés demasiado cansada para el postre.

—¿Por? —pregunta ella fría.

—Porque voy follarte durante toda la noche hasta que no puedas ni respirar.

Cuando veo que ella deja el tenedor sobre el plato y bebe un poco de vino como si se le hubiese quedado la comida atravesada, comprendo que algo la inquieta.

—¿Estás bien? Te noto muy callada.

—Sí. Es solo que en el aire todo se intensifica.

Es cierto que nuestra forma de vida es diferente a la de cualquier otra persona, cuando tu vida transcurre en el aire, de país en país, uno pierde la noción del tiempo y, como dice ella, todas las emociones se intensifican.

—Ahora no estamos en el aire. —Le doy un sorbo a mi copa y espero encontrar algo en su mirada que me de la respuesta.

—Ya, pero entiéndeme, me refiero a la profesión en general.

—Sí, eso es cierto. El hecho de estar tanto tiempo con la misma persona y en un entorno distinto al habitual... ¿Estás segura de que está todo bien? Te noto rara.

—¿Con cuántas chicas has repetido esta escena? —pregunta de repente.

—¿Qué escena?

—Esto. —Señala con el dedo la mesa y la habitación.

—¿A qué viene esa pregunta?

Espero que no me vaya a montar un numerito de celos, pensé que ella no era esa clase de chicas.

—Es de mala educación responder a una pregunta con otra.

Silencio.

—No lo sé —confieso algo confuso.

No entiendo a qué viene esa pregunta en mitad de este momento íntimo entre nosotros. Menos aún, después del día que hemos pasado juntos.

—Han sido tantas que has perdido la cuenta, ¿verdad? Al fin y al cabo debe ser complicado renunciar a este ritmo de vida: poder compartir cada semana un hotel distinto en cualquier parte del mundo con una mujer distinta...

Vale, sí, reconozco que me gusta el sexo y que mi polla tiene un apetito insaciable, pero a qué viene eso ahora.

—No estoy entendiendo nada —confieso abrumado por sus palabras.

—Da igual, mejor me voy. —Se levanta.

Me mira con gesto inexpresivo. ¿Se va? ¿Cómo que se va? ¿Por qué?

Coge su bolso y se aleja. Tengo que hacer algo. No puedo dejar que se vaya así, pero es que no he dicho nada para que se moleste de esta forma. Esta mujer es bipolar.

Antes de abrir la puerta ella se gira para mirarme. En ese momento entiendo que tengo que detenerla. Se gira para abrir la puerta. Sin embargo, la alcanzo antes de que lo haga. La agarro del brazo, la giro hacia mí y la beso. Las palabras no son mi fuerte, quizá mis labios consigan hacerla entrar en razón y explicarle que ella es especial.

La pongo contra la pared, ella se deja llevar. Quiero suplicarle que se quede, pero no me salen las palabras.

—Ana, no tienes ni idea de cuanto te deseo.

—¿Solo es eso, verdad? Para ti soy solo sexo —afirma apenada.

Es evidente que está dolida y no entiendo por qué.

—No, ¿por qué dices eso?

—No tienes que mentirme, voy a terminar esto que acabamos de empezar antes de irme de todos modos.

¿Qué? Pero ¿qué está pasando? No puedo apartar los ojos de su hermoso rostro, de esos labios, de la forma en que sus largas pestañas aletean...

—Nunca te he mentido. Esto que tenemos no es solo sexo.

¿Qué narices acabo de decir?

Ana me besa y mis manos se aferran a su cintura. Se desnuda sin esperar a que yo lo haga. La cojo en brazos y la llevo hasta el sofá.

Me quito los pantalones y ella se sienta sobre mí. Tiro de su cara hacia delante y le mordisqueo los labios antes de mirarla a los ojos.

Se coloca mi erección en su entrada y comienza a cabalgarme. La rodeo por la cintura y sigo sus movimientos. La muevo de arriba abajo haciendo que cada centímetro de mi polla se hunda en su interior.

Mis labios rodean sus pezones. Ana me clava las uñas en la espalda cuando está a punto de correrse.

—No te corras todavía —ordeno mientras mi polla palpita dentro de su sexo.

Pero ella ignora mi súplica y se deja arrastrar por el orgasmo. Grita. Comienzo a embestirla más

fuerte y me corro con ella.

Con el corazón aún acelerado, Ana se levanta del sofá. Recoge su ropa del suelo y comienza a vestirse. ¿Por qué tanta prisa? La observo desconcertado mientras se viste con rapidez.

—¿Te gustó? —pregunta cuando termina de colocarse bien el vestido.

—Mucho.

—Me alegro, porque será el último.

—¿Qué? Pero ¿qué pasa, Ana? —Me incorporo y me acerco a ella.

—Lo que oyes, me he cansado de ser una de tus putas de viaje.

Sus palabras me sientan como bofetada con la mano bien abierta. No entiendo a qué viene esto después de lo que acaba de pasar entre nosotros.

¿Por qué me hace esto?

—Ana, ¿qué estás diciendo?

—¿Acaso me crees tan ingenua como para creerme que soy la única?

¿Tendrá esto algo que ver con que me haya dicho te quiero esta tarde y yo no le haya respondido?

—No, pero... si es por lo que me has dicho hoy...

—No te atrevas a repetir esas palabras —me interrumpo—. No volverán a salir de mi boca.

Tengo que decir algo.

—Pues es una pena, porque me ha encantado escucharlas —acuerdo a decir—. No sé por qué te pones así. Por supuesto antes de ti ha habido otras mujeres, pero con ninguna he sentido esto que siento contigo.

Ana está al borde del abismo. Sus preciosos ojos verdes se anegan en lágrimas.

—Eso no es suficiente. Buenas noches, Víctor.

No consigo encontrar las palabras adecuadas. No se me ocurre ninguna frase ingeniosa, ninguna broma, nada con lo que conseguir detenerla.

Sin esperar mi respuesta abre la puerta y sale de mi habitación. Cierra tras de sí.

El silencio lo inunda todo y un doloroso vacío se apodera de mí. Me dejo caer sobre el sofá y pienso en lo que acaba de suceder. En el fondo creo que sé por qué está así. Ana se ha enamorado de mí, me quiere, quiere más y yo no puedo darle más. Tengo mis reglas. Esto tenía que pasar tarde o temprano. Entonces, ¿por qué estoy hecho una mierda? ¿Por qué su ausencia me duele tanto?

Pienso en ir a buscarla a su habitación, pero ¿qué le voy a decir? No puedo decirle lo que ella quiere escuchar. Creo que lo mejor será aceptar que esto se ha terminado. Yo no soy el hombre caballeroso y sentimental que ella ha creado en su cabeza. No estoy preparado para una relación. Lo que no entiendo es por qué cojones sigo dándole vueltas al asunto, por qué no puedo simplemente borrarla de mi mente como hago siempre.

«Una de tus putas», esa frase se repite en mi cabeza una y otra vez. ¿Cómo ha podido pensar algo así? Ella no es como la demás, ella es especial. ¿Lo es?

¡Joder! Voy a perder la razón. Me levanto del sofá y voy directo al minibar. Me sirvo un güisqui.

Le doy un trago y dejo el vaso sobre la pequeña barra. Me hubiese gustado follarme a Ana aquí. Ahora ya no podré hacerlo. No podré volver a estar con ella porque yo también tengo mis normas y no pienso incumplirlas, menos después del numerito que me ha montado.

«Una de tus putas». ¿Acaso la he hecho sentir así? Me siento culpable. Sin embargo, ella ha sido la que ha decidido marcharse y terminar con lo que sea que haya entre nosotros.

Ya no hay vuelta atrás. Más vale que lo vaya asimilando.

*

Por la mañana me despierto sobresaltado. Los primeros albores inundan la estancia. He pasado una noche malísima y tan pronto abro los ojos el dolor vuelve a aflorar. ¿Por qué me duele tanto?

No voy a dejar que esto termine así. Voy a ir a buscarla y voy a llevarla al lugar al que tenía pensado. A la mierda mis reglas. No quiero pasarme el resto de la semana enfadado con ella. No soportaré verla en el hotel y no poder tocarla.

Me pego una ducha y luego voy hasta su habitación. El pulso se me acelera cuando llego a su puerta. Por un instante dudo si llamar o no. Repaso mentalmente todo lo ocurrido anoche y me hago a la idea de que solo ha sido una discusión sin importancia.

Miro el reloj, son las ocho, quizá está dormida aún y la voy a despertar. Eso igual la pone de mal humor. La imagino acurrucada en la cama... ¡Basta!

Llamo al timbre.

Ana tarda solo unos segundos en abrir. Me sorprende encontrarla peinada y arreglada como si fuese a salir. ¿Habrá quedado con alguien?

Creo que va a cerrarme la puerta en las narices, pero no lo hace.

¡Sonríe, Víctor!

—Buenos días, preciosa.

—Buenos... días —dice algo confundida.

—¿Cómo has dormido?

—Bien.

—¿No me vas a invitar a pasar?

—Sí, sí. Perdón, pasa. —Me hace un gesto con la mano—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a proponerte algo.

Ella levanta las cejas.

—¿Qué plan tienes para hoy? —pregunto.

—No tengo planes, pero quiero ser clara contigo.

—Creo que ayer ya lo fuiste —afirmo con una sonrisa para quitarle importancia al asunto.

—No, no lo fui. Mira Víctor, yo no quiero ser una más, no quiero ser tu diversión, por mi parte esto se ha terminado.

—¡Qué drástica! No sabía que tenías este humor por las mañanas —bromeo.

—No estoy para bromas.

Vale, lo de hacerme el gracioso no está funcionando. Me acerco a ella y la proximidad de mi cuerpo la pone nerviosa.

—Ana, para mí tú eres muy especial, no vuelvas a decir que eres una más porque nunca has sido ni serás una más. —La beso y ella me corresponde.

No sé si son mis palabras o mi beso lo que la hace recapacitar.

—¿Qué plan tenías en mente? —pregunta con una sonrisa.

¡Bien, bien! Ana vuelve a ser la misma.

—¿Para ahora o para el resto del día? —pregunto pícaro.

—Para el resto del día, golfo —dice separándose de mí.

Desayunamos y luego vamos hasta Playa del Carmen, donde cogemos un ferri hasta Puerto de Cozumel. Una vez allí busco al joven de la foto que me ha enviado mi contacto, pues él nos llevará hasta El Cielo, un arrecife al que quiero llevar a Ana.

Por fin lo localizo y le saludo con la mano. El joven se acerca y se presenta. Nos guía hasta el yate que he alquilado, no es demasiado lujoso, pero consigue sorprender a Ana, quien se pasa el trayecto tumbada sobre la cubierta disfrutando de los rayos de sol.

—Señor Lobo podría ofrecerme algo de beber. —Ana se baja las gafas de sol y me mira por encima de estas.

—Señorita Suárez, no puede beber alcohol antes de hacer snorkel por seguridad.

—En ese caso tráigame un poco de agua o no podré hacer snorkel porque me habré deshidratado para entonces.

Me río y voy en busca de una botella de agua. Le pregunto al joven que está al timón del yate de dónde puedo coger una y señala la nevera de la cocina. Obvio.

Le entrego la botella de agua a Ana y ella me pide que me acerque.

—Gracias. —Me besa en los labios.

Al cabo de un rato, llegamos al lugar. Estamos en mitad de la nada, solo se ve una pequeña isla al fondo.

—¿Es aquí? —pregunta Ana algo extrañada.

—Sí. Ponte esto. —Le entrego unas gafas y un tubo.

—Yo nunca he hecho snorkel.

—Tranquila, es muy sencillo. Solo debes respirar por la boca a través de este tubo e intentar mantenerlo en la superficie para que no entre agua. ¡Vamos!

Ana lo piensa un par de veces antes de tirarse al agua, pero finalmente se lanza conmigo.

En el fondo se advierte una gran vegetación, la vida aquí abajo pasa a cámara lenta. Veo una tortuga gigante y le doy un toque en el brazo a Ana para que mire al otro lado. ¡Qué preciosidad!

Después de disfrutar de la serenidad del lugar, entre besos, ahogadillas y risas regresamos al yate.

Aviso al joven para que ponga rumbo a una isla paradisíaca a la que quiero llevar a Ana. Abro la botella de champán y disfrutamos del radiante sol y de las vistas.

Cuando llegamos a la isla, nos tiramos al agua, que apenas cubre hasta la cintura y disfrutamos del baño al son del hilo musical que procede del yate.

Cojo a Ana en volandas y ella entrelaza sus piernas a mi cuerpo. Me besa.

—Quiero hacerte feliz.

Mi confesión me coge por sorpresa incluso a mí, que al ver su expresión, reparo en el significado de lo que acabo de decir.

—Ya lo haces —confiesa.

—No quiero que sufras por mi culpa.

—No es tu culpa, es culpa mía. Tú eres perfecto. —Me abraza y esconde su rostro en mi cuello.

—No lo soy, nadie lo es.

—Tú para mí sí lo eres.

—Eres preciosa, quiero que seas mía. Solo mía.

Silencio.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —dice después de un largo silencio—. Después de este trabajo, claro. —Me mira a los ojos y se ríe.

—Entonces no vuelvas a decirme que lo nuestro se terminó y que te vas a alejar de mí.

—Lo intentaré. —Sonríe y me besa.

En este momento soy el hombre más feliz de la Tierra. De nuevo puedo disfrutar de sus besos y de su compañía.

Observo el colgante que le regalé. Es precioso, parece una pieza cara, me encantaría que lo fuera. Sin embargo, ella se ve feliz con él, señal de que no es la mujer materialista que creí que era.

—¿Me queda bien? —pregunta ella al ver que miro la piedra color rubí que luce en su escote.

Asiento con la cabeza.

El resto del día lo pasamos disfrutando del lugar y tomando el sol en la cubierta del yate. Cada vez que intento hablar, Ana me interrumpe. Está tan feliz... se le ve. Me besa, me toca, me hace sonreír.

Con tanto roce terminamos muy cachondos los dos, pero no podemos hacer nada, porque el joven encargado del yate está pendiente a todo. Ambos estamos deseando llegar al hotel para dar rienda suelta a nuestra pasión.

A última hora de la tarde, regresamos al muelle y cogemos el ferri nuevamente a Playa del Carmen, donde damos un paseo antes de coger el coche para ir al hotel.

*

Ha anochecido y la carretera está muy tranquila. Ana, agotada, apoya la cabeza sobre la ventanilla.

Suena un pitido. ¡Mierda la gasolina!

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Ana.

—La gasolina, estamos en reserva.

—Y ¿dónde hay una gasolinera?

—No lo sé, pero no creo que lleguemos al hotel en reserva.

—¿Por qué no hemos echado gasolina antes?

Intento no responderle borde, ella no tiene la culpa.

—No me he acordado —digo en voz baja.

—Mira ahí hay un cartel que indica que en esa dirección hay una gasolinera.

—No me quiero desviar de las carreteras que conozco.

No es muy seguro que digamos.

—¿Prefieres que nos quedemos tirados entonces?

No respondo. No quiero preocuparla. Pienso, pienso... Finalmente le hago caso y me arriesgo a coger el desvío en dirección a la gasolinera.

Vemos un cartel que anuncia un municipio llamado Puerto Morelos.

De momento no vemos la gasolinera por ningún lado. La carretera es oscura y solitaria.

Ana ha enmudecido. Me gustaría tranquilizarla, pero en estos momento no puedo hablar, no quiero que perciba mi estado de nervios.

Vamos a ochenta kilómetros por hora para no gastar demasiado combustible. Sin embargo, al cabo de un rato el coche comienza a dar tirones. ¡No! ¡Joder!

Me echo a un lado y el coche se detiene en el arcén. Nos acabamos de quedar tirados en mitad de la nada. El coche ya no arranca.

Intento pensar con rapidez en una solución. Saco mi móvil y lo primero que busco es el teléfono de la policía. Tengo que informar de dónde estamos para que vengan cuanto antes, aquí podría pasarnos cualquier cosa. Esta zona no me parece muy segura.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Ana preocupada.

—Lo primero, llamar a la policía —digo sin pensar.

—¿A la policía? ¿No será mejor llamar a una grúa?

—Sí, también, pero no es seguro que estemos aquí.

Ana permanece en silencio mientras busco el número de teléfono en internet, solo se escucha el sonido de los cuatro intermitentes.

Por fin encuentro el teléfono de la policía. Llamo y cuando da el primer tono, el quejido de unas ruedas derrapando por el asfalto me obliga a mirar a la carretera. Ante mí, la imagen de dos tipos bajándose de un coche. Uno de ellos lleva una pistola.

—¡Bajen del coche! —el tipo de la pistola golpea con esta el cristal de mi ventanilla.

—Haz lo que te dicen. —Miro a Ana y me limpio las gotas de sudor que me caen de la frente.

Bajamos del coche. Ana comienza a llorar. Me rompe el corazón verla así.

—No me hagan nada por favor —suplica.

Tengo que pensar. No puedo permitir que le pase nada a Ana. Cualquier movimiento en falso y a este tipo no le temblará el pulso para meternos un tiro.

Espero en silencio. Probablemente solo quieren robarnos las cosas de valor. Luego se irán.

—¡Los móviles! —grita uno de los hombres.

Le entrego mi móvil y observo como Ana, que está al otro lado del coche, hace lo mismo. El tipo me apunta con la pistola y, aunque estoy aterrado, no dejo aflorar mis miedos. Sin dejar de apuntarme, me mete las manos en los bolsillos y me quita la cartera. No rechisto. Tengo la sensación de que de un momento a otro va a dispararme y todo terminará aquí. Toda la vida luchando para ser alguien y al final voy a acabar tirado en una carretera secundaria de México con un balazo en la cabeza.

El tipo me coge de la chaqueta y me empuja hasta donde se encuentra Ana. Quiero abrazarla, pero en ese momento le apunta con la pistola. Me tiemblan las piernas. Tengo que hacer algo, aprovechar ahora que el otro está registrando el interior del coche. Podría empujarle, meterle un puñetazo, eso le daría a Ana unos segundos para salir corriendo. No me importa acabar con un tiro, si eso puede salvarla.

—¿Qué es esto que tenemos aquí? —dice el otro delincuente acercándose a Ana.

Ella comienza a temblar. Está aterrada.

—¡¡¡Déjala!!! —grito.

—Tú cállate.

El tipo me apunta con la pistola y ahora sí siento que ha llegado el final.

—No, por favor —suplica Ana.

—¡Vámonos! —le grita el otro.

En ese momento uno de los tipos le toca la cara a Ana descendiendo hasta su escote. Agarra el colgante que le regalé y se lo arranca de un tirón.

—No, ese colgante no por favor, no tiene ningún valor económico —grita ella mientras se lo intenta arrebatar de las manos.

En ese momento el tipo le da un empujón y Ana cae por el arcén.

Sin pensar en la pistola que nos apunta, corro hacia ella.

—¡¡¡Ana!!!

Verla tirada entre las ramas con los ojos cerrados me inquieta. Nunca he sentido tanto miedo como ahora. Si le pasa algo me muero.

Miro hacia la carretera y veo que los delincuentes ya no están. Escucho un acelerón y a los pocos segundos todo se torna negro. En la oscuridad de la noche no puedo ver bien.

—Ana, di algo por favor.

Tengo la esperanza de que se esté haciendo la muerta para que no nos disparen.

—Ya se han ido. ¡Despierta!

La abrazo y al pasar mi mano por su pelo noto algo húmedo. Con la palma de la mano exploro el suelo y doy con una enorme piedra. Entonces comprendo lo que ha pasado.

Comienzo a llorar. Creo que nunca antes he llorado tanto. Llorar no va a hacer que Ana despierte. Aún percibo sus latidos, eso me da esperanzas. Cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad, llevo su cuerpo hasta el arcén.

Entro en el coche y enciendo las luces. Voy al maletero y busco algo con lo que hacer señas si pasa algún coche. Me miro las manos y verlas bañada en sangre me aterra. Miro mi ropa y todo está manchado de sangre.

Trato de no perder la razón y sigo buscando en el maletero. Encuentro un chaleco reflectante. Lo cojo y antes de alejarme del coche me acerco a Ana y la beso en los labios. Aún tiene pulso.

—Todo va a estar bien.

Camino unos metros y espero a que pase algún coche. Pasan unos minutos que me parecen una eternidad y entonces veo a lo lejos una luz. Comienzo a agitar el chaleco reflectante y me coloco en mitad de la carretera. El coche no disminuye la velocidad y al pasar junto a mí pita e invade el carril contrario para no arrollarme.

—¡¡¡Hijo de puta!!! —grito al ver que no se detiene.

Comienzo a preocuparme, pues apenas pasan coches por aquí. Me giro al escuchar un frenazo y veo que el coche se ha detenido unos metros delante del mío.

Corro hacia allí.

Veo que un señor se baja del vehículo.

—¡¡¡Ayúdeme, por favor!!! —grito sin dejar de correr.

El hombre camina y al ver a Ana tirada en el suelo se vuelve a toda prisa.

—¡¡¡No se vaya!!! ¡¡¡Por favor!!! ¡¡¡Nos han asaltado!!! Mi pareja necesita ir a un hospital. Déjeme llamar a una ambulancia, se lo ruego.

El hombre se detiene antes de entrar en su coche y me mira. Cuando llego hasta él me arrodillo y le pido que por favor me deje su teléfono para llamar a una ambulancia.

—No voy a robarle, solo necesito hacer una llamada. Se lo suplico —digo entre lágrimas.

—Sí, sí. Discúlpeme, no quería irme, es que por aquí no es muy seguro bajarse del coche y al ver a la joven en el suelo y la sangre... ¡Vamos! Yo les llevaré a un hospital cercano. El servicio de ambulancias aquí es poco eficaz.

El hombre me ayuda a subir a Ana en la parte trasera de su coche y me lleva hasta un hospital cercano.

—Este hospital es uno de los más caros de la zona —advierte el hombre que conduce a toda prisa.

—Eso no es un problema.

Cuando llegamos al hospital todo sucede demasiado rápido. Suben a Ana a una camilla y se la

llevan sin que me de tiempo a preguntar a dónde. Solo puedo decirles que nos han robado y que la han golpeado en la cabeza. No voy a decir que ella se ha caído y se ha golpeado sola, porque eso no habría pasado si ese desgraciado no la hubiese empujado.

Le doy las gracias al señor que nos ha traído y le pido que si me puede dejar hacer una última llamada. Asiente.

Con los nervios no consigo encontrar el número de mi contacto de la empresa de alquiler de coches para dar parte de los sucedido. El hombre me ayuda a encontrarlo en internet y llamo. Les informo del suceso y le pregunto al señor por la zona en la que se encuentra el coche para comunicárselo a la compañía. Cuando termino le devuelvo el móvil y le doy las gracias una vez más.

Las siguientes horas son eternas. Los médicos no dicen nada. Pregunto a las enfermeras y nadie sabe nada. La angustia es insoportable. Nunca he tenido tanto miedo de perder a alguien. Jamás me imaginé dando mi vida por otra persona y, sin embargo, ahora mismo sería capaz de hacerlo por ella. Ojalá fuese yo quién estuviera ahí dentro.

Le pido a una enfermera que por favor me deje hacer unas llamadas. Acepta y pone sobre el mostrador un teléfono fijo. ¡Mierda! no recuerdo ningún número de la compañía.

—¿Podría buscarme en internet un número de teléfono? —le pregunto a la enfermera.

—Sí claro, dígame.

Busca y anota en un papel los teléfonos de la aerolínea que ha encontrado; llamo a varios de ellos, pero después de un rato pasándome de departamento en departamento me doy por vencido. En España apenas son las cinco de la mañana, no hay nadie en las oficinas y no voy a poder solucionar nada.

Se me ocurre buscar el teléfono del hotel y dejar una nota para que informen a la sobrecargo y al segundo oficial. Ellos se encargarán de notificar a la compañía y que esta envíe a otro piloto para operar el vuelo. No pienso volar sin Ana.

Al cabo de un rato me encuentro más tranquilo, me han dado una pastilla que me ha relajado.

Estoy sentado en una de las sillas cuando una de las enfermeras llega acompañada del médico.

—Ese es el acompañante —le dice antes de irse.

Me pongo de pie.

—Soy el doctor Mendoza, usted es...

—Victor —interrumpo—. Ana es mi pareja. Dígame ¿Cómo está? ¿Está bien?

—La joven está estable. De momento sigue en observación. Tendremos que esperar a que despierte para ver la magnitud de las secuelas.

—¿Cuándo podré verla?

—Ya puede pasar.

—Pero... va a despertar, ¿verdad?

—Esperemos que sí, es pronto aún para saberlo.

El doctor me acompaña hasta la sala en la que se encuentra Ana. El pitido de las máquinas me produce un escalofrío y al verla con los ojos cerrados y parte de la cabeza vendada el mundo se me viene encima.

Rompo a llorar de nuevo. Es tan hermosa, tan joven, no puede pasarle nada malo, a ella no.

El médico me deja a solas con ella.

—Mi amor, tienes que despertar... Yo... yo... te quiero. Me he enamorado de ti. No sé cómo ha pasado, pero no puedes dejarme. Tienes que ponerte bien.

Una lágrima cae sobre sus labios. La beso y percibo el sabor salado de mi propio llanto.

Me siento en un sillón junto a ella.

Espero, espero y espero.

Apoyo los codos sobre mis rodillas y dejo descansar mi cabeza sobre la palma de mis manos. En esta postura me paso horas.

Me sumerjo en un mar de pensamientos. Jamás me planteé que algo así podría suceder y por primera vez maldigo mi trabajo. Tan lejos de todos siempre, tan solo...

De pronto, noto un movimiento en la cama.

—¿Ana? —Me incorporo de un salto.

Ha abierto los ojos. Gracias a Dios.

—¿Dónde estoy?

—Estás en el hospital, mi amor.

Tiene la mirada perdida.

—¿Qué ha pasado?

¿Por qué no me mira a los ojos?

—¿No lo recuerdas? Uno de los asaltantes te empujó y te golpeaste fuerte contra un pedrusco que había en la carretera. Has sufrido una lesión cerebral traumática.

—¿Por qué no puedo ver bien?

Ana comienza a alterarse y yo a preocuparme.

—¡Doctor, doctor. Ha despertado! —Salgo gritando al pasillo—. Por favor, avisa al doctor. ¡Rápido! —le pido a una enfermera.

Me acerco de nuevo a Ana y la beso en la frente.

—Mi amor, no sabes lo preocupado que estaba. —Mis lágrimas afloran.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunta confundida.

—Unas horas. Ya está aquí el doctor.

—Hola, Ana. Soy el doctor Mendoza.

—Doctor, ¿por qué no puedo verle con claridad?

—Es normal, has sufrido una lesión cerebral y es posible que surjan algunas complicaciones durante las próximas horas, pero no se preocupe, el hecho de que esté consciente ya es una buena noticia.

—Yo quiero ver, doctor. ¡¡¡Quiero ver!!! ¡No puedo quedarme así! —grita alterada al tiempo que rompe en un llanto desolador.

—Le vamos a administrar un calmante para que descanse.

—No quiero calmarme, quiero ver con claridad, ¡quiero ver! —grita sin consuelo.

—Ana, tranquila, estoy aquí. Todo va a salir bien. Estamos en la mejor clínica de México.

Agarro su mano.

—Víctor, prométeme que voy a volver a ver.

No sé qué responder. No sé cómo se debe proceder en estos casos. ¿Debo mentirle?

El calmante que una de las sanitarias le introduce en la vía, le hace efecto a los pocos segundos y Ana entra de nuevo en un profundo sueño.

Me duele verla así, me rompe el alma. Me siento culpable. ¿Cómo he podido ser tan cobarde? ¿Yo, que me creía muy hombre? El arma me impresionó y me bloqueé. Tendría que haber arriesgado mi vida por ella, es lo que hace un hombre de verdad.

Cuando me tranquilizo, mientras Ana duerme, me acerco al mostrador y le pido de nuevo a la enfermera que me deje realizar otra llamada. Esta vez es a mi hermana.

—¿Quién es? —responde al tercer tono.

—Mireia soy yo.

—¿Víctor? ¿Y este número?

—Del hospital.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Es una larga historia. Escucha necesito que me hagas un favor.

—Claro que sí, pero ¿dónde estás? Este número no es español y ¿por qué estás en un hospital?

—Estoy en México. Nos han asaltado.

—¿A quién?

—A Ana y a mí, veníamos de pasar el día y...

—¿Ana? La chica de la que...

—Mireia por favor, no tengo mucho tiempo ¡Escúchame!

—¡Son las nueve la mañana y mi cerebro no procesa todo esto! ¡Perdona si te hago preguntas!

—grita enfadada.

—Necesito que transfieras la cantidad que te voy a decir a la cuenta del hospital para cubrir todos los gastos. También necesito que llames al director del banco y hables personalmente con él para que, por favor, cancele todas mis tarjetas. Todas menos la Visa oro.

—Por supuesto, pero ¿estás bien?

—Sí, yo estoy bien. Ana... bueno ella ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza y perdió el conocimiento, ha sido horrible... —rompo a llorar.

—Víctor, me estás preocupando. Nunca te he visto así.

—Es que Ana... creo que... no puede ver. Ha despertado y no puede ver. Todo esto es mi culpa.

—No digas estupideces. ¿Cómo va ser tu culpa que os asalten? Tienes que ser fuerte, ya verás que todo va a estar bien. ¿Cómo puedo llamarte? Dime el teléfono del hospital y todos los datos posibles.

La conversación con mi hermana me tranquiliza, le doy todos los datos y quedo en comunicarme con ella más tarde.

Regreso a la habitación y contemplo a Ana. Cojo su mano y la beso. En ese momento aparece la enfermera.

—Señor, tiene una llamada.

Voy hasta el mostrador de nuevo y me llevo el auricular a la oreja.

—¿Sí?

—Víctor, soy Amelia del departamento de asistencia internacional de la compañía. Hemos recibido el aviso por parte del segundo oficial y necesitamos algunos datos para pasar la información al departamento de Dirección y Crew Control para que hagan los cambios pertinentes en la programación

—De acuerdo.

—¿Ana Suárez se encuentra en condiciones de operar el próximo vuelo número EX1007?

—No, ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza.

—¿Ha perdido el conocimiento?

—Sí.

—¿Lo ha recuperado ya?

—Sí.

—¿Usted, Víctor Lobo, se encuentra en condiciones para operar el vuelo?

¡Mierda! Sin justificación médica me obligarán a operar el vuelo.

—No —miento.

—Puede, por favor indicarme el motivo.

—Dado que es un dato médico y confidencial lo indicaré en el informe que le facilite a la compañía.

—De acuerdo. Sin problema. Esto es solo para pasarle la mayor información posible a los departamentos para que pongan en marcha la sustitución.

—Perfecto. ¿Puedo ayudarla en algo más?

—No, de momento eso es todo. Muchas gracias y espero que se mejore.

Cuelgo el teléfono y respiro hondo.

—Disculpe —me dirijo a la enfermera—. ¿Sabe dónde puedo encontrar al doctor Mendoza?

—Sí, voy a avisarle a ver si le puede atender.

Consigo explicarle al doctor la importancia del asunto y, a cambio de una donación a la clínica,

acepta redactar un informe médico que acredite mi incapacidad para operar el próximo vuelo.
Agotado, me siento en el sillón que hay junto a la cama de Ana y cierro los ojos.
—Estoy despierta. —Su voz le da un vuelco a mi corazón.

Me pongo en pie de un salto.

—Mi amor, por qué no me has dicho que habías despertado.

—¿Por qué me llamas mi amor? —Sonríe.

—Porque lo eres, no sabes lo preocupado que me tienes. —Le doy un beso en los labios—.

¿Puedes...

No consigo terminar la pregunta. Me aterra escuchar la respuesta.

—¿Ver las pintas que llevas? Sí, puedo —bromea.

Oh, ¡Dios! Suspiro y se me humedecen los ojos.

—Voy a buscar al médico. —Le doy otro beso.

Salgo de la habitación y le indico a una de las sanitarias que avise al doctor que Ana ha despertado.

Tarda un rato en llegar y cuando lo hace, Ana se muestra muy recuperada.

—¿Qué tal se encuentra? —pregunta el doctor.

—La verdad que mucho mejor, ya puedo ver con normalidad. ¿Cuándo podré irme?

—No tan rápido, señorita. Tendremos que tenerla aquí al menos un par de días en observación.

El golpe que ha sufrido ha sido fuerte y queremos asegurarnos de que no ha sufrido ningún daño grave. Esta tarde le haremos un escáner.

El doctor nos explica los detalles de la prueba y luego se va.

—¿Cómo llamaste para que nos recogieran si se llevaron nuestros móviles? —pregunta Ana.

—Un buen hombre paró y nos trajo a este hospital.

—¿Tú crees que esto está cubierto por el seguro de la empresa?

—No te preocupes ahora por eso, por Dios.

—Claro que me preocupo, yo no puedo permitirme un hospital tan caro y tampoco quiero que me echen de la aerolínea.

—No te van a echar y por el hospital ni te preocupes, yo mismo correré con los gastos.

—No, yo no quiero...

—¡Cálmate! —la interrumpo—. No quiero que perdamos tiempo hablando de esas tonterías —digo furioso.

—¿De qué quieres que hablemos entonces?

—De ti.

—¿De mí?

—Sí, quiero saber cómo te sientes. ¿Estás enfadada conmigo?

—¿Contigo? ¿Por qué iba a estar enfadada contigo?

—Por no haber sabido defenderte y permitir que te pasara esto. —Me llevo las manos a la cabeza.

—Victor, por favor. Tenían una pistola, ¿qué querías?, ¿morir de un balazo por protegerme?

—Debería haberlo hecho —me lamento.

—Anda no digas tonterías. Esto no es una película. Creo que deberías descansar un poco.

—Ana, con todo esto me he dado cuenta de que eres la mujer de mi vida, no quiero volver a separarme de ti jamás. Si te pasa algo me muero.

Ella permanece en silencio y yo continúo hablando, necesito decirle todo lo que siento.

—Cuando me dijiste «te quiero», no supe qué decir porque me bloqueé al saber que tú sentías lo mismo.

—Víctor, ahora no creo que sea el mejor momento para hablar de esto, estás confundido por lo que ha pasado y estás confundiendo lo que sientes con la culpa y la lástima.

—¿Lástima?

—Sí, de verme aquí, así.

—Ana, sé muy bien lo que siento.

—Entonces, los sentimientos seguirán ahí cuando todo esto pase. Ya hablaremos entonces.

Me sorprende que sea tan dura después de lo que le acabo de decir, pero quizá tenga razón. Quizá este no sea el mejor momento para hablar de eso o puede que tenga que demostrarle con más énfasis que lo que siento es real.

—Dime qué puedo hacer para hacerte sentir mejor.

—Podrías ir a ducharte y descansar un poco.

—No pienso dejarte sola.

—¿Y qué vas a estar así dos días?

—Si hace falta, sí.

Finalmente Ana consigue convencerme para que vaya al hotel.

Cuando el taxista me deja en la puerta le pido que por favor me espere. El tipo no parece fiarse de que le vaya a pagar, así que le digo que puede aparcar y acompañarme a la recepción del hotel y le indico que le pagaré por todo el tiempo que esté esperando.

Por suerte la recepcionista me conoce y está al tanto de lo sucedido, me hace una copia de la llave y pide un carrito para que me lleve a la habitación.

Al llegar abro la caja fuerte y allí está mi Rolex, algunos documentos importantes y mi Visa oro de crédito.

Regreso al hall y le pago al taxista.

Antes de volver nuevamente a la habitación, la recepcionista me informa de que han llamado de la aerolínea para hablar conmigo y que han dejado un teléfono de contacto para que les devuelva la llamada.

Cuando llego a la habitación, marco el número que aparece en la tarjeta.

Me salta la voz de un contestador que anuncia que estoy llamando al departamento de Recurso Humanos. ¿Qué cojones quieren estos ahora? ¿Qué tiene que ver este departamento con lo que ha pasado?

Me atiende una mujer y se presenta.

—Soy Víctor Lobo, han dejado un aviso en la recepción del hotel para que me pusiera en contacto con vosotros.

—Así es, señor Lobo. Verá le llamo en relación a su contrato con nosotros y a un posible incumplimiento del mismo. Le informo de que esta llamada va a ser grabada. ¿Da usted su consentimiento?

¿Qué? ¿De qué cojones me está hablando ahora? ¿Qué incumplimiento?

—¿Tengo otra alternativa?

—No le he entendido, Señor.

—En ese caso supongo que sí.

—Por favor, responda solo sí o no.

—Sííí. ¿Me va a contar ahora qué pasa? Porque no entiendo nada.

—Déjeme leerle la cláusula del contrato a la que me refiero, igual eso le refresca la memoria. «Para garantizar la seguridad, la aerolínea no acepta bajo ninguna circunstancia las relaciones interpersonales entre miembros de la tripulación. El incumplimiento de la presente cláusula puede acarrear una suspensión temporal o despido objetivo. Para adoptar una u otra medida se tendrán en cuenta la posición y antigüedad en la empresa de los empleados involucrados. Quedan excluidas aquellas relaciones entre trabajadores unidos en matrimonio.» ¿Le resulta familiar esta cláusula, señor Lobo?

Permanezco en silencio. No sé a dónde quiere llegar.

—Responda a la pregunta, por favor.

—¿Es esto necesario en estos momentos? —digo en tono seco.

—Si no colabora, tomaremos las medidas pertinentes sin tener en consideración su versión de los hechos.

—Sí, recuerdo la cláusula.

—¿Conoce usted a la señorita Ana Suárez?

—No.

—¿No? Acabo de recibir un informe de otro departamento que acredita que tanto usted como ella no podrán operar el vuelo EX1007 con destino a Madrid debido a un incidente que han sufrido mientras se encontraban juntos fuera del hotel asignado por la aerolínea.

—Entonces, ¿para qué me pregunta si ya sabe la respuesta?

—Señor Lobo, le recomiendo que se tome en serio esta conversación.

—Me la estoy tomando en serio. Continúe, por favor.

—La señorita Suárez ha estado realizando con usted numerosos vuelos a lo largo del último mes. Casualmente estos vuelos fueron programados en último momento. ¿Ha interferido usted en la programación de la señorita Suárez?

—No.

—¿Por qué entonces cree que los vuelos se programaron a última hora y sin una justificación?

—No sé, quizá una sustitución, una baja...

—Las empleadas a las que se les quitó el vuelo para programárselo a la señorita Suárez no estaban enfermas ni habían solicitado la baja. De hecho, una de ellas ha presentado una reclamación formal exigiendo una argumentación por parte de la compañía que justifique dicho cambio y ¿sabe qué? El departamento de Crew Control no tiene ninguna justificación. ¿No le parece raro?

—Un poco sí, menudo problema tienen.

—¿Entonces el hecho de que usted volara con la señorita Suárez es casualidad?

—Eso parece.

—De acuerdo. ¿También es causalidad que se besaran en el ascensor del hotel asignado por la compañía en Verona?

No digo nada. ¿Cómo es posible que tengan esa información? ¿Acaso es eso legal?

—Tenemos la grabación con las imágenes que muestran el apasionado beso que se daban desde la tercera planta, donde tenía asignada su habitación la señorita Suárez, hasta la quinta, donde ambos se bajaron en dirección a su suite. Interesante, ¿verdad?

—¿Le resulta interesante ver cómo dos personas se besan? Vaya concepto de lo interesante tiene usted —digo para ganar tiempo.

—Deje de hacerse el listillo conmigo. Esta es su oportunidad para sincerarse y dar su versión de los hechos o acabará despedido como la señorita Suárez.

—¿La van a despedir?

—Por supuesto, no podemos aceptar que un empleado que lleva menos de dos meses en la compañía incumpla las normas de este modo. Ahora dígame, ¿se le insinuó la señorita Suárez? ¿Le besó ella? Eso y su expediente en la compañía podrían ayudar a que no le echaran a usted también.

—No.

—Pues déjeme decirle que lo tiene usted muy complicado. No es la primera vez que se pasa usted esta cláusula por lo alto. En cambio, sí la primera que hay pruebas de ello.

—Muy bien. ¿Podemos continuar? Tengo prisa.

—Ya hemos acabado, solo me queda preguntarle si se ha casado recientemente con la señorita Suárez y no lo ha notificado.

—No, no me he casado con ella, pero nos vamos a casar, por lo que dudo mucho que puedan justificar su despido. Ahora, si no tiene más preguntas, me gustaría darme una ducha. Me ha pillado usted desnudo.

—No, no tengo más preguntas. Disfrute del baño.

—Lo haré, créame.

Cuelgo el teléfono y doy un puñetazo a la mesa. ¡Joder! Me llevo las manos a la cabeza y paso los dedos por mi pelo. La rabia me consume.

¿Qué voy a hacer ahora? No puedo permitir que echen a Ana de la compañía. Este trabajo es su sueño.

Me meto en la ducha, lo necesito. El agua me relaja y pienso que quizá casarme con ella no sea ninguna locura, de hecho es la única solución que se me ocurre.

Salgo de la ducha y alcanzo la toalla limpia que el servicio de habitaciones ha dejado doblada sobre la estantería. Me seco con ella y me la enrosco en la cintura. Luego dejo caer mi cuerpo abatido sobre la cama. Estoy bloqueado, no sé cómo voy a solucionar esto.

Después de un largo periodo dándole vueltas al asunto, llamo a mi hermana.

—Soy yo —anuncio tan pronto responde.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿hiciste lo que te pedí?

—Sí, ya he transferido el dinero a la cuenta de la clínica y han cancelado todas las tarjetas menos la Visa oro, pero no entiendo por qué esa tarjeta no querías cancelarla si es de la que más dinero te pueden sacar.

—Porque esa no la llevaba en la cartera, la dejé en la caja fuerte.

—Menos mal. ¿Cómo está Ana?

—Mejor, ya ha recobrado el conocimiento. Escucha, necesito pedirte algo más.

—Claro, lo que necesites.

—Voy a casarme con Ana, necesito tu ayuda.

—¿¿¿Cómo???

—Es una larga historia. En la compañía han descubierto que estamos liados y que hemos incumplido una de las cláusulas del contrato, por lo que a ella la van a echar y a mí aún no saben.

—Y... ¿lo haces por ti o por ella?

—Por ambos.

—Así que te casas para no perder el trabajo —dice con retintín.

—No, claro que no.

—¿Cómo que no?, si me lo acabas de decir.

—Yo no he dicho eso. Me caso porque la quiero.

—¿La quieres? ¿Y eso lo has descubierto ahora?

—Sí.

—No sé, no veo que esto sea una buena idea. Creo que es muy precipitado.

—¿Vas a juzgarme?

—No te juzgo, eres mi hermano, solo quiero estar segura de que haces lo correcto.

—Ya soy grandecito para saber qué es lo correcto.

—A ver, no me malinterpretes, Víctor, pero tienes muy mal ojo para elegir a las mujeres con las que tener algo serio. Mira Estrella...

—¿En serio, Mireia?

—Es que no creo que una niña de veintiséis años sepa lo que quiere. Incluso si acepta, dudo que

entienda lo que significa el compromiso. Solo quiero que lo pienses bien.

—Gracias, pero lo tengo muy claro. Si te estoy llamando es porque necesito que me ayudes.

—Y voy a ayudarte en lo que sea, solo te digo que podrías esperar un poco más para ver si ella tiene buenas intenciones. Tú eres un hombre exitoso, con mucho dinero, cualquiera querría...

—Ella jamás me ha pedido nada —sentencio exasperado.

—¿No? Tú mismo me dijiste que te había ocultado dónde vivía y que te hizo creer que lo hacía en el barrio Salamanca para que no supieras que era pobre.

—Eso fue un malentendido.

—Ah, ahora se llama malentendido. ¡¡¡Yo lo de la boda no lo veo claro!!!

—Ella es todo lo que quería, es más de lo que podía esperar de una mujer. No necesito que lo veas claro, solo quiero que te alegres por mí y que estés ese día tan especial a mi lado.

—Quiero estarlo, pero me cuesta...

—Bueno, ¡ya está! ¡Se acabo! —la interrumpo furioso—. No entiendo a qué viene tanta oposición.

—Solo quiero estar segura de que lo has pensado bien.

—Lo he pensado bien. ¿Contenta? Ahora ¿vas a ayudarme a organizar la boda sí o no?

—Sí.

Después de la larga e incómoda conversación con mi hermana, consigo que se comprometa a ayudarme. Me ha dicho que va a buscarme el contacto de un wedding planner que organice bodas exprés para que se encargue de todo. Quiero sorprender a Ana cuando salga del hospital.

Me visto y llamo a recepción para pedir un taxi.

Necesito un teléfono urgentemente, así que cuando el taxista me recoge le pido que me lleve a una tienda donde vendan móviles y se pueda pagar con tarjeta.

Me acabo comprando un smartphone con una tarjeta que me da acceso a internet.

Le escribo un mensaje a mi hermana para informarle de que este es mi nuevo número provisional. Ella me responde al instante y me pasa el contacto de una tal Samantha, una chica que se dedica a organizar bodas exprés para turistas aquí en Cancún.

De camino a la comisaría, llamo a Samantha y quedamos en reunirnos a la mañana siguiente.

Una vez que he denunciado el robo y me han explicado cómo debo proceder para conseguir un nuevo pasaporte, le pido al taxista que me deje en la puerta de la clínica.

Subo a la habitación deseando ver a Ana y entonces caigo en la cuenta de que debería haberle comprado unas flores o algo. ¡Joder! Soy lo peor.

Entro en la habitación y la encuentro despierta mirando la televisión.

—¿Cómo ha ido el día, mi amor? —pregunto después de darle un corto beso en los labios.

—Creo que mejor que el tuyo —sonríe y pasa su mano por mi rostro.

—Ya está todo arreglado. He notificado a la aerolínea y nos enviarán una licencia de vuelo provisional, también he denunciado el robo y tengo que ir mañana a la embajada con el justificante de la denuncia para que me den otro pasaporte.

—Por suerte yo dejé el mío en el hotel. Y ¿qué pasa con el vuelo?

—¿El nuestro? —pregunto.

—Sí.

—Nada, pueden volver con un tripulante menos y van a mandar de España a otro comandante.

—¿A otro? ¿Por qué?

—No pienso volar sin ti.

—No puedes hacer eso.

—Ya lo he hecho, he realizado una donación a la clínica para que el médico me hiciera un informe como que he sufrido un shock y necesito reposo.

—¿Por qué haces eso?

—Porque es la única forma de no operar el vuelo de regreso a España y quedarme aquí contigo.

Me aprieta la mano con fuerza.

—Gracias —dice con la voz entrecortada.

—No tienes que dármelas.

Me quedo un rato junto a Ana y luego voy a buscar al médico. Necesito saber cuándo le darán el alta. Sin embargo, me dice que hasta mañana por la mañana no tendrá los resultados.

Ana se queda dormida pronto, los calmantes le ayudan. Yo tardo bastante en conciliar el sueño, no solo por lo incómodo que es este sillón, sino porque no paro de darle vueltas a la idea de que le voy a pedir que se case conmigo. Y no lo hago solo por el trabajo, ¿a quién pretendo engañar? Si no quisiera casarme con ella, no se lo pediría. Encontraría otra alternativa para mantener mi puesto. La quiero y estoy dispuesto a pasar el resto de mi vida con ella.

Por la mañana desayuno con Ana en la habitación del hospital, luego busco al médico antes de irme a hacer las cientos de gestiones que tengo pendientes.

El médico me confirma que lo más probable es que al día siguiente ya le den el alta, que todos los resultados han salido bien.

Quedo con Samantha en la cafetería de un hotel de lujo y le explico lo que necesito.

—A ver, solo para confirmar que te he entendido, ¿me estás diciendo que la boda sería mañana por la tarde? —pregunta ella atónita.

—Eso es. El dinero no importa.

—El problema es el lugar, es muy complicado encontrar libre un sitio en la playa de hoy para mañana. Déjame hacer unas llamadas y ahora te digo.

—Vale, yo también voy a hacer unas llamadas —digo mientras cojo mi nuevo móvil y busco en internet el número de teléfono de la aerolínea.

Hablo con varios departamentos hasta que consigo que me pasen con Carmen.

—Carmen, soy Víctor. Necesito un favor, he tenido un problema y me han robado el móvil, ¿podrías pasarme el teléfono de una chica?

—Cualquier día me voy a meter en un problema por tu culpa. A ver, ¿de quién se trata?

—Valeria. El chequeo no lo sé.

—¿Entonces cómo vamos a localizarla? —suelta sarcástica.

—Espera, ¿tienes acceso a mi plan de vuelo?

—Sí.

—Pues este mes, en el vuelo a Verona, ella venía en la tripulación.

—Déjame ver... Sí, aquí está. Valemar.

—Sí, sí. Ese es su chequeo.

—Te lo paso.

—Muchísimas gracias. Te debo una.

—Me debes varias ya. —Sonríe al otro lado de la línea.

Apunto el número de Valeria.

En cuanto cuelgo la llamo. Una, dos y hasta tres veces, pero el teléfono está apagado.

Samantha se acerca a la mesa y toma asiento.

—¿Y bien? —pregunto expectante.

—Tengo algo. —Le da un sorbo a su té.

—Genial.

—No sé si nos vale. Es una isla privada, solo se puede acceder por barco o jet privado.

—Tengo un amigo piloto aquí que tiene una empresa que ofrece servicios de vuelos privados.

—Perfecto, pues si consigues el transporte, ya lo tendríamos. Del resto me encargo yo.

—¿Entonces es posible celebrar la boda mañana?

—Sí, en cuanto me confirmes que tienes el transporte cierro todo.

Me pongo como loco a buscar el número de teléfono de la empresa de mi colega en internet. Tardo un rato hasta dar con ella. Cuando llamo, nadie me quiere pasar con el director, hasta que una chica simpática, tras explicarle que me han robado el móvil y que necesito hablar con el

director, accede a pasarme con él.

Mi colega me recuerda y, tras una larga charla con él, consigo cerrar la reserva de uno de los jet privados más modernos del mercado.

—Lo tenemos —le digo a Samantha una vez que finalizo la llamada.

—Estupendo, pues necesito que firmes algunos documentos y que elijas una serie de cosas.

—¿Para la boda?

—Sí, claro.

—Verás, yo no tengo ni puta idea de eso. Quiero que organices la boda como si fuera para ti, con la decoración más exquisita y cuidando todos los detalles que sean posibles.

—Perfecto, me encargaré de todo. ¡Te gustará!

—Lo importante es que le guste a ella.

—¡Le encantará! ¿Sabes qué vestido va a llevar? Supongo que algo ibicenco ¿no?

Mierda, el vestido. No había pensado en eso.

—Eh... La verdad es que aún no lo tengo. Como te he comentado ella está en el hospital aún y no puede salir a elegirlo. Y yo... yo no tengo mucha idea de eso.

—No te preocupes. Te voy a poner en contacto con Kate Misak, una personal shopper que te va a ayudar a elegir su vestido y tu traje, y además se encargará del maquillaje y la peluquería para la novia.

—Muchísimas gracias.

—Es mi trabajo. —Sonríe.

Después de solucionar todo con Samantha me dirijo a la embajada para solicitar el pasaporte. Por el camino hablo con mi hermana y le digo que se tiene que comprar el primer vuelo. Tiene que estar aquí mañana por la tarde. Por suerte al cambio de hora ganamos tiempo.

La boda me va a costar una fortuna, pero por Ana merece la pena. Solo espero una cosa: que me diga que sí.

Una vez que salgo de la embajada con mi nuevo pasaporte, llamo a Valeria. Es la mejor amiga de Ana y no me perdonaría no haberla avisado. Espero que pueda venir. Le compraré el billete en el mismo vuelo en el que viene mi hermana. Sin embargo, sigue sin responder. Quizá esté volando. Le dejo un mensaje.

Valeria, soy Víctor, llámame en cuanto leas esto.

Es muy urgente.

Ha pasado algo.

Quizá el mensaje es demasiado dramático, pero estoy algo estresado.

Paso por delante del escaparate de una joyería y me detengo frente a él. Veo un colgante precioso, similar al que le regalé a Ana. Entro y veo a una pareja que capta toda mi atención. Están eligiendo el anillo de bodas. ¡Joder! Que también necesito los anillos.

Unos sudores me recorren todo el cuerpo y comienzo a angustiarme. Nunca me había planteado casarme.

—¿En qué le puedo ayudar? —la dependienta me saca de mis cavilaciones.

—Eh... sí, quería ver un colgante que hay en el escaparate.

—¿Cuál de ellos? —pregunta acercándose a mí.

—Uno con una piedra roja.

—¿Ese de ahí? —Señala con el dedo.

—Sí.

Lo coge y me lo enseña. Es precioso. Sin embargo, dudo si comprárselo sea buena idea, su parecido con el que le regalé y la ha llevado a estar en esa cama es escalofriante.

—Es oro blanco, la piedra es un rubí y lo que hay alrededor son diamantes.

—Me lo llevo.

—¿No quiere saber primero el precio? —pregunta la dependienta extrañada.

—No. Voy a necesitar también dos alianzas de boda. Sencillas y de oro blanco a ser posible.

Elijo las primeras que me enseña. En ese momento pienso que antes de casarnos tengo que pedirle matrimonio y ella tiene que aceptar. Me acechan las dudas y me agobio de nuevo, pero trato de mantener la calma.

—¿Si le fueran a pedir matrimonio, qué anillo de toda la tienda le gustaría que le regalaran? —le pregunto a la dependienta que se ve joven y con buen gusto.

Sonríe y me enseña dos y elijo uno de oro blanco con un diamante que deslumbra. La joven, consciente de que ha hecho la venta del día, me lo empaqueta todo y me da la cuenta. Casi tres mil euros. La verdad es que me esperaba que me fuese a costar mucho más la broma.

Al salir de la joyería, recibo una llamada, es Valeria.

—Valeria —respondo al primer tono.

—Víctor, ¿qué ha pasado? Tu mensaje me ha preocupado mucho.

—Ana... —no sé por dónde empezar.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

—Sí, sí. Ya está bien. Nos hemos llevado un buen susto.
—¿Qué ha pasado?
—Nos asaltaron y Ana sufrió un impacto muy fuerte en la cabeza, perdió incluso la visión.
—¿Qué perdió la visión? —grita.
—Sí, pero tranquila, ahora está mejor, ya puede ver bien y el médico me ha dicho esta misma mañana que le van a dar el alta.
—Ay, Dios. Y yo tan lejos. —Rompe a llorar.
—Tranquila. De verdad que está bien. Quiero... consultarte algo.
—Dime —dice entre sollozos.
—Voy a casarme con ella. Aquí. ¿Tú vendrías a la boda?
—¿Casarte con ella? ¡Pero si apenas os acabáis de conocer! —exclama confusa.
—El amor no se mide por el tiempo. Con los momentos que hemos compartido me basta para saber que es la mujer de mi vida y que no quiero perderla. ¿Vendrías? —insisto al ver que no dice nada.
—Sí, pero yo ahora estoy en Río de Janeiro, no vuelvo a España hasta mañana.
—Vale, pues te mando un billete para que te vengas tan pronto llegues a España.
—Bueno, dame un margen para ducharme, cambiar el equipaje, buscar modelito para la boda y esas cositas —dice entre risas.
—Sí, sí, ahora miro los horarios.
—¿Puedo llevar acompañante? —pregunta.
—Por supuesto, ¿quién es el afortunado?
—Raúl, es de la compañía. Ingeniero.
—¿Raúl? ¡Qué buena noticia! No sabía nada.
Qué suerte que no sea miembro de la tripulación y no tengan necesidad de mantener su relación a escondidas.
—Es que es muy reciente, apenas nos estamos conociendo.
—Es un buen tío —aseguro.
—¿Puedo hablar con Ana?
—Ahora mismo imposible. De todos modos, mejor que no hables con ella para que no sospeche. Quiero que todo sea una sorpresa.
—¿Me estás diciendo que ella no sabe que os vais a casar?
—Aún no.
—No doy crédito. Estás loco, ¿lo sabes?
—Tu amiga me ha vuelto loco.
—Pero, ¿de verdad que está bien?
—Sí, confía en mí. Preocúpate solo por buscar un modelito para la boda.
—¿Dónde será?
—En una playa.
—Oh, qué guay, entonces buscaré algo ibicenco.
Termino de hablar con Valeria y los nervios me invaden. ¿Y si Ana dice que no? ¿Y si me toma por loco?

El resto de la mañana se me va tramitando los vuelos para Valeria y Raúl, eligiendo mi traje con Kate Misak, hablando con mi hermana y con la aerolínea para tener la licencia de vuelo y poder operar el vuelo en jet privado hasta la isla.... Son tantas las gestiones que siento que me va a

explotar la cabeza. Esto es una locura.

Antes de ir al hospital, paso por el hotel para dejar el traje y los anillos. Una vez allí, cojo una botella de vino del minibar para brindar con Ana y celebrar lo que nos espera. Ya sé cuándo y dónde le voy a pedir que se case conmigo.

Cuando regreso al hospital, a eso de las cuatro, Ana observa con disimulo la bolsa negra y dorada en la que está el colgante que le he comprado.

—Te he traído un regalo. —Le doy un beso.

—¿Un regalo? No tenías que molestarte.

Ana abre la bolsa con ilusión y saca de su interior la cajita. Cuando ve el precioso colgante sus ojos se humedecen.

—¿Te gusta? —pregunto sin dejar de observarla con deleite.

—Es el colgante más bello que he visto nunca.

—¿Quieres ponértelo?

—Sí. Por supuesto.

—No sabía si era buena idea después de lo que ha pasado —confieso.

Me acerco a la cama, le aparto el pelo hacia un lado y se lo pongo.

—Lo que ha pasado no va a paralizarme. —Y me abraza.

—¿Ha pasado el médico a verte?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

Me da la sensación de que se pone nerviosa. ¿Acaso ha cambiado el pronóstico de esta mañana a ahora?

—¿Pasa algo? ¿Está todo bien?

—Sí, sí. No hay de qué preocuparse. Si no hay ningún contratiempo, mañana mismo puedo irme.

Ana y yo pasamos la tarde juntos hablando de nosotros. Reímos como si nada de esto hubiese pasado. Como si solo hubiese sido una pesadilla que debemos dejar en el olvido cuanto antes. En varias ocasiones, tengo la tentación de decirle lo que tengo planeado para el día siguiente o al menos sacar el tema de casarnos, pero tengo miedo a que sospeche algo y entonces ya no sea sorpresa o peor aún, que me diga que no, que es muy pronto para casarnos, que apenas nos conocemos y que ella no tiene pensamiento de casarse.

Los nervios me acechan y de pronto comprendo que me he enamorado perdidamente de ella y que es la primera vez que lo hago en toda mi vida. Lo sé porque nunca antes había sentido este miedo, esta sensación de querer darlo todo por ella, de no imaginar mi existencia si no es a su lado. La última vez que sentí que algo en mi interior se movía con tanta intensidad fue cuando tenía diecinueve años y fui a Isla Mágica y me subí a la montaña rusa. Eso ha sido lo más parecido a este cosquilleo que me inunda por dentro cuando menos me lo espero, con la peculiaridad de que Ana siempre es la causante de tal excitante sensación. Es una percepción tan extraña como confusa que me genera un tipo de placer que no puede asemejarse a nada en el mundo.

Por la noche nos traen la cena. Ana dice que en este hospital se come mejor que un restaurante, yo no opino lo mismo.

Cuando terminamos, cierro el pestillo de la puerta de la habitación, saco la botella de vino que he comprado y sirvo en dos copas.

—¿Por qué brindamos? —pregunta Ana confundida.

—Porque mañana va a ser un gran día —afirmo sonriente.

—¿Mañana?

—Sí, mañana sales de aquí.

—Ah.

Brindamos y le doy un sorbo. Sin embargo, ella se queda paralizada y no bebe.

—¿Por qué no bebes? ¿No te gusta este vino? Tiene un toque espumoso como a ti te gusta.

—No es eso es que... No me apetece beber alcohol.

—Anda pruébalo al menos.

Sonríe y se moja un poco los labios.

—Umm, qué bueno, pero de verdad no me apetece beber, tengo el estómago algo revuelto.

¿Cómo se me ocurre darle alcohol después de haber pasado varios días a base de suero? Soy un inconsciente.

Le retiro la copa y le doy un beso.

Esa noche me acuesto en su cama, junto a ella. Necesito sentirla cerca. Si mañana decide no aceptar mi propuesta quiero que sepa que la quiero, aunque aún no me he atrevido a pronunciar esas palabras estando ella consciente. No sé por qué cojones me cuesta tanto decirlas, en las películas los actores las dicen con tanta facilidad...

Por la mañana, cuando me despierto, Ana no está en la cama. Me incorporo y me extraño al encontrar la habitación tan silenciosa. Voy al baño y al entrar me encuentro con ella.

—¡¡¡Qué susto!!! —grita.

—Susto el mío al ver la cama vacía.

—¿Dónde te creías que me iba a ir? —bromea.

—No lo sé, pero no quiero estar lejos de ti ni un segundo.

—¡Qué mimoso estás! Me encanta. —Sonríe y me besa.

Ya se ha lavado los dientes, ella y su manía.

—Tengo que salir ahora y no podré volver a recogerte —anuncio.

—¿Cómo? ¿No podrás recogerme? —Arquea una ceja.

Espero que no sospeche nada.

—No, pero en cuanto te den el alta un chófer estará esperándote.

—Me da un poco de miedo viajar en coche sola con un hombre.

Percibo un atisbo de decepción en su mirada.

—Tranquila, mi amor, he pagado una fortuna. Este tío trabaja como seguridad privada y lleva un arma. No te va a pasar nada. Te lo prometo.

—Está bien, pero... ¿tú dónde vas?

—Tengo que solucionar unas cosas en la embajada —miento.

Desayunamos juntos.

A media mañana llega a la habitación la chica que me recomendó Samantha. Ana nos mira extrañada.

—Te presento a Kate Misak. —La saludo con un beso en la mejilla.

—Hola —dice Ana en tono seco.

—Encantada. —Kate sonríe y se acerca a Ana para darle un beso.

—Ella es la estilista de muchas famosas aquí en México —añado.

—¿Y qué hace aquí? —pregunta Ana confusa.

—Ha venido a peinarte y maquillarte. Con lo presumida que eres, no creo que quisieras salir con

esa bata de hospital.

—¡Qué chistoso! —Sonríe—. ¿Y eso? —pregunta señalando al porta---trajes que lleva Kate en la mano.

—Es un vestido para ti —dice Kate.

—¿Un vestido?

Uf, la cosa se complica. Tengo que quitarme del medio cuanto antes o Ana me va a coger alguna mentira y echaré a perder toda la sorpresa.

—Yo me voy que tengo muchos asuntos que resolver. Te dejo en buenas manos, mi amor. —Le doy un beso a Ana en los labios—. Gracias por todo Kate, estamos en contacto.

—¿Puedo ver el vestido? —escucho a Ana preguntarle a Kate cuando salgo de la habitación.

Me pregunto cómo será el vestido. En realidad yo no lo he visto. Kate lo eligió acorde con el entorno: ibicenco.

Tan pronto salgo del hospital cojo un taxi hasta el hotel. Mi hermana debe estar al llegar, pero tanto ella como el resto de invitados a los que he podido avisar, la mayoría compañeros que casualmente están aquí, se alojarán en el hotel que hay en la isla. Para Ana y para mí he reservado allí una suite para esta noche.

Llego al hotel en el que nos aloja la aerolínea y pregunto a la recepcionista si han dejado algún recado de la empresa para mí, por suerte no hay nada.

Voy a mi habitación y allí está mi atuendo perfectamente planchado y colgado como solicité ayer.

De pronto caigo en la cuenta de que si voy a pilotar el jet privado no puedo ir así vestido. Decido ponerme el uniforme de piloto y llevarme el atuendo ibicenco para cambiarme después.

Antes de meterme en la ducha llamo a mi colega, quien me gestiona el alquiler del jet, para confirmar que todo está en orden.

Tres horas más tarde estoy en el aeropuerto frente al jet contemplando este espectacular modelo, cuando a lo lejos veo a Ana caminar por mitad de la pista. Miro a ambos lados preocupado, pues ella camina como si nada, con su habitual paso firme. Me relajo al recordar que estamos en un pequeño aeropuerto privado y que nuestro vuelo es el único previsto para salir en las próximas horas. Sin embargo, mi relajación se esfuma con cada paso que Ana da.

¡Joder! ¡Está preciosa! Luce un top blanco como de encaje y tirantes muy finos, y una falda larga ibicenco del mismo color. Lleva el pelo suelto con algunas ondas y dos mechones de delante atados atrás. Parece sacada de un anuncio.

¡No se te ocurra llorar! Me digo a mí mismo una y otra vez, pero me cuesta contener las lágrimas de emoción. Ella no es consciente de lo que estoy a punto de proponerle, mucho menos de a dónde la llevo.

¿Y si piensa que esto es una encerrona? ¿Y si me toma por un loco?

Me tiemblan las piernas, me sudan las manos, el corazón me va a explotar y siento que mis lágrimas van a aflorar de un momento a otro. Tengo que controlarme, pero es que es una diosa. ¡Mi diosa!

No puedo creer que la vida me haya hecho semejante regalo, no la merezco. Yo pensaba que esa idea de tener una pareja para toda vida que pudiera amarme y respetarme de manera incondicional solo existía en las películas. La sola idea me hacía reír, me aburría y, sin embargo, aquí estoy al borde del llanto y a punto de cometer la mayor locura que jamás haya cometido.

Ana llega hasta mí. Sonríe. De nuevo esa sensación en mi interior. Ese revuelo.

Quiero abrazarla, besarla, decirle aquí y ahora que quiero pasar el resto de mi vida a su lado.

¡Contrólate, Víctor! ¡El plan, cíñete al plan!

—Amor, bienvenida a bordo. —Alzo mi mano para ayudarla a subir.

Ana se aferra a mi mano y sube por la pequeña escalera. Yo entro tras ella.

—Estás espectacular. Eres la mujer más hermosa que he visto nunca.

—¿Qué estás tramando? —pregunta sin poder ocultar su sonrisa. Está feliz e intrigada.

—La llevo a un lugar secreto —bromeo hablándole de usted.

—Uy, cuánto misterio.

—Ahora si me lo permite tengo que poner en marcha este aparato.

—¿Qué aparato? —pregunta mordiéndose el labio.

Uf, qué sensual eres, Ana.

—No me provoques, que no podré parar.

—¿Y quién quiere que pares?

Se me pone dura del morbo que me provoca verla con ese peinado y el maquillaje tan inocente y hablándome con ese deseo descarado.

—Tenemos que salir ya o perderemos el slot —digo intentando controlar mis hormonas, pues aunque no hay vuelos en las próximas horas desde este aeropuerto, sí tenemos asignado un intervalo en el aire para llevar a cabo la operación de despegue.

—Te voy a dejar ir solo porque quiero llegar ya donde quiera que sea que me lleves. —Pasa su mano por mi barba y me roza los labios con su pulgar.

Me da un beso y se aleja.

—Ahí tienes fresas, fruta, champán, todo lo que quieras. —Señalo hacia una barra que hay frente al sofá.

Entro en la cabina de mando y trato de concentrarme. Aunque tengo licencia para pilotar este tipo de avión, hace mucho que no lo hago y el último simulador que tuve fue hace unos meses.

Al cabo de un rato, cuando estamos a punto de despegar, Ana entra en la cabina de mando.

—¿Puedo despegar aquí contigo? —pregunta cuando la miro.

—Claro, mi amor. Donde tú quieras.

Se sienta en el asiento del copiloto y permanece en silencio. Observa con detenimiento todo lo que hago con los mandos y controles.

Durante el despegue percibo el nerviosismo de Ana, este tipo de aviones vibran mucho más que un avión comercial.

En mitad de la operación siento tal subidón de adrenalina por todo lo que nos espera que, al son del rugido de los motores, consigo gritar las palabras mágicas:

—¡Te quiero!

—¿Qué? —pregunta ella como si no me hubiese escuchado.

—¡¡¡Que te quiero!!! —vuelvo a gritar, pero esta vez más fuerte.

Ana me mira y sonrío. Su expresión es de absoluta felicidad. Es la mujer más bonita que he visto en toda mi vida.

Media hora más tarde nos aproximamos a la pequeña isla rodeada de un mar turquesa. Preparo todo para el aterrizaje y minutos más tarde tomamos tierra en la pequeña pista sin contratiempos. Mientras yo me comunico con la torre de control, Ana sale de la cabina de mando.

Una vez que ha terminado la fase de rodaje y llegamos al parking, salgo y me encuentro a Ana

sentada en el enorme sofá blanco. Está nerviosa.

Ella se incorpora pensando que vamos a salir ya, pero ha llegado el momento que estaba esperando. Tomo valor, apoyo mi rodilla izquierda en el suelo y saco del bolsillo de mi chaqueta la cajita con el anillo de pedida.

Su cara es de auténtica sorpresa. Nunca había tenido la suerte de ver tanta felicidad en el rostro de una persona. Ana se lleva las manos a la boca. Sus ojos se humedecen, pero se esfuerza por contener el llanto.

Quiero hablar, sin embargo, no me salen las palabras. Yo también estoy a punto de llorar y verla así no ayuda.

Tomo aire, respiro hondo y al tiempo que abro la cajita consigo hacerle la pregunta que lleva días rondando mi mente:

—Ana Suárez, ¿aceptaría usted casarse con este pobre, loco, enamorado?

Silencio.

Ana, di algo por favor, voy a perder la cabeza.

Dos lagrimones recorren sus mejillas.

—Sí, sí quiero —dice por fin ilusionada.

Saco el anillo de la caja y, tratando de controlar el tembleque de mis manos, se lo coloco. Por suerte he acertado con la talla. Me levanto y la abrazo. La abrazo muy fuerte, porque nunca me he sentido tan feliz como me siento ahora.

La beso. Juro que es el beso más emotivo que he sentido en toda mi vida.

Cojo una botella de champán y sirvo un poquito en dos copas.

—Hay que brindar. —Le ofrezco una de las copas.

—Sí.

Brindamos y le da un pequeño sorbo.

—Este es el momento más feliz de toda mi vida —confieso.

—¿Por qué ahora? —pregunta extrañada.

No sé qué responder y me dejo llevar.

—¿Por qué no? La vida es breve, no quiero esperar más, no necesito esperar un día más para saber que no quiero volver a separarme de ti jamás. Que eres todo lo que necesito y que no pienso seguir escondiéndote, quiero que todo el mundo sepa que eres mía.

Me besa.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunta aún sin imaginarse lo que nos espera a continuación.

—Sorpresa —digo mientras la ayudo a bajar del jet—. Eso sí, los tacones tendrás que quitártelos, te va resultar difícil caminar así por la playa.

—Está bien. Me descalzo cuando lleguemos.

—Está aquí al lado —aseguro.

Ana me mira y noto que se pone muy nerviosa.

—Víctor, yo también te tengo una sorpresa.

¿Una sorpresa? Vaya, yo tampoco me había imaginado nada. ¿Qué será?

—Ah, ¿sí? ¿Dónde está? —pregunto risueño mirando a todos lados.

—Aquí —dice tocándose la barriga—. Estoy embarazada de tres semanas.

Mi corazón se detiene, mi mente se detiene, el mundo entero se detiene.

¿Voy a ser padre?

Siento que todo me da vueltas. Ana me ayuda a sentarme en las escaleras del jet.

Intento procesar poco a poco la noticia.

—¿Me estás diciendo que voy a ser padre?

—Sí.

—¿Pero cómo? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Me enteré ayer, me lo dijo el doctor.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No sé, tenía miedo, no sabía cómo hacerlo, no sabía si te haría ilusión.

—¿Ilusión? Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo. ¡Voy a ser padre! ¡Voy a ser padre! —Me levanto, la cojo por la cintura y giro sobre mí.

Estoy feliz. Soy inmensamente feliz.

—¡Víctor! ¡Cuidado! —grita.

—Ay, sí, sí, perdón. ¿Estás bien? —La dejo en el suelo con cuidado.

—Sííííí.

—Hace un momento te he dicho que ese era el momento más feliz de toda mi vida, pues ahora es este mismo instante. Dios, ojalá pudiera trasmitirte lo que estoy sintiendo.

—Tu cara te delata —dice entre risas—. ¿Y mi sorpresa?

—Vamos, nos está esperando.

Salimos del aeropuerto y caminamos unos diez minutos hasta la playa.

Este calor bochornoso es insoportable, noto cómo las gotas de sudor me recorren el cuerpo por debajo del uniforme y la arena se me mete por los zapatos. Debería haberme cambiado ya, pero ¿dónde me cambio? La noticia de que voy a ser padre me ha hecho tan feliz que no me he acordado de quitarme el uniforme. Demasiadas emociones en muy poco tiempo.

Quedo fascinado con el gran trabajo que ha hecho Samantha. En medio del lugar elegido, sobre una arena blanca y fina, y con el mar de fondo, una jaima blanca con acabado en punta y telas blancas nos espera.

Ana se detiene y consciente de lo que esto significa me mira. Tiene los ojos anegados en lágrimas.

—No llores, mi amor.

—Lo estoy intentando. —Sonríe—. ¿Cómo lo has hecho?

—Una larga historia, pero ya te la contaré, tenemos toda la vida por delante. Mejor no hagamos esperar a los invitados.

Entre los pocos asistentes consigo ver a mi hermana y para mi sorpresa está acompañada de mi padre y de mi madre. ¿Cómo lo ha hecho? No me lo puedo creer. Quiero ir a abrazarla y darle las gracias por estar siempre ahí cuando más la necesito. Ver a mi familia unida después de tantos años me reconforta.

Ana tiene la misma cara de sorpresa que yo. Se queda boquiabierta cuando ve a su amiga Valeria. No se lo esperaba. En realidad no se esperaba nada de esto.

Ambos nos quitamos los zapatos y caminamos descalzos por la alfombra blanca cubierta de pétalos de rosas hasta llegar al altar de la ceremonia.

Nos detenemos el uno frente al otro. Le seco las lágrimas con los dedos.

—Deja de llorar —susurro sujetándole las manos con fuerza.

Ella asiente, pero las lágrimas continúan cayendo por sus mejillas.

—Nunca nadie había hecho algo así por mí —dice casi en un suspiro.

—Eso es porque nunca nadie te ha amado tanto como yo.

—¿Cómo sabías que te iba a decir que sí?

—Jamás se me pasó por la cabeza que me dijeras que no —miento y consigo robarle una sonrisa.

—Mira que eres creído, eh. ¿Y por qué estabas tan seguro de que te diría que sí?

—Porque desde que te tiré el café encima y trataste de matarme con la mirada supe que eras la mujer de mi vida.

El juez comienza a hablar y minutos más tarde, ambos pronunciamos el tan esperado «Sí, quiero».

Ahora ya somos marido y mujer.

La fiesta dura horas, más de las que tenía en mente, pero disfruto de cada minuto. Soy un hombre casado, no me lo puedo creer.

Saludamos a los invitados, le presento a Ana a Samantha la responsable de todo esto y ella no sabe cómo darle las gracias. Por fin le presento a mi hermana, Ana se disculpa por el desaire que le hizo en el desfile. Tras ello, le presento a mis padres y llega el momento que algún día tenía que llegar.

Le hice una promesa a mi padre y la voy a cumplir. Escucharé lo que mi madre tiene que decirme.

—Sé que no me esperabas, pero no podía perderme este día tan importante —dice mi madre dando un paso hacia mí.

Ana, como si supiera que entre mi madre y yo hay una conversación pendiente, nos deja a solas y se va a ver a Valeria, supongo que tienen mucho de qué hablar también.

—Gracias por venir. —Todos mis músculos se tensan.

—Ha sido una boda preciosa. —Sus mejillas se levantan empujando los párpados inferiores hacia arriba en forma de media luna.

Parece feliz. Está muy guapa. En este momento solo me gustaría olvidarme de todo lo que pasó y abrazarla, pero algo me lo impide.

Ni siquiera sé qué decir.

—Sé que estás dolido conmigo, pero...

—No creo que sea momento para hablar de eso —la interrumpo.

—Solo quiero que seas feliz, nunca fue mi intención hacerte daño —continúa haciendo caso omiso—. Te quiero con locura. Siempre le pregunto a tu padre y a tu hermana por ti.

—Para no ser tu intención lo conseguiste, nos hiciste mucho daño. Solo dime una cosa, ¿por qué?

—Una relación es cosa de dos y hacía tiempo que no nos iba bien a ambos.

—Y si no os iba bien, ¿por qué no esperaste a que se recuperara?, ¿o por qué no lo dejaste antes de que enfermase? Yo no soy como Mireia, a mí no se me olvidará el daño que nos hiciste por mucho que lo intente.

—Víctor, para eso nunca hay un buen momento. —Tensa los labios sin arrugarlos.

—Pues tú elegiste uno muy oportuno.

—Las cosas entre tu padre y yo no eran tan fáciles como parecían. Él pasaba muchas horas fuera de casa... —Sus cejas se arquearon hacia abajo con desaprobación—. Nunca te hablaré mal de tu padre. Hice lo que creí que era mejor para todos, ya no podía más. Espero que algún día puedas entenderlo.

Mis labios se separan ligeramente para decir algo, pero ninguna palabra sale de mi boca.

—Quizá no fue el momento correcto, pero ya está hecho y no me arrepiento de lo que hice, solo de no haberlo hecho antes. Porque por hacerlo en las circunstancias equivocadas te perdí a ti. Los adultos también comentemos errores, ¿no crees?

Pienso durante unos segundos en todo lo que dice, parece tan lógico, tan simple...

—Sí —digo con sequedad.

—Solo te pido que me dejes entrar de nuevo en tu vida. Lo que pasó entre tu padre y yo es cosa nuestra, a él le debo lo mejor de mi vida: tú y Mireia, jamás os abandonaré.

Mi madre se ha recorrido medio mundo, ha dejado en casa a su actual pareja y todo para venir a mi boda. Lo menos que puedo hacer es intentarlo.

—Haré todo lo posible.

Sus ojos se ensanchan y de pronto me da un abrazo que me coge por sorpresa. Mi cuerpo permanece rígido y, aunque me reconforta, no consigo corresponderle.

—No me pidas tanto tan deprisa, por favor —digo cuando consigo separarme.

—Esperaré el tiempo que haga falta con tal de poder volver a estar a tu lado. Por cierto, me gusta Ana, te deseo que seas tan feliz con ella, como yo lo soy ahora.

Cuando esa noche llegamos a la habitación del hotel que he reservado en la isla, Ana se apropia de mi gorra de comandante y se la coloca. Me siento en el filo de la cama a contemplar cómo se quita las prendas con soltura y sensualidad. Se pone los tacones y, completamente desnuda, camina hasta mí.

Mi mujer me da un beso en los labios que me sabe a mil historias por contar.

—Aún no me puedo creer que esta sea nuestra noche de bodas —confieso sin dejar de mirarla.

—Va a ser una noche larga. —Se inclina hacia mí y me muerde el labio al tiempo que pasa su mano por mi erección.

Contengo la respiración. Me vuelve loco todo lo que me hace.

Me desabrocha la camisa y desliza sus uñas por mi pecho descendiendo hasta mi pubis. Me desabrocha el cinturón. Le acaricio el clítoris con mi pulgar. No puedo evitar tenerla desnuda tan cerca y no tocarla. Luego saboreo su esencia.

Ella mantiene los ojos clavados en los míos mientras me desabrocha el botón del pantalón y se deshace de este.

Me empuja y me tumba en la cama. Ella, aún con la gorra y los tacones puestos, se sienta sobre mí y comienza a frotar su sexo contra el mío. Intento colocar mi erección en su entrada, pero ella me agarra las manos con fuerza y me lo impide.

Ana ha tomado el control, así que por ser nuestra noche de bodas la dejo pilotar este primer vuelo.

Después de casi una semana en el paraíso, nuestra improvisada luna de miel llega a su fin.

Al llegar a Madrid me mudo al nuevo apartamento de Ana. Es pequeño, pero acogedor. Hemos decidido que viviremos aquí hasta que se efectúe la venta de la casa, pues mi hermana me ha confirmado que el vendedor ha aceptado mi oferta. Ese palacio va a ser mío. Estoy seguro de que a Ana le va a encantar.

Las primeras semanas de nuestra vida de casados apenas veo a mi mujer. A mí me programan vuelos internacionales y ella ha tenido que coger la baja, porque el embarazo le está sentando fatal.

Son las ocho y media de la tarde cuando llego a Sídney, diez y media de la mañana en España. Me conecto al wifi del hotel y llamo a Ana. Tarda apenas un tono en responder con la voz aún adormilada.

—¿Cómo se encuentra la mujer más bonita del mundo?

—Hoy me he levantado algo mejor. No tengo tantas nauseas, de momento.

—¿Te están ayudando las pastillas que te mandó el médico?

—He dejado de tomármelas, he leído en internet que no son buenas para el embarazo.

—¿En serio vas a prestar mayor atención a internet que a lo que diga un médico?

—A ver, no son malas en sí, pero entiende que cuantos menos químicos tome durante el embarazo mejor.

—En cuanto regrese a Madrid solvento el papeleo y te incluyo en mi seguro médico privado para que visitemos a algún especialista.

—Vale, pero estoy bien. De verdad. Por cierto, ¿te acuerdas de la exposición que te dije que quería ir a ver e iban a presentar próximamente en Madrid?

—Sí. ¿por qué?

—Porque se estrena esta semana y tengo miedo a quedarme sin entradas, he pensado que podríamos ir el sábado.

—¿Quién puede rechazar ese plan? —bromeo.

—Tú llegas el viernes, ¿no?

—Sí, aunque con este cambio de hora voy a estar muerto.

—Bueno, intentaré dejarte descansar. —La escucho sonreír al otro lado del auricular.

Nos despedimos con un te quiero y cuelgo con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Quién me iba a decir que acabaría enamorado de esta mujer como un adolescente?

Mis estancias en los hoteles se han vuelto un poco aburridas desde que estoy casado y no viajo con Ana. Se acabaron la visitas exprés de polvos pasajeros. Sin embargo, no puedo decir que sea algo que extrañe. Pienso en Ana todo el tiempo y cuando regreso de mis viajes descargo sobre ella toda la pasión contenida. Aprovecho para ir más tiempo al gimnasio y para leer. Por fin estoy terminando los libros que tenía empezados y nunca lograba acabar.

A mi regreso a Madrid, mi mujer y yo hacemos el amor, hoy no nos apetece sexo duro, deseamos entregarnos el uno al otro con suavidad.

Acabo exhausto y me quedo dormido abrazado a Ana. La amo.

Cuando despierto son las siete de la tarde.

¡Jodido jet lag!

Escucho un ruido y rápido me incorporo al identificar las arcadas de Ana.

Corro hacia el baño.

—¿Estás bien, mi amor?

—Sí, sí. Son solo las nauseas propias del embarazo. Es normal.

Se coloca frente al lavabo y se echa agua fría en la cara.

No sé qué hacer ni qué decir.

—¡Deberíamos ir al médico!

—No, claro que no. —Me mira y pone sus manos en mi pecho—. Estoy bien, Víctor. De verdad.

El sábado disfrutamos de una tarde maravillosa. Paseamos por las calles de Madrid agarrados de la mano y vamos juntos a la galería a ver la exposición que ella quería.

El domingo Ana se lo pasa vomitando y el lunes, que se encuentra con mejor cuerpo, vamos a tomar café a Café del Art, en La Latina. Es el último día que vamos a pasar juntos antes de mi próximo vuelo. No me gusta dejarla sola sabiendo que continúa con los vómitos, pero no tengo otra alternativa, debo operar un vuelo a Roma.

Por la noche cenamos en un restaurante que nos encanta en Malasaña con Valeria y Raúl. No tienen nada que ver y sin embargo se ven tan felices juntos, como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Durante la cena conversamos y nos divertimos. A Valeria se le va un poco la mano con el vino. Todo el que no ha bebido Ana se lo está bebiendo ella.

Cuando llegamos a casa, cojo a Ana en brazos y le doy un beso. Sus labios, su sabor, su mirada... me vuelven loco.

Vamos a la habitación y la tumbo en la cama. La quiero, la necesito.

—¿Quieres jugar? —susurro.

Ella asiente con la cabeza.

Saco una corbata del cajón y comienzo a desnudarla con algo de torpeza porque no quiero hacer ningún movimiento que pueda poner en peligro su embarazo.

—Será mejor que lo haga yo. —Se ríe y comienza a desnudarse.

Yo hago lo mismo.

Luego le ato las manos al cabecero. Mis manos soban sus pechos al tiempo que con mis labios, recorro todo su cuerpo.

—¡Estás muy cachonda! —digo al percibir en mi boca la humedad de su sexo.

Vuelvo a meter la cabeza entre sus piernas y continuo jugueteando con su clítoris sin apartar la mirada de sus ojos. Verla atada me hace sentir poderoso.

Ella jadea. Mueve la cadera desesperada. Su clítoris se hincha para mí.

Los espasmos de su cuerpo me anuncian que está a punto de estallar.

—Dime, ¿qué quieres que te haga?

—¡No pares!

Hago lo que me pide y continuo comiéndomela, devorándola hasta que sus gritos me indican que se ha corrido.

—¿Qué quieres ahora? —La miro con deseo.

—Frótate antes de penetrarme —dice con voz suave.

Me pongo sobre ella y comienzo a rozar mi erección por su entrepierna mientras noto cómo lubrica.

La beso.

Mi polla se introduce en ella con facilidad. Ella gime. Le hago el amor con cuidado y delicadeza, pero ella pide más.

—¡Más fuerte!

—Te gusta, ¿no?

—Mucho.

Intento embestirla con más fuerza, pero no lo consigo. Tengo miedo a que eso pueda ser malo para el bebé.

—¿Qué pasa? —pregunta extrañada.

—No sé si sea buena idea...

—¿Follarme duro?

—Sí.

—No pasa nada. —Sonríe.

Mis penetraciones se vuelven más intensas. El colchón tiembla. Sus pechos se sacuden con cada embestida.

Ana no se contiene y exhala un intenso gemido. Ambos alcanzamos el orgasmo de una forma intensa y desenfrenada.

Sin salir de ella, le desato las manos y dejo caer la corbata.

Dos días después, antes de salir del hotel en Roma para operar el vuelo de regreso, llamo a Ana. En esta ocasión la noto extraña, distante, fría. No sé si es el embarazo que le altera el estado de ánimo o que ha sucedido algo y no me lo quiere contar. La cuestión es que me deja bastante preocupado.

No me gusta irme a volar con esta sensación. Por suerte la duración del vuelo será solo de unas dos horas diez minutos, por lo que pronto podré ver de nuevo a mi mujer.

En cuanto salimos del avión, soy el primero en despedirme. Camino a paso ligero por la terminal en dirección al parking.

Tengo un mal presentimiento, como si algo inquietara a Ana y no quisiera decírmelo. Es curioso como en tan poco tiempo uno llega a conocer tan bien a una persona.

Solo espero que no le haya pasado nada al bebé.

Es última hora de la tarde por lo que el acceso al centro está saturado de tráfico. Tardo más de media hora en llegar al barrio de La Latina y conseguir aparcar.

Llego al apartamento e introduzco la llave en la cerradura con miedo a lo que voy a enfrentarme. Sé que algo ha pasado, lo presiento.

Entro y me encuentro a Ana sentada en el sofá leyendo. Está más guapa que nunca, el embarazo le está sentando muy bien. Tan pronto me ve, deja el libro sobre la mesa y se incorpora.

Me acerco a ella para darle un beso, pero se echa hacia atrás y me rechaza.

—¿Cuándo pensabas decirme que en la compañía sabían lo nuestro e iban a echarme? —Su rostro se tensa.

—Ana puedo explicártelo.

—¿Sí?, pues hazlo, porque no consigo entender por qué me lo ocultaste. ¿Es esa la razón por la que decidiste pedirme matrimonio? ¿Te casaste conmigo solo para que no te echaran a ti también?

—alza la voz.

—Claro que no, además a mí no iban a echarme. Solo me harían un informe al respecto, a ti en cambio sí.

—¿Entonces te casaste conmigo por pena?, ¿para que no me echaran?

—No, por supuesto que no, pero... no sé. En ese momento cuando me llamaron de la compañía me agobié y con todo lo del accidente pensé que era lo mejor para los dos. Si nos casábamos ya no tendríamos que escondernos más y tú conservarías tu puesto. ¿qué querías que hiciera?

—¿Que me lo dijeras! —grita—. Tenía derecho a saberlo. Pensé que me habías pedido que me casara contigo porque me amabas.

—Y te amo. —Doy un paso hacia ella y la intento abrazar.

—¡No me toques! —Se aleja.

Apoya los codos en la barra de la cocina y hunde su rostro en la palma de sus manos. Me rompe el corazón verla así.

—Mí amor, por favor. Vamos a tener un hijo, si volviera el tiempo atrás volvería a hacerlo.

—No puedo creer que me hayas hecho esto, Víctor —rompe a llorar.

—Ana, yo te quiero. Esto no cambia nada, casados o sin casar yo quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—Ese es el problema, Víctor —Se gira hacia a mí con el rostro bañado en lágrimas—. Para mí no era un simple trámite. Para mi casarme era algo especial y descubrir esto... —El llanto no la deja terminar.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Eso es lo único que te importa? ¿Pensabas que nunca me iba a enterar? Solo he tenido que ir a las oficinas a llevar los papeles de la baja. Tendrías que ver cómo me miraba todo el mundo. Lo sabe toda la compañía menos yo.

—¿El qué saben? ¿Que te quiero? ¿Que me casaría contigo una y mil veces? ¿Que me importa una mierda lo que piensen o hablen de nosotros?

—Necesito estar sola.

—¿Por qué te pones así? —pregunto sin entender su actitud.

—¿Yo? ¿Así? ¿Qué esperabas una fiesta? ¿Un gracias por casarte conmigo para que no me echen? —Su boca se parte ligeramente como si estuviera vomitando en silencio.

—Es que no entiendo qué es lo que tanto te molesta.

—¿En serio? ¿De verdad me lo preguntas?

—No sé... ¿Qué debía ir y decirte que te iban a echar y que casándonos lo evitaríamos? ¿Te parece eso más romántico, más acertado? —digo con sarcasmo.

—No quiero hablar más de esto. Me siento como una estúpida.

Se sienta en el sofá.

—Por favor, no digas eso.

—Víctor, creo que será mejor que me vaya unos días a casa de Valeria.

—¿Qué?

Advierto un vacío inmenso en mi pecho, me falta el aliento. Apenas nos separan unos centímetros y, sin embargo, la siento más lejos que nunca.

—Quiero estar sola. Necesito pensar con claridad.

Un frío penetrante lo envuelve todo, el mundo en---tero parece convertirse en hielo. No quiero estar lejos de ella, no puedo verla así, no estoy preparado para perderla.

—Ana, por favor. Yo te amo, vamos a ser padres. —Me arrodillo frente a ella.

—No lo hagas más difícil —dice entre lágrimas.

—Nunca quise hacerte pasar por todo esto. —Levanto su barbilla y nuestras miradas se cruzan.

Me percató de que esos ojos de faro han perdido su luz. No puedo soportarlo.

La abrazo con fuerza y rompo a llorar como un crío.

Me besa el cuello y luego se aparta.

—Creo que nos hemos precipitado. —Ana mira hacia otro lado conteniendo la lágrimas—. Deberíamos seguir con nuestras vidas como hasta ahora, distanciados el uno del otro y pensar qué es lo mejor para nuestro hijo.

—No digas eso, por favor —suplico—. Lo mejor para nuestro hijo es tener una familia unida.

—Tú lo has dicho, una familia, no una mentira.

—Ana, por Dios. Mi amor por ti no es una mentira. Esto que siento es lo más real que jamás haya podido sentir.

—Ya lo he decidido, Víctor. Es lo mejor para ambos, es lo que necesitamos —sentencia.

¿Cómo puede doler tanto una simple frase?

Sé que no voy a hacerla cambiar de opinión. Está claro que ella lleva días meditándolo.

—Está bien, pero esta es tu casa. No tienes que irte a casa de Valeria. Yo me iré. Regresaré al hotel.

Volver al hotel supone un fiasco para mí. Ya me había hecho a la idea de que jamás me separaría de Ana. Qué rápido se acostumbra uno a la compañía de alguien a quien ama.

Solo han pasado dos días y siento que hubiesen pasado semanas desde que no hablamos. No sé cómo proceder. Quiero llamarla, suplicarle que volvamos, pero sé que necesita su espacio. Por otra parte, también estoy furioso, pues no entiendo por qué se ha tenido que enfadar. Tampoco lo veo tan grave. Si la quiero y quiero estar casado con ella cuál es el problema. Se me pasan por la cabeza todo tipo de teorías.

Es sábado y me estoy volviendo loco en esta habitación. Así que me pongo una camisa y unos vaqueros y bajo al bar del hotel a tomar algo.

Al llegar me encuentro a una mujer sentada en la barra de espaldas. Tiene el pelo largo como Ana. De pronto, me percató de que se trata de ella, ese vestido plateado es inconfundible, lo recuerdo como si fuera ayer. Es el mismo que llevaba en la fiesta de Navidad.

Ha venido para hablar conmigo. Me acerco a ella.

—Ana...

La joven se gira y me sonrío.

—No soy Ana, pero si quieres puedo serlo. —Pasa su mano por mi pecho.

—Lo siento, estoy casado —digo mientras me alejo.

Me pido un bourbon y me siento en una esquina a bebérmelo. En ello estoy cuando recibo una llamada de Valeria. Me asusto.

—¿Valeria?

—Víctor, ¿dónde estás?

—Estoy en el hotel, ¿por qué?, ¿pasa algo? ¿Ana está bien?

—Tranquilo. Estoy en el hospital con ella, pero...

—¿Qué? ¿En el hospital? —Me pongo de pie de inmediato.

El corazón me va a estallar.

—Ana está bien, le están haciendo unas pruebas. Es solo que creo que en este momento deberías estar tú aquí, aunque ella ha insistido en que no quería preocuparte.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo no me voy a preocupar?

—Es que empezó a sangrar un poco y nos hemos venido a urgencias.

—¿Sangrar? ¿Eso significa que... —ni siquiera consigo terminar la frase. Se me hace un nudo en la garganta.

—De momento le están haciendo una ecografía y supongo que nos dirán algo ahora.

—¿En qué hospital estáis?

—Estamos en la Fundación Jiménez Díaz.

—¿Por qué no ha ido al hospital privado del seguro médico?

—Ana ha insistido en venir aquí.

—Voy para allá. Te llamo en cuanto llegue.

Cuelgo y pido un taxi, porque me tiemblan las piernas y me siento incapaz de conducir en este estado. Si le pasa algo a Ana o al bebé, me muero.

Cuando llego al hospital llamo a Valeria para que me indique en qué sala está.

Al llegar veo a Ana. Está demacrada y tiene los ojos hinchados de haber llorado. Corro hacia ella y la abrazo.

—¿Por qué no me has avisado? —le reclamo al tiempo que hundo mi nariz en su pelo.

—No lo sé. Estoy agobiada. Todo esto es nuevo para mí... Tengo miedo, Víctor.

—Todo va a estar bien, ya verás.

—Si le pasa algo al bebé...

—Juntos superaremos lo que venga, mi amor. Yo voy a estar a tu lado. No pienso volver a separarme de ti. —Pongo mis manos sobre su rostro y le doy un corto beso en los labios.

—La doctora parecía convencida de que todo está bien, pero yo estoy muy asustada.

—Tranquila, cariño. Yo estoy aquí. —Vuelvo a abrazarla intentando no mostrarle que yo también estoy aterrado.

—Voy a comprar agua —dice Valeria mientras se levanta del asiento—. ¿Queréis algo?

—Trae agua para Ana —digo.

—No, estoy bien.

—Trae una botella, Valeria.

Ella asiente con la cabeza y se aleja.

—Víctor, yo... siento no haberte avisado antes. Debí llamarte a ti en vez de a Valeria, pero...

—No pienses en eso ahora. Es normal estabas confundida. Lo importante es que ya estoy aquí, pero prométeme que a partir de ahora no me dejarás al margen de nada.

Ella asiente con la cabeza.

—¡Prométemelo!

—Te lo prometo. —Ana me abraza.

Al cabo de un rato llega Valeria con la botella de agua. Le doy un poco de beber a Ana, pero ella no quiere.

—Tienes que estar hidratada —insisto.

En ese momento llega la enfermera.

—¿Ana Suárez? —pregunta.

Nos levantamos y la seguimos hasta la consulta de la doctora.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta la doctora una vez tomamos asiento.

Ana se encoje de hombros.

—Todas las pruebas indican que el embarazo continúa con normalidad.

Suspiro y aprieto con fuerza la mano de Ana.

—¿Entonces por qué he sangrado? —pregunta ella preocupada.

—El sangrado en el primer trimestre suele producirse por cambios hormonales normales de esta etapa o por la implantación del embrión en el útero. En el momento de la concepción el óvulo fecundado alcanza la línea del útero y puede producir algunas manchas de sangre.

—Pero lo mío no eran manchas. He sangrado —insiste Ana.

—Sí, pero ha sido un sangrado esporádico. Ahora habrá que observar si se vuelve a producir. Puede ser también a causa de las relaciones sexuales, pues durante estas aumenta la circulación sanguínea en la zona genital.

Ana y yo nos miramos.

—¿Y ahora cuál es el procedimiento? —pregunto inquieto.

—Vamos a suministrarle progesterona por vía vaginal y vamos a concertar otra cita en dos semanas para una ecografía y un ultrasonido. Si en ese periodo vuelve a sangrar acuda de inmediato a urgencias. Por lo demás intente mantener reposo absoluto, evite las relaciones

sexuales durante el embarazo, si usa duchas vaginales evítelo, incluso cuando no esté embarazada, tampoco use tampones, beba mucha agua y tome estos complementos que le he recetado.

—Muchas gracias, doctora.

Ana y yo nos despedimos y salimos de la consulta.

—¿Has escuchado bien? —dice Ana tan pronto salimos.

—Sí.

—¡Nada de sexo! Aún estás a tiempo de volver al hotel —bromea.

—No volveré a dejarte sola.

Dormir con Ana, despertar con ella, verla desnudarse, ducharse y vestirse sin poder hacerle el amor es la mayor tortura a la que jamás me haya enfrentado.

Llevamos más de una semana sin salir de casa, por suerte en estos días no me han programado ningún vuelo.

Hoy es jueves y hemos decidido salir al teatro. Lo que Ana no sabe es que vamos a nuestra nueva casa. Sí, ya he firmado y tengo las llaves del inmueble.

Me muero por ver su cara cuando vea la casa. Le va a encantar. Lo sé.

—¿No crees que esos tacones son demasiado altos? —pregunto al verla aparecer con un elegante vestido negro con brillos y unos tacones de infarto.

Me mira y levanta una ceja sin decir nada.

—No sé..., ¿no lo ves un poco peligroso? —prosigo.

Ella se ríe.

—¿Crees que me voy a caer o algo? Estoy embarazada, Víctor, no inválida.

Conduzco hasta La Finca.

—¿Dónde vamos? —pregunta Ana desconcertada.

—Es una sorpresa.

Cuando llegamos, tras bajar del coche, cojo a Ana de la mano. Ella mira la fachada del inmueble alucinada.

—¿Qué hacemos aquí? —su gesto de sorpresa me hace ver que no sospecha nada.

—He comprado esta casa.

—¿Qué? ¿Esta? —pregunta señalando con la mano sin dar crédito.

—Sí, justo esta —saco las llaves del bolsillo y abro la puerta principal.

Ella se lleva las manos a la boca cuando ve el interior.

—¿En serio esta casa es tuya?

—Y tuya.

—¿Mía? —pregunta incrédula.

—Sí, ahora lo mío es tuyo.

Boquiabierta, contempla todo cuanto nos rodea.

—¿Eso que hay debajo de la escalera es un lago?

—Sí.

—Víctor, esta casa debe costar una fortuna.

—Sí, pero llevo toda mi vida esperando por ella, lo que nunca imaginé es que podría compartirla contigo y con nuestro hijo. —La abrazo y la beso con pasión.

Le enseño todo el inmueble y por último salimos al jardín. Ana no da crédito.

—¿Esta piscina es solo para nosotros?

—Sí —asiento.

—La casa es preciosa, Víctor. —Mira a su alrededor—. Y la decoración... ¿La has elegido tú solo?

—Con la ayuda de mi hermana. La habitación de matrimonio la hemos decorado esta semana con otros tonos para que estuviese a tu gusto.

—¿Esta semana? ¿Cómo, si apenas has salido de casa?

—Por WhatsApp. Mi hermana se ha encargado de todo.

—Ay, pobre. Tendremos que invitarla a cenar para agradecerérselo.

Ana se abalanza sobre mí y me besa. Está feliz. Comienza a frotarme la polla con los dedos.

—Deja de tocarme, Ana —adviento.

—Te pasas el día empalmado. —Sonríe.

—Y tú no me lo haces nada fácil. ¡Para! —le ordeno.

—La doctora dijo nada de sexo, pero no dijo nada de que no pudiera utilizar la boca. —Se muerde los labios al tiempo que se arrodilla sin dejar de sonreír.

—Ana... —gimo cuando me desabrocha los pantalones y pasa su lengua por mi erección—. Puedo esperar, de verdad...

—Yo no.

Desliza su lengua de arriba abajo por todo mi miembro. Juguetea con mi glande y luego se mete mi polla en la boca y comienza a saborearla codiciosa y salvaje. ¡Uf, cómo me pone! La agarro del pelo. Ella me acaricia los testículos con las manos.

Jadeo.

—No dejes de mirarme —le pido.

Ella obedece y continúa chupándomela sin apartar sus ojos de los míos.

Gimo. Voy a explotar.

Aguanto menos de lo que hubiese aguantado en cualquier otro momento y me corro en su boca.

La ayudo a incorporarse y con restos de mi semen aún en su boca me besa. Percibo el sabor salado de mi propia esencia. ¡Qué traviesa es cuando quiere! ¡Cómo me pone!

La follaría aquí mismo si pudiera.

—Eres jodidamente perfecta.

—Ya hemos estrenado la casa.

—No, créeme que no. Cuando pueda voy a follarte en la cocina, en la escalera, en el baño, voy a hacértelo en cada rincón de esta casa.

Llegamos al teatro y el acomodador nos acompaña al palco privado que he reservado para ver la obra.

Tomamos asiento y le beso el cuello, su fragancia inunda todos mis sentidos.

Disfrutamos de la obra hasta que en mitad del segundo acto siento la tentación de sentir su sexo. Esto de no poder follarte me está matando.

Aparto la silla sin hacer ruido para arrodillarme frente a ella.

—Víctor, ¿qué haces? —susurra.

—Hacer que disfrutes de la obra —digo en voz baja al tiempo que le levanto el vestido y separo sus muslos.

Sin darle tiempo a reaccionar le arranco el tanga de un tirón y hundo mi cabeza entre sus piernas.

Disfruto de su sabor como nunca. Aprisiono su clítoris entre mis labios y succiono. Cierro los ojos y noto cómo se hincha en mi boca.

—Víctor... —gime mientras aprieta sus piernas contra mi cara y se revuelve en el asiento.

Disfruto mientras ella enloquece intentando silenciar sus gemidos. Ana se mueve, se arquea, se entrega a mí. Percibo las oleadas de placer inundando su cuerpo.

El momento es excitante y morboso.

Mi boca devora su sexo.

Jadea, tiembla...

Se agarra con fuerza a mis hombros y me clava las uñas por encima de la ropa.

El teatro rompe en un fuerte aplauso y ella aprovecha para dejarse arrastrar por el orgasmo que lleva conteniendo un rato. Grita de placer y mi corazón se acelera al oír sus gritos.

Acalorado, saco la cabeza de entre sus piernas y le coloco bien el vestido.

En ese momento entra el acomodador.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí, ¿por qué? —Me incorporo y tomo asiento.

—Me había parecido escuchar un... grito.

—Mi mujer que se emociona mucho con esta obra.

Ana sonrío con las mejillas rojas y el acomodador sale del palco.

—¡Estás loco! —Ana me da un manotazo en la pierna.

—Por ti. —La beso en los labios.

Sentado en una hamaca frente a la enorme piscina de mi nueva casa, hojeo el periódico. Me gusta estar al día de las noticias que acaecen en este país. Muchas de las decisiones que toma este gobierno afecta a mi trabajo y, por consiguiente, a mi familia, hasta ahora compuesta por Ana y por mí; pero la que en unos días se verá ampliada por la llegada de nuestra hija, sí una niña. Algo que me inquieta bastante, sin embargo, me avergüenza reconocerlo delante de Ana. Es curioso cómo ella mantiene el tipo ante esta situación, mientras yo trato de poner buena cara cuando en realidad me muero de miedo.

Una de mis obsesiones es controlar mi vida y lo que le rodea y ahora..., ¿qué voy a hacer con un recién nacido? ¡Ni siquiera sé cómo debo cogerlo! ¿Y si se me escurre entre las manos? ¿Y si le hago daño? ¿Y si no sé darle de comer? Por suerte, Ana ha decidido darle el pecho durante los primeros meses de vida y eso es algo que yo no puedo hacer. Me alivia pensar que vamos a contratar a una persona para que nos ayude con el bebé. Yo no puedo dejar de trabajar por completo y me iré a volar más tranquilo si sé que tenemos una profesional en casa para cuidarlas a las dos. No he contratado a cualquiera. Me he llevado casi un mes entrevistando a cuidadoras cualificadas y ha sido una odisea dar con el perfil que buscaba. Por supuesto, que tuviera una larga experiencia, también debía haber estudiado psicología, pedagogía o similar y tener conocimientos de enfermería, además de buenas referencias con cartas de recomendación.

Ana dice que me preocupo demasiado y tiene razón. ¿Cómo no hacerlo? Llevo meses sin dormir por las noches pensando en que pueda volver a tener algún problema con el embarazo. Durante todo este tiempo lo único que he hecho ha sido cuidarla y tratar de que cumpliera a rajatabla lo que le aconsejó el médico: reposo casi absoluto. ¿Y qué ha significado eso? Que no hemos hecho el amor en todo este tiempo y que me duelen las pelotas. Necesito follármela con esas ganas que le tengo y que nunca se agotan. Bueno, tampoco la he dejado agacharse, coger ni una pequeña bolsa de papel, la he obligado a descansar durante la siesta y a acostarse a una hora decente después de cenar. Nada de fiestas, salida de chicas, compras o cocinar. Y ha merecido la pena. Ahora estamos en la recta final.

Uno de los titulares en el periódico llama mi atención y desvía mis pensamientos: «Detenida una sobrecargo y cuatro tripulantes en Madrid por blanqueo de capitales».

Comienzo a leer la noticia para ver en qué compañía ha sido y pronto descubro que se trata de la aerolínea en la que trabajo.

«La policía ha detenido esta mañana, en el aeropuerto de Barajas, a cinco tripulantes que introducían dinero procedente del narcotráfico. Esta detención supone el punto final a la Operación Pájaro, una investigación que comenzó el cuerpo de la Guardia Civil el pasado verano».

Me detengo al ver la fotografía en la que aparecen esposados, en mitad del aeropuerto y con el uniforme de la compañía, Encarnación, Estrella, Javier y otras dos azafatas que no conozco. No doy crédito a lo que veo. El corazón me va a estallar. Al final todos los secretos salen a la luz por su propio peso. Lo que no entiendo es cómo no me ha avisado nadie. Esto seguro que lo tienen que saber ya los directivos.

Impaciente, continúo leyendo.

«La Guardia Civil comenzó a vigilarles y comprobó que mantenían encuentros con otras personas en las proximidades del hotel donde se hospedaban en Miami. En estas reuniones recibían importantes sumas de dinero para que lo llevaran a Madrid. Los agentes también han identificado y detenido en una operación simultánea a las personas que integraban la organización en España».

Otra foto en la que aparecen grandes sumas de dinero interrumpe la noticia. Esto va a ser una bomba mediática. ¿Cómo van a defender la imagen de la aerolínea frente a este suceso?

«La organización de lavado de capitales estaba representada por Eugenio Ramírez que desde España mantenía el contacto con la organización afincada en Miami; esta le comisionaba por recoger el dinero en efectivo, que enviaban a través de los tripulantes, y realizar posterior ingreso a través de cajeros automáticos con el fin de que los empleados de la sucursal no detectaran que la misma persona realizaba grandes operaciones y a nombre de diferentes agentes de transferencia. Asimismo, fraccionaba las cantidades entre las diferentes sucursales de Madrid de la misma entidad bancaria. Una vez que el dinero era ingresado, comenzaba la digitalización de los giros mediante los que remesar el dinero, para lo que utilizaba un locutorio del barrio de Lavapiés, utilizando a modo de medida de seguridad un lenguaje críptico y restringido en sus comunicaciones».

«La organización contaba con una serie de personas que cedieron, a cambio de una compensación económica, sus datos de identidad para que con los mismos se gestionara su alta como agentes de transferencias en diferentes gestoras, logrando con ello un mayor fraccionamiento y opacidad en los movimientos de dinero, a sabiendas de que el mismo procedía del tráfico ilegal de drogas».

—¡¡¡Víctor!!!

Escucho a Ana a unos metros de mí.

—Víctor... —insiste.

Cuando consigo salir de la parálisis que me ha producido la noticia, la miro. Su rostro, desteñido, me dice que algo no va bien.

—Creo... Creo que he roto aguas.

Guío mis ojos hacia donde observan los suyos y me levanto tan rápido que me mareo. Ana está de pie y bajo ella, un pequeño charco de agua del color del té.

—He roto aguas... —repite, como si yo tuviera que saber qué hacer.

—Vale... Yo... Yo... —Tiro el periódico al suelo y me muevo de lado a lado sin centrarme.

—Víctor. ¡Me he puesto de parto! ¡Ya viene el bebé!

—Pero... ¿cómo? No estoy preparado. Aún falta más de una semana. No puede ser. ¿Estás segura de que no te has...?

—¡¡¡No me he hecho pis!!! ¡Por Dios, Víctor! ¿Quieres hacerme caso de una vez? ¡Tenemos que irnos al hospital!

—Está bien. No perdamos la calma —digo, y la veo poner los ojos en blanco—. Lo primero es lo primero... —Voy hasta la cocina. Ella me sigue.

Abro el grifo del agua fría, pongo las manos en forma de cuenco debajo del chorro y me la echo en la cara. Ana me observa con las cejas levantadas.

—Vale, ya estoy preparado.

—No lo estás.

—Lo estoy. Vámonos. —La agarro de la mano y tiro de ella hasta la puerta.

Me detiene justo antes de abrir.

—¿No crees que deberíamos vestirnos antes de salir? No puedo llegar al hospital en ropa interior.

Joder. Ni me había dado cuenta de que ella está casi desnuda y que yo voy descalzo y sin camiseta.

¡El susto me ha dejado de piedra!

Ella sonrío.

—Eres capaz de pilotar un avión con más de trescientas personas durante horas bajo una tormenta eléctrica, pero pierdes los papeles ante el nacimiento de tu hija... —comenta, y sube las escaleras agarrándose a la baranda para perderse en el dormitorio—. Voy a darte una ducha rápida, me visto y nos vamos. Coge la bolsa que hemos preparado. Está en la parte superior de mi lado del vestidor. ¡Venga! ¡No te quedes ahí pasmado! —Me anima, porque me he quedado otra vez congelado bajo el quicio de la puerta de nuestro dormitorio, pero ha sido por otro motivo totalmente distinto; esta vez me he perdido en las curvas de su cuerpo, en el tono perfecto de su piel, en el perfil de sus labios, en sus redondos pechos... y en cómo mantiene la calma. Estoy seguro de que va a ser una madre maravillosa.

Camino hasta ella, envuelvo sus muñecas con mis manos, la atraigo hasta mí y dejo sobre sus labios un beso suave con el que quiero decirle que la amo. La amo tanto que el corazón me estalla cada vez que la toco.

—Te quiero.

—Lo sé. Yo también te... ¡¡¡Ayyyyyyy!!! —grita y se retuerce con las manos en la barriga.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

—Una... Una contracción. —Respira—. El bebé está a punto de llegar. Será mejor que nos demos prisa.

Me visto mientras ella se da una ducha sumamente ligera y luego la ayudo a vestirse. Cojo la bolsa para el hospital y nos vamos. Subimos a mi Jaguar y piso el acelerador en cuanto se abren las puertas automáticas.

No recuerdo muy bien cómo llego al hospital Ruber Internacional. Detengo el coche justo en la puerta de urgencias y grito que necesito ayuda como si trajera a un herido de guerra y estuviera a punto de morir. Tal vez Ana no esté al borde la muerte, pero a mí me va a dar un infarto de un momento a otro.

Mientras bajo al parking a dejar el coche juro que hasta tengo palpitaciones. Pero, ¿qué me pasa? Soy un hombre que sabe mantener la serenidad y estoy adiestrado para enfrentarme a situaciones mucho peores. Situaciones como... Ahora mismo no se me ocurre ninguna peor.

Cuando vuelvo a entrar en el hospital y pregunto por mi esposa, me indican que la han pasado a paritorio y que el parto va muy avanzado. Me obligan a vestirme con una bata blanca, gorro y algo que cubre los zapatos y alguien me empuja dentro de una sala fría y gris donde Ana no para de gritar y quejarse.

—¡¡¡Por fin!!! ¿Adónde has ido a aparcar? ¿A Cuenca? —Juro que habla como la niña de la película de El Exorcista. Nunca la había escuchado hablarme así, en ese tono, ni en nuestras peores discusiones.

—Puede ponerse ahí y agarrarla de la mano. —Hago lo que me indica uno de los médicos, o un enfermero, no tengo ni idea, me parecen todos iguales.

—Venga, cariño —la animo arrimándome a ella, pero me mira con tal mala cara que me asusto y me retiro medio paso.

—¡¡¡Ahhhhh!!! —sigue entre bramidos agarrándome la mano con tanta fuerza que siento que me

va a reventar los nudillos.

—¡Empuja! ¡Ahora! —indica la enfermera que está entre sus piernas.

Ella hace esfuerzos sobrehumanos mientras yo comienzo a ver doble y... caigo redondo al suelo.

No sé si estoy sobre las frías baldosas segundos, minutos u horas. Cuando vuelvo a mí, todo se ha calmado bastante. Me pongo de pie y escucho el llanto de un bebé... ¿Mi bebé? Estoy a punto de volver a desmayarme.

—Vamos, acérquese. —Alguien me ayuda a incorporarme para que vaya hasta donde otra persona tiene a mi pequeña hija en brazos. Está envuelta en una sábana y, aunque algo pegajoso la cubre entera, me parece lo más bonito que he visto en mi vida.

La enfermera coloca a nuestra hija en el regazo de su madre para que perciba su calor.

—Es tan bonita como tú. —Le acaricio el cabello a Ana y le doy un beso en la frente.

Ella sonrío cansada y asiente. Limpio con mi pulgar una lágrima que rueda por su mejilla.

—Felicidades, papás. ¿Cómo se llama esta preciosidad? —pregunta la enfermera.

Nos miramos y la dejo hablar a ella.

—Alba —anuncia la agotada pero feliz mamá.

Me quedo embobado mirando su piel blanca, su nariz diminuta, sus labios rosas, sus pestañas negras, sus cejas perfiladas, su cabello rubio y fino, y sus manitas.

Me enamoro de ella y algo impacta contra mi pecho y explota en mi corazón.

Dios... Ya la quiero más que a nada.

EPÍLOGO

Salgo del avión deseando llegar a casa, justo para el cumpleaños de nuestro segundo hijo. Lucas cumple hoy dos añitos y pensaba que no iba a llegar a tiempo tras el retraso que hemos sufrido en Melbourne a consecuencia del temporal. A partir de ahí las escalas se han ido retrasado y creí que Ana dejaría de hablarme para los restos de nuestra estresante vida.

Desde que me nombraron jefe de pilotos, mi responsabilidad se ha multiplicado por mil y no estoy en casa tanto como quisiera. Me duele tener que hablar con mis hijos y mi mujer por videollamada, y el sexo telefónico no es algo que me atraiga demasiado; está bien para alguna ocasión especial, pero yo quiero follarme a mi mujer, oler su piel y deleitarme con su sabor. Joder. No quiero empalmarme mientras camino por la terminal, pero es que hace casi una semana que no la beso y no me acostumbro a estar lejos de ella, lejos de ellos.

Entrar en el Residencial La Finca no es fácil ni para los que vivimos aquí. Agradezco la seguridad, pero quiero llegar a mi hogar y abrazar a mi familia.

Mis hijos se me tiran encima en cuanto abro la puerta y casi me tiran al suelo con el impacto de sus pequeños cuerpos. Alba es casi una mujer de seis años a la que le encanta maquillarse con los productos de su madre y Lucas solo quiere comer y comer, ese es su hobby.

—¡Por fin estás aquí! ¡Creí que no vendrías! —Mi mujer llega hasta nosotros con un delantal y la cara cubierta de un polvo blanco.

Mierda. Polvo el que yo le echaba ahora mismo.

¡Piensa en otra cosa! ¡Tienes a tus hijos en brazos, desalmado!

—Hola, mi amor. —Me levanto y la beso. Ella se abraza a mí y me demuestra cuánto me ha echado de menos. Huele como una pastelería y ese aroma me transporta a mi infancia.

—Tenía tantas ganas de estar aquí —les manifiesto.

—¡Papi! ¡Papi! —grita Alba—. Mira mis uñas. Me las he pintado yo sola. Y también se las he pintado a Lucas. Enséñaselas, Lucas.

Mi hijo levanta las manitas y sonrío.

—Qué bonitas.

—Hoy es mi cumple —habla mi pequeño con esa boca de trapo.

—Lo sé, cariño. Te he traído un regalo. —Busco en mi bolsa de vuelo, que dejé en el suelo cuando se tiraron sobre mí, y saco un avión de color blanco con franjas rojas y azules..

Se le abren tanto los ojos que temo que se le salgan de las órbitas. Casi no sabe hablar pero tiene claro que de mayor quiere ser piloto como yo.

—¡Un avión, un avión, un avión! —Da palmitas y sale corriendo hasta la cocina.

—¿Para mí no hay nada? —Alba me mira a punto de echarse a llorar.

—A ver... —Finjo que busco algo dentro de la bolsa y que no lo encuentro—. ¿Qué tenemos por aquí...? —Dramatizo durante unos segundos más, hasta que Ana me regaña con la mirada y detengo mi teatrillo—. ¡Aquí está! —Le enseño una pulsera de plata con unas princesas Disney colgando.

Ella la coge, me abraza y se va también corriendo por donde lo ha hecho su hermano.

Agarro a mi mujer de la cintura y la atraigo hasta mí.

—Por fin solos —susurro, con la nariz bajo la piel de su oreja.

—Me encantaría tener tiempo para hacer todo eso que te pasa ahora por la cabeza, pero el cumpleaños es dentro de dos horas y queda mucho por hacer.

Refunfuño y, a regañadientes, me separo.

—Quiero toda la noche para nosotros —exijo.

—Recuerda que tu madre está aquí.

—Qué suerte que vivimos en una casa enorme y que nuestra habitación está lejos de la de invitados. —Le muerdo la comisura de los labios y gime—. Voy a hacerte gritar tan fuerte que mañana no podrás ni hablar —le aseguro con voz ronca.

Todo su cuerpo se estremece; puedo leerlo en el brillo instantáneo de sus ojos.

Camino hasta la cocina, mi madre trastea junto a Manuela, la cocinera, ambas rodeadas de pasteles, galletas caseras y una tarta enorme con un pitufo. No sé adivinar cuál es y eso me entristece un poco. A mi hijo le encantan las películas de pitufos y yo no tengo demasiado tiempo para verlas con él. No sé cuál es su preferido. Anulo ese sentimiento y me centro en lo mucho que me alegra que mi madre haya venido a pasar unos días con nosotros. No fue una situación fácil para ninguno, pero supimos aceptar nuestros errores y perdonarnos. Agradezco que la relación entre nosotros se arreglara después de todo. Entendí que todos tenemos nuestras propias razones para seguir un camino diferente al que hubiera elegido cualquier otra persona ante una misma situación.

—Hola, mamá. —Le doy un beso en la mejilla.

—Hola, cariño. ¿Qué tal ha ido el vuelo?

—Bien —miento, pues los retrasos se han ido sucediendo por las nevadas y un fuerte viento me obligó a hacer un aterrizaje complicado que, por suerte, supe controlar.

No me gusta mentir a mi familia en ningún aspecto, hace mucho que aprendí que las mentiras y los engaños pueden destrozarse las vidas, pero no quiero preocuparlas con los contratiempos de una profesión que amo.

—Tu hermana ha llamado, llegará un poco más tarde al cumpleaños, está enseñando una casa.

—Vale. ¿Pudiste recoger el regalo? —Cojo una galleta con trocitos de pasas y le doy un

mordisco—. Mmmm. —Me relamo.

—Sí, lo trae tu hermana. ¿Quieres que te prepare algo de comer?

—No, gracias, mamá. Prefiero que descanses y no te tomes tantas molestias. Te invitamos a casa para que descansaras y disfrutaras de tus nietos, y me consta que no paras en todo el día.

—Y lo hago, por eso su abuela hornea galletas. Les encantan. ¿Sabes lo que disfrutan? —Los ojos le brillan de felicidad y por un segundo se me olvida por qué nos distanciamos en el pasado—. Además, ayudar me hace sentir bien.

—No voy a hacerte cambiar de opinión. —Me doy por vencido.

Ella niega con la cabeza y frunce la boca.

—Voy a darme una ducha. Me llevo la galleta. —La alzo y le doy otro mordisco.

Nuestra casa es grande, muy grande, y tardo unos minutos en subir al dormitorio principal. Hemos tenido que hacer una pequeña reforma y quitar el pequeño estanque que había bajo la escalera de cristal. Alba se las apañaba para acabar ahí dentro al menor descuido.

Observo la cama con disimulo, evito acercarme demasiado; estoy tan cansado que si tomo asiento, aunque sea unos segundos, lo más probable es que me quede dormido.

Me desnudo y me meto en la ducha. El agua tibia me sienta bien. Disfruto de ella bajo el grifo durante unos instantes hasta que siento las manos de Ana rodearme desde atrás y acariciar mis abdominales. Sonríe satisfecho y se me corta la respiración cuando su mano baja hasta mi polla y la masajea como sabe que me gusta.

Unos minutos después, me giro hacia mi mujer y la beso con pasión.

—Tú también me has echado de menos —musito sobre su boca.

—¿Lo dudabas? —Me muerde los labios con ansia y eso me vuelve loco.

—¿Y los niños?

—Tranquilo. Tu madre está jugando con ellos en el jardín. —Enreda sus manos en mi cabello y es ella la que me besa y me deja sin aliento.

La empujo contra la pared y recorro su cuerpo entero con mis manos para terminar en sus nalgas y dejarle mis dedos grabados en la piel. La levanto y me adentro en ella de una sola estocada. Un jadeo de satisfacción absoluta sale de mi garganta, desgarrado y hueco, cargado de deseo.

Sin querer, le da al agua caliente y me quema los pies. Casi pierdo el equilibrio. Los dos reímos después de controlar la temperatura.

Vuelvo a empalarla y nos dejamos llevar por la pasión.

Un deseo me recorre por dentro y me vuelve completamente loco.

Loco por ella.



Nota de la autora

Quiero darte las gracias por haber llegado hasta aquí. Si te ha gustado la historia, ayúdame con 5* y un comentario en Amazon, así sabré que merece la pena seguir escribiendo para ti.

¡Gracias por tu apoyo! Significa muchísimo.

A continuación te dejo mi página web donde encontrarás todas mis novelas, próximas publicaciones, redes sociales y contenido gratuito. Así como un acceso directo a mi lista de lectoras y mi contacto personal. Estaré encantada de hablar contigo.

Un beso muy fuerte.

<https://elsajenner.com>



A continuación te dejo una muestra gratuita en primicia del esperado libro «Una historia contigo» que la autora Olga Andreu ha querido regalarle a mis lectores.

Espero que la disfrutes tanto como yo.

UNA
HISTORIA
CONTIGO

Olga Andreu

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier

medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Título Original: Una historia contigo

Prólogo

A•mor: la voluntad de priorizar el bienestar o la felicidad de los demás por encima del tuyo. Sentimientos extremos de apego, afecto y necesidad. Sentimientos repentinos y dramáticos de atracción y respeto. Una emoción fugaz de cariño, afecto y gusto.

En•ga•ño: acción y efecto de engañar e inducir a alguien a tener por cierto aquello que no lo es, dar a la mentira apariencia de verdad y producir ilusión.

Dicen que en el amor y en la guerra todo vale, y hay veces que la guerra se convierte en amor. A veces lo que empieza con una locura se convierte en lo mejor de tu vida. Y te das cuenta de que esa persona te abraza tan fuerte, que todas las partes de tu corazón roto se unen de nuevo.

Puedes saber cuánto te quieren con un simple abrazo, porque hay gente que te abraza y te reinicia.

¿Todo esto me pasó a mí? Puede que sí, pero no fue fácil, y mucho menos cuando te ves envuelta en una historia romántica que bien podría haber escrito yo.

A diferencia de otras compañeras del gremio, a mí me encanta, y no me molesta en absoluto, que digan que escribo novela rosa, pues es un color bien bonito, el mismo que tiñe los finales felices y se asocia con aspectos positivos, sentimientos de cariño, amor y generosidad. Además, si al género que muestra la cara menos amable de la vida se le puede llamar novela negra, no veo que hay de malo en determinar con colores lo que los escritores queremos transmitir en nuestros escritos.

Sí, soy escritora, de las que crean ilusión pero no creía en el amor para sí misma. ¿Era eso posible? Lo era, pero solo hasta que te lo topas de frente y lo conoces tan a fondo, que todo lo que has escrito se torna una realidad palpable.

Sin duda, una de las pasiones más fuertes que me sobrevino sin siquiera buscarlo, ya que atacó al mismo tiempo, mi cabeza, mi corazón y mis sentidos.

Soy Melissa Willing, y esta es mi historia rosa.

1

Mel

---No, Gi, definitivamente no. ---Me di la vuelta e intenté alcanzar el último bote de galletas saladas que tenía en mi reserva.

---No te entiendo, Mel, lo siento pero no logro entender esa negativa. Puede ser la oportunidad de tu vida, todo lo que querías conseguir cuando te mudaste a la Gran Manzana.---Gi siguió insistiendo con ese tono de sabelotodo que me ponía de los nervios.

---Y no es precisamente en la Gran Manzana, es en Seattle.

---Vale, la sede está allí, pero deberías aceptar por lo menos a ir a esa reunión.

---Quieren que esté allí un mes para organizarlo todo y que me ocupe de terminar un manuscrito que aún ni he empezado. Que mi último libro haya alcanzado buenos puestos en Amazon, no significa que vaya a escribir algo similar ni de lejos. Ellos fueron una gran inspiración, pero ahora estoy seca por dentro.

---Lo único que tienes seco es el cerebro. No tienes que quedarte un mes allí si no quieres, eso solo será en caso de que aceptes su oferta.

---Vale, pero no pienso ir, no quiero tener nada que ver con una gran empresa chupóctera como esa.

---¿Qué tienes en contra de que te paguen una millonada por escribir?

---No voy a exponerte las razones ahora ni nunca, no seas pesada Di.

---Seré pesada hasta que aceptes ir y escuchar a esa gente de Mcmillan.

Estaba reticente, lo sé, pero me gustaba la tranquilidad de escribir a razón de mis sentimientos, autogestionar mi tiempo, buscar inspiraciones reales, y muy en contra de las prácticas de las grandes editoriales que se quedan buena parte de tu trabajo.

En mis planes no estaba venderme de ese modo, más bien soñaba con crear una editorial más justa con los autores, que les permitiera ver a tiempo real cómo iban sus ventas, trabajar mano a mano en nuestras ilusiones, porque a pesar de que mi último libro me había reportado grandes alegrías, yo seguía siendo una más en el gremio de autores que se buscaban la vida cómo podían.

---Puedo aceptar una reunión por Skype con ellos, pero no pienso moverme de aquí para nada --- claudiqué antes de meterme dos galletas de golpe en la boca.

---¿Desde cuándo no viajas?

---Soy pobre, ¿adivínalo tú?

---Melisa Willing, ya es hora de que salgas de estas cuatro paredes y te des la importancia que te mereces. Esa gente tiene mucho interés por ti y nunca has estado en Seattle, te ofrecen los billetes, dietas y alojamiento de lujo, aprovéchalo y toma una decisión consecuente cuando los hayas escuchado. No pierdes nada y ganas unas vacaciones gratis.

---Visto así. ---Me di unos golpecitos con el dedo índice en la barbilla, esa pesada de Di me había hecho replantearme las cosas en cierto modo.

---A veces no piensas bien las cosas, eres demasiado obstinada y cabezona.

---Gracias, yo también te quiero.

---No es cierto, me aguantas porque Brooke te lo pidió, pero no te lo voy a tener en cuenta.

---Te agunto porque me gustas Dina, te lo digo poco, pero he aprendido a quererte.

Cuando mi mejor amiga y compañera de piso se enamoró, se embarazó y se casó, en ese orden, Di, que por aquel entonces era su compañera de trabajo, dejó a su aburrido novio y ocupó la habitación de Brooke e hice un juramento a mi amiga.

---Me va a dar mucha pena dejar de vivir contigo ---me dijo con sentida pena.

---Estaré bien, es lo normal, tú ya tienes tu propia familia.

---Tú también eres de mi familia, y Di.

---Seguro que se enfada porque me has elegido a mí de madrina.

---No, ¿por qué dices eso? Está encantada.

---Bueno, qué te va a decir. ---No puede evitar poner los ojos en blanco.

---¿Me vas a hacer el favor de llevarte bien con ella?

---No me queda más remedio, se viene a vivir aquí.

De eso ha pasado un año entero con sus 365 días y noches, y de verdad de la buena, que la aprecio. Además, empecé a quererla un poquito por todo lo bien que se portó conmigo y con Brooke cuando tuvimos una pelea que casi nos cuesta la amistad.

---Te voy a creer porque sé lo mucho que te cuesta hacer ese tipo de confesiones, pero prométeme que irás a Seattle. ---Se cruzó de brazos al otro lado de la barra esperando una respuesta.

---Puedo prometer que lo pensaré.

---Me conformo, sé que tomarás la decisión más inteligente.

---En eso te doy la razón, pero tienes que tener en cuenta que sea lo que sea que decida, será lo más inteligente para mí.

---Llamaré a Brooke y ella te pondrá las pilas.

---No te atreverás, esto es algo entre tú y yo, ella ya tiene bastante con lo suyo, y en tu contrato de arrendamiento firmaste una cláusula de confidencialidad de amigas. Todo lo que pase en este piso se queda en este piso.

---No he firmado tal cosa. ---Frunció el ceño.

---¿Ah no? ---Miré a ambos lados sin centrar mi vista en ella ---. Pues fallo mío, lo acepto.

---¿Lo ves? No siempre tomas decisiones inteligentes, tengo la sartén por el mango e irás a Seattle.

---¿Me estás amenazando? ---Abrí la boca hasta casi rozar el suelo con la mandíbula.

---Te estoy empujando hacia el éxito, no te quejes, da gracias de que estoy aquí para que dejes de hacer tonterías.

Y me empujó hacia Seattle, pero os voy a ahorrar las conversaciones que vinieron después de esa, gritos histéricos incluidos. Di y yo somos muy pasionales y nuestros caracteres chocan mucho, pero desde que irrumpió en mi vida de forma permanente me da mucha vida y algo de sensatez.

Las amistades femeninas son solo un salto a nuestra hermandad, y la hermandad puede ser una fuerza muy poderosa.

Y acepté ir a escuchar lo que esa gente tenía que decirme. Di estaba en lo cierto en que no perdía nada y nunca había estado en Seattle. Quizá podía incluso pasarme por la sede de Amazon y presentarme felizmente, al fin y al cabo, era una autora suya.

2

JUDE

---Tienes que conseguirlo Jude, el futuro de esta editorial está en tus manos y en tus dotes de playboy.

---¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo?--- Me moví nervioso en la silla frente al gran jefe.

---¿Y tú eres consciente que esa mujer es top ventas y que lo será si la lanzamos en librerías? Los números de la empresa avocinan un cierre inminente en menos de dos años. Necesitamos conseguir a la autora del momento, ni siquiera creo que esa mujer sea consciente del éxito que tiene y se conforma con las migajas que ese tiburón de Amazon le da mensualmente, hay que actuar antes de que ellos se adelanten y le ofrezcan un contrato, o cualquier otra editorial sedienta de cazar un autor que engrose sus listas y fama. ---Tenía el semblante serio y un brillo en los ojos que anunciaba que lo que decía era serio.

En la historia de cualquier empresa familiar abundan los momentos de éxito pero también los de fracaso, incertidumbres y miedo a desaparecer. Y ese era el caso de Mcmillan publishing.

Quién diría que el origen de la exitosa empresa familiar que fundó mi abuelo en 1932, publicando biblias y manuales de instrucciones de aparatos de la época, se convertiría en la década de los noventa en una editorial de prestigio que publicaba a grandes autores, con mi padre a la cabeza. Pero como reza el dicho, todo lo que sube baja. Y lo habíamos hecho, habíamos bajado en números de venta en librerías, cada vez más obsoletas para el público que podía encontrar libros a solo un clic desde su ordenador en formato papel y digital, y el sinfín de autores autopublicados que se ganaban al público lector con sus autogestiones y grandes cuentas en redes sociales. Había que hacerse con uno de ellos y obligar a los lectores a pisar las librerías, y Melisa Willing había captado el interés del público con su último libro romántico. Era buena, yo mismo lo había adquirido en Amazon para comprobar de primera mano cuál era la clave de su éxito, y esa era, ni más ni menos, que la sinceridad con la que describía las relaciones de personas normales, dándoles un final feliz digno de película.

---Sé cómo están las cosas papá, pero pedirme que la seduzca para convencerla, me parece poco ético. ¡Ni siquiera sé si me gusta esa mujer!

---¿Ahora te vas a poner exquisito? Te he visto pasarte por la piedra a mujeres menos influyentes que esta sin reparar en remilgos y moralidades. Tienes ese potencial, lo has heredado de tu madre, sois ambos unos libertinos.

---No vayas por ahí padre o no conseguirás nada de mí.

---¿Acaso no es cierto que esa mujer nos dejó tirados hace años por ese tipo de tres al cuarto? No me dirás que le tienes algún respeto, Jude.

---Inevitablemente es mi madre, y tú tampoco es que seas un santo, a las pruebas me remito.

Mi padre sabía que ese era un tema delicado para mí. Mi madre, la persona en el mundo en la que más confiaba, se marchó cuando yo tenía ocho años con un hombre diez años más joven que ella. No es que no me parezca bien la diferencia de edad que había entre ellos, es que me partió el

alma que me dejara por otro hombre, cuando ella juraba y perjuraba que el amor de su vida era yo. Ni siquiera contempló la idea de llevarme con ella, aunque a su favor diré que nunca perdió el contacto conmigo, pero no era suficiente y me sentí rechazado y asustado por su ausencia. El negocio familiar tenía muy ocupado a mi padre, y pasé mucho tiempo solo con todo tipo de lujos, que para nada solventaron la ausencia de mis padres. Pero él no me abandonó, siempre estuvo ahí en la medida de lo posible y fue un pilar importante a pesar de su carácter autoritario, y sentía, que le debía algo.

---Pues aprovechando ese concepto que tienes de mí, te haré una advertencia. ---Apoyó los puños sobre la mesa y se inclinó hacia mí ---. O haces lo que te digo o me veré obligado a retirarte de la empresa.

---¿Te has vuelto loco? He trabajado duro, aunque sea el hijo del jefe sabes que me he ganado mi puesto como editor jefe con creces.

---Lo sé, pero la vida es así, hay veces en las que tienes que pasar por el aro para mantener el estatus que te mereces. Si tenemos que cerrar será porque no eres tan buen editor como te crees.

---Soy tan buen editor que me necesitas para conseguir a esa autora, y no de un modo profesional.

---Todos los talentos valen para conseguir la gloria. ---Volvió a relajarse y se recostó en su ostentosa silla de cuero marrón.

---Estás tratando a tu propio hijo como mercancía, ¡joder!--- No pude evitar dar un golpe seco con el puño en la mesa.

---Estoy tratando de salvar la empresa, empresa que pondré a tu nombre si lo consigues, fíjate si confío en ti hijo. Es la última gestión que haré desde esta silla para dejarte bien posicionado y jubilarme de una maldita vez.

---Necesitaré eso por escrito.

---¿No te fías de mí, de tu propio padre?

---Por lo visto no solo he heredado virtudes de mi madre.--- Lo miré a los ojos fijamente, yo también podía desafiarlo.

---Está bien, llamaré al abogado de la editorial y que redacte ese maldito contrato entre padre e hijo. ¿Contento?

---No del todo, pero intentaré eso que dices para poder gestionar esta empresa como es debido.

---Esa es la actitud, Jude, siempre has sido un buen chico, y de verdad, espero, que hagas triunfar a la empresa que te has ganado.

---¿Cuándo llega esa mujer?

---En cuatro días, Claire ya le está buscando el alojamiento.

---¿Y si no acepta quedarse, y si no la convencemos tras la reunión y decide volver a Nueva York?

---No creo que lo haga, ninguna mujer enamorada rechaza las peticiones de un hombre.

---Suenan muy retrógrado eso que dices, me dan escalofríos.

---No lo politices todo, hijo. Son solo negocios y nadie va a salir herido de esto.

No las tenía todas conmigo. Dependía mucho a qué clase de herida se estuviera refiriendo mi padre. Pues las heridas del corazón no se ven, pero duelen mucho más. Así que solo me quedaba confiar en que si esa mujer entregaba las heridas de su corazón al tiempo, este se encargaría de no dejar ni siquiera feas cicatrices, porque solo había una cosa que tenía clara, yo no estaba dispuesto a entregarle mi alma a nadie y solo me iba a ceñir al plan de negocios.

Y no es que me creyera un dandy, dando por hecho que esa mujer iba a caer rendida a mis pies. Pero tenía cierta mano con las mujeres y nunca jamás les prometía nada, siempre sabían cuál era

mi hándicap en eso de las relaciones y jamás había engañado a nadie con fines lucrativos.

Me gustaba gustar y ponía mucho empeño por la causa. No me cabía la posibilidad de que ella pudiera rechazarme ni en el hipotético caso de que ella tuviera pareja, algo que mi padre no contempló cuando me propuso el estúpido plan.

Había investigado un poco sus redes sociales y no había encontrado atisbos de una relación sentimental con nadie, así que la cosa iba a ser más fácil de lo que me imaginaba. Y era guapa, no iba a negarlo. Tenía un bonito cabello negro ondulado sobre los hombros y unos ojos color miel rasgados que conformaban un agradable rostro, pero no se asemejaba a las mujeres con las que solía codearme, era diferente y esa diferencia, quizá, fue lo que más miedo me dio.

3

Mel

---¿Cómo van esos nervios?

---No estoy nerviosa ---le aseguré a Brooke, habíamos quedado en vernos y estábamos tomando un café en su casa.

---Te conozco, sé que lo estás. Además, Di me ha dicho que llevas varios días ingiriendo cantidades indecentes de galletitas saladas.

---¿Esa chismosa va a darte el parte de mis actividades diarias?

---Solo se preocupa por ti, y yo le pedí que te cuidara y me mantuviera informada. ---Brooke estaba preparando un sándwich de crema de cacahuete a su hijo mayor.

---¿Pensáis que necesito una niñera?

---Ten, Zachary. ---Le tendió el emparedado al niño y se limpió las manos---. Y sí, lo creemos ---dijo dirigiéndose a mí de nuevo---. Has estado a punto de rechazar esa oferta, ¿en qué estabas pensando?

---Mami, tengo pis ---intervino el niño, la vida de mi amiga desde que era madre se había complicado un poco.

---Ahora vuelvo y quiero una respuesta. ---Levantó el dedo en señal de advertencia y se llevó a Zachary al baño.

Mi pequeño sobrino urbano había tenido mucha suerte de encontrar unos padres como Brooke y Sam.

Tras tener su primera hija biológica, Hope, decidieron adoptar al pequeño Zachary, un niño con mutismo selectivo provocado por los horrores que le había tocado vivir en su corta edad de vida, pues tan solo contaba con tres años y medio cuando llegó a sus vidas.

Con terapia y cariño, consiguieron que el pequeño hablara después de un año formando parte de la familia. Eran unos padres estupendos.

---Tía Mel, ya casi llevo solito a la taza ---me dijo triunfal cogiendo el sándwich de la encimera de nuevo.

---Es que has crecido mucho y me han dicho que eres un hermano mayor estupendo.

---Lo sé ---dijo levantando las pequeñas cejitas antes de marcharse a su habitación.

---Qué orgullosa estoy de él ---dije suspirando.

---No intentes cambiar de tema. ---Brooke tomó asiento en la barra de la cocina---. Ya soy toda tuya, dime por qué querías rechazar esa visita editorial.

---Creo que he escuchado a Hope llorar. ---Miré hacia el pasillo.

---Te he dicho que está con mi madre, ¿por qué no me contestas de una vez?

---No sé por qué no quería ir, o sí. La idea de involucrarme laboralmente con otra persona que no sea yo misma me asusta un poco. Estoy en contra del capitalismo. Ya sabes como soy.

---Lo sé, sé que estás como un cencerro, pero es una gran oportunidad con la que muchos autores sueñan.

---No sé si me apetece que me dirijan.

---Es lo que intentamos contigo cada día, un poco de orden y disciplina no te viene mal. Da gracias que hayamos podido convencerte de que vayas a Seattle, estoy segura de que no te arrepentirás.

---¿Cómo estás tan segura de eso?

---Porque quien no arriesga no gana. ---Me sonrió satisfecha, ella sabía mucho de esas cosas, y tenía razón.

---Está bien. ---Estiré los brazos y comencé a mover las manos intentando relajarme.

---¿No decías que no estabas nerviosa?

---Un poco sí, odio los aviones.

---Solo son cinco horas de vuelo.

---¿Sabes cuántas cosas pueden pasar en un rango de tiempo como ese? ---Abrí los ojos como platos---. Puede estropearse el filange, o atropellarnos un zepelín.

---Eso se lo inventó Phoebe en Friends.

---Puede que lo del filange no pase, pero ¿qué me dices del zepelín?

---Que no hay vuelos turistas en zepelín. Todo irá bien ---soltó una risita totalmente ajena a mi depresión pre---vuelo.

---Te odio.

---No es verdad. Mel, de verdad, sé que no te arrepentirás de esto.

---¿Sabes algo que yo no sé?

---Organizo eventos, no soy una hacker y no he entrado en su sistema informático para saber qué tienen preparado para ti en esa editorial. Los barcos están seguros en el puerto, pero no se construyeron para eso.

---¿Vas a dedicarte ahora a escribir prosa poética?

---No, pero no se me daría nada mal. ---Se dio unos golpecitos en la sien con el dedo.

---Vale, ya lo pillo, lo del barco y todo eso.

---Mel, la vida es una aventura. Riesgo, atrevimiento, la vida es ahora y es única.

---¡Genial! Ahora tendré que ir de compras.

Brooke me miró con esa cara que suele poner de no entender nada.

---¿Y eso qué tiene que ver con lo que te he dicho? ---preguntó.

---Pues mucho, si voy a vivir esa aventura que dices, tengo que presentarme con un look más sofisticado y causar una buena impresión.

---Te vas mañana, tendrás que darte prisa si quieres parecer Suzy Parker.

---No quiero parecerme a esa señora, quiero ser yo pero en versión mejorada.

---Siento no poder ayudarte, tengo que llevar a Zachary al logopeda en veinte minutos.

---Lo haré sola. Tengo que emanciparme sentimentalmente hablando e ir a por todas.

---¡Esa es mi chica! ---dijo levantándose de la silla como un resorte.

La vida es una constante sucesión de decisiones. Algunas, en teoría, son más importantes que otras, se toman con mayor o menor meditación, haciendo caso o no a nuestros prejuicios y emociones. Sea como fuere, somos conscientes de lo que tenemos entre manos, de que cada elección determina el rumbo de nuestra vida y eso nos causa ansiedad y por ende, fatiga. La misma que me estaba entrando a mí recorriendo las tiendas de Herald Square.

No entendía el por qué me había dado esa repentina obsesión por la ropa, pues no era algo que me hubiera preocupado en absoluto semanas atrás. Entendía mi look como algo casual y desenfadado con un punto divertido, despreocupado tal vez. Pero que mi amiga hubiera hecho un

comentario sobre que debía ser auténtica y mostrarme tal y como era, me preocupó sobremanera porque yo no era toda elegancia y saber estar. Era más bien un diamante en bruto, literal.

Esas dos arpías me habían convencido de viajar a Seattle y reunirme con esa gente, y ahora, no había marcha atrás. En unas horas estaría subida a ese cacharro de hierro diabólico camino a no sé dónde, llamémoslo destino.

La toma de decisiones está plagada de sesgos que nublan nuestro juicio. La gente deja que sus emociones intervengan, y las mías estaban interviniendo de una forma sobrehumana, sin saber por aquel entonces, que iba rumbo a vivir una historia que merecía ser escrita.

Y había que disculparme por el desorden, pues no esperaba la visita de un gran amor.

4

JUDE

Tenía los nervios a flor de piel. En toda mi carrera, jamás, había tenido que hacer una cosa como aquella.

Mi padre me había estado dando instrucciones hasta el día de hoy, incluso, de la ropa que debía de vestir. ¿Estaba utilizándome como el objeto sexual de la empresa? Realmente daba esa sensación y no entendía la obsesión por esa autora. Cuando apostábamos por alguien, nunca sabíamos si realmente esa inversión de recursos iba a repercutir positivamente en los números de la empresa, pero mi padre parecía tenerlo tan claro, que sentía una presión sobre mis hombros que apenas me dejaba andar.

Estaba agarrotado en mi silla, pensando en cómo íbamos a tenderle esa trampa amorosa a esa chica y sin tener claro si yo le iba a gustar tanto como mi padre creía. Si fracasaba en el intento, perdería mi buena posición en la empresa. Mi padre se había extralimitado en sus intenciones conmigo, pero siempre era dado a ponerme en situaciones extremas para que sacara lo mejor de mí, aunque esta era sin duda una de sus estrategias más rocambolescas.

Era cierto que tenía cierta fama de rompecorazones, pero no todas las féminas caían a mis pies con un chasquido. Tenía que poner todo de mi parte aunque por norma general, me era fácil

conquistarlas con mi palabrería acompañada de mi físico. Aun así, no era infalible al cien por cien, y si la mujer que tenía delante no despertaba realmente mi interés, me costaba un poco más hacer uso de mis dotes de conquistador.

---¿Qué tal hijo? Preparado para el gran día. ---Mi padre entró sin llamar, para eso era el gran dueño y señor de la empresa.

---Estoy acojonado. ---Me re Coloqué en la silla de mi despacho y me cogí el nudo de la corbata.

---¿Desde cuándo una mujer te pone de ese modo? ---Soltó una risotada y se sirvió una copa de whisky a pesar de que solo eran las diez y media.

---Desde que me siento una meretriz.

---No digas tonterías, creía que ya lo tenías claro, sabes que es muy importante para la empresa, ni siquiera tienes que tener sexo con ella, eso lo dejo a tu elección y no lo hemos incluido en ese contrato que me has hecho firmar.

---Gracias, es un detalle por tu parte--- dije con ironía.

---¿No creerás que pienso que eres virgen?

---Podrías dejar de hablar de ese modo, me incomodan ciertos temas cuando se trata de ti y de mí.

---Está bien. --- Se dejó caer en el sofá---,¿A qué hora está previsto que llegue?

---Sobre la una.

---Bien.

No dijo nada más. Se quedó mirando un punto fijo con la copa en la mano, dándole sorbos de tanto en tanto.

---Todo irá bien, confío en ti ---me dijo tras apurar lo que quedaba en su vaso, levantándose tras depositar toda la responsabilidad de aquella fechoría en mí.

---Descuida.

---Avísame cuando llegue a las oficinas, me reuniré con ella en mi despacho y después te la presentaré.

---¿Por qué en ese orden?

---Porque quiero ser yo quién le presente a mi cachorrito ---dijo antes de cruzar la puerta y marchase.

Está feo que lo diga, pero aquello me dio cierto asco. Escuchar en boca de mi padre aquellas cosas no era plato de buen gusto, lo tenía por un hombre serio, conservador y recto, pero ese tipo de comentarios distaban mucho de una persona de buenos principios y valores familiares.

La economía de la empresa no era tan desesperada como para tratarme de aquel modo, como mera mercancía, y estaba empezando a entender a algunas mujeres cuando decían que se habían sentido acosadas en el trabajo. Era una situación humillante.

Tenía trabajo atrasado, pero me era difícil concentrarme. Tenía otras propuestas de editores sobre la mesa, algunas realmente buenas y seguía sin poder entender por qué había que concentrarse plenamente en conseguir a Melissa Willing. No éramos una editorial que se caracterizara por lanzar autores románticos, más bien nos centrábamos en la narrativa y biografías de especial relevancia, aunque era cierto que el género que dominaba la autora era la asignatura pendiente de Mcmillan publishing y uno de los que más se vendían al público lector aunque estuviera denostado por la crítica. Quizá era el momento de abrir nuevos horizontes, crear un sello para sacar una línea de libros que atrajeran a ese gran público y estrenarlo con la joven promesa neoyorkina, la señorita Willing.

Así la habían tildado algunos en sus artículos, parecía que aportaba algo fresco y nuevo a la

literatura romántica, incluso había concedido algunas entrevistas en blogs literarios en los que no ponía muy bien a las editoriales y de ahí que rehusara trabajar con alguna, sería un buen tanto que aceptara entrar en el negocio de nuestra mano, en eso mi padre había tenido buen ojo y de ahí, seguramente, su obsesión.

Revisé algunas maquetas y les di el visto bueno, pedí a los diseñadores algunas propuestas de portadas que estaban pendientes de enviar a los autores que iban a publicar en junio, y el tiempo se me pasó volando hasta las doce y media.

Salí de mi despacho para templar los nervios, necesitaba respirar aire fresco, enderezar mi espalda y tomar un café fuera de las inmediaciones de la editorial.

Esa mujer estaba a pocos minutos de hacer su aparición y no sabía realmente qué planes tenía mi padre para con ella tras las presentaciones formales.

Había dejado mi vida en manos de Arnold Mcmillan y no sabía en aquel momento, lo jodido que iba a estar después de conocer a fondo a esa mujer de ojos color miel.

5

Mel

Bastaba ver Seattle desde el aire, para comprender por qué la llaman «La ciudad esmeralda».

Una extensa mancha verde dominaba la caprichosa geografía recortada por lagos azules formando un colorido tapiz.

Había conseguido con unas pastillas naturales, aplacar los nervios del vuelo. No soy muy dada a tomar fármacos químicos, herencia adquirida por una madre algo hippie a la que ni siquiera había avisado de que abandonaría el estado de Nueva York.

Nuestra relación no era mala, pero tampoco fluida, éramos dos almas libres, y mi padre por ende también. Teníamos un lema, si no había noticias nuestras es que todo iba bien. Nos conformábamos con vernos en fechas señaladas y respirar el mismo aire en un radio de 80 millas, eso era todo.

El avión aterrizó en el aeropuerto internacional de Seattle--- Tacoma, antes de la hora prevista.

Cuando salí al edificio central por la puerta de llegadas no encontré a nadie con un cartelito en mi búsqueda, así que decidí salir a la calle y pisar suelo firme, hasta que no saliera del aeropuerto no me sentía verdaderamente fuera del avión.

Frente a mí, me encontré a decenas de personas que parecían saber a dónde ir menos yo.

Una señora de mediana edad debió percatarse de que estaba muy perdida y que con mi actitud de incredulidad me iba a ser imposible pillar un taxi.

---Chica, ven, monta aquí, lo compartiremos ---me gritó a unos metros de mí.

Sin pensármelo mucho corrí hacia el taxi y me colé dentro con ella.

---Ups, me he dejado las maletas fuera.

---Tranquila, el conductor las meterá. Soy Linda por cierto.

---Melissa Willing.

---¿Eres nueva en la ciudad?

---He venido en calidad de turista.

---Oh, entiendo, ¿dónde te hospedas? ---dijo al punto que guardaba sus gafas de sol en el bolso.

---Aún no lo sé.

---Una chica aventurera.

---Se podría decir que sí. En realidad estoy aquí por trabajo.

---¿A qué te dedicas? ---La señora parecía muy dispuesta a darme conversación.

---Soy escritora.

---Espera. ---Se quedó parada frente a mí con los ojos abiertos--- ¿Eres Melissa Willing, la que escribió ese libro de Navidad del que todo el mundo habla?

---La misma. ---Le dediqué una sonrisa tímida, era la primera vez que me encontraba con alguien

que conociera mi humilde libro.

---Tengo que leerlo, mis amigas del club de lectura me lo han recomendado mucho.

---Deles las gracias de mi parte, es bonito conocer a gente que está o ha estado tan cerca de lo que haces.

---¿Y qué has venido a hacer aquí exactamente?

Escuché como el conductor cerraba el maletero.

---Tengo una especie de entrevista con una editorial.

---Esa gente no pierde la oportunidad de cazar a jóvenes talentos como tú. Soy abogada, te dejaré mi tarjeta por si la necesitas en algún momento, he visto muchas cosas feas dentro de los negocios.

---Vaya, no sé si eso me tranquiliza.

---No me malinterpretes, no significa que te vaya a pasar nada a ti, pero guárdala ---me dijo mientras me la tendía y el conductor nos preguntaba nuestros destinos.

---Yo voy al edificio de Mcmillian publishing. ---No sabía la dirección exacta, pero di por hecho que el taxista sabría dónde estaba y así fue.

Tan pronto dije aquello el coche comenzó a moverse.

---He oído que Seattle es un estupendo sitio donde vivir ---le dije a Linda, que se había callado repentinamente por el aviso de un mensaje entrante en su móvil.

---Estás en lo cierto, hay muy buena calidad de vida por aquí. Las calles de esta ciudad están transitadas pero no con el ritmo frenético de otras ciudades de Norteamérica. ¿De dónde me has dicho que venías?

---No se lo he dicho, vengo de Nueva York.

---Pues esto es bien distinto. Nosotros gozamos de un valioso equilibrio entre ser una ciudad moderna y tener un estilo relajado.

---No me vendrá mal un poco de eso. ---Sonreí complacida y seguí mirando por la ventana del taxi al exterior.

Todo el conjunto urbano estaba acompañado de flores de cerezo, estaban por doquier, salpicando sus espacios verdes y jardines. El mes de mayo en Nueva York es muy distinto, Seattle tenía un aire romántico y cálido y te acogía en sus brazos y ofrecía una interesante mezcla de atractivos.

---Aquí es señorita ---me dijo el taxista tras estacionar frente al enorme edificio de Mcmillian publishing.

---Gracias Linda.

---Un placer. Y lo dicho, para lo que necesites, llámame.

---Espero no tener que hacerlo.

---Suerte.

Esperé que el taxista sacara mis maletas y después me volví a despedir de mi salvadora de aeropuerto con la mano.

Me giré de nuevo y visualicé el enorme edificio que se alzaba imponente frente a mí.

Se notaba que la construcción incluía aspectos que databan la llegada de los primeros pobladores en el siglo XIX, pero había sido remodelado y no hacía mucho por los aspectos arquitectónicos de los grandes ventanales. Una vez leí que la arquitectura se basaba en la ciencia tanto como la intuición, y la mía me decía que allí trabajaba gente importante que podría aplastarme con la yema del dedo pulgar. Tal vez el destino había puesto a Linda en mi camino para salvarme de algunas desavenencias con aquellos magnates de la literatura, porque dudaba que la amaran tanto o más que yo.

Para ellos quizá solo fuera un negocio, pero para mí era mi vida entera y querían que la pusiera en sus manos.

Respiré hondo, cogí mis pertenencias y comencé a andar camino a su sinuosa entrada.

22 DE FEBRERO
a la venta

<https://amzn.to/39LMJGB>